

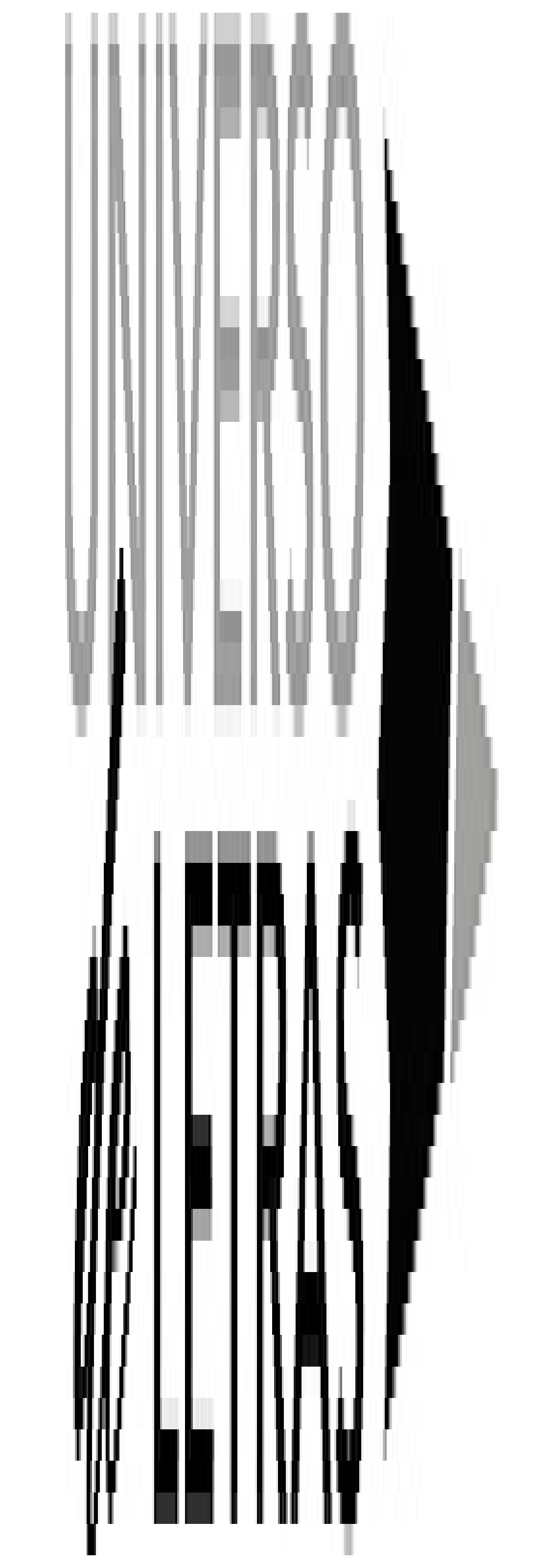
Cristina Arroyo González

En ocasiones los secretos del pasado determinan
el oscuro camino hacia la muerte.

UNIVERSO de LETRAS

La higuera del infierno

Cristina Arroyo González



La higuera del infierno
Cristina Arroyo González

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419389183
ISBN eBook: 9788419390042

Dedicado a todos aquellos lectores que decidan
adentrarse en esta singular historia de ficción.
Sin vosotros cualquier relato carecería de sentido.

«No nos atrevamos a juzgar a quienes deciden quitarse la vida mientras seamos incapaces de advertir y atender la angustia y desesperación que conducen a tal acto».

Prólogo

22 de noviembre de 2019

Tenía prisa. Se le hacía tarde y no encontraba el reloj por ningún lado. Era consciente de que los despistes comenzaban a formar parte de la vida cotidiana, un hecho que no le resultaba extraño pasando de los sesenta, pero en ese momento el motivo era otro.

—¿Se puede saber qué buscas? —preguntó Ana, malhumorada y con el mismo desprecio que le había mostrado en las últimas semanas.

Sabía de su enfado por la forma de dirigirse a él. Sin embargo, eso no era ninguna novedad. Hacía tiempo que el matrimonio no funcionaba como Octavio habría deseado, aunque en el fondo lo comprendía. Veinte años menos y una ambición desmesurada por el dinero eran dos razones poderosas para hacer tambalear un matrimonio sin base sólida.

La conoció hace quince, cuando su negocio de construcción iba viento en popa y se permitía poner al alcance de ella todo tipo de caprichos y lujos. Poco a poco la opulencia y la ostentación fueron transformándose en pobreza y austeridad. Dos sustantivos que Ana no contemplaba dentro de su limitado vocabulario. Decidió no recriminarle nada, ni tan siquiera los escarceos amorosos que estaban en boca de todos. Ahora tenía otras preocupaciones.

—¡Las llaves del coche! —gruñó mientras revivía en su mente una y otra vez el terrorífico momento de abrir el sobre que contenía su destino escrito en una tarjeta. Incapaz de borrarlo de la cabeza, lo asimilaba a las típicas canciones pegadizas que te taladran el cerebro durante horas después de escucharlas una sola vez.

Echó la mano al bolsillo con un gesto involuntario para asegurarse de que llevaba el pequeño trozo de papel. Días antes, una llamada anónima de apenas segundos le había advertido dónde debía ir, pero prefirió ignorarlo. Quiso creer que esa llamada era un error, que no era para él… Hasta que recibió el sobre y lo abrió. Sabía que el contenido resultaría difícil de interpretar para cualquiera excepto para él. Entendió de inmediato el significado de lo que supuso que iba a ser un desagradable reencuentro. No le quedaba más remedio que acudir si no quería que algo terrible irrumpiera en su trágica vida para terminarla de rematar.

La tarjeta contenía un código QR a modo de logotipo. Sospechaba la imagen que escondía tras leer los versos que lo acompañaban. Aun así, con las manos temblorosas y en el último momento antes de abandonar la casa, utilizó una aplicación de lector de códigos del móvil con el inútil deseo de estar equivocado y rehuir la situación, pero no lo consiguió. Sus peores presagios se confirmaban al observar

aquella flor blanca, de aspecto suave y delicado. Tenía presente el terrible secreto que escondía. De ningún modo debía permitir que se conociera e imaginaba que eso tenía un precio.

—¡El coche me lo llevo yo! Ya sabes que los viernes ceno con las chicas y hoy no va a ser una excepción. —Ana habló de forma contundente y puso fin a la conversación.

Él se giró y la miró con desdén. Se preguntaba por qué seguía con ella o, aún peor, por qué ella continuaba con él. Tal vez, se dijo, ambos necesitaban ese estilo tóxico de vida al que ya estaban enganchados hacía tiempo.

Sin mediar palabra, Octavio se dirigió al perchero de la entrada, donde acostumbraba a dejar la ropa de abrigo cuando regresaba de la calle. Se enfundó una chaqueta negra y salió de la casa sin despedirse, tras un sonoro portazo.

Caminaba con paso acelerado hacia la estación. La incertidumbre le atormentó durante todo el trayecto. Sabía que no podía esperarle nada bueno y eso le provocaba una extraña mezcla de miedo y angustia.

El reloj marcaba las nueve y media cuando llegó al andén; un lugar lleno de vida durante el día, pero vacío, solitario y silencioso de noche, ya que el último tren, el de las diez, era de mercancías y no paraba en esa estación.

Continuó andando por las vías hacia una zona más alejada. Apenas veía por donde pisaba y se trastabilló un par de veces entre las traviesas. De pronto, en mitad de la oscuridad, notó unos pasos tras de sí y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las manos sudorosas le temblaban. Los nervios le impedían sacar el móvil para obtener algo de luz en medio de aquella tiniebla. Cuando por fin lo consiguió, sintió unos brazos fornidos rodeándole el cuello con tanta fuerza que apenas le permitían respirar. Abrió la boca por instinto, como un pez fuera del agua, y el agresor aprovechó para llenársela de un líquido viscoso que se vio obligado a tragar de forma inmediata con el fin de coger una nueva bocanada de aire.

Después, forcejeó cuanto pudo hasta liberarse y utilizó las escasas fuerzas que le quedaban para mantenerse en pie mientras miraba a su alrededor. No consiguió verlo. Pareció marcharse con el mismo sigilo con el que había llegado.

—¡Sé quién eres! ¡Sé por qué lo haces! —voceó, apenas sin aliento, de forma desesperada y se dio cuenta de que la realidad era otra.

Percibía una presencia oculta a escasos metros, protegida por una oscuridad cómplice y macabra que le permitía observar en primera fila, expectante ante el acto final de la obra.

Trató de mantener el equilibrio cuando comenzó a sentir aturdimiento, mareo y un calor extremo, que le llevó a desprenderse de la ropa, prenda tras prenda, hasta desnudarse por completo en

mitad de la gélida noche. Después, confuso y agotado, se sentó en el suelo. Sacudió la cabeza en un intento desesperado por recuperarse, pero, lejos de conseguirlo, quedó postrado en un lateral de las vías.

Se encontraba preso de un cuerpo sin capacidad de respuesta, que ni siquiera reaccionó al atisbar las luces del tren en el horizonte. Observaba inmóvil y aterrorizado cómo la máquina se abría paso a gran velocidad, como un ave de presa dispuesta a darle caza en cuestión de segundos, y, en ese momento, fue consciente del precio de sus pecados. Alguien había escogido ese lugar y esa hora para escribir su final y bajar el telón. Eran las diez de la noche y, como cada noche, el tren pasó puntual por la estación.

Capítulo 1

Tres semanas antes…

— Lo cierto es que no recuerdo ningún sueño agradable desde que ella se fue. Abrí los ojos sobresaltado, empapado en sudor y con una estremecedora sensación de miedo imposible de controlar. Después, como cada día, regresé a la realidad al subir la persiana y comprobar que allí dentro, en mi habitación, todo continuaba como siempre: libros amontonados en el suelo, botellas vacías encima del escritorio, ropa de varios días apilada sobre la cómoda... Preferí mirar a través de la ventana. Era lo más sensato. Me fijé en el intenso azul del cielo y en los primeros rayos de sol, que indicaban el amanecer de un nuevo día. Un verdadero espectáculo visual para cualquiera que supiera apreciarlo, excepto para mí. Esa mañana decidí poner fin a una sucesión de días insoportables que comenzaron cuatro años atrás —dijo René ante la mirada atenta del resto de asistentes a la sesión.

Se sentía desnudo. No le gustaba hablar en público y menos de sus intimidades, pero creía que era necesario para recuperarse. El primer paso es reconocer el problema y él comprendía la gravedad del suyo, aunque había tardado en darse cuenta.

—Continúa, René —dijo Alejandro con voz amable y un gesto de interés que se repetía en el resto de los asistentes—. ¿Por qué pensaste que quitarte la vida solucionaría tus problemas?

Él miró sus manos mientras se inclinaba hacia delante y las levantó, entrelazándolas con idea de sujetar un objeto imaginario.

—Un día estás bien y al siguiente tu vida se desmorona. ¿Alguna vez habéis intentado coger agua con las manos? —Los miró en busca de respuestas y un silencio sepulcral le indicó que debía continuar—. Mi vida llegó a ese punto. Era el agua que se derramaba entre los dedos sin que pudiera hacer nada. —Descansó la espalda en el respaldo de la silla y cruzó las piernas—. Soy periodista de investigación y escribo para el diario *La Capital*, como sabéis, un periódico de tirada nacional. Hace cinco años decidí llevar una vida más tranquila. Establecí mi residencia en Zamora y me casé. Poco tiempo después diagnosticaron a mi mujer una enfermedad degenerativa incurable, que la dejó postrada en una cama casi desde el principio. —Pensó abreviar el discurso. Desconocía los problemas de los demás, aunque seguro que no eran menos graves que el suyo. Al fin y al cabo, sabía que todos estaban allí por lo mismo—. Era una enferma que necesitaba atención las veinticuatro horas del día. Yo la atendí. No me separé de ella ni un solo momento y gasté todos nuestros ahorros en sus cuidados. Una excesiva abnegación supuso mi

aislamiento, la pérdida de mi puesto de trabajo, de mi autoestima… Y, cuando Natalia faltó, la soledad más absoluta.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste por ella? —preguntó Alejandro.

—No, ni mucho menos —dijo mirándole a los ojos—. Volvería a hacerlo y estoy seguro de que acabaría en el mismo agujero sin salida que me condujo al intento de suicidio. Por eso estoy aquí.

Esbozó una inquietante sonrisa en su cara que todos pudieron ver.

—En efecto. Por eso estamos todos aquí. Para los que empezáis hoy, mi nombre es Alejandro Linares y seré vuestro terapeuta durante este viaje —respondió mientras se levantaba de la silla—. En España mueren más personas por suicidio que por accidente de tráfico. Sin embargo —levantó la voz e hizo una pausa para dar más emoción a la oratoria—, de esto no se habla. Es como si no existiera, pero existe y debemos hablar de los trastornos, enfermedades mentales o problemas que provocan el sufrimiento psíquico y la desesperación causante de estos pensamientos o actos. Tenéis que saber que es normal sentirse así y que en algunas ocasiones la vida es más terrible que la muerte. —Se quedó de pie mientras los miraba fijamente antes de concluir—. Por eso nos hemos visto abocados a terminar nuestro sufrimiento atentando contra nuestra vida.

Alejandro le parecía un tipo interesante. Gracias a Ramón, un amigo común, podía asistir a este centro y a sus charlas, aunque eso le había supuesto cambiar de ciudad y buscarse alojamiento para una temporada en San Bartolomé de la Vega. Tampoco le importaba demasiado. Había tocado fondo y era el momento de resurgir. Contaba con el dinero de un seguro de vida que cobró tras la muerte de su esposa, la pensión de viudedad y algún artículo que publicaba de forma esporádica para *La Capital*. A pesar de que no era una gran cantidad, lo consideraba suficiente para él solo.

—Hola, René —le saludó con timidez una joven sentada a su lado —. Me llamo Lucía.

—Hola. —Se giró hacia ella para estrecharle la mano—. Disculpa, en realidad me encuentro un poco perdido en este ambiente.

—No te preocupes, ya te irás acostumbrando —le dijo con una coqueta sonrisa—. Ahora hay un descanso. Vamos a tomar un café Abel, Raúl, Alejandro y yo. Si quieres puedes unirte a nosotros.

Prefirió no pensárselo y aceptó encantado. No recordaba la última vez que disfrutó de un momento distendido en los últimos años.

Se abrochó la chaqueta antes de salir a la calle. El mes de noviembre es frío y sabía que en la provincia de León aún más. Se acercó a Lucía, que lo estaba esperando en la puerta de entrada. El resto se había adelantado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Pese a que era consciente de que las dificultades no tienen edad, le parecía demasiado joven para tener

problemas tan graves como para intentar quitarse la vida.

—Por supuesto —dijo ella mientras lo miraba con gesto de extrañeza.

—¿Por qué estás tú aquí?

—¡Ah, eso! —Pareció aliviada. Pensó que quizá esperaba otra pregunta más comprometedora—. Por lo mismo que tú, bueno... —Se quedó pensativa unos segundos—. Debo confesar que el motivo es otro: la maldita anorexia. No tuve la suerte de contar con unos padres comprensivos que me ayudaran. Estoy aquí, y me refiero a este mundo, gracias a mi tía. Ella se ocupó de mí cuando mis padres no quisieron saber nada de la enfermedad.

—Lo siento.

—No lo sientas. Ya me encuentro mejor. Aquí he conocido gente que me ha ayudado mucho, me entiende y se preocupa por mí, ¿qué más puedo pedir?

No habían terminado la conversación cuando llegaron a Los Arcos. Un bar decorado como una antigua taberna irlandesa donde degustar una rica hamburguesa o tomar una copa mientras se escucha música celta. Rincones plagados de fotos, barriles a modo de mesas con los taburetes a juego. Una chimenea al fondo del salón y una barra con una gran hilera de grifos de cerveza completaban la decoración.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí! —gritó Alejandro desde la otra punta del bar.

Se había levantado del asiento y no paraba de gesticular con las manos. Era difícil no verle. Observó cómo acercaba un par de taburetes más a la mesa mientras Lucía y él se aproximaban al grupo.

—¿Qué os apetece? Hoy invito yo.

—Un café bien cargado —pidió ella entre bostezos.

—¿Y tú, René?

—Uno con leche, por favor. —Se sentía fuera de lugar, aunque comprendía que era una sensación temporal. Necesitaba una vida social y la tenía delante de él. Solo debía aprovechar el momento.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Alejandro después de dejar unas monedas en el mostrador.

—Raro. Jamás pensé verme en esta situación. Las terapias nunca han sido lo mío.

—Hasta ahora —dijo con gran positividad—. Te voy a presentar a este magnífico grupo. Con ellos vas a verte todas las semanas. Lucía, la benjamina, Abel y Raúl. —Fue señalando uno por uno mientras los presentaba. Todos sonrieron y le saludaron con amabilidad.

—Tengo entendido que vas a permanecer un tiempo en San Bartolomé —señaló Raúl—. Llevo viviendo aquí los años suficientes como para recomendarte dónde no debes alquilar.

Lo observó antes de contestar. Parecía muy seguro al hablar, bien

vestido y con un aire amanerado que resultaba de lo más divertido.

—Veo que estáis bien informados. Te lo agradezco, pero ya me he instalado en un piso en el centro. Es de un amigo. Precisamente, gracias a él estoy aquí —se dirigió a Alejandro—. Quizá lo conozcas. Ramón es amigo de Marisa, la directora de la asociación.

—¡Ramón! Sí, por supuesto. Vive a caballo entre San Bartolomé y León. Se pasa de vez en cuando a visitarla.

Abel parecía el más retraído del grupo. Se mantuvo callado y cabizbajo durante toda la conversación.

—¿Tú también vives aquí? —le preguntó René.

Levantó la vista y lo miró con una expresión similar a la de un gato asustado cuando su dueño le interrumpe en medio de una trastada.

—Le cuesta hablar con extraños y su trabajo tampoco ayuda —dijo Lucía.

—¿De qué se trata? —preguntó él con interés.

—Trabaja en el tanatorio. Lo apodamos con cariño Fune, por funerario —explicó la joven mientras lo abrazaba.

El comentario animó a Abel a decir unas palabras ante la sonrisa del resto.

—Por lo menos, allí no tengo que escuchar tantas sandeces.

Alejandro miró el reloj y les pidió que apurasen los desayunos para volver cuanto antes. El descanso había terminado. Esperó a que los demás abandonasen el bar y se dirigió a René.

—Habla con Marisa o conmigo para cualquier cosa que necesites. Soy consciente del momento delicado que atraviesas y me gustaría que supieras que no estás solo.

—Te lo agradezco. —Lo decía de corazón. Deseaba salir de esa situación cuanto antes.

La alarma le despertó a la hora programada. Le pareció extraño, puesto que en la última semana solo había sonado un par de días, lo que le había supuesto levantarse tarde los otros cinco. Se desperezó antes de incorporarse y observar tímidos rayos de sol colándose entre las rejillas de las persianas.

Permaneció un rato sentado en la cama. Echaba en falta a Natalia. Nata, como él la llamaba. Temía que el tiempo borrase el recuerdo de su voz enérgica y animada o del aroma, tan particular y reconfortante, de su piel a vainilla. Sentía punzadas en el pecho cada vez que pensaba en ella; cada vez que veía vacío el otro lado de la cama, y eso siempre le llevaba a recostarse de nuevo, a tomar otra pastilla para seguir durmiendo, a volver a deprimirse… Y a beber.

El timbre del portero le salvó de entrar en un bucle de pensamientos dañinos. No le quedó más remedio que levantarse. De todos modos, debía hacerlo, puesto que había quedado en reunirse con Marisa en poco menos de una hora.

—¿Sí?

—Hola, René. Soy Lucía. Me dijiste que hoy ibas antes a la asociación y, como yo también…, he pensado que podíamos ir juntos.

En ese momento se arrepintió de haber dado su dirección a los compañeros de grupo, pero lo consideraba necesario. No conocía a nadie más en la ciudad y ellos parecían dispuestos a ayudarle.

Resopló un par de veces antes de abrir la puerta. No podía dejarla esperando en el portal. Tardaría, al menos, media hora en prepararse.

—¿Todavía estás así? —le recriminó en cuanto lo vio en pijama.

—Es que me he dormido. —Sin saber por qué, sintió la necesidad de justificarse—. Pasa y siéntate, por favor.

—¡Vaya choza tiene tu amigo! Ya me gustaría tener amigos así —dijo ella con tal desparpajo y frescura que le provocó una sonrisa. Parecía muy espontánea y eso le divertía—. Todo esto debe de valer un dineral.

—Sí. Por favor, no lo toques. —Levantó la voz sin ser consciente de ello.

Lucía quitó las manos del jarrón que estaba a punto de agarrar.

—Ramón es un amante del arte y la única condición que me ha puesto para vivir aquí es que cuide de los cuadros y ornamentos de la casa.

—Vale, vale… Tranquilo, que no toco nada —le dijo con una sonrisa pícara.

Al cabo de quince minutos regresó al salón vestido con un pantalón vaquero, una camisa azul marino con jersey a juego y una chaqueta de invierno extraordinariamente favorecedora. Observó a Lucía, muy cómoda, descalza, con las piernas recogidas en el sillón. De entre las numerosas estanterías repletas de libros, había encontrado uno que parecía interesarle.

—Déjame ver… —dijo él mientras se inclinaba para leer el título—. *La casa de las capitanas*. Te gusta el misterio, por lo que veo.

—Las novelas de misterio y las películas de terror son mis favoritas. ¿Me lo prestas?

—Por supuesto. —No pudo negarse—. Recuerda devolvérmelo en cuanto lo leas.

—Eso está hecho. Por cierto, esa ropa te queda muy bien. Te hace más atractivo —continuó hablando mientras salían por la puerta.

La asociación quedaba cerca de la casa. Apenas diez minutos a pie. Lucía realizó todo el trayecto con lo que ya parecía un monólogo. Enlazaba un tema y otro con tanta facilidad que estaba seguro de que llamaría la atención de cualquiera menos la de él. Decidió no interrumpirla y caminar a su lado, absorto en sus pensamientos.

—¡René! ¿Estás bien? —le preguntó de forma repentina.

Esas palabras le sobresaltaron. Tardó unos segundos en regresar a la

realidad, suficientes como para darse cuenta de que la joven permanecía en silencio, a la espera de una respuesta.

—Sí, sí… —Titubeó—. Perdóname. He quedado con Marisa. Luego nos vemos.

Acababan de llegar y él continuó por uno de los pasillos hacia las oficinas. De pronto se sintió mal consigo mismo por la forma tan brusca de despedirse. Le parecía una buena chica que solo trataba de integrarle en el grupo, de modo que decidió girarse y le guiñó un ojo en señal de complicidad, a lo que ella respondió con una amplia y sincera sonrisa.

El día anterior le explicaron dónde estaba el despacho de la directora. De camino observó que era un local amplio, bien iluminado y con una cuidada decoración. Entró por error en otro lugar que tenía todo el aspecto de ser una sala de descanso con butacas, una mesa central con varias sillas alrededor y un par de máquinas expendedoras de bebidas frías y calientes.

En la sala siguiente había un cartel que prohibía el paso, por lo que dedujo que sería la contigua, porque era la última.

Se atusó el cuello de la chaqueta antes de llamar a la puerta con los nudillos, aunque se dio cuenta de que ya estaba abierta. Asomó la cabeza y observó a una mujer de unos sesenta años apoyada en una esquina de la mesa y hablando de forma acalorada por teléfono. La voz grave y ronca, posiblemente resultado de haber sido fumadora durante años, el pelo corto estilo *bob* y el traje de chaqueta gris con zapatos de tacón negro denotaban una mujer con carácter.

Pensó no interrumpir la discusión, pero debía encontrarse con Alejandro al cabo de unos minutos, así que volvió a llamar. Esta vez, ella se giró y, al verlo, cortó de forma brusca la llamada.

—¡Pasa! ¡Pasa, por favor! No te había oído. Eres René, ¿verdad? Ramón me ha hablado mucho de ti.

Se dirigió a él de forma atenta y afectuosa. No parecía la misma persona que minutos antes había escuchado hablando por teléfono.

El despacho era de unas dimensiones considerables y estaba decorado con plantas y flores de todo tipo. Los azules y rosas de unas se mezclaban con el verdor de otras, y todas ellas alegraban el ambiente. Él no entendía demasiado de eso, pero a Natalia le encantaba. Siempre tuvo mano para la jardinería. Le hubiera gustado verlo.

—Es muy llamativo, ¿verdad? —le preguntó ella con una sonrisa—. Todo el mundo que entra aquí por primera vez se queda fascinado. Un día te invitaré a mi casa para que veas el jardín. Es una maravilla.

—Hay que saber cuidarlas. Mi mujer decía que le transmitían energía y que una casa sin flores era un espacio sin armonía.

—Estoy de acuerdo —afirmó Marisa—. ¿Qué tal estás? —Cambió de

tema mientras se sentaba en el sillón al otro lado de la mesa—. Ramón está muy interesado en que me ocupe de ti. Se siente preocupado.

—Lo sé. Era amigo de Natalia. Se conocieron en la universidad y desde entonces no dejaron de estar en contacto a pesar del paso del tiempo. A través de ella llegó a ser también amigo mío y le prometió que cuidaría de mí —dijo con una sonrisa forzada—. Él me ha obligado a venir y, aunque no me quedan fuerzas para nada, necesito intentarlo.

Marisa asintió con la cabeza.

—Deberían existir más asociaciones. Son necesarias para ayudar a todos aquellos que han perdido a un ser querido por suicidio o que, como tú, lo han intentado alguna vez. Prevenirlo es fundamental. El noventa por ciento de las personas que se suicidan han mostrado señales previamente. Señales que en muchos casos se ignoran. Es importante concienciar a la gente y dar visibilidad a este problema. —Se levantó y se apoyó en la esquina de la mesa—. Por esta razón, querido René, voy a encargarte algo. Cuando empieces a encontrarte mejor, me gustaría que escribieses un artículo de opinión sobre la labor que se desempeña en lugares como este. Ramón me explicó que eres un gran periodista y ambos creemos que deberías retomar tu vida cuanto antes. Podrías empezar por contar tu propia experiencia.

Él la miró sin mediar palabra y se tomó unos minutos antes de contestar.

—Se lo agradezco. La verdad es que no me encuentro con fuerzas. El periodismo al que me dediqué tiempo atrás ya no existe para mí.

Marisa se puso en pie y le estrechó de nuevo la mano.

—De todas formas, no hace falta decir que estoy aquí para cualquier cosa que necesites. Bienvenido a esta familia, René.

Abandonó el despacho tan rápido como pudo después de despedirse. Llegaba tarde a su sesión.

Antes de regresar a casa dio una vuelta a la manzana. Quería familiarizarse con la zona. Mientras paseaba, localizó una oficina bancaria, un par de supermercados, varias paradas de autobuses y una farmacia. San Bartolomé no era muy grande, apenas setenta mil habitantes conforman la totalidad de la población, aunque contaba con todas las comodidades de la gran ciudad. Ramón había vivido allí durante muchos años y él y Natalia lo habían visitado alguna que otra vez antes de la enfermedad.

Compró fruta y verdura y se retiró a descansar.

Todavía no se había cambiado de ropa cuando notó vibrar el teléfono móvil en uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Sí? —Lo sujetaba en la oreja con el hombro mientras hacía malabarismos para sacar la comida de las bolsas.

—¿Cómo lo llevas? ¿Continúan sanas mis obras de arte? —Oyó una

risa al otro lado del teléfono.

—Hola, Ramón. Ya sabes que no. —No consiguió seguirle la broma. Natalia siempre le decía que no sabía mentir, ni siquiera para bromear—. Tengo que agradecerte lo que haces por mí. Marisa es encantadora.

—Lo sé. La conozco. Realicé una aportación económica para ayudarla con la asociación. Es una mujer implicada, con bastantes contactos y mucho carácter. —Hizo una pausa—. Disculpa, pero debo dejarte, solo quería saber si estabas bien. Me paso dentro de unos días a verte y charlamos un rato.

Lo consideraba un hombre emprendedor, si bien siempre se preguntó cómo era capaz de ganar tanto dinero. Él llevaba trabajando toda una vida y en ese momento no contaba con más de lo que disponía al comenzar su carrera profesional.

Se acomodó en uno de los sillones del salón con intención de relajarse y tomar una cerveza. Destacaba la gran pantalla de televisión en el centro de la pared, junto a varias estanterías repletas de libros y una falsa chimenea decorativa, que le proporcionaba un aire rústico y lujoso al mismo tiempo.

—¿Qué tripa se te ha roto esta vez? —bromeó al atender la siguiente llamada. Pensaba que de nuevo se trataba de Ramón.

—Hola, René. Soy Fernando, de *La Capital.*

Se equivocó. Era su jefe. René se levantó del sillón sobresaltado. No se preocupó por él en los últimos años salvo para darle malas noticias y ahora no esperaba menos. Le extrañaba que aún le permitiera escribir algún artículo, aunque fuera de forma esporádica.

—Hola, Fernando. Qué sorpresa. ¿A qué debo esta grata llamada? —preguntó con ironía.

—No me gustaría extenderme demasiado, así que iré al grano. Necesito que te reincorpores cuanto antes o tendremos que prescindir de ti. Lo que estás escribiendo ahora no es suficiente.

—Me lo dices así, sin un «¿qué tal estás, René? Siento mucho lo de tu mujer, disculpa por no haberte llamado…». ¡Eres un cabrón!

—No empecemos. Esto tampoco es agradable para mí.

—Sabes que no estoy en condiciones de retomar mi trabajo al cien por cien. No me lo pusisteis fácil con la enfermedad de Natalia y, por lo que veo, ahora tampoco. Necesito más tiempo.

—Lo siento, no lo hay… —Fernando permaneció en silencio un instante, generando mayor tensión en la conversación—. Piénsalo.

—¡Mierda! —gritó al escuchar el pitido discontinuo que indicaba el final de la llamada, mientras lanzaba con furia el móvil al otro sillón.

Bebió la cerveza de un trago y estrujó la lata como si fuera una hoja de papel. Lo meditó unos minutos antes de levantarse para cogerlo de nuevo y hacer una llamada.

—¿Marisa? Soy René. Creo que aceptaré tu propuesta. Escribiré ese


artículo.

Capítulo 2

Contra todo pronóstico, al día siguiente, se despertó descansado. Sufría de insomnio desde lo ocurrido con Natalia. Se automedicaba y compraba en la farmacia lo primero que le ofrecían para dormir, aunque nunca le parecía suficiente. Tomaba dos o tres pastillas diarias de Lorazepam y, de vez en cuando, lo mezclaba con alcohol, pero lo único que conseguía era permanecer más tiempo grogui y agotado. Con posterioridad al intento de suicidio, no le quedó más remedio que acudir a un psiquiatra. Necesitaba a un profesional que le prescribiese la medicación adecuada, y estaba en lo cierto, porque después de un tiempo, llegó a encontrarse mejor. Parecía que el tratamiento comenzaba a dar sus frutos.

Permaneció en la cama con los ojos abiertos y se giró para echar un vistazo al reloj. Tenía tiempo de sobra, así que optó por holgazanear unos minutos más. Se puso cómodo, cruzó los brazos por detrás y reposó la cabeza en ellos. Entonces recordó la llamada telefónica de Fernando. A pesar de todo, debía agradecerle que le hubiera obligado a reaccionar.

—¡Nooo! Mentira —gritó su voz interior.

La verdad es que nunca lo soportó, ni siquiera en los buenos momentos, en los que el periódico lo reconocía como un gran periodista. Sin embargo, le había ayudado a volver a pensar en sí mismo, y eso le vino bien.

Más tarde se levantó, se vistió con calma y decidió preparar una taza de café. Le resultaba difícil familiarizarse con la casa. Consideraba que ciento cincuenta metros cuadrados eran demasiados metros de vivienda para un viudo solitario como él, pero no tuvo fuerzas ni ganas para buscar otras alternativas.

La cocina le parecía más grande que todo su piso. El color blanco del mobiliario incrementaba el espacio, la luminosidad y la elegancia. Disponía de una isleta en el centro, rodeada de varios taburetes y gran cantidad de cajones y armarios que daban cabida a utensilios de todo tipo… «Excepto una cafetera», pensó.

Abrió y cerró los armarios varias veces, como si abriéndolos una segunda vez fuera a aparecer lo que buscaba con tanto ímpetu. Había uno, sin embargo, que parecía estar cerrado con llave. Desistió tras un par de intentos de abrirlo sin éxito.

Se preguntó qué sería lo que se podía guardar bajo llave en una cocina. En cualquier caso, no le extrañaba, viniendo de Ramón. Natalia solía inventarse palabras y decía de él que era un raruno. Estaba de acuerdo. Entonces se fijó en un extraño utensilio redondo,

colocado de forma estratégica en la esquina de la encimera. Parecía una de las tantas figuras extravagantes que adornaban cada uno de los rincones de la casa. Al observarlo más de cerca se percató de que era lo que imaginaba, la cafetera. Sonrió mientras buscaba las llaves antes de marchar. Esa mañana prefirió tomar el desayuno en Los Arcos.

—Buenos días. Uno con leche y un bollo, por favor.

Los camareros le atendieron de inmediato. Contó al menos cuatro personas detrás del mostrador y no daban abasto. Cruasanes, bollos rellenos de crema, palmeras de coco o chocolate y tostadas con mantequilla, acompañadas de toda clase de bebidas calientes, desfilaban ante sus ojos para atender a la gran cantidad de clientes que abarrotaban el local.

Tuvo la suerte de encontrar un taburete vacío en la esquina de la barra y no se movió de allí.

Apenas empezó a comer, alguien detrás de él voceó tan cerca que parecía estar gritándole al oído.

—¡Por favor! ¡Otro desayuno como este para mí!

René se giró de improviso e hizo que a Alejandro se le cayera la carpeta. Todo el contenido de folios y cartulinas quedó desparramado por el suelo.

—¡Ups! Me has asustado. Lo siento. —Se agachó a recoger las hojas antes de que el terapeuta reaccionase—. Espero no habértelas manchado de grasa. —Restregó las manos en el pantalón. Aún le quedaba algún resto pegajoso del bollo.

—Son para las sesiones de esta semana. Necesitaré que me escribáis un texto. No te preocupes, si encuentro alguna manchada, te la pasaré a ti —bromeó—. Al acercarme a la barra te he visto y he venido a saludarte.

—¿Esto ocurre a diario? —preguntó mientras observaba el barullo de gente a su alrededor.

—Sí, por supuesto. En un radio de un kilómetro está la estación del tren, el colegio y una zona de oficinas bastante concurrida a estas horas. Gente que llega al trabajo, madres y padres que dejan a los chicos en clase… Muchos de ellos aprovechan para almorzar.

El camarero colocó otro plato a escasos centímetros del suyo y Alejandro se abrió un pequeño hueco a su lado.

—He decidido escribir un artículo sobre el trabajo que estáis llevando a cabo en la asociación —dijo mientras agarraba de nuevo el bollo con las manos—. No solo quiero mostrar mi experiencia. Me gustaría dar a conocer el calvario que sufren muchas personas y que las lleva a este extremo. —Lo mojó en el café antes de comérselo y repitió la maniobra con el último trozo.

—Me parece muy buena idea. Hablar de una tragedia como la que has vivido te ayudará a liberarte. Además, es importante dar a conocer

esta labor. Hay mucha gente que no llega a pedir ayuda porque no puede. Aquí atendemos también a familiares, a personas que han perdido a un ser querido por este motivo.

—¿Me dejarías hacerte unas preguntas? —Cogió una servilleta de papel de un pequeño dispensador y se limpió los restos de crema de la comisura de los labios.

—Dispara.

Sacó la agenda y un bolígrafo del bolsillo.

—En nuestra primera sesión hablaste en plural. —Hizo una pausa para explicarse—. Cuando comenté que acudí a la asociación por mi intento de suicidio, tú respondiste: «Por eso estamos todos hoy aquí». Dijiste que mueren muchas personas, pero que apenas se habla de ello y que debemos desahogarnos sobre las causas que nos llevan a elegir ese camino. Terminaste diciendo que, a veces, nos parece que la vida es peor que la muerte y por eso nos hemos visto abocados a acabar nuestro sufrimiento atentando contra nosotros mismos.

—En efecto, eso es lo que dije. No me canso de repetirlo.

—¿Por qué hablabas en plural? ¿Tú también…? —Un sentimiento de culpa le impidió terminar la frase, pero sabía que le había entendido. Ambos hablaban el mismo idioma.

Alejandro sonrió mientras posaba la taza en el platillo con toda la calma del mundo.

—Una de las mejores formas de entender una situación es sufrirla. Muy observador. —Cambió el semblante y pareció palidecer en segundos—. No lo sufrí por voluntad propia. Fue hace muchos años, yo era un niño incapaz de asimilar el comportamiento de un padre alcohólico. Estudiar Psicología no fue una casualidad. Necesitaba entender la conducta humana, aunque, la verdad, aún sigo sin hacerlo. —De forma automática dibujó una sonrisa forzada en su cara mientras sacaba la cartera con intención de pagar.

René se lo impidió. Hoy le tocaba invitar. Dejó un billete en el mostrador y, mientras cobraban la consumición, continuó con más preguntas.

—¿Qué tipo de personas lo intentan? En mi caso la depresión y la soledad casi acaban conmigo. ¿Y en otros?

—En el resto… El abuso de drogas, antecedentes de violencia, abusos sexuales, una enfermedad mental… En resumen, personas que sufren.

—¿Y la genética?

—Por supuesto que aumenta el riesgo. Sin embargo, no quiere decir que no se pueda evitar… Habla con Abel y con Raúl. —Le guiñó el ojo —. Ellos te contarán sus vivencias.

Nada más terminar la sesión le informaron de que durante la primera semana debía acudir a diario. Después sería suficiente con tres

reuniones en días alternos. No le gustaba conducir y San Bartolomé quedaba lejos de Zamora, por esa razón, cuando Ramón le ofreció alojamiento, aceptó sin dudarlo.

—Te veo a la tarde. Recuerda, a las cinco en Los Arcos —le dijo Raúl mientras se despedía con la mano al abandonar la asociación.

Quedó esa tarde para charlar un rato con él. Quería conocer cuál era su experiencia, pero también le interesaba saber más de la ciudad y quién mejor que alguien nativo de San Bartolomé.

Aceleró el paso, decidido a acudir a la biblioteca municipal antes de comer. Necesitaba consultar si existía algún tipo de publicación en los periódicos y las revistas de la época sobre la inauguración de esa institución y estar informado antes de hablar con Marisa del tema.

La burocracia le retrasó más de lo que pensaba. Precisaba ser titular de un carné de socio antes de tener acceso a la zona documental y eso le llevó algo más de media hora, ya que la auxiliar que debía atenderlo no estaba en su puesto. Pensó que los compañeros tendrían otras funciones más importantes, porque ninguno le prestó la menor atención, a pesar de que llevaba un buen rato de espera y era el único al otro lado del mostrador.

Cuando por fin lo consiguió, se dirigió con prisa a la hemeroteca. No necesitó ayuda para llegar. Unos carteles verdes que resaltaban sobre el gris de la pared indicaban de forma muy clara el camino. La sala era pequeña, con cierto aire retro debido a un lector de microfichas setentero que conservaban en una esquina como vestigio de una época anterior. Había tres filas de mesas y dos ordenadores por fila. Eligió el puesto más cercano a la puerta de entrada y se sentó.

Colocó la agenda y el bolígrafo bien alineados a la derecha del ordenador y comenzó a bucear entre los titulares de periódicos locales del año de inauguración.

Por un momento se sintió vivo de nuevo y olvidó los terribles días de angustia, cuando Natalia moría en vida y, después, el tremendo vacío sin ella. Los días en que no era capaz de levantarse de la cama y, cuando lo hacía, no tenía fuerzas para salir a la calle. Fue una enfermedad excesivamente larga para mantener a la familia y amistades al lado. Lo entendía. La vida continuaba para todos y se iba quedando cada vez más solo y aislado. René no tenía más familia que Nata, y Nata tenía dos hermanas que vivían en Cádiz. Demasiados kilómetros de distancia para poder ayudar ante una desgracia como aquella.

—¡Aquí está! —dijo en voz alta.

Estaba equivocado. Pensaba que no iba a encontrar información alguna y aparecieron varios titulares: «Apovi (Asociación por la Vida) abre sus puertas en San Bartolomé de la Vega»; «Buscamos un lugar tranquilo y alejado de las grandes urbes para establecernos. Son

declaraciones de Francisco Campos Castresana, socio mayoritario»; «Somos una asociación de ayuda y apoyo contra el suicidio»; «Apovi realiza talleres y cursos para familiares de víctimas de suicidios».

Soltó el ratón. Cruzó los brazos y relajó la espalda en el respaldo de la silla. Creía que los socios eran Marisa y Ramón, él mismo le dijo que había aportado una importante suma de dinero, pero ninguno de los artículos los mencionaba. Continuó buscando información, esta vez, sobre Francisco Campos.

Encontró otro artículo en un periódico de tirada nacional: «Fallece en extrañas circunstancias importante empresario leonés originario de San Bartolomé. Su viuda, María Luisa Gómez, continúa con su trabajo al frente de Apovi».

—¡Marisa! —Volvió a hablar en voz alta.

Miró el reloj. Se le había hecho demasiado tarde, aunque no quería marcharse sin antes sacar datos estadísticos sobre el número de suicidios en el país, por provincias y en la región en los últimos años y se le ocurrió una opción más cómoda que entrar en la página del INE. Revisó la agenda del móvil en busca de un contacto al que solía recurrir cuando precisaba ayuda de este tipo en la época en la que aún se encontraba en activo. Sabía que Víctor era un genio de la informática para elaborar informes de estas características y no dudó en mandarle un wasap. Necesitaba datos de varios años para establecer una comparativa, por ello le solicitó que buscase información desde el año 2016.

Eran casi las cinco de la tarde cuando llegó a la casa. Se preparó un sándwich y apenas dedicó unos minutos a comerlo. Después, se cambió de ropa y salió a la misma velocidad con la que había entrado.

Llegó a Los Arcos casi sin resuello. Tras echar un vistazo y comprobar que Raúl aún no había llegado, decidió buscar una mesa libre al fondo del local y esperarle mientras saboreaba alguno de los gustosos cafés de la carta.

—¡Yuhuuuuu! ¡René!

Alguien lo saludó a gritos desde la otra punta. Era él. Pensó que esa forma de saludar debía ser típica del lugar. No era el primero a quien le veía gesticular de aquella manera y solo llevaba tres días allí.

Se aproximó dando voces desde la puerta para explicar el motivo de su retraso, del que hizo partícipes a todos los clientes del bar.

—¡Ay! ¡Cómo está el tráfico, querido! He tenido que dar unas cuantas vueltas para, al final, terminar en el *parking*. Un refresco de cola, por favor —se dirigió al camarero.

—Tranquilo. Acabo de llegar.

—¿Qué tal te vas adaptando? —le preguntó mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba estirada en un lado de la mesa.

—Mejor de lo que pensaba. Cambiar de aires me ha venido muy

bien. Aquí hay pocas cosas que me recuerden a mi vida anterior y eso siempre ayuda.

—¿Y la terapia? —le preguntó Raúl, mientras intentaba sin éxito colocar en su sitio los pelos más rebeldes con ambas manos.

—Bueno, llevo poco tiempo. En realidad, nunca pensé verme en esta situación, pero después de tocar fondo necesito recuperar mi vida.

—Muy bien, muy bien. Así vas por buen camino. Yo llevo muchos años. Casi el mismo tiempo que conozco a Marisa. Gracias a ella pude salir adelante. Contar a los nuevos nuestras experiencias también forma parte del proceso… ¡Estos malditos pelos! —gruñó mientras se llevaba de nuevo las manos a la cabeza—. Debo cambiar de peluquero en cuanto pueda… O de gomina, no lo tengo claro.

—Voy a escribir un artículo sobre la labor de la asociación y…

—¡Un artículo! ¡Es fantástico! —le interrumpió—. ¿Saldré yo también? Si nos vas a fotografiar necesito que me avises con tiempo —bromeó antes de comenzar un discurso más serio—. Dejando los chistes a un lado, creo que es una buena idea. Existen demasiados mitos. No es exclusivo de enfermos mentales, no siempre se hereda, ni deseamos morir porque sí, ni somos más valientes o más cobardes, ni es un problema exclusivo de ancianos. Simplemente atravesamos una situación que no sabemos gestionar y encontramos una única salida. En fin —suspiró—. Qué te voy a contar a ti.

Estaba completamente de acuerdo. La superficialidad que aparentaba Raúl tan solo era una coraza.

—¿Te importaría contarme tu caso?

—No es mucho más interesante que otros. Es el de muchos jóvenes que coquetean con las drogas y se les acaba yendo de las manos. Las malas compañías, mi carácter débil y el bolsillo lleno de dinero fue una mala combinación. —Dio un sorbo al refresco y continuó—. Mi padre se preocupó de llevarme a los mejores centros de desintoxicación, de donde siempre acababa escapando. Hasta que decidió ocuparse de mí a jornada completa. —Ahora tenía los ojos vidriosos.

René lo observaba. Notó un cierto sentimiento de culpa en sus palabras y decidió intervenir.

—No hace falta que continúes —le interrumpió. Sabía con exactitud cómo se sentía y no quería que lo pasara mal rememorándolo.

—¿Ahora que viene lo bueno? —dijo de forma sarcástica, a la vez que recuperaba la sonrisa—. Me acostumbré a convivir con él de la mañana a la noche, un día tras otro. No me dejaba ni un minuto solo. Íbamos a cazar, a pescar… Me mantenía ocupado todo el rato y funcionó. —Hizo otra pausa para beber—. Pero era mayor. Demasiados disgustos y muchos años de pena y desasosiego. Un día sufrió un infarto que le llevó a la tumba poco tiempo después.

Entonces me encontré solo y desamparado, a pesar de que ya era un hombre hecho y derecho.

—¿Y tu madre?

—Pobre… Hizo lo que pudo, pero no tenía el carácter de mi padre. También sufrió mucho; sin embargo, nunca supo cómo ayudarme. No como él. Un día no pude más y me tomé pastillas, todas las que tuve la posibilidad de conseguir. Ella me encontró y llamó a una ambulancia. Habló con Marisa un tiempo después de recuperarme y entré en la asociación. —Hizo una pausa antes de continuar—. A lo largo de todo este tiempo dejé de acudir varias veces durante largas temporadas, hasta que mi estado de ánimo recaía y me veía obligado a volver. No quiero que pienses que llevo ocho años seguidos de terapia. ¡Qué pereza, por Dios! —exclamó a la vez que se atusaba de nuevo el cabello.

—Vaya relato —dijo cabeceando mientras realizaba algunas anotaciones en la agenda—. Todos diferentes y tan dramáticos a la vez. —Hizo una breve pausa para cambiar el hilo de la conversación—. ¿Conocías a Francisco Campos?

—Sí, por supuesto. Los que nos relacionábamos con Marisa por aquella época conocimos a su marido. —Hizo un gesto de desaprobación—. No me caía bien. Era prepotente y maleducado. Todo lo contrario que ella. —Se inclinó hacia delante y se aproximó a él mientras tapaba su boca con una mano con intención de que nadie más escuchase el comentario que iba a hacer. René miró de reojo a ambos lados con la certeza de que nadie escuchaba—. Se rumoreaba que no era trigo limpio.

—¿Qué quieres decir?

—Marisa está llevando a cabo una misión importantísima, pero de él se hablaron muchas cosas, como que su dinero provenía de actos ilícitos. Murió en 2011, pocos años después de la inauguración de Apovi, y su muerte también estuvo rodeada de polémica. Pareció ser un accidente, aunque no quedó muy claro. —Miró hacia la barra e hizo un gesto al camarero, que le sirvió otro refresco de inmediato—. A Marisa no le gusta hablar del tema. Francisco le ayudó en sus comienzos, porque ella también sufrió un suicidio en la familia. Tenía una deuda consigo misma.

—¿Sabes si había algún socio más?

—No lo sé, aunque sí te puedo decir que un tiempo después se hicieron reformas en el local y se contrató a más personal.

René cerró la agenda. De momento, disponía de suficiente información. Continuaron hablando de temas banales y más divertidos un buen rato. Raúl le pareció un tipo entrañable.

De regreso a casa entró en uno de los supermercados que aún permanecía abierto. Compró una bandeja de comida precocinada y

una botella de buen vino. Tenía ganas de llegar y revisar el correo electrónico sin preocuparse de otros quehaceres.

Dejó la bolsa sobre la mesa de la cocina. Buscó un descorchador y de pronto recordó el episodio de la cafetera. Entonces, se puso a buscar algún extraño objeto con forma parecida a un sacacorchos. No esperaba que fuera normal y corriente, pero lo era. De ahí que lo encontrase en cuanto abrió el cajón de los cubiertos. Sacó una copa de la vitrina, de las más grandes que encontró, y se sirvió un trago.

Nada más encender el ordenador observó que Víctor, su colega, le había mandado ya la información que le había solicitado por la mañana. Eran varios archivos con estadísticas de fallecimientos por suicidios según distintas franjas de edades y tipo de sexo en cada provincia y comunidad autónoma en los últimos años. También incluía un archivo adicional titulado *San Bartolomé de la Vega.*

Le resultó llamativo que hubiera conseguido los datos de una ciudad tan pequeña en apenas unas horas, no obstante, viniendo de él no le extrañaba. René le había explicado, en pocas palabras, por qué se había instalado en San Bartolomé y el tipo de información que quería transmitir con el artículo, y Víctor lo había entendido a la primera.

Sentía curiosidad respecto a ese último registro, debido a lo cual lo abrió a pesar de que era tarde y se encontraba cansado. El número le dio escalofríos. Treinta casos en el último año le parecieron demasiados, aunque después de hacer una extrapolación a la provincia, el dato no parecía exagerado. Víctor se había molestado en distribuirlos por meses y, además, señaló los días en los que había ocurrido el suceso solo en el caso de San Bartolomé, como un favor especial. Le explicaba en el correo electrónico que, si necesitaba esa información de alguna provincia, le llevaría más de tiempo.

Continuó leyendo y se percató de que los mecanismos utilizados fueron el ahorcamiento y el envenenamiento casi en los mismos porcentajes.

Lo más extraño vino a continuación, cuando observó los días en los que aconteció algún suicidio en la ciudad desde 2016 a 2018. Una fecha se repetía en los tres años: veintidós de noviembre.

Capítulo 3

Al día siguiente decidió aprender a manejar la dichosa máquina de café. Después de varios intentos fallidos y alguna que otra palabra mal sonante, acertó a colocar la taza en el sitio correcto y, lo más importante, a que el expreso recién hecho cayera dentro.

El aroma se extendió con rapidez por la cocina y le resultó de lo más agradable. Dudó de si el sabor sería más placentero que el olor, por ello agarró la taza con recelo y dio un par de pequeños sorbos para probarlo. Hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Le gustó lo suficiente como para terminarlo de un trago. Después, preparó un par de tostadas con mantequilla y mermelada. Sacó un plato y unos cubiertos de uno de los armarios y los dejó sobre la isleta de la cocina, al lado del portátil que había traído de la habitación. Quería volver a revisar los documentos del día anterior durante el desayuno.

Volvió a centrarse en la estadística de San Bartolomé. La coincidencia en las fechas de los sucesos le pareció de lo más intrigante y, de no ser porque Víctor se preocupó de indicarlo, no le habría dado más importancia que al resto.

Después de un rato ensimismado en la lectura, pensó que el siguiente paso sería reunirse de nuevo con Marisa. Realizó varios apuntes en la agenda antes de recoger la mesa y darse una ducha.

El día amaneció soleado. No observó ninguna nube en el cielo desde el ventanal del salón, pero era noviembre y podía sentir el frío con solo mirar a la calle. Optó por un jersey grueso de cuello alto y un abrigo tres cuartos de color negro, que había vuelto a ponerse de moda tras varios años guardado en el armario, aunque el verdadero motivo de no sacarlo era otro. La mala racha que a punto estuvo de robarle la vida también se quedó con todo su exceso de peso. Había recuperado la figura esbelta de su juventud, de lo que apenas era consciente salvo en los momentos en los que necesitaba abrocharse la ropa.

Puesto que tenía tiempo de sobra y el día invitaba a pasear, esa mañana eligió otro camino para acudir a terapia. Un trayecto más largo del habitual, que le mostraría otras vistas de la ciudad. Continuó andando hasta el final de la calle, que confluía junto a otras dos más en un pequeño parque, en apariencia descuidado, aunque de gran belleza natural debido al contraste de colores. Las hojas de los robles formaban en el suelo una mullida y resbaladiza alfombra marrón que contrastaba con el verde perenne de los pinos. Era un lugar atractivo, solitario y bohemio. Había comenzado a apreciar esas pequeñas situaciones de la vida cotidiana que hasta un momento determinado

pasan inadvertidas y que, después de ese momento, tienen un valor incalculable. Ese paseo era una de tantas. Recordó una frase que Nata repetía con frecuencia: «Qué bien que se está cuando se está bien».

Aceleró el paso y llegó hasta la estación del tren. Más allá, solo alcanzó a ver descampados a ambos lados de las vías. En ese momento decidió que lo más acertado era rodear el andén y caminar de regreso a la asociación.

Llamó dos veces a la puerta antes de oír la áspera voz de Marisa invitándole a pasar.

—¡Adelante!

—Buenos días. No sabía si habría llegado. —La encontró de pie, al lado de las plantas, con una pequeña regadera en la mano.

—Hola, René. Te rogaría, por favor, que me tratases de tú. El usted me hace mucho más vieja de lo que soy —le dijo mientras se giraba hacia él y le guiñaba un ojo—. Acabo de llegar. Lo primero que hago es atender a mis plantas antes de comenzar la jornada, pero hoy haré una excepción. —Guardó la regadera debajo de la mesa y se sentó.

—He comenzado a recabar información para escribir el artículo —dijo él mientras sacaba el portátil de un maletín—. Necesito hacerte algunas preguntas.

—Tú dirás.

—¿Por qué San Bartolomé de la Vega? —Quiso aclararlo cuando observó su cara de confusión—. Me refiero a por qué decidisteis Francisco y tú estableceros en este lugar. Tu marido era un empresario de éxito por aquel entonces y no teníais residencia aquí.

Ella acababa de sentarse, pero la mención de ese nombre pareció incomodarla y volvió a levantarse. Acudió a la ventana y la abrió de par en par.

—¿Te importa si fumo? —le preguntó después de haber cogido la cajetilla de tabaco que estaba sobre la mesa. Él negó con la cabeza—. Pensé que primero me preguntarías por los motivos que me llevaron a crear esta institución. —Continuó hablando a pesar de aparentar querer esquivar la pregunta—. Mi marido no tenía nada que ver con Apovi. Era mi proyecto y lo fue desde hace muchos años… —Hizo una pausa y encendió un cigarro—. Desde que mi madre se tomó un bote de pastillas y la encontré muerta en el suelo de la cocina.

—Sin embargo, la prensa no hablaba de ti. Solo lo mencionaba a él como socio mayoritario.

Continuaba incómoda con la conversación, a juzgar por la forma de fumar. Las caladas eran cada vez más profundas y frecuentes.

—En efecto. Nos casamos en régimen de separación de bienes. Yo necesitaba su dinero, él invertir en una buena causa y llegamos a un acuerdo. Digamos que los últimos años no se creó buena fama con los negocios y necesitaba un lavado de cara urgente.

Parecía hablar de alguien ajeno, a quien no le unía ningún vínculo afectivo.

—Y por qué en San Bartolomé y no en León, donde teníais vuestra residencia en ese momento —preguntó mientras la observaba con atención. Le resultaba interesante la reacción que mostraba cada vez que mencionaba a Francisco. Se preguntaba en qué estaría metido para necesitar un lavado de cara urgente, tal y como ella acababa de decir.

—Yo nací aquí y mis padres vivieron en esta ciudad toda la vida. Quise regresar a mis orígenes. —Apuró la última calada y apagó el cigarro en un cenicero estratégicamente colocado en la repisa de la ventana. Después la cerró con premura por el frío y volvió a sentarse en su sillón—. Hizo testamento para que, a su muerte, las acciones de la asociación pasaran a mi nombre. Era lo único que deseaba, el resto de los negocios no me interesaban.

Cambió el hilo de la conversación al observar que ella quería zanjar el tema.

—He indagado sobre el índice de suicidios en San Bartolomé. Sé que no os limitáis solo a tratar a personas de esta zona. Mi caso es un ejemplo, o Lucía… —pensó en los compañeros de sesión que acababa de conocer—, y me pareció un número bastante alto. —Le mostró el archivo en la pantalla del ordenador.

—Es cierto. Tengo los datos. Si hubiera sabido que estabas interesado, Alejandro te los hubiera enviado. No solo colabora con las sesiones. Es mi mano derecha en este trabajo.

—Te lo agradezco, Marisa, pero un conocido, que es un portento para buscar este tipo de información, me ha ayudado. Además, necesitaba una comparativa por provincias y a nivel nacional. Tantos años de profesión me han servido para rodearme de gente eficiente en algunos campos —le dijo con una sonrisa—. Lo que me llama la atención es lo siguiente.

Le enseñó el documento de Excel donde se mostraba el número de suicidios desde 2016 hasta 2018, distribuidos por meses en cada uno de los años y en el que aparecían señalados los días en los que había ocurrido algún suceso.

Ella observaba con atención.

—¿Qué tengo que ver? —preguntó intrigada.

—Fíjate en los meses de noviembre. El día veintidós de ese mes se repite todos los años. ¿Te dice algo esto? ¿Han podido pasar por aquí familiares de estas víctimas?

—Sí que es extraño… —Se quedó pensativa unos segundos—. ¿Seguro que el dato es correcto? Puede que se deba a una casualidad.

—Te lo podría asegurar casi al cien por cien. —Había trabajado muchos años con Víctor y sabía que no solía equivocarse—. Respecto

a si es casualidad… La verdad no lo sé, aunque lo voy a averiguar. —Guardó el ordenador en la maleta—. Necesitaré información del Registro Civil respecto a estos fallecimientos. ¿Conoces a alguien que me pueda ayudar? —Sabía por Ramón que ella tenía contactos en todas las esferas.

—Quizá pueda echarte un cable…

Alejandro llamó y asomó la cabeza por la puerta entreabierta antes de que pudiera terminar la frase.

—Perdonad. Siento interrumpiros, pero tienes una visita —se dirigió a Marisa.

—Gracias. Casi hemos terminado. Una pregunta, ya que estás aquí, ¿sabes si Jesús sigue trabajando en el Registro Civil?

—Creo que sí. Aún le quedan varios años para jubilarse.

—¿Te importaría…? —Dirigió la pregunta a Alejandro, aunque pareció cambiar de opinión al instante, antes de terminarla de formular—. No, mejor lo llamo yo. Le avisaré de que pasarás a hablar con él. —Miró a René.

—De acuerdo —contestó antes de despedirse.

Alejandro lo esperaba a la salida del despacho para acompañarle a la sesión que estaba a punto de comenzar.

—¿Cómo vas con tu artículo?

—Solo estoy recopilando información. De momento, me mantiene ocupado lo suficiente como para no pensar en otras cosas —le dijo mientras caminaba a su lado.

La semana transcurrió más rápido de lo que pudo haber imaginado cuatro días antes, cuando llegó a San Bartolomé para instalarse una temporada. Ya era viernes y había decidido ocupar esa mañana en el Palacio de Justicia.

El edificio había sido remodelado por completo. Los cuatro grandes pilares de la entrada escondían detrás una moderna fachada de cristal. Un edificio donde lo clásico y lo moderno se fundían en un solo estilo. René lo observó unos minutos antes de entrar. Le gustaba lo que veía. Pensaba que aportaba un aire fresco a la zona más antigua de la ciudad.

No recordaba el nombre del funcionario con el que debía hablar. Se hizo a un lado para no interrumpir el trasiego de gente que entraba y salía en ese momento del edificio y echó un vistazo a la agenda. Después de refrescar la memoria, aceleró el paso por el pasillo señalado con un cartel que indicaba: Registro Civil. Entró en una sala con un solo mostrador. Varias personas trabajaban detrás de él y se fijó en la máquina que asignaba el turno para ser atendido. Observó la pantalla apagada y que ninguna de las personas de la sala sujetaba un *ticket* en la mano, así que pidió la vez en voz alta y se sentó a esperar. Apenas diez minutos después le llegó el turno y una joven con un

llamativo cardado se dirigió a él.

—¡Siguiente, por favor!

—Buenos días. Me llamo René Vargas. Pregunto por Jesús… —Había olvidado el apellido y miró la agenda de nuevo. Él achacaba a los antidepresivos las malas pasadas que la memoria le había jugado durante las últimas semanas—. Jesús Prieto.

—Un momento, por favor. —Descolgó el teléfono y lo avisó.

Unos minutos después, un hombre de escasa estatura y belleza distraída se asomó por la puerta de la sala y le hizo un gesto a René para que le siguiera.

—Buenos días. —Le estrechó la mano con fuerza y confianza. Recordó el viejo dicho: pequeño, pero matón—. Marisa me llamó ayer. Acompáñeme.

Serio y parco en palabras, seguro que iba a ser un hueso duro de roer, de manera que prefirió mantenerse en silencio y dejarle hablar.

—Me pidió los certificados de defunción de las personas fallecidas los días veintidós de noviembre de varios años. En condiciones normales esta información no es inmediata, tardaría varias semanas y, aunque el Registro Civil es público, debería justificar el motivo de esta solicitud. —Poco a poco iba subiendo el volumen de voz. Parecía realmente enfadado—. Pero es Marisa y le debo algunos favores. Me comentó que usted está escribiendo un artículo sobre Apovi, ¿no es así? —Se detuvo en la entrada del despacho—. No entiendo para qué necesita este dato.

Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. Lo dejó pasar en primer lugar y le ofreció asiento antes de continuar.

—Los documentos los tiene en un archivo que puede revisar en este ordenador. Lo siento, pero no debe llevarse la información. Si quiere, tome las notas que necesite. Le dejaré solo unos minutos.

—Pensé que podría llevarme los documentos impresos.

—¡Pues pensó mal! —gruñó malhumorado—. Le dije a Marisa que no quiero líos. Me jubilo dentro de poco y un artículo no es justificación para obtener este tipo de datos. Ella me prometió que nada de esto saldría a la luz.

—Y está en lo cierto —dijo él con ánimo de tranquilizarle antes de que cerrase la puerta de golpe, con el mismo ceño fruncido que cuando le recibió.

René sabía que la investigación era lo que le había llevado hasta allí. Las circunstancias y el carácter de ese hombre eran lo de menos, así que sacó la agenda y un bolígrafo, y comenzó a tomar nota.

En los años 2016 y 2017 hubo un solo fallecimiento registrado en la fecha señalada de cada año. Apuntó los nombres y comprobó que en ambos casos se había marcado la casilla que indicaba indicio de muerte violenta. El 2018 aparecieron registros de fallecimientos de

varias personas ese día. Revisó uno por uno hasta que encontró el que buscaba y apuntó también los datos del fallecido.

Volvió a comprobar los nombres y apellidos, las fechas y las causas. De pronto, observó un detalle más. Había anotado la datación de la muerte, de forma automática. Cuando lo leyó con más detenimiento vio que no solo coincidía el día y el mes, sino también la hora. Todos ocurrieron en un intervalo de tiempo entre las 21:00 y las 23:00.

La puerta se abrió de golpe y René se giró súbitamente.

—Ya tengo lo que necesito. Muchas gracias, Jesús. Ha sido muy amable —dijo con sorna, mientras recogía la agenda y la chaqueta antes de abandonar la sala.

Regresó a casa en autobús. Quería llegar con tiempo para comer y echarse la siesta antes de la última sesión de la semana. Alguien propuso reunirse por la tarde para acabar el día con una cerveza en Los Arcos y todos estuvieron de acuerdo.

Por la mañana se fijó en una parada de autobús muy cercana al Palacio de Justicia y se dirigió hacia ella. Nada más llegar echó un vistazo al cartel que indicaba las rutas de los autobuses y memorizó el que le dejaba más próximo a la casa. No esperó más de diez minutos antes de que llegara. Se dispuso a revisar los mensajes recibidos y las llamadas perdidas en el móvil. Lo había mantenido en silencio toda la mañana. Sabía a ciencia cierta que no habría ninguna, pero era una costumbre. Hubo una época, anterior a la enfermedad de Nata, en la que las llamadas y los mensajes formaban parte de la rutina diaria. Sin duda, existía un antes y un después a ese momento.

La costumbre también le llevó a encender el ordenador nada más entrar en casa. Observaba la pantalla mientras se quitaba la ropa para ponerse el pijama. Se sentía más cómodo, pero cuando vio que tenía un *e-mail* nuevo y que era de Víctor, no dudó en leerlo de forma inmediata. Se sentó en calzoncillos delante del ordenador y lo abrió.

«Hola, René. He revisado nuevos datos y, respecto a los métodos utilizados en los suicidios en esa ciudad, debo añadir uno más a los dos que te indiqué. Hay un porcentaje mínimo, pueden ser dos o tres personas, que se lanzaron a las vías del tren. No sé si te servirá para algo, pero creo que de esta forma el informe está más completo».

Le respondió por wasap con un mensaje de agradecimiento y dedicó unos minutos a pensar mientras balanceaba el cuerpo, empujándose con las piernas. Sacó la agenda, revisó los apuntes que había realizado por la mañana y buscó en internet alguna noticia relacionada con un accidente de tren en la estación de San Bartolomé.

Desplazaba el cursor con una destreza magistral por la pantalla en busca de aún no sabía qué hasta que encontró un titular de un periódico de sucesos: «Muere una persona en el término municipal de San Bartolomé de la Vega al ser arrollada por un tren de mercancías...

El desgraciado accidente tuvo lugar el pasado veintidós de noviembre y como consecuencia del mismo…».

Había dejado de leer. Los nervios le provocaron hambre y sintió la necesidad de calmarla con un par de galletas.

Observó que el artículo estaba fechado en el año 2018, dos días después de la fecha señalada. Continuó buscando y encontró dos noticias similares relativas a los años 2017 y 2016. Configuró el ordenador con la impresora de Ramón para imprimir la información. Solo necesitaba encontrar algunos folios. Abrió y cerró varios de los cajones de la mesa donde su amigo guardaba todo tipo de material de oficina. Observó que estaban en un cajón aparte. Rebuscó entre los diferentes tipos de calidades y tamaños hasta elegir unos cuantos que colocó en la bandeja de la impresora. Minutos después dispuso las hojas sobre la mesa y tomó nota en la agenda de varios datos que consideraba importantes: el tren de las 22:00 era de mercancías, no tenía parada en San Bartolomé y cada víctima había sido encontrada en un punto kilométrico diferente del mismo municipio. Se preguntaba por qué buscar un lugar alejado del andén para lanzarse al paso del tren.

—Mismo día, mismo mes, misma hora… y mismo lugar —dijo en voz alta sin despegar la vista del ordenador.

Podría tratarse de una casualidad, pero su olfato le decía lo contrario. De pronto le asaltó una terrible duda: ¿y si estaba en lo cierto y no era una casualidad? ¿Y si volvía a repetirse? Echó un vistazo al móvil para comprobar la fecha; era viernes, ocho de noviembre de 2019.

«Tengo catorce días para averiguar si son imaginaciones mías o, en realidad, está ocurriendo algo», pensó.

Dedicó unos minutos a meditar sobre cómo localizar a los familiares de los fallecidos mientras las dudas le acechaban sin descanso. No sabía si hacía lo correcto o si lo correcto era limitarse a escribir un artículo aburrido, eludiendo lo que había descubierto por casualidad.

Lo cierto es que la investigación le ayudaba a sentirse mejor. Por primera vez en mucho tiempo se encontraba bien consigo mismo y le pareció una de las mejores sensaciones que había experimentado en los últimos años.

Capítulo 4

Laia sacó un manojo de llaves entre las que se encontraban las que acababa de recoger unos minutos antes en la inmobiliaria. Probó con varias hasta que encontró la que abría la puerta del apartamento. El portal le resultó mucho más sencillo. La llave era de diferente color.

La vivienda llevaba cerrada varios años, o al menos es lo que le dijo el agente inmobiliario. En realidad, a primera vista, no lo parecía. No se apreciaba una mota de polvo; ni siquiera el olor a humedad característico de espacios cerrados. Dedujo que lo habían limpiado a conciencia.

Entró con varias bolsas y una maleta en el piso y cerró la puerta tras de sí. Sabía que aún debería hacer varios viajes al garaje para subir el resto del equipaje que todavía quedaba en el maletero del coche. Nada más entrar, subió las persianas de toda la casa, la oscuridad le provocaba ansiedad, y después examinó habitación por habitación. Ella lo consideraba deformación profesional. En realidad, solo era una costumbre que le aportaba seguridad.

Después de revisar todo a conciencia, regresó a la cocina y se sirvió una copa de Chardonnay que había comprado especialmente para la ocasión. Celebraba el inicio de una nueva etapa y el final de otra que no le agradaba rememorar. Sin quitarse el abrigo y con la copa en la mano, salió a la terraza. Comenzaba a anochecer a pesar de que aún no era media tarde y notaba en el rostro una agradable sensación de frío, mientras disfrutaba con calma del vino y de las vistas de una ciudad pequeña, tranquila y silenciosa. Sabía todo el trabajo que le quedaba por delante hasta terminar de instalarse, pero no le importaba, confiaba en que sería lo de menos.

Se sentía satisfecha y cómoda con la elección. El precio del alquiler le resultó más que adecuado para un apartamento de tales características en el centro de la ciudad y además incluía la plaza de garaje. Se preguntó qué más podía pedir.

No le gustaba permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar. Pensaba que se establecían lazos innecesarios con determinadas personas que acababan entorpeciendo la labor. Por esa razón, cuando le ofrecieron un cambio de destino, no lo dudó, aunque sí necesitó buscar San Bartolomé de la Vega en el mapa. Nunca había oído hablar de ese lugar y era consciente del gran cambio que supondría abandonar una ciudad como Madrid.

Apuró el último trago y entró. Cogió de nuevo las llaves para bajar al garaje a recoger el resto de las maletas.

Unos minutos después, había abarrotado el ascensor de paquetes de

todos los tamaños y colores. Apenas le quedaba un espacio para ella. Aun así, se inclinó para sujetar a la vez varias bolsas e impedir que el contenido se desparramara por el suelo.

—Creo que va a necesitar ayuda con todo esto. —Alguien se dirigió a ella cuando la puerta se abrió. El tono de voz era tan correcto, cordial y respetuoso que llamó su atención, pero debido a la extraña postura que había adoptado le era imposible mirar hacia arriba sin dejar caer lo que sujetaba. Tan solo alcanzó a ver una mano ágil y robusta que sostuvo la puerta automática para que no se cerrase. Era la izquierda. Advirtió que aún mostraba la huella reciente de un compromiso en el dedo anular.

De inmediato decidió soltar lo que tenía entre manos. Varias cajas de comida se abrieron desperdigando el contenido entre el resto de los bultos y respiró profundo antes de perder los nervios. Después se incorporó, asomó la cabeza ante la perpleja y atenta mirada del desconocido y, sin perderlo de vista, observó en qué piso se había detenido.

—Pensé que había pulsado el cuatro… —dijo dubitativa. El hombre de atractivos ojos oscuros y mirada lánguida dibujó una sonrisa en su cara. La escena no era para menos—. Lo siento. Voy al cuarto.

—Discúlpeme. Debo haberlo llamado yo antes de que usted haya pulsado el botón, pero, si quiere, subo por la escalera y le ayudo a sacar el equipaje. —Le pareció extraño que se dirigiera a ella con esa complacencia. No estaba acostumbrada.

—Gracias —contestó con cierta desconfianza mientras se cerraba, de nuevo, la puerta del ascensor—. ¡Puedo sola! —gritó.

Levantó la voz porque pensaba que el amable desconocido no la habría escuchado.

—Puedo sola —masculló con tono de reproche—. Vaya respuesta... Desde luego, no es la actitud más adecuada para hacer amigos.

Llevó cada una de las maletas y bolsas hasta la entrada del apartamento. No era una gran distancia, aunque en ese momento fue consciente de que un poco de ayuda no le hubiera venido tan mal, al menos, la espalda se lo hubiera agradecido.

René bajó las escaleras de dos en dos. La mujer del ascensor le había entretenido unos minutos que fueron suficientes para llegar tarde a la cita. Sin embargo, el problema siempre era el mismo: salir de casa con el tiempo justo.

Entró con sigilo en la sala, lo que le permitió sentarse en una de las sillas más próximas a la puerta sin que nadie lo advirtiese. No era lo habitual, pero ese día estaban dispuestas en filas. Observó que alguien se había molestado en descorrer las cortinas. Él no lo consideraba necesario; el local contaba con una excelente iluminación neutra, que generaba un ambiente idóneo, de lo más parecido a la luz del día. Ese

lugar proyectaba en René tranquilidad y buenas energías, quizá debido al color cándido de las paredes o tal vez el motivo fuera la voz cristalina y apacible de Alejandro. Todos permanecían sentados y escuchaban con atención sus explicaciones. La charla parecía interesante. Hablaba de los sentimientos en la mayoría de las personas con pensamientos suicidas y el tema le resultó de lo más familiar. Reconocía cada una de las frases que el terapeuta pronunciaba, porque las había vivido tal cual. La enfermedad y posterior muerte de Nata le sumió en una profunda depresión que le impedía, entre otras cosas, superar el dolor, pensar con claridad, tomar decisiones, ver alternativas, valorarse a sí mismo… Incluso dormir o trabajar.

Estas circunstancias formaban parte de su vida día tras día, año tras año. Miraba a los participantes de la sesión con la certeza de que, por desgracia, habrían atravesado su mismo infierno y eso le angustiaba, pero afortunadamente todos ellos parecían haberlo dejado atrás. Todos estaban allí para superar el enfado, la humillación o vergüenza de los momentos posteriores a un intento de suicidio, para recuperarse y tener una vida normal, ajena a ese tipo de pensamientos.

—Me gustaría ofreceros algunas ideas que os servirán para vuestra recuperación —dijo Alejandro, señalando una pizarra donde había escrito con tiza cuatro palabras con sentido propio—. Un amigo; una persona en quien confiéis y con quien seáis sinceros os puede servir de gran ayuda. Las rutinas; es muy importante tener unos horarios de comidas y sueño para recuperar la normalidad. *Hobbies*. —Utilizó un tono de voz más alto para enfatizar la palabra. Sin duda interrumpió los pensamientos de Abel, que dio un bote al oírlo—. Debéis retomar todas aquellas actividades que os resulten agradables y entretenidas. Y, por último, pero no menos importante, identificar cuál es la causa que origina esos pensamientos. De esa forma los tendréis más controlados. Cada una de estas cuatro palabras os van a servir de ahora en adelante.

René estaba de acuerdo con la oratoria. Al menos a él le resultaba.

La sesión terminó y un murmullo se extendió por la sala en el momento en que todos se levantaron a la vez. Comenzaron a hablar unos con otros mientras se ponían la ropa de abrigo, antes de marchar.

—Por lo visto, queridos, nos quedamos a tomar una copa los de siempre —dijo Raúl mientras se colocaba un Borsalino de color gris a juego con el abrigo.

—¡Pareces un gánster de los años treinta! —bromeó Lucía.

—¿Y sabes por qué este tipo de sombrero se asocia a los mafiosos?

La joven parecía esperar impaciente la explicación… Y el resto, también.

—Porque se utilizó en el cine. —Comenzó a abrocharse el abrigo

mientras daba la explicación—. En dos películas francesas: *Borsalino*, en la que dos ladrones de poca monta se unen para llevar a cabo diversos negocios y acaban trabajando para los capos de la mafia de la ciudad, y *Borsalino & Cia*. Ambas fueron protagonizadas por Alain Delon y la acción se desarrolló en Marsella, en 1930 y 1934, respectivamente.

—Eres una enciclopedia con piernas —dijo Alejandro mientras los invitaba a salir a la calle—. Tengo el tiempo justo para tomar una cerveza. Me ha surgido un imprevisto y debo estar en la universidad dentro de un par de horas.

—¿En la universidad? —preguntó René.

—Sí. En realidad, me gano la vida como profesor, aunque las clases me permiten cierta flexibilidad de horarios, que aprovecho para venir aquí.

—No lo sabía.

—Ya nos irás conociendo.

Si algo había aprendido después de su trágica experiencia era a no actuar de forma impulsiva. René necesitaba reflexionar antes de tomar una decisión y eso es lo que hizo durante la siguiente semana. Decidió no comentar con nadie las coincidencias que había observado en los suicidios acaecidos en las vías del tren hasta no contrastar datos y, para ello, lo primero era localizar a algún familiar.

El miércoles por la noche se entretuvo buscando direcciones con los datos recabados en el Registro Civil. Utilizó la versión *online* de la tradicional guía telefónica en papel, las Páginas Blancas. A decir verdad, le resultó más complicado de lo que pensaba. Aparecían varias personas con los mismos nombres y apellidos en toda la provincia de León. Después, optó por las redes sociales para depurarlo y consiguió limitar la lista a tres direcciones, aunque solo en el caso de uno de los fallecidos. Aplazó la búsqueda del resto para otro momento; sabía que le llevaría mucho tiempo y se encontraba cansado.

La frecuencia de las sesiones había disminuido a tres por semana, lunes, miércoles y viernes, y ese jueves decidió dedicarlo por completo a continuar con la investigación. Aprovechó, también, para llamar a Fernando. A pesar de las circunstancias era consciente de que no debía perder su puesto de trabajo. Después de un buen rato de conversación y tras llegar a un acuerdo en cuanto a la fecha de reincorporación, le comentó *grosso modo* el tema del artículo sobre el que iba a escribir y pareció convencerle lo suficiente como para que le concediese un tiempo razonable antes de entregarlo.

Aún no se había acabado de vestir cuando el timbre de la puerta sonó varias veces. Alguien llamaba con insistencia. Quien quiera que fuese tenía prisa, por lo que acudió a abrir sin más ropa encima que un pantalón vaquero y unas zapatillas.

—Soy Laia, del cuarto A. —Lo miró de pies a cabeza durante unos segundos antes de continuar—. He llamado a unas cuantas puertas y eres el primero que me abre. —Parecía angustiada—. Es que tengo un problema con un escape de agua en la cocina y pensé que algún vecino podría ayudarme antes de hablar con el agente de la inmobiliaria.

—Yo te conozco… Eres la del ascensor del otro día —dijo él con sorpresa.

—Sí, sí, sí, yo a ti también. ¡Se me está inundando el piso! Rápido —lo apremió con un gesto para que la siguiese.

Pensó en coger una camiseta, pero desechó la idea de inmediato. Las prisas le llevaron a cerrar con un sonoro portazo y corrió tras ella, escaleras arriba.

Se detuvo en el descansillo del cuarto piso, antes de entrar en la vivienda. Abrió una puerta de pequeñas dimensiones camuflada con el mismo tono de madera de haya que el resto de la pared. La puerta escondía todas las llaves de paso de las viviendas de la cuarta planta.

—Echa un vistazo ahora —le dijo después de girar una de ellas.

La mujer se apresuró a entrar.

—¡Ya está! ¡Gracias! —voceó.

René la siguió hasta la cocina y observó un gran charco de agua en el centro que se extendía hacia el recibidor.

—Es importante conocer estos detalles. El dueño del piso me lo enseñó el primer día —dijo él mientras la ayudaba a secar el suelo con unas toallas que tenían el aspecto de ser nuevas.

—Pues está claro que a mí no —gruñó ella.

—¿Siempre eres así o solo sacas ese mal carácter con los vecinos? —Él no entendía que un comportamiento tan irascible le resultara agradable, aunque, en el fondo, sabía por qué. Le recordaba mucho a Nata.

—Este carácter me viene de serie. —Le dirigió una mirada desafiante.

—En fin. Si necesitas algo más, ya sabes dónde vivo.

Se despidió, regresó a casa y fue directo a la habitación. Escogió una camisa y un jersey que combinaban a la perfección con los vaqueros oscuros que llevaba puestos. Guardó la agenda y el bolígrafo que siempre le acompañaban y se dispuso a marchar cuando, de pronto, se detuvo delante del espejo del recibidor. Su reflejo era diferente; mostraba una tímida, pero auténtica sonrisa en el rostro que no veía desde hacía años.

Condujo de camino a la primera dirección que apuntó en la agenda. Se trataba de Luis Gómez Velasco, de sesenta y cinco años, natural de San Bartolomé, según constaba en el certificado de defunción. Localizó tres direcciones diferentes, cuyos titulares coincidían con el mismo

nombre y apellidos que los de la víctima. No le quedó más remedio que coger el coche. Quería realizar las tres visitas esa misma mañana y una de las direcciones se encontraba fuera del municipio.

Decidió llevar un orden y comenzó por la vivienda más cercana. Era un bloque de pisos próximo al suyo. Tardó poco menos de cinco minutos en llegar y se alegró de encontrar una plaza de aparcamiento libre justo delante del portal.

Cerró el coche y observó durante unos segundos el edificio, después llamó al portero y esperó.

—¿Sí? —preguntó una voz de hombre al otro lado del telefonillo.

—Disculpe, ¿vive aquí Luis Gómez Velasco?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Ah… —Pensó una excusa—. ¡Cartas del banco!

—Déjelas en el buzón, por favor —dijo el hombre antes de abrir la puerta.

René se dio media vuelta y tachó en la agenda al primer candidato. Después se subió al coche y puso la segunda dirección en el navegador. Esperaba que fuera cualquiera de las otras dos.

El siguiente domicilio quedaba en la otra punta de la ciudad. Era una zona con más tráfico y menos plazas de aparcamiento, motivo por el que optó por dejar el coche en el *parking* más cercano.

Pensó en almorzar después de la visita. Un apetitoso olor a tortilla recién hecha le invitó a pararse en mitad de la acera. Observó que provenía de un pequeño bar apenas unos metros más atrás de la dirección que buscaba. Se plantó delante del portal y llamó al portero.

—¿Sí? —Parecía la voz de una mujer.

—Buenos días, busco a Luis Gómez Velasco.

—¿Padre o hijo? —contestó con un volumen de voz más alto—. Aunque ahora que lo pienso, da igual, porque ninguno de los dos está en casa.

René cabeceó mientras mantenía el hombro apoyado en la puerta. Sonrió al pensar que no era su día.

—No se preocupe, solo quiero dejar publicidad en el buzón. —Se le ocurrió utilizar la misma excusa.

—¿Publicidad? ¿Ha dicho publicidad? De ninguna manera. No pienso abrirle. ¡Me llenan el buzón de porquerías!

Escuchó los gritos de la señora por el telefonillo, cuyo volumen disminuía a medida que se alejaba en dirección al bar. Ocupó una mesa en la calle. Hacía frío, pero iba abrigado y la terraza contaba con unos potentes calentadores que permitían un ambiente agradable aun en pleno invierno. Mientras degustaba el apetitoso pincho de tortilla, acompañado de una taza de caldo, sacó la agenda y tachó la segunda dirección. Tuvo dudas con la tercera y última opción. Las posibilidades de encontrar a la persona que buscaba se reducían. Se

trataba de otro municipio y, según los datos recabados por él, Luis era natural de San Bartolomé. Pensó en encargar la búsqueda del resto de direcciones a Víctor. Seguro que era capaz de encontrarlas en menos tiempo de lo que él había tardado en tomar el desayuno.

Minutos después condujo de camino a Villalomar, un pueblo a quince kilómetros de San Bartolomé. La dirección a la que el GPS le llevó era una tranquila y acomodada zona de chalets adosados.

Aparcó delante del número doce y se bajó del coche con recelo. Debía tener preparada una buena excusa en caso de equivocarse de nuevo. No había telefonillo, de forma que, mientras caminaba por el jardín de entrada hasta la puerta, iba pensando qué decir cuando, de pronto, escuchó que alguien le hablaba.

—¿Qué desea?

Era una mujer joven; no aparentaba más de treinta y tantos e iba ataviada con un pantalón de trabajo y una sudadera. Llevaba puestos unos guantes de jardinería manchados de tierra. Él advirtió que la había interrumpido mientras trasplantaba flores de pequeños tiestos a grandes jardineras que decoraban el jardín.

—Disculpe. Estoy buscando a Luis Gómez.

—¿Y quién lo busca? —preguntó con mirada inquisitiva.

—Me llamo René. Soy periodista y estoy escribiendo un artículo sobre la labor de la asociación Apovi en San Bartolomé. —Prefirió no ir al grano y observar antes su reacción.

Ella lo miró extrañada. Se quitó los guantes, que sujetó con una de las manos mientras se atusaba el pelo con la otra.

—¿Y eso que tiene que ver con mi padre?

—Perdone, quizá me haya equivocado. No solo escribo sobre la asociación, sino también sobre casos concretos acaecidos en la zona y durante la investigación encontré una noticia fechada el veinticuatro de noviembre de 2018. El suceso ocurrió dos días antes. Una persona fue arrollada por un tren de mercancías. En la noticia aparecieron unas iniciales que coincidían con las del nombre y apellido de su padre. —Sabía que estaba en la casa correcta. De otra forma, ella ya le habría echado—. Lo contrasté con los certificados de defunción del Registro de esa fecha, pero tal vez se trate de otro Luis Gómez.

La mujer permaneció callada unos segundos y, con gesto serio, retomó la faena. Regresó a la jardinera, dándole la espalda, y comenzó a hablar.

—Mi madre siempre creyó que fue un accidente. Nunca pisamos la asociación, aunque a ella le hubiera venido bien. Fue traumático y aún no nos hemos recuperado. Mi padre no tenía ningún motivo para suicidarse. —Parecía costarle mencionar el tema.

—¿No observaron en él cambios de rutina, de patrones, cambios de humor o necesidad de estar solo? ¿No mostró signos de advertencia?

—Y si los mostró no fuimos capaces de verlo —dijo mientras se giraba para mirarle a los ojos—. Ninguna de las dos. —Retomó el trabajo de jardinería y comenzó a remover la tierra enérgicamente con una paleta—. Mi madre vive aquí. Yo ocupo el apartamento de San Bartolomé, que también es de ella, pero decidí acompañarla después de lo ocurrido. Llevo un año en Villalomar.

René observó en ella tristeza y un gran sentimiento de culpa.

—¿Y en los días previos al veintidós?

La mujer negó con la cabeza.

—El veintidós fue jueves. La víspera, me pasé por la tarde para hacerles una visita, como todos los miércoles. No observé nada extraño, aunque, ahora que recuerdo, ese día me quedé a cenar. —Clavó la paleta en la tierra y miró al horizonte. Como si el hecho de no utilizar las manos le ayudara a pensar—. Mi madre lo observó preocupado desde la mañana y me lo dijo. Al principio no le hice mucho caso; cualquier cosa la inquieta, pero me insistió. Mi padre prefería hablar conmigo antes que con ella si algo le preocupaba. Por eso me quedé a cenar.

—¿Podría hablar con su madre?

—Sí, por supuesto. Sígame. —Le indicó por dónde entrar.

Una mujer triste, de aspecto cansado y no muy mayor, permanecía sentada en una butaca del salón con la televisión a todo volumen. Se entretenía tejiendo lo que parecía una colcha de ganchillo. Lo conocía porque era uno de los entretenimientos preferidos de Nata, pero ella lo llamaba *crochet*.

—Está un poco sorda, ¿sabe? Se llama Rosa. Por cierto, mi nombre es Lola. Creo que no me había presentado —dijo mientras bajaba el volumen del televisor—. ¡Mamá! Este señor se llama…

—René. Me llamo René —dijo él utilizando el mismo volumen de voz que la hija.

—Es periodista y está escribiendo un artículo. Me pregunta por papá.

La señora dejó el ganchillo y se levantó con cierta dificultad para saludarle.

—Encantada. Usted dirá en qué podemos ayudarle —le dijo amablemente.

—Estoy investigando casos concretos de suicidios ocurridos en la zona. —El comentario cambió el semblante de Rosa—. Según me ha comentado su hija, usted cree que fue un accidente, ¿por qué?

—Quizá porque aún no me atrevo a pensar que tuviera algún motivo para suicidarse. Una persona jubilada, con salud, con una hija estupenda —lanzó una tierna mirada a Lola— y una pensión que nos permite vivir más o menos bien. Para mí es más sencillo creerlo así.

—¿Qué es lo que ocurrió?

En ese momento, Lola desapareció del salón por unos minutos.

—El maquinista declaró que observó un bulto sobre las vías a su paso. Era de noche y apenas tuvo tiempo de frenar. El hombre pensó que se trataba de algún animal.

—Quizá estaba enfermo… —dijo él. Intentaba obtener toda la información posible mientras anotaba datos en la agenda.

—No. —Fue rotunda y enérgica en la respuesta—. Mi marido no estaba enfermo. —Rosa intentaba recuperar un tono de voz más calmado—. Además, está lo otro, lo de la nota. —Dirigió la mirada a su hija, que había regresado y permanecía apoyada en el quicio de la puerta con los brazos cruzados, mientras escuchaba el relato—. Escribió una nota de despedida.

René se giró hacia ella.

—Mi padre dejó escrito que no quería continuar viviendo con una carga tan grande a sus espaldas… —Le mostró varios trozos de papel unidos entre sí por finos hilos de pegamento. En su conjunto parecía una tarjeta de visita—. Además, encontramos esto días después. Debió de hacerlo añicos, pero siempre se me han dado bien los puzles. Me dediqué a recomponerlo con mucha paciencia. Supongo que buscaba una explicación a lo que hizo —dijo con resignación.

—¿Me permite un momento? —preguntó mientras observaba de cerca la original reconstrucción—. ¿Significa algo para ustedes?

—No. Ni los versos. Ni esos números que aparecen en la parte de abajo. Además, me ha sido imposible escanear el código QR. Está muy deteriorado.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó mientras intentaba memorizar la frase, no sin dificultad. *«Nunca de suyo fue culpable y mala la muerte a quien la vida no resiste; al malo aborrecible; al bueno, amable»*. El número le resultó más sencillo: «22112130».

—En la papelera del despacho —dijo Rosa sin levantar la vista de la labor que tenía entre manos—. Mi marido utilizaba una de las habitaciones a modo de oficina. No quería que lo encontrara, por eso lo rompió. Sin embargo, la nota de despedida la llevaba encima. —Levantó la mirada con los ojos vidriosos—. Es gracioso, ¿no le parece? Quería que supiéramos que tenía un motivo para hacer lo que hizo, pero se fue sin aclarar cuál.

Capítulo 5

René llegó a casa preocupado y expectante; solo quedaba un día para comprobar su disparatada teoría. Siempre había presumido de buena memoria, aunque sabía que le había jugado malas pasadas últimamente por culpa de la medicación, debido a lo cual decidió tomar nota de los versos en la agenda. Hubiera sido más fácil fotografiar la tarjeta, pero no quiso abusar. No de momento.

La mente no cesaba de plantearle preguntas sin respuesta, que caían en un saco a rebosar de confusión y dudas. Absorto en esos pensamientos, entró en la casa sin reparar en que había alguien más. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la habitación para cambiarse de ropa. Aún no había sacado el pijama del cajón cuando oyó ruidos extraños. Se quedó inmóvil, resguardado detrás de la puerta, mientras aguzaba el oído para percatarse de que provenían de la cocina.

En ese momento buscó con la mirada algún objeto contundente a su alrededor y se fijó en una de las lámparas que adornaban las mesillas colocadas junto a la cabecera de la cama. Parecía bronce. Sin pensarlo dos veces la agarró y salió a hurtadillas, con paso sigiloso, hacia la cocina. Había alguien agachado al otro lado de la isleta.

—¡Ahhhh! —voceó mientras se dirigía, lámpara en mano, a golpearle con todas sus fuerzas, cuando el hombre se levantó.

—¡Noooo! ¡La lámpara no! ¡Es un regalo! —gritó Ramón al ver peligrar una de sus joyas.

—¿Qué haces aquí? He estado a punto de matarte.

—Culpa mía. Lo siento —se disculpó mientras le quitaba de las manos tan preciado objeto, que a punto estuvo de convertirse en un arma homicida—. Te dije que me pasaría a verte. Mañana tengo unos asuntos pendientes que resolver en San Bartolomé y he decidido quedarme a pasar la noche, si no te importa.

—Como si estuvieras en tu casa —bromeó mientras regresaba a la habitación—. Pero la próxima vez procura avisarme o no respondo.

La respuesta de René provocó una carcajada de alivio en ambos.

—¿Cómo llevas el encargo de Marisa? Y, lo más importante, ¿cómo te encuentras tú?

—Mejor. Supongo que más tranquilo. No sé si por la terapia o por retomar el trabajo. —Descorchó una botella de vino y permaneció en silencio mientras observaba que desde la cocina podía contemplarse una de las estanterías del salón repleta de libros—. Oye, ¿a ti cuando te da tiempo a leer todo eso? —dijo señalando con la botella hacia la estantería.

—Ya sabes que siempre me ha gustado la literatura. Pero no, no he

leído todo lo que hay ahí. —Sacó un par de copas y retomó el hilo de la conversación—. No me has respondido, ¿qué tal llevas el artículo?

—El artículo… —Pensó un segundo la respuesta. No quería contaminar su investigación con opiniones—. De momento solo recopilo información, aunque tengo algunas dudas. Pensé que eras socio de Marisa cuando me hablaste de la aportación económica.

—No, no. No quiero más líos —dijo con rotundidad—. Bastante tengo con mi negocio.

René sabía que, desde que acabó la universidad, se había dedicado en cuerpo y alma a continuar el negocio familiar. Una empresa de transportes.

—¿Y qué sentido tiene una aportación económica a Apovi?

—Deducciones fiscales, sin más.

—¿De qué conocías a Marisa?

—La conocí cuando era un crío. Años más tarde coincidí con Francisco, aunque en ese momento desconocía que se trataba de su marido. Ella ha hecho una buena labor con muchos jóvenes y no tan jóvenes en los últimos diez años.

Después de un instante de silencio entre ambos, René se decidió a romperlo.

—Si hubieras descubierto algo importante y pensaras que alguien a quien no conoces pudiera estar en peligro, ¿qué harías?

—Sin duda, comunicarlo a la policía —dijo de forma concluyente.

Se levantó con tiempo suficiente para desayunar tranquila. Laia conocía la importancia de un buen desayuno; era lo que su madre le había inculcado desde muy pequeña y que dejó de aplicar en cuanto se independizó. Las circunstancias la obligaron a priorizar la casa, el trabajo o cualquier otra obligación por delante de unos hábitos de vida saludables.

A diario le bastaba un café con leche antes de salir de casa, pero era el primer día de trabajo en su nuevo destino y los nervios le pedían llenar el estómago. Preparó un desayuno completo, a base de pan tostado con aceite y sal y un bol de fruta, además del café. Sonreía mientras lo degustaba. La imagen le traía buenos recuerdos de la infancia.

Después de recoger la mesa echó un vistazo a la calle desde la ventana de la habitación. El día, que había amanecido oscuro, casi negro, presagiaba la gran tormenta que ya se anunció días atrás. A menudo, cuando hacía mucho frío, utilizaba la técnica de la cebolla para vestirse: camiseta sobre camiseta y jersey sobre jersey. Completó el atuendo con unas botas militares que, además de abrigar, le resultaban muy cómodas y decidió ir andando al trabajo.

No le parecía una gran caminata y pasear la ayudaría a calmar los nervios que aumentaban cada segundo que transcurría. Le gustaba su

profesión. Siempre reconoció ser buena en lo suyo, a pesar del suceso ocurrido en el último caso, que le dejó una huella difícil de borrar. Tardó tiempo en darse cuenta del motivo de los sudores fríos, palpitaciones y sensaciones de ahogo cada vez que entraba a un bar repleto de gente o en un centro comercial en hora punta.

Desarrolló algunas fobias, que la incapacitaron de forma transitoria y fueron el motivo por el que necesitó ayuda profesional durante el último año. Los lugares cerrados con aglomeraciones de gente le provocaban fuertes ataques de ansiedad desde el último caso resuelto, en el que su compañero perdió la vida. En ese momento el miedo se apoderó de ella. El psicólogo acabó poniéndole un nombre a algunas de aquellas sensaciones que tan a menudo la atormentaban: enoclofobia. Necesitó aprender a controlarlo para volver al trabajo y debía volver al trabajo para enfrentarse a los fantasmas que la acechaban desde entonces.

El traslado a San Bartolomé la ayudó. Un cambio de aires siempre viene bien en esas circunstancias, aunque sabía que su carácter autoexigente, introvertido y adusto no le facilitaría las relaciones sociales en el nuevo puesto. Esto último lo tenía asumido.

Veinte minutos después llegó a la comisaría. Se detuvo delante de una puerta de aspecto pesado y grandes dimensiones por la que no cesaba de entrar gente. La observó unos minutos con atención. Cruzarla significaba algo más que comenzar la jornada laboral; suponía dejar atrás un año de dudas, miedos e incertidumbres y emprender una nueva etapa.

—¿Estamos todos? —preguntó el comisario Prieto mientras miraba la hora en el reloj de pulsera—. Es viernes y sabéis que los viernes me gusta salir puntual.

Laia permanecía a su lado, callada y de brazos cruzados. Después de mantener una reunión con él, examinaba con detalle a todos y cada uno de los miembros del que sería su nuevo equipo de trabajo.

—Falta Ferrer —apuntó la única mujer del grupo—. Está tomando declaración a un vidente.

El tono burlón que utilizó provocó la risa de todos.

—¿Qué quiere decir, Uribe? —preguntó el comisario con un tono firme que acalló los murmullos de inmediato.

—Un tipo… Por lo visto viene a denunciar un suicidio que aún no ha ocurrido — contestó en voz alta—. ¡Pirados! —susurró después con disimulo, mientras se rascaba la nariz.

Prieto cabeceó. Volvió a mirar la hora sin hacer demasiado caso del comentario y se dispuso a iniciar la reunión.

—Como ya saben, el inspector González nos dejó la semana pasada.

—Hombre, dicho así, da la sensación de que ha pasado a mejor vida —interrumpió Uribe. Sin duda era la graciosa del grupo.

—¿Puedo continuar? —protestó. Comenzaba a perder la paciencia—. La inspectora Laia Balaguer lo sustituirá en sus funciones.

Todas las miradas se dirigieron a ella. Por un momento comenzó a sentir cierto agobio, que supo resolver de inmediato con alguna que otra profunda respiración, de la que nadie pareció percatarse. Decidió ponerse una coraza en ese momento y enfrentarse a todo lo que la atemorizó durante tantos meses.

—Ellos son el subinspector Garrido y los oficiales Uribe, Velasco…

—Y Ferrer. Lo siento, me he retrasado —dijo el agente que llegaba en ese momento.

—Garrido, muéstrele su puesto de trabajo y los asuntos pendientes —ordenó Prieto—. Si no les importa, yo me retiro.

—Laia Balaguer… ¿Es catalana? —preguntó el subinspector con ánimo de iniciar una conversación.

—No, mi padre lo era. Yo nací en Madrid —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor.

Observó que compartía despacho con él. Los oficiales ocupaban una sala aparte. Todo parecía muy ordenado. Los documentos, el material de oficina… Incluso alguien se había molestado en colocar un pequeño jarrón de flores sobre su mesa.

—No me gustan las flores, ¿se las puede llevar? —Deseaba continuar marcando distancias con un tono frío y cortante. El gesto del subinspector en respuesta a su comentario le dio a entender que había captado el mensaje a la primera.

—De acuerdo. —Retiró el ramillete y lo sustituyó por unos cuantos expedientes—. Tenemos algún caso de robo con violencia e intimidación, un par de denuncias por desaparición y algo que parece estar poniéndose de moda: simulación de delitos.

—No es el primer caso de ese tipo que me encuentro.

—Aquí no es lo habitual.

Garrido permaneció en silencio a su lado, mientras ella ojeaba el contenido de los archivos.

—Gracias, ¿algo más? —le preguntó. Aún permanecía observándola de pie, después de un rato.

—No, no… —titubeó mientras señalaba con ambas manos la mesa de trabajo al otro lado de la sala—. Me vuelvo a mi sitio.

Lucía había hecho grandes progresos durante el último año. Llevaba tres conviviendo con su tía, Valeria, en San Bartolomé. Durante todo este tiempo, la cuidó y animó para salir adelante como si de una madre se tratase, aunque no fue precisamente lo que hizo la suya, siempre ocupada en mantener una imagen perfecta y una aparente vida social tras la que escondía una realidad de excesos, fracasos y carencias, donde no había cabida para una sola preocupación más.

Los primeros años fueron los peores. La enfermedad la había

consumido por dentro y por fuera. Su cuerpo encorvado, de casi un metro setenta y cinco, apenas pesaba cincuenta kilos. Se encontraba abatida, desganada, pero siempre le quedaba fuerza para continuar atentando contra ella misma, hasta tocar fondo con el intento de suicidio.

Le costó dejar de ver esa imagen distorsionada, de formas desproporcionadas y obesas que le devolvía el espejo cada mañana. Su madre siempre se encargó de minarle la autoestima desde muy joven, de forma tan sutil que apenas fue consciente de ello hasta el día que tomó esa trágica decisión, y hubiera vuelto a intentarlo de no haber sido por su tía.

Después de tres años de terapia todo había cambiado. Era muy consciente de que aún le faltaban kilos, pero ahora le sobraban ganas de vivir.

Era domingo y se disponía a salir con el grupo de amigos para dar una vuelta, que, como todos los fines de semana, consistía en hacer botellón en un paraje cercano a las vías del tren, pero lo suficientemente alejado de la estación como para que nadie los molestara. Sabía que no podía beber, la medicación se lo impedía, quizá algún sorbo que otro. Lo importante era pasar un rato divertido.

—¿Te has abrigado? Hace frío. Te dejo cena en el horno. No vengas tarde.

—Sí, tía. No te preocupes —dijo mientras terminaba de ondularse el pelo con unas tenacillas. No se encontraba favorecida con el pelo lacio pegado a la cara. Después, guardó las llaves en el bolso junto a un lápiz de labios de color rojo intenso. Nunca salía sin él.

Un grupo de jóvenes la esperaba en el portal. Se conocieron el año anterior en una academia, cuando ella comenzó a encontrarse con fuerza para continuar los estudios en San Bartolomé.

—Lucía, ¿has visto el tatuaje que se ha hecho esta? —preguntó Luis con una sonrisa, mientras señalaba a una de las chicas.

—¿A ver? ¿Cómo te ha quedado, María? —le preguntó mientras se abalanzaba sobre ella.

—Venga, vamos, que no llegamos —dijo otro de los chicos, que llevaba un pequeño altavoz junto al móvil en la mano.

Al paraje se accedía a través de un camino que, si bien no estaba asfaltado, tenía farolas suficientes que lo iluminaban. Decidieron no adentrarse demasiado, como otras veces, y se quedaron bajo una de las zonas iluminadas del camino. Entre bromas, risas y música a todo volumen comenzaron a servirse la bebida y a fumar. Parecían tener prisa por hacerlo todo a la vez, puesto que el lunes madrugaban y eso significaba que al cabo de un par de horas deberían estar de vuelta en casa. Lucía no quiso beber, en cambio sí encendió algún que otro cigarrillo mientras hablaba con María.

—¿Y duele mucho? —Le acarició la zona tatuada.

—¡Qué va! Bueno, en realidad sí. Utilicé una crema anestésica que, la verdad, no me sirvió de mucho. ¿Te gusta?

—Me encanta. —Dio una calada al cigarro antes de continuar hablando—. Quizá me haga uno. Aunque, pensándolo mejor, no. Mi tía es capaz de echarme de casa.

Las dos soltaron una sonora carcajada y, al instante, María comenzó a mover las piernas, como siempre ocurría después del primer *gin-tonic*. Le hacía gracia la forma en que las abría y cerraba de manera compulsiva.

—Acompáñame, por favor, no puedo aguantar más. Creo que mi vejiga va a explotar.

—¡Chicos! Nos alejamos un momento. María se está…

No le permitió terminar la frase. Le agarró la manga de la chaqueta y tiró de ella tan fuerte que la dejó con la palabra en la boca.

—¡Oye! —gritó molesta—, que casi me tiras el cigarro.

—Perdona, es que no puedo más.

Cuando se dio cuenta, ambas corrían de la mano en dirección a la zona más oscura de la campa. Apenas veían por donde pisaban, momento en que Lucía decidió utilizar la linterna del móvil.

—Venga. Date prisa. Sabes que no me gusta alejarme mucho y no sé cómo te las arreglas para encontrar lugares cada vez más escondidos.

—Pero qué miedosa eres.

—¿Miedosa yo? —Forzó una risita burlona y la enfocó con la linterna. María permanecía en cuclillas detrás del arbusto, con el pantalón y las bragas en los tobillos.

—Un poco de intimidad, por favor. —La luz la deslumbró y la obligó a girar la cabeza hacia el otro lado durante unos segundos mientras Lucía reía—. Un momento… —De pronto se puso en pie de un salto y se vistió en una milésima de segundo.

—¿Qué te ocurre?

—Ahí, ahí… —Señalaba una zona próxima al lugar en el que se encontraban.

—Ahí, ¿qué? —preguntó preocupada por la reacción de su amiga—. No veo nada.

—¡Pues que me ha parecido ver algo!

Lucía se aproximó con sigilo. Iluminó el lugar con la linterna. Había algo en el suelo entre unos arbustos. La curiosidad venció al miedo que, en ese momento, ambas sentían. Se agacharon a la vez para observar qué era aquello que les había llamado la atención.

El grupo de jóvenes continuaba la fiesta, ajenos a lo que ocurría a su alrededor, cuando unos gritos les interrumpieron. Reconocieron, de inmediato, las voces de las chicas y echaron a correr en su busca, soltando por el camino varios vasos de plástico, botellas y bolsas de

snacks que sujetaban en las manos. Dejaron a su paso un reguero de basura, que, sin duda, les permitiría reconocer el camino de vuelta sin problemas.

Las dos permanecían agachadas cuando el resto del grupo llegó. Lucía echó la vista atrás y les señaló, en silencio, con la linterna del móvil dónde debían mirar. Todos se sobrecogieron al observar una mano hinchada y de aspecto cetrino, que asomaba por entre unos matorrales.

La inspectora Balaguer accedió al lugar media hora después de que la zona hubiera sido acordonada. Para entonces, Garrido, junto a otros dos oficiales de policía, habían tomado declaración a cada uno de los chicos, que esperaban impacientes poder regresar a sus casas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al subinspector al mismo tiempo que se colocaba unos guantes de látex. Caminaba deprisa a su lado.

—Unos chavales han encontrado un cuerpo entre unos matorrales mientras hacían botellón por la zona.

Laia observó el semblante asustado de los jóvenes, que permanecían detrás del cordón policial, y se dirigió de nuevo a él.

—¿Les han tomado declaración a todos?

—Sí.

—¿Entonces, qué hacen aquí? —le recriminó—. Dígales, por favor, que regresen a sus casas.

El subinspector obedeció sin rechistar y Laia aprovechó para acercarse al cadáver. Le echó un vistazo. Se inclinó sobre el cuerpo y le pidió a uno de los agentes que iluminase la zona.

Tenía un golpe muy fuerte en un lado del cuerpo y la cara tan magullada que era imposible de reconocer.

—Parece que le ha pasado un tren por encima. Está destrozado —dijo ella dirigiéndose al forense, que permanecía en cuclillas. Recogía unas muestras dentro de bolsas de plástico.

—En efecto. Eso es lo que ha ocurrido. —Le tendió la mano para saludarla—. ¿Es usted la nueva inspectora? Soy Daniel.

Ella correspondió al saludo.

—Inspectora Balaguer… —Se presentó mientras pensaba en el comentario que acababa de escucharle—. ¿Me está diciendo que lo ha arrollado el tren?

—Para ser exactos, diría que algo le ha golpeado con tanta fuerza que lo ha desplazado a varios metros y, por los daños que presenta y la cercanía a las vías, estoy casi seguro de que ha sido el tren, pero necesitaremos la luz del día para revisar todo a conciencia.

—¿Un accidente, quizá?

—Es posible. O un suicidio. No sería el primero, ni el último, que se lanza al tren a su paso, aunque, fíjese, está desnudo. Hemos encontrado la ropa tirada unos metros más atrás.

—¿Qué quiere decir?

—Que es raro que alguien se quite la ropa para después suicidarse. Tal vez el hombre tenía algún trastorno mental.

—¿Y el impacto? —cambió de tema—. El tren no paró.

—Es posible que el maquinista no se percatara. Es de noche y esta es una zona en la que cruzan las vías muchos animales cegados por los destellos de las luces en mitad de la noche.

—Las jóvenes que lo encontraron se separaron del resto del grupo un momento —dijo el subinspector, que se había incorporado a la conversación.

—¿Qué es eso de que se separaron del grupo un momento? ¿Para qué?

—Bueno, ya sabe… Para hacer aguas menores.

—Para mear, Garrido, se dice mear. —El forense se giró en un intento de ocultar una incipiente sonrisa—. ¿Cuándo sabremos de quién se trata?

—Mañana procuraré darle más información —respondió Daniel.

—De acuerdo, le haré una visita sin falta.

El subinspector la acompañó hasta el coche. Lo había dejado aparcado en el camino sin asfaltar, a la entrada de la campa. La tierra se notaba húmeda por la lluvia de los días anteriores y se apreciaban los desniveles del terreno al caminar, que se tornaba aún más complicado por la oscuridad de la noche.

Se detuvo de pronto con la sensación de haber recordado algo importante.

—¿Ferrer está por aquí?

—No, he venido con Velasco y dos oficiales más.

—Dígale que mañana quiero verlo en mi despacho —le ordenó antes de meterse en el coche—. Creo que el viernes pasamos por alto algo que ahora me parece importante.

Capítulo 6

25 de noviembre de 2019

Eran las ocho de la mañana y una niebla espesa cubría la ciudad por completo. Difícilmente permitía observar los edificios situados a menos de cinco metros de la cafetería, donde Laia trataba en vano de entrar en calor con una humeante taza de café entre las manos.

Echó un vistazo al reloj mientras se ajustaba la bufanda de lana alrededor del cuello. Dejó un euro con cincuenta céntimos sobre el mostrador antes de salir y cruzó de acera con paso decidido. A pesar del abrigo, notaba cómo el frío le hacía estremecer hasta encogerse como una anciana. Agradeció que la cafetería estuviera tan cerca del Anatómico Forense. Apenas tardó unos minutos en llegar.

—Buenos días —saludó con voz entrecortada. No recordaba un frío tan intenso desde hacía tiempo—. El doctor me espera.

—¿Es usted…? —le preguntó dubitativa una mujer de mediana edad, enfundada en una bata blanca. Parecía no encontrar el dato que buscaba entre el desorden de documentos que llevaba en la mano.

—Inspectora Laia Balaguer. —Le mostró la placa para identificarse.

—Sí, por supuesto. —Levantó la vista, la miró a los ojos y le hizo un gesto con la mano—. Sígame, por favor.

La mujer se dirigió hasta la sala de autopsias y la invitó a pasar. Daniel, inclinado sobre el cuerpo, permanecía de espaldas a ella.

—Buenos días.

—Pase, inspectora. Casi he terminado.

—¿Una noche dura?

—La verdad es que no me puedo quejar. Hace tiempo que no trabajo una noche entera, pero hoy necesitaba terminar cuanto antes.

La víspera apenas se fijó en él. Daniel era un hombre canoso, de mandíbula prominente y ojos hundidos. A ella se le antojaba cierto parecido con una caricatura animada. Decidió eliminar de inmediato ese pensamiento antes de que le provocara una incómoda sonrisa.

El doctor levantó la vista y la saludó.

—Venga conmigo. Me gustaría enseñarle lo que hemos encontrado —se dirigió hacia uno de los armarios y sacó varias bolsas de plástico.

Ella se enfundó un par de guantes de látex para no contaminar las pruebas y abrió una de las bolsas, que contenía un minúsculo trozo de papel. Después, lo desplegó con cuidado de no romperlo.

—¿Qué es esto? ¿Una tarjeta de visita?

—A simple vista es lo que aparenta, aunque el aspecto es peculiar, ¿no le parece?

Observó que contenía un logotipo y leyó los versos que lo acompañaban: *«No la miseria en morir consiste; solo el camino es*

miserable y triste…».

Daniel la miraba. Esperaba alguna reacción a sus palabras, pero ella optó por continuar escuchando, mientras lo fotografiaba con el móvil.

—Como le comenté ayer, la ropa apareció desperdigada en un tramo de varios metros desde donde encontraron el cadáver. La chaqueta y la camisa estaban rasgadas, no obstante, logramos recuperar el pantalón intacto. La hallamos en uno de los bolsillos, junto a esta carta. —Hizo una pausa y la miró con aire pensativo—. Sigo repitiéndome la misma pregunta, ¿quién se desnudaría para después suicidarse?

—Tal y como usted explicó, alguien que esté enfermo, quizá. —Lo abrió y examinó el contenido. Era una nota de despedida firmada por un tal Octavio González.

—La firma coincide con la del DNI. Llevaba la documentación encima. —Señaló otra de las bolsas, que contenía un pequeño billetero negro de piel—. Podemos concluir que la causa de la muerte es un politraumatismo craneoencefálico. Como le dije, el cuerpo salió despedido debido al golpe propiciado, con toda certeza, por la máquina de tren. Situamos la hora de la muerte entre las diez y las once de la noche del día veintidós de noviembre. Pero hay algo más.

Ella echó un vistazo rápido a la sala. Varias mesas con instrumental, un lavabo, algunas baldas metálicas y unos taburetes de color blanco al fondo del local completaban un mobiliario que se alejaba del recuerdo oscuro, tétrico y siniestro de la última sala de autopsias que visitó.

—Sorpréndame.

—He encontrado restos de estramonio en el cuerpo. Ya sabe… —El doctor parecía haber percibido cierta confusión en la mirada de Laia —. La planta alucinógena. Hemos tenido suerte. De haber descubierto el cuerpo horas más tarde, quizá no hubiéramos encontrado vestigio alguno.

—Sí, sí… Sé lo que es el estramonio —le contestó, aunque continuaba confundida.

—Quizá la droga haya sido el motivo para desnudarse. Esta planta contiene gran cantidad de alcaloides ricos en atropina y escopolamina, lo que provoca graves alucinaciones. La persona que lo ingiere está despierta, pero entra en fase de delirio y puede acabar, por ejemplo, tirándose por una ventana.

—O lanzándose al tren a su paso —le interrumpió mientras toqueteaba otra de las bolsas que Daniel posó sobre la mesa—. ¿Y esta flor? —Leyó en voz alta el nombre con el que se había etiquetado la bolsa—. La higuera del infierno —dijo mientras esperaba una aclaración.

—Creo que me ha engañado, inspectora —afirmó el doctor en tono

jocoso mientras se giraba hacia ella—. Usted no sabe lo que es el estramonio. Si lo supiera conocería la belleza y peligrosidad de la flor que tiene entre manos. Floripón, burladora, chamico, hierba del Diablo, hierba hedionda… Aunque el nombre que más me gusta es higuera del infierno. Ese es el motivo de etiquetarla así. Esta flor acompañaba a la tarjeta y… —hizo una breve pausa antes de dar la explicación— es la misma que aparece en el código QR.

Prefería creer en la teoría del accidente. La inspectora estaba convencida de que el traslado a una ciudad más pequeña como San Bartolomé le aportaría la tranquilidad de la que no había disfrutado el último año, pero escuchar la palabra «suicidio» y ver una nota de despedida la inquietó. Le trajo a la memoria el comentario de Uribe horas antes del suceso: «Un tipo… Por lo visto viene a denunciar un suicidio que aún no ha ocurrido».

Condujo de vuelta a comisaría y, de camino, marcó el número de Garrido.

—Buenos días, jefa. Ya sabemos de quién se trata. Su nombre es Octavio González, vecino de San Bartolomé, de sesenta y cinco años y casado —contestó sin que ella le hubiera preguntado aún.

No sabía si valorar su actitud o simplemente buscaba hacerle la pelota. Sabía de quién se trataba. Parecía que el subinspector también había hablado con el forense.

—¿Hay alguna denuncia por desaparición? El cuerpo se encontró dos días después del fallecimiento.

—Según hemos consultado, no consta denuncia alguna.

—De acuerdo, tendremos que hablar con la familia. —Sabía que esta era la parte más desagradable de su trabajo. Nadie se acostumbra a dar ese tipo de noticias. No existe forma buena de hacerlo. Todas las palabras que se dicen con posterioridad al anuncio de la muerte del ser querido no son escuchadas por el familiar, que a partir de ese instante adopta una actitud ausente, obediente, pero ajena. Laia recordó el momento en que le comunicaron la muerte de Jon, su amigo y compañero de trabajo después de un tiroteo del que logró escapar con vida. Él no corrió la misma suerte. De forma instintiva cogió el teléfono para llamarlo. Solo cuando el timbre del aparato sonó en el bolsillo del policía que le trajo la fatal noticia, comprendió del todo—. Te recojo en comisaría dentro de una hora. Por cierto, Garrido, necesito que revisen las cámaras de vigilancia de la estación cuanto antes.

—Está bien.

Durante el camino de vuelta, decidió hacer una parada en una cafetería. La relación entre la cafeína y su estado de ánimo era inversamente proporcional: a peor estado de ánimo, mayor cantidad de café, y ese día era consciente de que el número de cafés iba a ser

elevado. Lo que le esperaba a continuación la mantuvo en tensión y con un gran nivel de ansiedad.

—Uno doble, por favor. —Comprobó la hora en el móvil. Esa parada le suponía llegar tarde a recoger al subinspector, pero le daba igual. Al fin y al cabo, no tenía por qué justificarse en su presencia y necesitaba ese momento con carácter urgente.

Se entretuvo echando un vistazo a la clientela del local mientras le servía uno de los camareros. De pronto, se fijó en un individuo al otro lado de la barra. No era supersticiosa, aunque estaba convencida de que nada ocurre por azar y de que hay circunstancias de las que no se puede escapar. Ese hombre era una de ellas. Se sorprendió al coincidir de nuevo con él.

«¿Qué probabilidades hay de que la persona que se ofrece a ayudarte con las maletas el primer día que llegas a tu nuevo apartamento sea el único en todo el bloque que está disponible para ayudarte a solucionar un escape de agua en tu cocina y además te lo encuentres en la misma cafetería a la misma hora en la que entras a tomar un café?», se preguntó. En otras circunstancias hubiera escapado del destino como alma que lleva el diablo, pero había algo en él que la atrajo desde el primer momento, aunque su tozudez le impedía reconocerlo.

Cogió la taza y se acercó. El hombre tomaba apuntes en una libreta totalmente ajeno a su presencia. Su semblante no era el mismo de las otras dos veces que coincidió con él. Las ojeras denotaban cierto cansancio y parecía preocupado.

—¿Molesto? —preguntó, a sabiendas de que la respuesta sería con toda probabilidad que no. La cortesía con la que la trató en las otras ocasiones lo delataba. Esa mañana ella necesitaba palabras de aliento, aunque proviniesen de un desconocido. Ciudad nueva, casa nueva, nuevo puesto de trabajo… Para colmo de males, el primer caso se produce al día siguiente de haberse incorporado. Se suponía que ese lugar sería un remanso de paz. Los problemas la perseguían, a pesar de que solicitó el traslado en busca de tranquilidad.

El tipo se giró hacia ella y la miró con asombro. No sabía si por encontrarla allí o por haberse acercado a saludarlo. Fuera una cosa u otra, parecía haberse llevado una grata sorpresa por la sonrisa que mostró de inmediato.

—¡Vecina! Por supuesto que no molestas. —Cerró con premura la agenda y la guardó. Quizá quería ocultar lo que escribía… o, en el mejor de los casos, prefería evitar distracciones mientras ella estuviera presente, algo que la halagaba—. ¿Cómo tú por aquí?

—Mi segundo día de trabajo. Necesitaba un poco de cafeína para espabilarme y, mira por dónde, te encuentro aquí también.

—Qué casualidad. Yo podría decir lo mismo de ti. Eres Laia,

¿verdad? —preguntó con duda, temeroso de equivocarse.

—Sí. —De pronto, una desagradable sensación de inseguridad se apoderó de ella. Permanecía allí, perdiendo el tiempo al lado de un desconocido de quien aún no sabía el nombre, mientras el subinspector la esperaba en comisaría hacía un rato—. Solo quería disculparme. El otro día me comporté…

Él la observaba con sus atractivos ojos oscuros y una sonrisa condescendiente, que le provocaban sentimientos encontrados.

—¿Muy borde? —René eligió el adjetivo para terminar la frase—. No te preocupes, no me asusta. Por suerte, a lo largo de mi vida, he conocido gente con ese temperamento.

La respuesta la dejó desconcertada y no disponía de tiempo suficiente para iniciar una discusión sobre si sería más adecuado decir «por desgracia» en vez de «por suerte».

—Quería agradecerte la ayuda que me prestaste el otro día. —Terminó el café y se dispuso a marchar.

—Un momento, ¿y ya está?

—Pues claro que ya está. Solo quería disculparme y agradecerte tu amabilidad y ya lo he hecho. —Sin querer, dejó aflorar de nuevo ese carácter desagradable, tan suyo.

—De acuerdo. Si necesitas algo más, ya sabes dónde vivo. Me llamo René. Espero que la próxima vez crucemos más de diez palabras seguidas.

Observó que subía el volumen de voz mientras se alejaba. Sin duda reconoció la ironía en sus palabras.

La siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta de la cafetería. Después terminó el desayuno y se dirigió a la asociación. La preocupación ante la posibilidad de que se repitiese lo acontecido años atrás en esa misma fecha apenas le había dejado descansar durante el fin de semana. El exceso de responsabilidad y la falta de reflexión lo llevó a ponerlo en conocimiento de la policía la mañana del viernes veintidós de noviembre. Sin embargo, sin pruebas que lo avalasen, solo podía resultar que lo tomasen por loco. El agente que lo atendió fue muy correcto a la hora de mandarlo a paseo.

Inmerso en esos pensamientos y desilusionado al comprobar que su instinto detectivesco parecía no ser el mismo que antes, observó a un grupo de gente arremolinada a la entrada de la asociación. Se abrió paso entre ellos y se sorprendió al observar que el centro de atención era Lucía.

—¿Se ha hecho famosa y no nos hemos enterado? —comentó en tono jocoso con Alejandro, que esperaba apoyado en el quicio de la puerta, de brazos cruzados.

—Eso parece. Todo el mundo le está preguntando por lo de anoche y al final nos retrasará la sesión de hoy.

—¿Qué de anoche?

Ambos la miraban a la espera de que terminase su particular rueda de prensa a la gente de Apovi, que no cesaba de hacerle preguntas.

—¿Ah, pero no te has enterado? Ayer, Lucía fue testigo del hallazgo de un cadáver en uno de los parajes cercanos a la estación.

Laia entró con prisa en comisaría. Garrido la esperaba en el despacho con la misma cara seria e inexpresiva del primer día.

—Lo siento. Te he hecho esperar. —Quiso ser correcta y se disculpó mientras colgaba el bolso en el respaldo de la silla y revisaba los documentos que tenía sobre la mesa.

El subinspector poseía todas las cualidades que no le gustaban en un compañero de trabajo: ordenado, meticuloso, introvertido, parco en palabras y, además, mostraba siempre una mirada extraña que la inquietaba. Todo lo contrario a Jon. Sabía que buscar las cualidades de una persona en otra era una misión imposible, pero no podía evitarlo. Jon era un ser humano irrepetible y por su culpa ya no estaba en este mundo. Esa era la mochila con la que cargaba desde hacía un año y que se había echado a sus espaldas de forma injusta, aunque ella no lo reconociese.

—No se preocupe, jefa. Estaba ocupado con unos informes. Por cierto, Ferrer se ha pasado por aquí, le dije que quería verlo.

—Sí. Tengo que hablar con él antes de marchar. ¿Dónde le puedo encontrar?

—Supongo que en la segunda planta. Bajaba a por algo de comer a la máquina expendedora.

Decidió no coger el ascensor, que parecía muy demandado, y utilizó las escaleras. Se le acercó con sigilo por la espalda y metió una moneda en la máquina sin que se percatase de que era ella.

—¿Está bueno el café de aquí?

Ferrer se giró de forma brusca.

—¡Inspectora! —Parecía sorprendido. No esperaba verla allí—. Pues depende.

—¿Depende de qué? —preguntó mientras sacaba el vaso con líquido que aparentaba ser un expreso y que ni siquiera olía como tal.

—De si sufre o no de estreñimiento. —Se le acercó para comentarle en voz baja—. Los jefes no suelen venir por aquí.

—¿Los jefes no sufrimos de estreñimiento? —preguntó en tono jocoso. Le pareció un tipo divertido y sincero, de modo que tiró el vaso directamente a la papelera sin ni siquiera probar el contenido. No quería averiguar sus propiedades laxantes—. El viernes llegó con retraso a la reunión con el comisario porque estuvo tomando declaración a un individuo que denunció algo sobre un suicidio.

—Sí. Bueno, en realidad hablaba sobre un posible accidente que podría ocurrir ese mismo día. Todo parecían conjeturas sin

fundamento. Ya sabe, hay muchos lunáticos por ahí.

—Quiero el informe en mi mesa esta mañana —ordenó mientras se dirigía de nuevo a las escaleras. No podía perder más tiempo en comisaría y le urgía averiguar de quién se trataba.

—No se preocupe. Ahora mismo se lo dejo.

Laia regresó al despacho para recoger el bolso. Encontró un nuevo jarrón con flores sobre la mesa que no dudó en tirar a la basura de inmediato. Se preguntaba quién, en su sano juicio, se dedicaba a adornar las mesas de los agentes a diario.

La viuda de Octavio vivía en la otra punta de la ciudad. El camino se le antojó de lo más aburrido, en silencio, como no podía ser de otra forma con Garrido al lado.

—Es ahí.

El subinspector señaló una floristería de una de las calles más comerciales de San Bartolomé.

—¿Me trae a una tienda de flores? —preguntó sorprendida—. Esperaba que fuésemos al domicilio.

—Se llama Ana Muriel. Regenta este negocio desde hace años. Me he tomado la libertad de llamar a su casa y, al no contestar nadie, he supuesto que estaría aquí.

Aparcaron a escasos metros del local. Dos cristaleras enormes franqueaban la entrada. El jardín de Ana; así rezaba el rótulo de la puerta. Macetas con plantas de llamativos colores y diferentes tamaños decoraban dos pequeños peldaños. Laia se detuvo en el primero. Contempló el cielo al sentir pequeñas y suaves gotas de lluvia que mojaban su rostro. En ese momento se dio cuenta de que la niebla de primera hora de la mañana había dado paso a una jornada tormentosa e inestable y decidió entrar antes de mojarse por completo.

El interior se encontraba abarrotado de plantas. Parecía un vergel. La única zona más despejada era el mostrador, con algún que otro jarrón y varios libros de lectura apilados junto a la caja registradora, con los que debía entretenerse en los ratos de ocio, entre cliente y cliente.

La dependienta atendía a una oronda señora de avanzada edad cuando Laia y el subinspector entraron en el local. Los observó con curiosidad. Parecía saber que esa pareja que acababa de entrar no había venido a elegir ningún arreglo floral.

—Buenos días. Soy la inspectora Balaguer y mi compañero es el subinspector Garrido, de la Policía Nacional. —Sacó la placa para identificarse—. ¿Es usted la esposa de Octavio González?

—Sí, soy yo. —El nerviosismo comenzó a hacer mella en su cara mientras la clienta observaba la escena sin pestañear, a la espera de un desenlace digno de cotillear con las amigas durante la merienda—.

¿Qué ocurre?

—Necesitamos hablar con usted. En privado.

—Sí, por supuesto. —Aparentaba haber templado los nervios y retomó la conversación con la anciana, que se negaba a cederles el turno, aunque se tratase de la policía y la visita tuviera carácter de urgencia.

Sin embargo, cambió de opinión minutos después, cuando Ana, impaciente por que volviera en otro momento, decidió no cobrarle el ramo de crisantemos que había encargado días atrás para adornar la lápida de su marido en el cementerio. Necesitaba que se fuera cuanto antes. Y funcionó.

—Ustedes dirán. —Acompañó a la señora a la puerta, que no dejó de mirar de reojo a los agentes hasta que salió del local.

Después, cerró con llave y colgó un cartel que decía «Vuelvo en cinco minutos» para que nadie les molestase.

Ahora mostraba un semblante serio y sosegado. Seguro que no imaginaba el alcance de la noticia que recibiría en breves momentos. Por experiencia de otras ocasiones, Laia le indicó que se sentase, pero ella prefirió escuchar de pie.

—Anoche unos jóvenes encontraron el cuerpo de un hombre en un descampado cercano a las vías. —Hizo una pausa y observó cómo la mujer comenzaba a retroceder con pequeños pasos, sin perderles de vista—. Se trata de Octavio González, su marido.

En ese momento el tiempo pareció detenerse para Ana, que permanecía apoyada en la esquina del mostrador en silencio. Miraba a los agentes, pero en realidad fue el sonido de la lluvia el que captó su atención. Mantenía los párpados muy abiertos y parecía tragar saliva con dificultad, hasta que el ruido de un trueno la sacó de esa ausencia, dando un respingo. Como consecuencia, un par de jarrones de cristal quedaron hechos añicos en el suelo.

Garrido le ofreció ayuda, que ella rechazó de inmediato.

—Estoy bien. —Levantó la mano para impedirle que se acercase. A duras penas mantenía la compostura—. ¿Están seguros? Eso no es posible. Él… Él se encuentra de viaje —afirmó con labios temblorosos. Sus mejillas perdieron de inmediato el color rosado para mostrar un tono pálido, blanquecino, casi traslúcido, y sus ojos parecían pedir a gritos que salieran de allí de inmediato.

Laia intercambió una corta mirada con el subinspector y se decidió a hablar.

—Lo siento mucho. Cuando lo encontraron, nada se pudo hacer por su vida. — Comprendía cualquier tipo de reacción ante una noticia de semejante calibre. Sin duda, la primera siempre es la misma: incredulidad y confusión. Lo sabía por experiencia.

—Señora, somos conscientes de que es un momento muy duro, pero

necesitamos hacerle algunas preguntas —dijo Garrido mientras le acercaba una silla que, esta vez, aceptó sin rechistar, al mismo tiempo que contemplaba la tupida alfombra de pequeños cristales desperdigados por el suelo.

—No entiendo nada. ¿Ha sido un accidente? ¿Qué le ha ocurrido? —preguntó. Un pequeño temblor de su mano derecha traicionaba su aparente serenidad.

—Aún no tenemos establecida una hipótesis. Solo estamos recabando información. Por eso, le ruego que nos acompañe a la comisaría. Es de vital importancia que aclare algunos puntos que nos generan dudas. —Laia hizo una pausa. Percibía la lucha interna de esa mujer por mantener las formas, pero aún faltaba lo peor—. Después, necesitamos que acuda al Anatómico Forense para realizar el reconocimiento del cadáver.

La mujer continuaba ausente, sin capacidad de reacción y sin conexión con la realidad. Los agentes la ayudaron a levantarse. Las piernas aún le temblaban. Cogió el bolso y salió junto a ellos a la calle. La tormenta había amainado y ella rompió a llorar.

Capítulo 7

Dejó de prestar atención a los comentarios de Alejandro y de sus compañeros desde el comienzo de la sesión. René mantenía la mente ocupada en otro lado. Necesitaba hablar con la benjamina del grupo y averiguar qué es lo que había visto la noche anterior. Se preguntaba si tendría algo que ver con su teoría, que ahora no le parecía tan descabellada.

Lucía se percató de que la observaba. Su intención no era otra que evitar que se marchase sin haber hablado con él, aunque pareció provocar un efecto adicional con el que no contaba, a consecuencia de un fortuito y desprevenido cruce de miradas. Le resultó gracioso pensar en la posibilidad de que interpretara un flirteo en el simple acto de fijar la vista en ella y sonrió mientras pensaba que el malentendido, al menos, sirvió para que se acercase en cuanto Alejandro terminó la charla.

—¿Me vas a invitar a tomar algo?

Su personalidad rebosaba frescura, simpatía y espontaneidad. Quien no la conociese explicaría su pregunta como un inocente coqueteo, propio de una joven de su edad, aunque él prefería pensar que se debía a su carácter bromista y atrevido.

—En realidad, necesito hablar contigo —dijo René mientras centraba su atención en abrocharse la chaqueta.

—No es posible. —Se paró delante de él, le agarró los brazos y lo obligó a girarse para mirarla de nuevo—. ¿Me estás proponiendo una cita? ¿En serio? Ya sabes que te diría que sí. Estás buenísimo.

—¿Lo crees?

—¿Lo de la cita?

—No. Lo de que estoy buenísimo. —Sonrió.

La respuesta dejó bloqueada a Lucía, que hasta el momento parecía dirigir la broma, sin embargo, reaccionó de inmediato.

—¡Mírale! Pero si también tiene sentido del humor… —Cabeceó sonriente mientras se agarraba a su brazo de camino a Los Arcos—. Pues sí, estás buenísimo, aunque me he dado cuenta de que ya tienes algunas canas, de manera que no te hagas ilusiones; los maduritos atractivos son mayores para mí.

Tomaron una consumición en la barra. Era tarde y ella no disponía de mucho tiempo antes de la hora de comer, motivo por el cual la conversación fue más breve de lo que a él le hubiera gustado.

—Necesito que me cuentes lo que viste ayer.

—Supongo que te refieres al cadáver que encontramos María y yo. Por cierto, no conoces a mi grupo de la academia. Son encantadores.

Les caerías muy bien.

—Ya me los presentarás. —Recondujo la conversación antes de que fuera demasiado tarde—. De momento necesito saber qué ocurrió anoche.

—Perdona, a veces me disperso sin querer. —Le guiñó un ojo—. A María no le sientan bien los *gin-tonic*. Después de tomarse el primero siempre me pide que la acompañe a mear. —Se encogió de hombros, dando a entender que era un caso perdido—. Y, como siempre, nos tuvimos que ir al lugar más recóndito de la campa. De pronto, observamos que algo asomaba por entre unos matorrales, a escasos metros de donde nos encontrábamos, y decidimos acercarnos para verlo mejor. —Pareció canalizar la tensión del momento estrujando una manga de su chaqueta de plumón de forma instintiva—. ¡Era un brazo! ¿Te lo puedes creer?

—Debió de ser espeluznante.

—Sí, lo fue. —El mismo acto reflejo hizo que la soltara de inmediato. Miraba y toqueteaba la zona con intención de estirar las arrugas marcadas en la tela mientras continuaba la conversación—. Después avisamos a la policía y, nada más llegar, acordonaron la zona. Pensábamos que era solo eso, un brazo, pero detrás de los matorrales debía esconderse el resto del cuerpo, completamente desnudo y magullado. —Cambió. Sin poder evitarlo, dejó asomar a una Lucía seria y temerosa, que él desconocía.

—¿Lo llegasteis a ver?

—No. Nos asustamos y nos alejamos hasta que llegó la policía. Enseguida nos sacaron de la zona donde lo encontramos y nos tomaron declaración. El trasiego de gente de un lado para otro nos permitió escuchar algunos comentarios entre los agentes que pululaban por allí. Se trataba de un hombre y hablaban de que lo arrolló el tren. Enseguida llegó una mujer, muy estirada, por cierto, que dio orden de que nos fuéramos a casa. — Se levantó sin hacer ningún chascarrillo. La conversación debió haberle removido algún mal recuerdo—. Espero haberte ayudado.

—Gracias. —Sabía que no podía esperar mucho más.

—Por cierto —se giró antes de marchar—, se me olvidaba. Uno de los comentarios que llegó a nuestros oídos fue del forense. Mencionó algo acerca de la fecha de la muerte al policía que lo acompañaba. Dijo que se produjo entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas antes.

De pronto, una sensación de inquietud y desazón le impidió levantarse del asiento durante un buen rato. El afán de investigar había llevado a René a cometer muchas locuras en su vida, pero sabía que la última le iba a salir demasiado cara si la muerte de ese desconocido no fue accidental.

La mujer mantuvo un semblante decaído todo el trayecto hasta la

comisaría. Después caminó junto a los agentes por el laberinto de pasillos en dirección al despacho de la inspectora. Laia procuró arroparla durante el camino con palabras amables, de apoyo, que parecían desvanecerse antes de llegar a ella.

—Siéntese aquí. —Le acercó una silla y pidió que le trajeran agua—. ¿Cómo se encuentra?

—No sé qué hago aquí. Debo ir a reconocer el cadáver. ¿Y si no fuera él? —Hizo ademán de levantarse—. No, no. Les digo que no es posible. No puede ser.

La inspectora la tranquilizó y la invitó a sentarse de nuevo.

—Estamos seguros de que es él, no obstante, es un trámite legal de obligado cumplimiento. Garrido la acompañará en cuanto terminemos aquí. ¿Cuándo vio por última vez a su marido? —Recogió la botella que un agente había dejado sobre la mesa y se la ofreció antes de sentarse.

—El viernes por la noche. Yo salí a cenar con unas amigas, como casi todos los viernes. Él se marchó unos minutos antes que yo.

—¿Por qué no denunció su desaparición?

Ana fijó la mirada en un pañuelo de papel que no dejaba de arrugar y manosear desde que entró en el despacho.

—Solía marchar de caza con un par de amigos del barrio el último fin de semana de cada mes desde el comienzo de la temporada. O al menos es lo que me decía. —No parecía convencida de que el destino de esos fines de semana fuera la caza mayor—. A veces decidía regresar los domingos y otras, los lunes.

—Y mientras permanece fuera, ¿no se comunican?

—No. —Al fin levantó la vista del pañuelo que, debido al manoseo, había perdido su forma original y le dirigió una mirada resignada—. Él decide marchar sin dar explicaciones y a mí no me apetece pedírselas. Durante los fines de semana de caza, suelen turnarse para llevar el coche y el viernes me quedé yo con él.

Laia se levantó y se aproximó a ella. De brazos cruzados, apoyada sobre la mesa y sin perder de vista cualquier gesto relevante, continuó el interrogatorio.

—¿Tomaba, su marido, alguna medicación?

—No. —respondió con rotundidad—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Se me ha ocurrido pensar que quizá alguna droga pudiera haberle provocado un delirio. Lo encontramos desnudo.

—¿Desnudo? No entiendo qué ha podido pasar.

Su cara mostraba demasiada confusión y angustia, de forma que decidió acabar con la conversación por el momento.

—No le voy a hacer perder más tiempo. El subinspector la acompañará al Anatómico Forense. No se preocupe. —Le apoyó la mano en el hombro—. Estaremos en contacto.

Regresó a su puesto de trabajo después de despedir a la viuda. Había algo en ella que no le convencía, pero no era momento de continuar con las preguntas. Necesitaba tiempo para revisar la información recabada hasta la fecha, así que encargó a uno de los agentes que le trajera un café y un bocadillo mientras organizaba los informes que había sobre la mesa. Repasó los documentos y encontró entre ellos el de Ferrer. Lo separó del resto, que dejó apartados sobre una bandeja vacía.

El café le pareció demasiado bueno para ser de máquina y observó con detenimiento el envase. Era de una cafetería próxima a la comisaría: Cafetería Europa. Observó un código QR impreso en el vaso de cartón y recordó la tarjeta que habían encontrado en el bolsillo del pantalón de Octavio.

Descargó en el móvil una aplicación de lectura de códigos QR y lo escaneó. La gran variedad de cafés y bollos que se mostraban en la carta era de lo más apetecible. Después acudió a la galería de imágenes y comprobó la fotografía de la tarjeta que encontraron entre los efectos personales de Octavio.

«No la miseria en morir consiste; solo el camino es miserable y triste…».

—¿Qué demonios significa esto? —se preguntó en voz alta.

Observó una numeración en la esquina inferior izquierda. El tamaño y el tipo de letra eran diferentes. Necesitó acercar el móvil para verlo con más claridad: «22112130».

Tampoco le encontraba sentido a una carta de despedida en un matrimonio como el de Ana y Octavio. La conversación que mantuvo con la viuda le dio a entender una relación de cualquier tipo menos amorosa.

Adoptó una postura relajada y pensó en las palabras del forense, con las que estaba de acuerdo: «¿Quién se desnudaría para quitarse la vida lanzándose a las vías del tren a su paso?».

Demasiadas cuestiones sin resolver para tratarse de un suicidio. Centró su atención en el informe de Ferrer, que aún le quedaba pendiente de revisar antes de abandonar la comisaría.

Desenvolvió el bocadillo y comenzó a comerlo a la vez que comprobaba la identidad de la persona que se presentó a denunciar un suicidio inexistente. Apenas tres hojas conformaban el documento, que en apariencia no tenía nada relevante. Tiró el envoltorio a la papelera y cogió el vaso cuando un dato le llamó la atención. Necesitó leerlo un par de veces para cerciorarse de que lo estaba entendiendo: calle La Amistad, número 25. Era su portal.

Volvió a revisar lo que había leído por encima en un primer momento. Buscaba el piso y el nombre, y por fin lo encontró: 3.º B, René Vargas.

La sorpresa fue mayúscula al percatarse de que se trataba de su vecino. De pronto, observó que una gran mancha de café sobresalía en el suelo. No se dio cuenta en qué momento dejó caer el vaso. Sacó del bolso unos cuantos clínex que utilizó a modo de bayeta para limpiarlo y decidió marchar cuanto antes. Le urgía hablar con él.

Llevaba solo unos minutos recostado en el sillón cuando escuchó el timbre de la puerta. Por la forma de llamar y la insistencia, pensó en Lucía. Quizá venía a comentarle algo que no le había dicho esa mañana.

—¡Ya va!, ¡ya va! Qué prisas —gruñó por el pasillo mientras acudía a abrir.

—René, soy tu vecina.

Reconoció la voz de Laia de inmediato y frunció el ceño antes de abrir.

—¿Otro escape de agua? —bromeó al verla, aunque su expresión de preocupación apuntaba a algún problema más grave.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Mi casa es la tuya.

Se apartó de la puerta y la acompañó al salón. Le ofreció asiento en uno de los sillones después de recoger una chaqueta negra de invierno que lo ocupaba.

—Necesito hablar contigo. Esta visita no es oficial, aunque debería serlo.

—No te entiendo…

Laia le mostró la placa identificativa.

—Soy inspectora de Policía. Acabo de incorporarme a mi nuevo puesto de trabajo en San Bartolomé. Apenas llevo unos días en la ciudad... Supongo que esto último ya lo sabes. —Esbozó una ligera sonrisa que lo tranquilizó de inmediato—. Anoche encontramos el cadáver de un hombre en un paraje colindante a las vías del tren. Todo apunta a un accidente o a un posible suicidio.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Se sirvió un *whisky* en el mueble bar del salón y le ofreció otro a ella.

—El forense data la fecha de la muerte en la noche del viernes, veintidós de noviembre. Hace tres días. Justo cuando estuviste en comisaría para denunciar un posible suicidio que aún no había ocurrido. —Rechazó la copa, a pesar de que ya no estaba de servicio —. Todo esto me intriga. ¿Cómo supiste lo que iba a suceder?

Él regresó a su lado y se acomodó en el sillón.

—No lo sabía, solo era una posibilidad. Soy periodista y estoy escribiendo un artículo para Apovi.

—¿Qué es Apovi?

—Una asociación que trata a personas que, como yo, han intentado quitarse la vida.

—Lo siento. —De pronto, se mostró más cercana a él—. Debe de ser una experiencia muy traumática.

—Me encuentro mejor desde que acudo a terapia con ellos. Escribir sobre este tema me ha devuelto las ganas de vivir. Paradójico, ¿no? La persona que me envió los datos sobre el número de suicidios por provincias y por comunidades autónomas se molestó en recabar también los de San Bartolomé. En este caso fue más exhaustivo y los distribuyó por meses, señalando los días del suceso.

—¿Y?

—Observé que en algunos casos se repetía una fecha: el día veintidós de noviembre. Al menos desde el año 2016. —Prefirió omitir la visita a la familia de Luis Gómez Velasco y guardar la información hasta ver cómo se desarrollaban los acontecimientos—. Apenas contaba con tiempo suficiente para averiguar algo más antes de la fecha señalada y decidí ponerlo en vuestro conocimiento.

—A ver si me aclaro. —Laia carraspeó antes de continuar—. A través de unos datos estadísticos concluyes que hay un patrón de suicidios en la zona.

—Yo no lo habría resumido mejor. —Levantó el vaso hacia ella y después bebió el *whisky* de un trago.

—¿Qué le dijiste a Ferrer? No te tomó en serio, aunque pensándolo bien, yo tampoco lo hubiera hecho. Es un tanto disparatado.

—Con el agente fui más escueto. No disponía de ninguna prueba, ni de tiempo suficiente para investigar. Solo le pedí que me escuchara e hiciera un acto de fe.

—Pero no fue así y lo cierto es que ocurrió.

—Intenté evitarlo y no pude.

Ella lo escuchaba mientras repasaba con los dedos el relieve de hilos que conformaban la tela multicolor con la que se habían tapizado los sillones.

—Me gustaría echar un vistazo a esa estadística. ¿Te importaría darme una copia? Ahora debo marcharme. Es tarde y mañana me espera un día largo.

—Descuida. Pásate antes de ir al trabajo.

Durmió del tirón toda la noche. Tantos acontecimientos acumulados en tan poco tiempo la dejaron sin fuerzas. A la mañana siguiente se encontraba como nueva. Tomó una ducha rápida, un desayuno escaso y pasó por casa de René, tal y como acordaron el día anterior.

Cuando llegó al despacho, le esperaba Garrido para revisar los asuntos pendientes del día.

—¿Tenemos noticias nuevas sobre el suicidio? —preguntó mientras cogía una de las carpetas que estaban sobre la mesa.

—Hemos encontrado algo en las grabaciones de las cámaras de la estación que creo que es importante. Por cierto, el informe de la

autopsia tardará un día más, aunque el laboratorio ha enviado unos resultados. Los tiene en la mano.

—De acuerdo. Deme un minuto.

Laia encargó un análisis exhaustivo de huellas en los dos documentos encontrados en la ropa de Octavio nada más abandonar la sala de autopsias el día anterior. El forense fue contundente a la hora de determinar la causa de la muerte. La víctima había sido golpeada por el tren y llevaba encima una carta de despedida. Parecía innegable que fuera un suicidio, sin embargo, los restos de estramonio en el cuerpo, la flor, la tarjeta y un macabro vaticinio horas antes del suceso denotaban un mal augurio. Percibía que un halo de misterio envolvía ese accidente.

Echó un vistazo rápido al contenido antes de acompañarlo, pero la información que arrojaba la obligó a sentarse y leerlo con detenimiento. Prefirió avisarle cuando terminase.

Encontraron tres tipos de huellas en la tarjeta. Dos de ellas no se correspondían con las de la víctima. Otro dato extraño vino a continuación. La hoja donde se escribió la nota de despedida carecía de huellas; sin embargo, lo peculiar no era eso, sino el tipo de papel: contaba con más de treinta años de antigüedad.

Laia levantó la vista del informe y dejó que la mirada se perdiera a través de la ventana. Un desorden de ideas abarrotó su cabeza en cuestión de segundos y la mantuvo ausente durante un instante. Después regresó a la realidad y continuó con la lectura. El texto que contenía estaba escrito a ordenador con el siguiente mensaje: «Lo siento. Te quiero y no puedo continuar viviendo con una carga tan grande a mis espaldas». La firma sí parecía la de la víctima, a juzgar por la del Documento Nacional de Identidad, no obstante, ordenaría analizarla para cerciorarse de ello.

—Esto es de locos. —Cabeceó mientras se levantaba de la silla y le comunicaba a Garrido que había terminado.

Bajaron varias plantas hasta la sala de visionados.

—¿Qué es lo que hemos encontrado?

—Las cámaras grabaron a una persona por la zona minutos antes de que pasara el tren.

—¿Y eso es extraño?

—El último tren de pasajeros es el de las ocho. El tren de las diez no para en la estación, es de mercancías.

Ella asintió. Entendió que lo raro era encontrar a alguien por la zona a esa hora.

Un agente se encargó de pasar la grabación hasta el minuto en el que aparecía el individuo.

—No es Octavio. —Se acercó a la pantalla y mandó pararla en un punto donde parecían apreciarse las facciones de la cara, aunque la

capucha de la chaqueta les impedía verlo con claridad—. ¿Se puede ampliar un poco más?

El agente obedeció y fue entonces cuando ella mostró un gesto de sorpresa.

—¿Qué ocurre, inspectora? Apenas se distingue el rostro, ¿lo reconoce? —preguntó Garrido con tono incrédulo.

Ella estaba segura.

—A él no.

Abandonó la sala con premura y se dirigió a su despacho. Rebuscó entre los papeles que cubrían la mesa hasta encontrar lo que buscaba. Lo guardó en un sobre, se lo entregó a uno de los agentes y le pidió que lo llevase de inmediato al laboratorio. Después se encargó de explicarles por teléfono lo que necesitaba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el subinspector, que entraba en ese momento en el despacho—. Nos ha dejado preocupados.

Ella le dirigió una mirada desafiante mientras jugueteaba con un bolígrafo entre los dedos. Acababa de escribir una nota en un *post-it*.

—Me encuentro perfectamente, Garrido.

—Parece que observó algo extraño en la imagen.

—Sí, muy extraño. —Se levantó, cogió el bolso y pegó el *post-it* en la pantalla del ordenador de su compañero—. Me voy a comer. Necesito que localice a esta persona y que la cite en comisaría esta tarde. Sin falta.

Eran casi las seis y René se disponía a salir de casa. Suponía que el motivo de la llamada de comisaría era que Laia necesitaba hablar con él por el estudio estadístico que le había dejado esa misma mañana.

Ya en la calle, miró al cielo. Como la mayor parte de los días de otoño e invierno, la tarde amenazaba lluvia. Se subió el cuello del abrigo, metió las manos en los bolsillos y aceleró el paso durante todo el trayecto para llegar cuanto antes y esquivar las primeras gotas.

Cuando llegó a comisaría, un agente lo acompañó hasta el despacho de la inspectora. El joven llamó a la puerta y abrió sin esperar respuesta.

—Disculpe, inspectora, tiene una visita.

—Gracias. —Permaneció de pie, observando a través de la ventana y de espaldas a la puerta de entrada—. Pasa, René.

—¿Sabes que soy yo sin verme?

—No necesito mirar para ver. —Parecía querer comunicarle algo de forma indirecta—. Toma asiento, por favor.

Laia se sentó al otro lado de la mesa, enfrentada a él. La conocía de apenas unos días, pero sentía algo diferente en ella y en la forma de tratarle.

—Pensaba que me habías llamado por la información que te dejé esta mañana, aunque ahora creo que no, ¿me equivoco?

—Muy perspicaz. —Sonrió—. ¿De qué conocías a Octavio González?

—No sé quién es.

—La víctima del supuesto suicidio del día veintidós de noviembre, ¿te suena? —Le molestó la ironía con la que preguntó—. Esa misma mañana viniste a denunciarlo cuando aún no había sucedido.

—Eso ya lo hablamos ayer —contestó de forma brusca.

—Sí. —La inspectora levantó la voz y dejó claro quién dirigía la conversación— . Por supuesto que lo hablamos ayer. Lo que no me explicaste es por qué te registraron las cámaras de seguridad en la zona del accidente a la hora en que ocurrió.

Capítulo 8

Ella esperaba impaciente la respuesta. Un silencio incómodo se adueñó del tiempo en aquel sombrío despacho. Cada segundo que permanecía callado jugaba en su contra y no encontraba las palabras adecuadas para convencerla de que no tuvo que ver en lo que ya imaginaba que no fue un accidente.

—No sé de qué demonios me hablas.

—Tu chaqueta —respondió ante la atónita mirada de él. No comprendía el significado de la palabra—. La chaqueta que vi ayer tirada en el sillón de tu salón. Era de una marca exclusiva, muy cara, por cierto. Bordan a mano el logotipo con una nota distintiva para cada cliente. Me llamó la atención. —Se levantó de la silla y caminó en silencio hasta la ventana. Separó un par de láminas de la persiana para observar la calle. Estaban orientadas de forma que apenas permitían pasar la claridad—. Era la misma que llevaba puesta el individuo que registraron las cámaras de seguridad. —De pronto, se giró y clavó sus enormes ojos grises en él—. ¿Cuál es la probabilidad de que haya dos iguales en esta ciudad?

La contundencia y seguridad de la pregunta lo abrumó y no le dejó otra opción que contar la verdad, aunque no sonara todo lo verosímil que a él le hubiera gustado.

—Fue una torpeza por mi parte. —Advirtió un ápice de condescendencia en la mirada de Laia que no dudó en aprovechar—. Esperaba que algo ocurriese y mi instinto me condujo hasta allí. Necesitaba comprobarlo *in situ*, sin embargo, te puedo asegurar que no vi nada.

La inspectora frunció el ceño y una sensación de angustia se apoderó de René hasta dominarlo por completo. Dibujó una sonrisa resignada en su cara al recordar el momento en que cometió el error de principiante que le condujo a aquella situación. Pensó que a Ramón no le importaría que tomase prestada una prenda de su armario. Guardaba ropa para las ocasiones en las que volvía a la ciudad. Lo que nunca imaginó es que fuera tan exclusiva.

—Lo siento. No tengo excusa, pero no vi nada.

Ella regresó a la mesa. Abrió una carpeta y sacó un sobre abierto con una etiqueta en la parte de atrás donde podía leerse con claridad la palabra «laboratorio».

—Te repito la pregunta: ¿de qué conocías a Octavio González?

—De nada. —Negó con la cabeza y frotó un par de veces las manos en la pernera del pantalón. Necesitaba eliminar el exceso de sudor sin que fuera demasiado evidente. Nadie mejor que él sabía que las

mejoras requieren cambios y ese artículo era su oportunidad de cambiar, el pasaporte a una nueva vida, pero se preguntó en qué momento la realidad había devorado una historia aún no escrita.

—Creo que sabes más de lo que cuentas, ¿por qué, si no, han aparecido tus huellas en la tarjeta que llevaba Octavio encima el día del accidente?

—¿Qué tarjeta? Debe ser un malentendido.

—No hay lugar a duda. Las mandé cotejar con las que aparecen en el informe de las estadísticas de suicidios que me dejaste esta mañana, al percatarme de que eras tú a quien registraron las cámaras de seguridad esa noche.

—No es posible. No lo conocía. Tienes que confiar en mí. Yo solo puse en vuestro conocimiento algo que creía haber descubierto… Un momento, ¿has dicho tarjeta? —Era la ocasión para compartir las indagaciones sobre la víctima del año anterior, Luis Gómez. Necesitaba alejar la sombra de culpabilidad y demostrar que su situación en el caso era resultado de una investigación. Entonces recordó lo que Lola, la hija, le mostró: varios trozos de papel unidos que parecían una tarjeta de visita—. Me entrevisté con los familiares del fallecido el veintidós de noviembre de 2018. Encontraron entre su ropa una carta de despedida y una tarjeta hecha añicos que recompusieron con sumo cuidado, en la que aparecían unos números, un código QR imposible de descifrar y unos versos. —Sacó el móvil y leyó en voz alta—. «Nunca de suyo fue culpable y mala la muerte a quien la vida no resiste; al malo aborrecible; al bueno, amable».

La escena que vino a continuación le sirvió para darse un respiro en medio de aquella vorágine de emociones. Recordó cómo Nata, fan incondicional de *Harry Potter*, le relataba emocionada algunas de las escenas con tanta minuciosidad que no necesitaba verlas para imaginarlas.

Al oír los versos en boca de René, Laia se levantó y pareció quedarse petrificada, al igual que los dos mortífagos a quienes combatían Harry, Ron y Hermione en un café, en la primera parte de *Las reliquias de la muerte*.

Permaneció unos minutos de pie frente a él, inmóvil, apoyada con ambas manos sobre la mesa. Sabía que no era el mejor momento, pero no pudo evitar fijarse en ella. René observó algo más que a una mujer de aspecto desconfiado, con cara de pocos amigos y de mirada fría y desafiante. Tras un mechón de pelo castaño se asomaban con timidez sus enormes ojos, que se antojaban de un tono gris o azulado, dependiendo de la intensidad de la luz, y que parecían esconder cierta nostalgia y resentimiento. Miraba con disimulo sus cautivadores labios rosados, turgentes, de aspecto suave y sedoso, que destacaban sobre la piel pálida y un pequeño tatuaje sin forma definida que asomaba por

el cuello de la camisa, cuando una pregunta le devolvió a la realidad.

—Quizá no haya sido un accidente. Necesito hablar con estas personas, ¿sabes qué significan los versos?

—No.

—Muy bien, René, voy a vigilarte hasta que esto se aclare. —Sonó a amenaza, pero respiró aliviado al comprender que no había nada concluyente contra él, a pesar de las huellas—. Hay muchas incógnitas que rodean este caso y tú eres una de ellas.

No la dejaban pensar con la suficiente claridad los sentimientos encontrados hacia él. El testimonio de su vecino era creíble y le caía demasiado bien como para no otorgarle el beneficio de la duda, pero su profesionalidad mandaba por encima de todo.

Necesitaba oxigenarse. Pensó que salir a correr sería una buena idea, a pesar de que ya era tarde. Antes de la muerte de Jon corría a diario, le resultaba una práctica muy saludable, que abandonó cuando la depresión se apoderó de su vida y la sometió, presa del miedo.

Llamó a Garrido. Prefirió esperar y no comentar nada sobre las huellas encontradas en la tarjeta. Había una más sin identificar, además de las de René y Octavio.

—¿Cómo lo reconoció? —preguntó el subinspector apenas hubo entrado por la puerta—. No se le distinguía en la grabación.

—No era su rostro lo que me llamó la atención, sino la ropa. Demasiado exclusiva para haberla encontrado en esta ciudad. Recordé que había visto una chaqueta igual en casa de René, mi vecino.

—¿Su vecino?

—Sí, el mismo que habló con Ferrer el día de autos sobre el hipotético suicidio que ocurrió horas más tarde. —Le entregó una copia del documento que contenía las estadísticas. El que le prestó René aún seguía en el laboratorio—. Quiero que mañana revise estos datos. Es posible que haya un patrón de víctimas en los últimos años. Necesitaremos identificar a las personas que se hayan suicidado los días veintidós de noviembre hasta el año 2017. Conocemos el dato de 2018; el señor Luis Gómez. Me gustaría que se entrevistase con su familia para corroborar el testimonio de René. Los visitó hace unos días.

—De acuerdo. Me pongo a ello.

—Una cosa más —dijo mientras se abrochaba la chaqueta—. La nota de despedida que encontramos. Vamos a comprobar que la firma pertenece a Octavio.

El subinspector asintió y se despidió de ella antes de abandonar el despacho.

Laia bajó las escaleras todo lo rápido que pudo. Necesitaba salir a la calle y respirar. Se paró por un segundo en la acera para llenar los pulmones de aire fresco. Ese día no había sido todo lo bueno que

hubiera deseado, pero llegaba a su fin y eso era lo mejor.

El frío de la calle y el ambiente cálido de la casa amenazaban la idea de salir a correr, por ese motivo se cambió de ropa y escapó tan rápido como pudo, antes de que el sillón la atrapase con los cantos de sirena que escuchaba a diario a esas horas en cuanto cruzaba la puerta de entrada. Se marcó un recorrido corto, que le permitiera no terminar exhausta, y retomó la costumbre de escuchar música a lo largo del trayecto. Durante media hora, el ejercicio y Phil Collins le ayudaron a dejar de pensar en el trabajo.

Abrió los ojos con dificultad, sin cambiar de postura. Aún permanecía adormilado cuando el timbre de la puerta sonó. Necesitó oírlo por segunda vez para cerciorarse de que no era un sueño. Alguien llamaba y por la insistencia temió que se tratase de la inspectora, de nuevo.

Se dirigió a la puerta con sigilo y observó a través de la mirilla. Respiró aliviado al observar que se trataba de Lucía.

—¿Otra vez en pijama? Pasaba por aquí y he pensado en que vayamos juntos a la asociación.

—Adelante, por favor. Estás en tu casa —dijo con ironía mientras permanecía de pie, en la puerta, agarrado a la manilla después de que ella hubiera entrado sin pedir permiso.

—Te preparo un café mientras te duchas. Es tarde. ¿No funcionan las alarmas de los relojes en esta casa? Todo muy moderno y muy nuevo, pero no hay un despertador —refunfuñó—. Creo que te regalaré uno.

René prefirió darse una ducha y vestirse a seguir escuchándola. Cuanto antes salieran del piso, menos probabilidades había de que provocase un estropicio en su afán de tocarlo todo.

Apenas tardó quince minutos. Esta vez decidió no ponerse la ropa de Ramón. Supuso que era lo correcto después de lo ocurrido.

Un aroma a café comenzaba a impregnar la casa y pensó de inmediato en la cafetera. Corrió hacia la cocina y, lejos de encontrar un desastre de dimensiones monumentales, descubrió a una Lucía inusualmente cuidadosa. Había dos tazas humeantes sobre la mesa y la cafetera permanecía intacta.

—¿Sabes manejarla? —preguntó sorprendido.

—Claro, ¿acaso tú no?

—Por supuesto —mintió. Prefirió no explicar que aprendió después de numerosos intentos infructuosos. No quiso que pensara que era un inútil con las nuevas tecnologías.

—Lo único. Ese cajón de ahí… —Señaló el que René fue incapaz de abrir desde que llegó—. Lo he forzado sin querer. No encontraba las cucharillas y pensé que las guardabas ahí.

Se le atragantó el sorbo de café y escupió sobre el blanco perla del

suelo, dejando un mosaico de círculos marrones de todos los tamaños.

—¡Pues ya ves que no! —Retiró del pensamiento lo de cuidadosa—. Este cajón estaba cerrado y así es como lo vamos a dejar.

—Como te pones por cuatro maderas de nada. —Dejó su taza vacía sobre la encimera y se preparó para marchar—. ¿Nos vamos ya?

—Espera un segundo. —Tenía muchos defectos, aunque entre ellos no contaba el de ser un fisgón ni un entrometido, al menos hasta ese momento.

El cajón disponía de un doble fondo que no dudó en levantar. Entre un desorden de papeles encontró varias fotografías en blanco y negro y una caja de plástico. Se trataba de un grupo de niños y adolescentes escoltados por varios adultos delante de lo que parecía un antiguo colegio. Las fotografió con el móvil antes de volver a dejarlo en su sitio y después revisó el contenido de la caja. Era un pequeño colgante plateado con una imagen grabada.

—¡Llegaremos tarde! —voceó Lucía.

—Sí, vámonos ya —respondió como un autómata. Sentía la necesidad de echar un vistazo rápido a los documentos antes de colocar el doble fondo. Observó el paso del tiempo en los párrafos apenas legibles sobre el desteñido amarillento de las hojas. Las prisas no le permitían examinarlos con detenimiento y pensó en volver a revisarlo con más calma en otro momento, por lo que lo dejó todo como la había encontrado y cerró el cajón de nuevo.

Tal y como vaticinó Lucía antes de salir de casa, llegaron tarde a la reunión. La puerta permanecía entornada. No era lo habitual una vez empezadas las charlas. Se aproximó con sigilo y contempló la escena. Todos parecían enfrascados en la escritura cuando ella decidió interrumpir el silencio entre los asistentes.

—¡Lo sentimos mucho! Llegamos tarde —anunció a bombo y platillo por si quedara alguien sin enterarse tras empujar la puerta y que esta golpease la pared con un sonoro golpe.

Luego, entró decidida y tomó asiento mientras él permanecía de pie, inmóvil ante la atenta mirada del grupo.

—Pasa, René, no te quedes ahí. Acabamos de empezar. —Alejandro le indicó que tomase asiento.

Entró sin mediar palabra y retiró la carpeta que ocupaba su silla. La abrió después de sentarse y sacó una cartulina. Miró por ambas caras con intención de encontrar la parte escrita, pero estaba en blanco. Entonces observó a Alejandro acercarse con un par de bolígrafos en la mano, que les entregó a Lucía y a él.

—Hoy vamos a realizar un ejercicio práctico —susurró. No quería molestar al resto—. Quiero que escribáis una historia positiva de vosotros mismos —se dirigió a ellos dos. Los demás permanecían ajenos a la conversación y centrados en sus respectivos escritos—.

Debéis relatar un momento en el que os sintierais bien realizando algo concreto. El próximo día lo leeremos en grupo.

Echó un vistazo a su alrededor. Algunas cartulinas continuaban en blanco y las que estaban escritas apenas contenían un par de frases. Lo comprendía. Su experiencia le dictaba que los recuerdos procedentes de emociones poderosas, como la tristeza o el miedo, son los que más perduran.

Hasta ese momento no conocía el alcance de la traición de su memoria. No solo le impedía evocar buenos momentos, sino que enardecía los peores. Aquellos en los que la angustia y desazón le invadían cuando Nata le recordaba la terrible soledad que le esperaba mientras llevaba a cabo las actividades rutinarias de su aseo cada mañana. Sacudió la cabeza. Intentaba de forma desesperada volver a esconder esos recuerdos, a expensas de no encontrar ninguno bueno. Frunció el ceño al tratar de recuperar un ápice de positividad de algún oscuro rincón de su cabeza más allá de los últimos años, cuando la desgracia aún no se había asomado a su puerta.

El ligero silencio de la sala se vio interrumpido por un incipiente repiqueteo de gotas de lluvia en los cristales. Y, de pronto, rememoró un día cualquiera. Uno de los pocos que disfrutaron juntos con un paseo relajado después de una semana frenética de trabajo y problemas. La recordaba en la puerta de casa con unos *leggins* que resaltaban su espléndida figura, deportivas blancas y su cabello rubio recogido en una coleta. Le azuzaba para salir cuanto antes, mientras observaba una tenue oscuridad en el cielo, que ennegrecía por momentos. Se fiaba de él. René estaba seguro de que no llovería, pero se equivocó. Comenzó a jarrear en cuanto se alejaron lo suficiente de casa como para no encontrar resguardo. Una sonrisa le iluminó la cara al recordar el pequeño cobertizo donde se resguardaron como dos adolescentes en sus primeros encuentros furtivos.

El sonido del móvil le devolvió a la realidad con un sabor agridulce. Era un mensaje de Ramón. Pasaría a visitarlo esa misma semana.

Alejandro recogió las cartulinas una a una. Se detuvo delante de él y leyó la suya.

—Veo que has encontrado un momento bueno en tu vida. —Detectó una amable ironía en sus palabras—. Los recuerdos positivos nos protegen. Hay personas adictas a los malos recuerdos, que les limitan y no les dejan avanzar. —Por un segundo pareció perder la mirada a través de la ventana, pero reaccionó al instante—. Espero que no seas uno de ellos.

—Lo intentaré.

Laia acudió pronto al despacho la mañana del jueves para revisar la información del caso antes de comenzar la jornada. Rebuscó de entre la documentación la tarjeta con el poema y el código QR. Se centró en

los números que aparecían en la parte inferior: 22112130.

—Buenos días, inspectora.

—Garrido, ¿qué crees que significan estos números? —preguntó mientras le mostraba la tarjeta.

—Quizá un pasaje de la Biblia. —Tecleó el dato en el ordenador.

—No lo sé…

—Job 22-21:30 «Sométete a Dios; ponte en paz con él, y volverá a ti la prosperidad».

Se levantó pensativa y paseó por el despacho mientras él navegaba por internet.

—No. El número es: 22112130. ¿Unas coordenadas, quizá?

—Esto es absurdo. Podría tratarse de Libia, Botsuana o, mejor aún, el Atlántico.

—Lo dejaremos para más tarde. —Se apoyó en la mesa de él—. Ahora necesito saber si ya tenemos algo más de información.

El subinspector se desplazó, sentado en la silla, hasta un archivador, de donde sacó varias carpetas.

—Hemos identificado a las víctimas de los suicidios del veintidós de noviembre de los años 2016 y 2017. Se trata de Alonso García y Antonio Ruiz. Ambos jubilados. Murieron arrollados por el tren a la misma hora.

—Deberíamos echar un vistazo a las autopsias —pensó en voz alta —. ¿Qué hay de Luis Gómez?

—Aquí viene lo interesante. —Es la primera vez que veía a Garrido entusiasmado en el trabajo—. Tal y como mencionó su vecino, recibió una tarjeta como la de Octavio y, al igual que él, llevaba encima una carta de despedida con un texto similar escrito a ordenador: «Lo siento. Te quiero y no puedo continuar viviendo con una carga tan grande a mis espaldas».

—¿Habéis comprobado la firma?

El subinspector abrió un dosier donde guardaba hojas con las imágenes impresas de todas las fotografías que había tomado en casa de la viuda del señor Gómez. Las dispuso ordenadas sobre una de las mesas.

—Parece la misma. —Comparó la de la carta con la de otro escrito firmado por la víctima—. No obstante, he solicitado una prueba grafológica de ambas firmas; la de Octavio y la de Luis.

Laia revisó con detenimiento las fotografías. Se detuvo en la de la tarjeta. La nitidez de la imagen permitía ver los hilos de pegamento que unían los minúsculos trozos de una composición hecha añicos. Cogió la hoja para leer el texto y advirtió algo extraño.

—Un momento. Aquí pone: «Nunca de suyo fue culpable y mala la muerte a quien la vida no resiste; al malo aborrecible; al bueno, amable». No son los mismos versos. —Rebuscó entre los papeles

apilados en una de las esquinas de su mesa—. ¡Aquí está! Los que recibió Octavio son: «No la miseria en morir consiste; solo el camino es miserable y triste…».

—A mí no me mire —dijo Garrido con un gesto de negación mientras observaba a Ferrer. Entró en el despacho con un improvisado desayuno a base de mantecadas—. Siempre he preferido los números a las letras.

—Lope de Vega —dijo el agente, que posó la bandeja con sumo cuidado sobre una de las mesas.

—Perdona, ¿a qué te refieres? —preguntó ella, sorprendida ante el comentario que acababa de escuchar.

—¿Pues a qué va a ser? A los versos que le he oído recitar, no va a ser a las mantecadas. Que, por cierto, nos las acaban de traer. Están deliciosas. —Ambos quedaron ojipláticos ante el comentario—. ¿Os ha dado un aire o algo así?

—No, no —reaccionó Laia—. No sabía que te gustara la literatura.

—Hay tantas cosas que no sabe de mí, jefa. —Acercó una silla. Se sentó a su lado con uno de los pasteles en la mano y le dio un bocado antes de continuar—. Me gusta leer todo tipo de libros, pero este poema lo aprendí de joven, en el colegio. Un profesor, obsesionado con las obras de Lope de Vega, se encargó de que lo estudiásemos hasta la saciedad. Estoy seguro de que por aquí hay mucha gente que lo conoce gracias a él. El soneto habla sobre lo triste de la muerte para alguien que no va a ser recordado.

Laia rememoró la imagen del interior de la floristería de Ana Muriel, con varios libros de lectura sobre el mostrador el día en que acudieron a comunicar el fallecimiento de su marido. Necesitaba comenzar la investigación cuanto antes y ese sería el punto de partida. Después de lo averiguado, sabía con seguridad que Octavio no se suicidó.

—Gracias, Ferrer. Es momento de hacer una visita a la viuda de Octavio. —Le hizo un gesto al subinspector para que la acompañase—. Si no recuerdo mal, aparte de las plantas, también le gusta leer.

Capítulo 9

La persiana estaba echada. Golpeó la puerta un par de veces y observó el interior a través del escaparate. No había plantas en la calle y todo parecía recogido.

—No hay nadie. No se moleste, está cerrado —dijo una joven que había salido a fumar un cigarro a la puerta del local de al lado. Era una pequeña cafetería—. Me dijo que se iba. Que cerraba una temporada.

—¿Le dijo adónde?

—No. Eso no lo sé. —Apagó el cigarro en el momento que vio a Laia entrar y la siguió.

—¿Qué sabe de Ana? —Pensó un segundo lo que pedir—. Póngame un cortado, por favor.

—Desayuna aquí a diario. Es una mujer reservada, aunque alguna vez se ha desahogado conmigo. Parecía tener problemas con el marido. Él trabajó en la construcción durante un tiempo y se rumorea que tenía deudas con algunas personas no muy recomendables. Mi marido conoce al socio.

Le dejó una taza humeante sobre el mostrador y recogió algunos vasos sucios que quedaban por limpiar.

—Necesitaría hablar con él, ¿podría indicarme dónde encontrarlo?

—¿Al socio? Su nombre es José Antonio Rubio, vive en las afueras de la ciudad, en una urbanización de chalets nuevos, aunque no sabría decirle la dirección exacta.

—Con eso me vale. Muchas gracias por la información.

El subinspector continuaba dentro del coche. Ella aceleró el paso hasta el lugar donde permanecía aparcado.

—Vamos a su casa. Esperemos encontrarla.

Garrido la escuchó con atención durante el trayecto hasta el domicilio, que apenas duró unos minutos. Vivía en un bloque de pisos a escasos metros de allí.

Llamaron al timbre del portero varias veces sin conseguir respuesta, de modo que decidieron esperar la salida o entrada de algún vecino para colarse dentro del portal. Después subieron hasta el cuarto piso.

—Qué extraño. No parece haber nadie —dijo Garrido.

Ella le hizo un gesto para que se mantuviese callado. Había alguien en el interior. Se oían los pasos con claridad y sentía que alguien los observaba a través de la mirilla.

—¡Señora Muriel! ¡Abra, por favor! Soy la inspectora Balaguer.

—¡Un momento!

Ana los recibió en albornoz. Un par de tallas más grandes que la

suya y algo deshilachado por las mangas, sugería que no era de ella. Quizá aún no se había deshecho de la ropa de su difunto marido.

—Sentimos molestarla, pero necesitamos hacerle algunas preguntas.

—Sí, cómo no. Discúlpenme, acabo de ducharme y no había oído el timbre.

Los invitó a pasar al salón. Varias maletas ocupaban el recibidor. Laia observó un neceser de mano junto a un billete de avión sobre la mesa de comedor.

—¿Se va de viaje?

—La semana que viene, pero solo unos días. Con todo lo sucedido necesito desconectar de la realidad. —Se sentó en una butaca frente a ellos.

—Queremos que nos hable de Octavio. Encontramos una carta de despedida en su pantalón. —Le mostró el texto que contenía—. «Lo siento. Te quiero y no puedo continuar viviendo con una carga tan grande a mis espaldas».

Ana permaneció inmóvil. Su expresión tampoco cambió.

—¿Quieren decir que se ha suicidado?

—Me temo que no. Estoy convencida de que eso es lo que alguien nos quiere hacer creer. ¿Sabe quién querría hacerle daño? —Laia observó en ella el mismo semblante serio que el día en el que le comunicaron la fatal noticia, pero su mirada lucía diferente; más luminosa e intensa. De forma instintiva se fijó en su mano derecha. Ya no temblaba. Aparentaba una inquietante serenidad y no mostraba signos de decaimiento, algo extraño encontrándose inmersa en la primera etapa del duelo por la muerte de un ser querido… A no ser que no lo fuera.

—Terminaré antes si enumero a los amigos. Nunca supo escoger bien las amistades, que crecían de forma interesada en época de bonanza, cuando la demanda de viviendas aumentaba sin parar y la construcción suponía el principal motor de la ciudad. En aquella época encontró un socio capitalista que aportó el dinero que necesitaba. Mi marido contribuyó con la mano de obra y diversos contactos en el Ayuntamiento, que resultaron muy importantes a la hora de conseguir las licencias oportunas para construir. Se permitió el lujo de abrir otro tipo de negocios con el dinero de la construcción, incluso de jugárselo en casas de apuestas, hasta que se acabó la financiación y, entonces, todo comenzó a desmoronarse. —Hizo ademán de levantarse—. ¿Les apetece tomar algo?

—No, gracias —dijo ella.

—No, no, muchas gracias —respondió Garrido. Ana volvió a acomodarse en el sillón—. Bueno, sí. Disculpe, si no le importa, un vaso de agua. —Cambió de opinión para sorpresa de la inspectora.

—Vuelvo enseguida. —Se levantó y desapareció tras la puerta del

salón en dirección a la cocina. El subinspector aprovechó el momento para echar un vistazo al billete de avión. Después, realizó varios apuntes en una agenda antes de que Ana regresara—. Cuando la financiación se frenó llegó el efecto dominó. Se paró la construcción. Muchos compradores se quedaron sin casa y sin dinero; los empleados, sin trabajo; los proveedores no cobraron las facturas pendientes y Octavio, con más deudas de las que podía afrontar.

—Hábleme del socio.

—No tengo mucho que contar. Se separó en el momento en que el negocio comenzó a ir mal.

—¿Se relacionaban con él? —Se interesó Garrido—. Me refiero a una relación personal, además de la profesional.

—No. Solíamos reunirnos, de vez en cuando, para comer o cenar, si es eso a lo que se refiere.

—Le agradezco que nos haya recibido. —Laia se puso en pie y el subinspector la siguió—. Por cierto, usted que sabe de plantas, ¿dónde se puede encontrar estramonio por la zona?

Ana se paró en mitad del pasillo. La sorpresa en su rostro era evidente.

—No lo sé, ¿por qué me lo pregunta?

—Encontraron restos en el cuerpo de Octavio y me preguntaba si usted sabría el motivo, ¿tomaba algún tipo de droga?

—Ya le dije el lunes que mi marido no tomaba ninguna medicación. Desconozco lo del estramonio.

—De acuerdo, muchas gracias. —Antes de coger el ascensor le sugirió que retrasara el viaje unos días hasta aclarar lo sucedido, lo que pareció no agradarla—. Volveré a ponerme en contacto con usted en breve.

Durante el trayecto de vuelta, Laia se encargó de organizar mentalmente el trabajo mientras Garrido pensaba en voz alta.

—Algo raro pasa con ese socio. Nos ha costado sacarle la información sobre él, mientras que de Octavio ha hablado sin tapujos. Daba la impresión de estar resentida.

—¿Resentida? —Suspiró y perdió la mirada en el horizonte—. Parece que lo odiase. Ha decidido viajar a pesar de lo sucedido. Espero que lo suspenda, necesitaremos volver a hablar con ella. Por cierto, echaste un vistazo al billete, ¿cuál es el destino?

—París.

—Qué romántico. Extraño destino para viajar sola, ¿no te parece? —Le dirigió la mirada a la espera de una respuesta.

El subinspector se encogió de hombros.

—Lo investigaremos.

—De acuerdo. —No esperaba otra réplica—. Mañana tú y yo visitaremos a los familiares de las víctimas de suicidio de los años

2016 y 2017. —Sacó el móvil y llamó a Velasco. Después de un breve y formal saludo, le ordenó que se ocupara lo antes posible de revisar los informes de las autopsias y las llamadas a un móvil que se encontró entre los efectos personales de Octavio.

No le costó trabajo localizar la dirección que Marisa le indicó la víspera por teléfono. René utilizó el artículo en el que trabajaba como excusa para charlar un rato con ella. Apenas disponía de tiempo para atenderle y él necesitaba información sobre Francisco Campos, motivo por el que acordó visitarla en su casa.

«Seguro que existían casas más lujosas, pero no en San Bartolomé», pensó al bajar del coche. Un portón de hierro forjado delimitaba la entrada a través de un camino asfaltado hasta la puerta de lo que parecía una modesta mansión.

Llamó al videoportero, que encontró camuflado en uno de los pilares de piedra natural que flanqueaban la entrada. Se fijó en las hierbas de tallo corto que decoraban el exterior de la verja. Solo unas pocas tenían flor. Le llamó la atención que brotasen entre el cemento y la tierra. Parecían silvestres.

—Pasa, René. —Escuchó la voz al otro lado del telefonillo. Ella le esperaba al fondo del camino. —¿Te ha resultado fácil llegar?

—Por supuesto. No había pérdida. —Un césped perfectamente segado, varias palmeras y algunos arbustos de los que no conocía el nombre decoraban la vasta extensión de terreno que rodeaba la casa.

—Sí. Lo cuido yo. —Él escuchaba a la vez que admiraba la belleza del paisaje—. Te dije la primera vez que nos vimos que mi jardín era una maravilla. Sígueme, te enseñaré el invernadero.

—¿También cultivas? Debes de trabajar más en casa que fuera.

—No lo dudes. —Se puso los guantes de jardinería y agarró una herramienta con aspecto de tenedor y mango curvo de madera, parecida a un rastrillo. Se arrodilló en el suelo a quitar las hierbas que comían la parte sembrada. —Cuéntame, ¿qué tal va el artículo? ¿Has averiguado algo más?

—He descubierto un patrón, pero no de víctimas de suicidio. —Al oír sus palabras dejó de escarbar, clavó la herramienta en la tierra y permaneció inmóvil en la misma incómoda postura que unos segundos antes le permitía hacer el trabajo con comodidad—. No estoy seguro... Creo que alguien quiere que creamos que son suicidios. Sé que una de las víctimas recibió una tarjeta con versos y un código QR poco antes de morir y parece que el último fallecido llevaba encima otra de esas tarjetas el día del accidente. Es extraño.

Ella lo miró desconfiada.

—Eso es una tontería. ¿Quién querría esperar pacientemente un año tras otro para cometer semejante locura?

—Aún no lo sé. ¿Conocías a Octavio? No recuerdo ahora mismo el

apellido. Supongo que te habrás enterado de lo ocurrido el viernes pasado.

—No se habla de otra cosa. —Retomó la labor de jardinería—. Sí, por supuesto. Es un viejo conocido mío y de mucha gente a la que no le caía bien. —No parecía conmovida por lo sucedido mientras hablaba de él.

—¿Y a ti?

—Tampoco. —Le agarró la mano para ponerse en pie—. Cada día me cuesta más. Sin embargo, todo esto que ves me divierte demasiado como para abandonarlo. — Se quitó los guantes y sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo de la camisa—. Salgamos fuera. —Él la siguió—. Fue hace años. Francisco le prestó una suma importante de dinero que nunca devolvió. Desde el principio estuve en desacuerdo con esa decisión, pero él hizo y deshizo a su antojo.

—¿Por qué no estabas de acuerdo?

—Siempre fue mal pagador. Llevó a la ruina varios negocios diferentes. Antes de ser constructor se dedicó a la hostelería, entre otras cosas.

—Conocías su trayectoria y a él desde hace muchos años.

Marisa encendió un cigarro y dio una profunda calada con gesto pensativo. Mantuvo el humo en los pulmones durante unos segundos para después exhalarlo con fuerza.

—He perdido la cuenta.

—¿Y por qué Francisco le prestaría dinero a un moroso reconocido?

—Supongo que esperaba recuperarlo con creces; mi marido no era de los que daban puntada sin hilo. Por aquel entonces fuimos una de las familias más acomodadas de esta ciudad.

—La situación no ha cambiado demasiado —interrumpió René mientras señalaba la casa y el vasto terreno a su alrededor.

—Esto que ves es un vestigio de todo lo que disfrutamos años atrás. Francisco dirigió empresas en distintos sectores, también en el inmobiliario. Durante una temporada se dedicó a comprar inmuebles sobre plano y venderlos una vez terminados. Fue en ese momento cuando entabló relación con Octavio. Era uno de los principales constructores de la zona, además de una persona bien relacionada.

—Después llegó el cataclismo de la burbuja inmobiliaria…

—En efecto. —Se levantó y apagó el cigarrillo. Él entendió que la conversación llegaba a su punto final—. Para mi desgracia, el matrimonio no funcionó todo lo bien que hubiera deseado, pero nos respetábamos. Nunca me inmiscuí en sus decisiones ni él en las mías.

Marisa lo acompañó y le agradeció la visita. Mientras caminaban hacia la verja de la entrada, el tono de la conversación se tornó más afectuoso y distendido. La tensión se diluyó entre palabras amables y cumplidos recíprocos hasta el momento de despedirse.

Se avecinaba un fin de semana plomizo y anubarrado, como su estado de ánimo. «Qué mejor que llevarse algo de trabajo a casa cuando no hay plan alternativo», pensó Laia en tanto que se tomaba una copa de Chardonnay. Ordenó en la mesa de comedor la información que Garrido y ella recopilaron el viernes en las visitas a los familiares de Alonso Álvarez y Antonio Ruiz, los dos fallecidos por suicidio en los años 2016 y 2017.

René tenía razón. Él descubrió un patrón en aquella sórdida historia, pero era sospechoso y eso la enfurecía. Ferrer le había investigado y no parecía tener un móvil aparente. La lógica le decía que nadie en su sano juicio denunciaría un crimen en el que dejase pruebas directas hacia él, pero su huella llegó de alguna forma hasta la tarjeta de Octavio.

Se levantó, descorrió la cortina y observó a través de la ventana. Había comenzado a llover. Las gotas golpeaban con fuerza el cristal y la sensación de frío parecía traspasar los muros hasta llegarle a los huesos. Le provocó un escalofrío. El vino y un jersey de lana la ayudaron a entrar en calor antes de volver a repasar el contenido de la carpeta, que permanecía desperdigado por encima de la mesa.

Como en el caso de Octavio y Luis, Alonso y Antonio recibieron una tarjeta. Ambas familias las guardaban, al igual que las respectivas cartas de despedida, con un texto similar. Aunque el escaneo del código QR mostraba la misma flor blanca, el poema era diferente. El de Alonso mencionaba el siguiente verso: «No aquel para cuya alabanza y gloria con la muerte es morir imposible», y el de Antonio: «Sueño es la muerte e irremisible paso, que en nuestra universal humana historia pasó con felicísima vitoria un hombre que fue dios incorruptible».

Escribió los cuatro textos, tal y como las víctimas los recibieron, en cuatro cartulinas diferentes y los leyó una y otra vez antes de sentarse al ordenador con el fin de bucear por internet en busca del soneto original de Lope de Vega. Después colocó las cuatro cartulinas siguiendo el orden real de los versos.

«No aquel para cuya alabanza y gloria con la muerte es morir imposible».

«Sueño es la muerte e irremisible paso, que en nuestra universal humana historia pasó con felicísima vitoria un hombre que fue dios incorruptible».

«Nunca de suyo fue culpable y mala la muerte a quien la vida no resiste; al malo aborrecible; al bueno, amable».

«No la miseria en morir consiste; solo el camino es miserable y triste…».

Permanecía sentada en posición relajada, pero la tensión la llevó a inclinarse sobre la mesa para observarlo más de cerca. No daba

crédito a lo que veía. Cada víctima había recibido un fragmento diferente que determinaba el orden del suicidio, comenzando en 2016 con Alonso Álvarez y finalizando en 2019 con Octavio González. No observaba coincidencias entre ellos, salvo que todos eran hombres y jubilados.

Leyó el soneto de nuevo en la pantalla del ordenador y encontró algo más que le provocó un escalofrío, pese a que el frío ya había desaparecido. Faltaban los versos del principio y el final estaba incompleto.

«Parece que el poeta no ha concluido su macabra obra», pensó. De pronto, el sonido del móvil la sobresaltó. Las pulsaciones se le aceleraron en cuestión de segundos. No esperaba llamadas de trabajo en domingo.

—Hola, Garrido, ¿hay algo nuevo?

—Las firmas son falsas. La misma persona firmó las cartas de despedida. Aunque son buenas imitaciones, hay un trazo que las diferencia de las originales y que, al mismo tiempo, identifica al mismo individuo.

—Gracias.

—Hay algo más. —Ella contuvo la respiración hasta oír la respuesta—. Es zurdo.

Capítulo 10

El estridente sonido del despertador le recordó que era hora de levantarse. Abrió un ojo y miró de soslayo el reloj. Odiaba los lunes y, como la mayoría de los mortales, necesitaba toda su fuerza de voluntad para el simple acto de levantarse de la cama. Adelantó la hora de despertarse con el propósito, como cada comienzo de semana, de practicar deporte antes del trabajo y estuvo a punto de sucumbir a la desidia cuando la alarma volvió a sonar.

En cuestión de segundos pasó de un estado de sopor al desvelo más absoluto. Decidió dejar la pereza para otro momento y salir a correr. Recorrió el mismo trayecto que otras veces. Apenas media hora de ejercicio diario era suficiente para olvidar los problemas y recuperar la forma física que había perdido tras el accidente de Jon. Una ducha rápida y un desayuno ligero completaron el inicio de la semana, que comenzó más llevadero de lo esperado.

Al bajar la escalera se detuvo frente a la puerta de René. No lo había vuelto a ver desde el interrogatorio. Quizá el deseo de hablar de nuevo con él la empujó a acercar la mano al timbre, aunque en el último momento se arrepintió y aceleró el paso escaleras abajo mientras pensaba que citarle en el despacho sería lo más adecuado.

Un cuarto de hora después entraba en la comisaría. Caminó deprisa por los pasillos; no quería llegar más tarde de lo habitual, pero lo consiguió. Observó, con sorpresa, una improvisada tertulia matutina de todo el equipo.

—¿Pasa algo? ¿Me he perdido alguna reunión?

—No, no, jefa. Nosotros nos vamos ya. Solo hemos venido a entregar unos informes —respondieron al unísono Uribe y Velasco con la boca llena. Mordisqueaban unos dónuts glaseados mientras se acercaban a la puerta. Los observó marchar con cierta perplejidad.

—¿Es costumbre comer en el despacho? —se dirigió al subinspector y a Ferrer, que permanecían con ella.

—Al lío, jefa. —Ferrer desvió con mucha agilidad el hilo de la conversación—. Seguro que quiere saber lo que hemos averiguado.

—Tú dirás. —Se despojó de la ropa de abrigo mientras lo escuchaba.

—Ya conoce el resultado de las pruebas grafológicas.

—Sí, Garrido me lo comunicó ayer.

—Bien. —Observó que el agente miraba por el rabillo del ojo la esquina de la mesa del subinspector. Quedaba un dónut envuelto en unas servilletas grasientas de aspecto pegajoso—. Hemos analizado las llamadas entrantes y salientes del móvil de Octavio.

—¿Y? —Laia, que se acababa de sentar, decidió levantarse de nuevo. Se aproximó a la mesa de Garrido, cogió el dónut y se lo entregó antes de que la actitud de él acabara con su paciencia.

—Gracias, inspectora. —Sin perder tiempo, le dio un mordisco antes de continuar—. Realizó y recibió varias llamadas pocos días antes del suicidio. Hemos descartado las de su mujer y alguna otra de escasos segundos que no parecían relevantes, pero nos han llamado la atención dos: una de ellas del exsocio, José Antonio Rubio. Hablaron solo unos minutos. Uribe ha investigado sobre él y no es trigo limpio. Tiene algunas denuncias por agresión, precisamente una de ellas es de la víctima.

—Vaya casualidad —dijo con sorna—. ¿Y la otra llamada?

—De María Luisa Gómez. Con esta habló largo y tendido. —Engulló con ansia el resto del bollo como si la gula, más que el hambre, le anulara la buena educación.

—¿Quién es?

—La directora de la asociación Apovi para víctimas de suicidio.

—Apovi —repitió de forma automática, a la vez que recordaba dónde había escuchado ese nombre la primera vez—. Localizad a René Vargas y que pase por mi despacho esta misma mañana. ¿Sabemos algo de las autopsias?

—Hemos solicitado autorización judicial. Aún tardará unos días.

—Bien, Garrido y yo iremos a visitar al exsocio de la víctima. Veremos qué nos cuenta.

Tal y como le comentó la joven de la cafetería, José Antonio vivía en una zona residencial de chalets adosados a las afueras de la ciudad. El subinspector se había encargado de localizar la dirección exacta.

Pulsaron un par de veces el timbre antes de que un hombre espigado y zanquilargo, de aspecto impecable y enigmática mirada, les abriera la puerta.

—Buenas tardes. Soy la inspectora Balaguer y este es mi compañero, el subinspector Garrido. Necesitamos hablar con usted en relación con un accidente acontecido hace unos días en San Bartolomé.

Titubeó unos segundos antes de invitarles a entrar y no les dejó pasar más allá del recibidor.

—No sé en qué les puedo ayudar, pero ustedes dirán. —Adoptó una postura cómoda de brazos cruzados y apoyó el hombro en el quicio de la puerta de entrada.

Ella pensó que no era el mejor lugar para hablar del tema. Se lamentó de no haberlo citado en comisaría y más con la actitud desafiante que mostraba.

—Queremos hacerle unas preguntas sobre Octavio González. Tenemos entendido que fueron socios.

—Sí, en efecto. Trabajamos juntos un tiempo. Nuestra relación

laboral terminó hace años.

—¿Qué ocurrió?

—Perdí mucho dinero y no estaba dispuesto a dejarme arrastrar por sus vicios y su pésima gestión.

—¿Retomaron la relación profesional últimamente?

Pareció pensar la respuesta antes de contestar y Garrido aprovechó el momento para desconcertarle aún más.

—Discúlpeme, necesito ir al baño. —Laia comenzó a asumir como habitual esos arrebatos improvisados del subinspector, que cada vez le resultaban más sorprendentes—. Es urgente, si no, no se lo pediría. —Añadió a la escena algún que otro aspaviento e insistió ante la mirada desconfiada de José Antonio.

—La segunda puerta a la derecha.

Ella trató de retomar la conversación inicial y, de paso, conseguirle algo más de tiempo a su compañero.

—Le preguntaba si habían reanudado la relación profesional.

—No, no —contestó molesto, al mismo tiempo que miraba de reojo hacia el pasillo.

—Entonces, ¿me explica cómo es que mantuvieron una conversación telefónica días antes del suicidio? ¿De qué hablaron?

La inspectora había logrado llamar su atención por completo. El hombre se olvidó por un instante de Garrido y le ofreció pasar al salón. Quizá pensó que un cambio de actitud suavizaría el tono de la conversación, que cada vez se volvía más tenso.

—Era un necio, alguien le debía favores en el Ayuntamiento. Me enteré de que consiguió licencia para construir en una de las mejores zonas de la ciudad, pero su economía no era muy boyante. Le ofrecí asociarnos y aportarle el capital que necesitaba. —Comenzaba a ponerle nerviosa que su compañero continuase pululando por la casa, aunque José Antonio pareció olvidarlo de momento—. Me interesaba esa obra, pero él lo echó todo a perder a causa de las apuestas, el juego y un nivel de vida por encima de sus posibilidades, que logró mantener durante un tiempo gracias a mi dinero.

—¿Por eso le agredió?

—Digamos que fue una amenaza. —Se levantó y se dirigió a la puerta. Ella lo siguió con la mirada a la vez que disimulaba una incómoda tensión—. No permito que nadie juegue conmigo.

En ese mismo y oportuno instante apareció el subinspector en el salón.

—¡Ufff! Muy amable.

—Pensé que quizá se habría perdido. —Exhibió una tenue e irónica sonrisa, que mostraba un creciente malestar—. Después de eso prometió compensarme —se dirigió a Laia—. No es ético, pero ya que no me iba a devolver el dinero, le pedí que su contacto del

Ayuntamiento hiciera lo posible por incluirme en un importante proyecto de inversión en la zona.

—¿Se refiere al antiguo orfanato? —preguntó Garrido—. Algo he oído.

—En efecto. A pesar del estado actual del edificio, aprovecharán su excelente ubicación para reconvertirlo en un hotel balneario. La llamada a la que se refiere, inspectora, era para confirmar que había hablado con esa persona.

—Por lo que me dice, ese contacto es alguien influyente. Me pregunto por qué le debía favores a un sujeto como Octavio. —Ella decidió tomar algunos apuntes en una agenda mientras continuaba la conversación.

—Eso ya no es de mi incumbencia y desconozco su identidad. —Se levantó y los invitó a salir de una forma más cordial de como los recibió—. Ahora, si no les importa, llego tarde a una cita.

De camino a comisaría, Laia recriminó al subinspector su actuación.

—¿Estás loco? Arriesgaste demasiado, ¿qué demonios buscabas?

—No suelo saberlo hasta que lo encuentro. —Le dejó el móvil para que viera las fotografías que había tomado por la casa de camino al cuarto de baño. Un reportaje completo realizado en cuestión de minutos—. Revísalas. Seguro que hay alguna que te llama la atención.

Observó de cerca las imágenes, una por una, tal y como le dijo su compañero.

—¡Nooo! No me lo puedo creer. —Amplió lo que parecía un selfi de José Antonio con una mujer en actitud cariñosa—. ¿Es Ana?

—Sin duda.

—La foto parece reciente.

—Lo es. El local que aparece de fondo ha sido inaugurado hace apenas un par de semanas.

—Creo saber con quién viajará la desconsolada viuda a la ciudad del amor. —Su instinto no fallaba. Esa mujer le dio mala espina desde el primer momento—. Comprueba si él tiene billete en el mismo vuelo.

Pensó encontrarse con René a su llegada a comisaría, pero no fue así. Ferrer no pudo localizarlo y ella necesitaba reunirse con él cuanto antes. Era lo que más deseaba, aunque le rondaba la duda de que el deseo fuera personal más que profesional. Recordó el momento en que mencionó la asociación y que acudía regularmente. Quizá lo encontrase allí, si no, siempre podía recurrir a tocar el timbre de la puerta de camino a casa.

Echó un vistazo al antiguo reloj de pared que presidía la entrada a comisaría y se marchó sin decir nada a nadie. Aún no era la hora de comer.

No tardó en llegar. San Bartolomé es una ciudad donde no existen grandes distancias. Desconocía los días y horarios en los que su vecino acudía a las reuniones, pero no quiso esperar sin necesidad, así que preguntó a una joven enfrascada en la escritura de algún informe detrás de un pequeño mostrador a la entrada del local. Golpeaba las teclas del ordenador con tal precisión y soltura que parecía que no hubiera hecho otra cosa en toda la vida. Le informó, sin levantar la vista de la pantalla, de que estaba a punto de terminar la sesión y ella decidió esperarlo en la calle.

René, Alejandro, Raúl y Lucía salieron a la vez. Los cuatro discutían sobre los fines de semana. La típica conversación banal, habitual de los lunes, a la hora del aperitivo. Abel los seguía. Como siempre, le bastaba con escuchar. Se dirigían a Los Arcos cuando se fijó en la inspectora. Paseaba a unos metros de la asociación con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la mirada fija en el suelo. Suponía que lo esperaba. Una sensación de alegría e inquietud le empujó hacia ella, a pesar de intuir que no era portadora de buenas noticias.

—¿Tienes ya pruebas suficientes para detenerme? Porque supongo que habrás venido por ese motivo. —No pudo evitar mostrar brusquedad en sus palabras.

—Tienes razón, he venido a buscarte. —Quizá en otro momento y a otra persona le hubiera parado los pies—. ¿Me aceptas una cerveza? Me gustaría hablar contigo.

Prefirió no cambiar el semblante serio, pero le agradó la invitación, viniendo de ella. Pensó en Los Arcos a pesar de saber que Laia acabaría siendo objeto de chismorreo entre Raúl y Lucía, motivo por el que buscó una mesa en la esquina opuesta al lugar donde se había sentado el resto del grupo.

—Tú dirás —dijo él después de dejar las bebidas sobre la mesa.

Laia sacó papel y bolígrafo del bolso.

—Escribe —ordenó seria y contundente.

—¿Qué?

—Que escribas. No sé. Lo que se te ocurra. Después te explico.

No sabía cómo ni por qué confiaba en ella, simplemente cogió el bolígrafo y escribió una sola frase. Él observó que su expresión fija y escrutadora se tornó tímida y serena aun antes de leer lo que había escrito.

—Me estás volviendo loco y no eres consciente de ello —leyó en voz alta mientras René descubrió en su rostro un gesto amable y desconocido. No parecían cualidades propias de ella ser natural y espontánea—. ¿Cómo debo entender esto?

—¿Y yo?

—Está bien. Solo necesitaba hacer una comprobación. —Agarró el botellín con ambas manos, como si quisiera calentar el contenido—.

Creo en ti y en tu versión. Al parecer, una persona zurda es quien firmó las cartas de despedida de las víctimas de los suicidios.

Con ese comentario entendió que al menos, de momento, lo descartaba como sospechoso.

—Te dije que no tuve nada que ver.

—Me gusta andar con pies de plomo y aún debo averiguar cómo llegaron tus huellas a la tarjeta, pero ahora, necesito tu ayuda.

—Por cierto —la mención a la tarjeta le recordó el comentario de Lola, la hija de Luis Gómez, acerca del código QR—, ¿qué demonios escondía el código?

—¿Por qué debería compartirlo contigo? —preguntó Laia.

—Quizá porque necesitas mi ayuda y yo necesito más información para mi artículo. —Quiso ser contundente, aunque tenía dudas de haberlo conseguido.

Ella mostró un gesto de obligada aprobación.

—Una flor. —Comenzó a rebuscar en el bolso. Sacó las llaves, un par de neceseres y varias cartulinas que dejó sobre la mesa—. ¡Aquí está! —dijo al encontrar el móvil—. Mira. —Le enseñó una imagen—. Es estramonio.

—No entiendo de flores, la verdad, pero me suena haber visto algo parecido.

—Octavio fue envenenado con extracto de esta planta antes de suicidarse.

—Eso cambia la historia. En San Bartolomé hay mucha gente a la que le gustan las plantas. —Trataba de recordar dónde la había visto antes.

—Sí, empezando por la viuda que regenta una floristería. —Recogió las llaves para guardarlas de nuevo—. Pero ahora necesito información sobre otra persona y quizá me la puedas dar tú.

—¡Marisa! —exclamó René.

—Bueno, en realidad se llama María Luisa, es la directora… ¿Cómo sabías que te preguntaría por ella?

—No, no. Me refiero a que vi una flor parecida en casa de Marisa, y sí, es la directora de Apovi. —Decidió continuar con la explicación a la vista de que ella permanecía en silencio—. En realidad, tiene un jardín espléndido y muy bien cuidado, no obstante, esta planta la vi fuera del recinto.

—A qué te refieres.

—Parecían silvestres, aunque decoraban como si no lo fueran. Nacen pegadas a la parte externa de la verja de entrada. Me fijé después de llamar al videoportero, mientras esperaba que abriera la puerta.

—Lo comprobaré. Ahora háblame de ella.

—La conocí cuando llegué a San Bartolomé a través de un amigo en

común y eso me ha servido para tener un trato más cercano con ella. Marisa me ofreció escribir sobre el suicidio. —Reflexionó durante unos segundos—. Aunque no estoy seguro de si lo hizo por mí o por ella.

—¿Por qué?

—Supongo que esperaba el típico artículo donde se encumbra su obra y la labor que lleva a cabo en Apovi. Sin embargo, mi trabajo siempre ha sido periodismo de investigación. Reconozco su esfuerzo y dedicación, pero me topé con algo más interesante y ahora necesito llegar hasta el final. La visité hace unos días y no quiso dar crédito a la posibilidad de que existiera un patrón. Quizá te interese saber que conocía a Octavio. —Ella asintió y lo dejó hablar—. La relación entre los dos no era buena. Por lo visto, dejó deudas pendientes de pagar a mucha gente en esta ciudad y uno de los perjudicados fue su marido.

—¿A qué se dedica?

—Dedicaba —la corrigió—. Murió poco tiempo después de ayudarla a crear la asociación. Durante un tiempo disfrutaron de buena posición económica, aunque ahora tampoco creo que le vaya tan mal. Fue gerente de varias empresas en distintos sectores, uno de ellos el inmobiliario.

—¿Qué otro tipo de empresas dirigía?

—No lo sé. Marisa es muy hermética en todo lo que concierne a Francisco, su difunto esposo.

—¿Sabes por qué realizaría una llamada a Octavio días antes del suicidio?

Él permaneció en silencio. No encontraba un motivo aparente después de lo que le contó.

—No me dio la sensación de que mantuviesen ningún tipo de relación en la actualidad. —La historia cada vez le interesaba más. Todo el mundo guardaba secretos en aquella ciudad.

Laia comenzó a recoger el contenido del bolso que minutos antes había desperdigado por encima de la mesa.

—Un momento. —Se fijó en los escritos de las cartulinas—. ¿Puedo?

—Lo escribí de mi puño y letra para encontrar sentido a los versos que recibió cada víctima. —Los ordenó según el soneto original.

René comenzó a leerlo cuando sintió la presencia de alguien tras él y se giró de forma instintiva—. ¡Raúl! —Sin conocerle demasiado hubiera jurado que su intención era cotillear.

—Disculpad —después de barrer con la mirada a la inspectora, se dirigió a él para despedirse—, nos vamos ya.

—Te presento a Laia, mi vecina. —Prefirió no hacer referencia alguna a su profesión. Cuanto menos supiera sobre ella, mejor.

—Laia. —Repitió el nombre a la vez que adoptaba una postura de recitador que desconcertó a René, aunque pensó que, viniendo de un personaje tan singular, no era de extrañar—. Abreviación de Eulalia

en catalán. Mártir cristiana. Considerada santa por la Iglesia católica y su significado es algo así como aquella que es bien hablada, ¿me equivoco?

—No sabría decirle —respondió con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—De tú, querida —fue una respuesta automática. Todos sus sentidos parecían concentrarse en los textos de las cartulinas—, trátame de tú.

—Tranquila. Él es así, un pozo de sabiduría —aclaró René—. Aunque en el grupo tenemos de todo. Aparte de Raúl, está Lucía, una joven alocada, y Abel, el Fune.

—¿El Fune? —preguntó ella.

—Sí, de funerario. No sé si fue Lucía quien le adjudicó el nombre, pero lleva ese sambenito a cuestas por trabajar en el tanatorio —aclaró René.

—No me digáis que os gusta Lope de Vega —interrumpió Raúl.

René advirtió que se avecinaba una nueva oratoria y decidió intervenir.

—Te ibas ya, ¿verdad? Te estará esperando el resto del grupo. —Se giró y comprobó, para su desgracia, que no era así.

—Bueno, siempre puedo retrasar la hora de marchar. Hazme un sitio. —A pesar de que no le gustaba la idea, no le quedó más remedio que dejarle espacio—. Debo decir que está mal escrito.

—Raúl, te agradezco el interés, de veras...

—Un momento. —Laia lo agarró del brazo y René entendió que debía permanecer en silencio—. Está sin terminar, ¿no es así?

—Le falta el principio y el final, pero no me refiero a eso. Los versos están mal escritos. Se ha alterado el orden de algunas palabras.

La inspectora le prestó el bolígrafo. Rebuscó otro entre los distintos objetos que contenía su bolso y Raúl comenzó a subrayar las palabras que ocupaban un lugar erróneo en cada verso.

«No aquel **para** cuya alabanza y gloria con la muerte **es** morir imposible».

«Sueño es la muerte i**rremisible** paso, que en nuestra universal humana historia pasó con felicísima vitoria un hombre que fue dios incorruptible».

«Nunca de suyo fue **culpable** y mala la muerte a quien la vida no resiste; al malo aborrecible; al bueno, amable».

«No la miseria en morir consiste; solo el camino es **miserable** y triste…».

—En el primer verso, «para» va delante de aquel y «es» detrás de morir. En el segundo, «irremisible» debería ir detrás de la palabra paso, por lo tanto, en vez de llevar una «e» debería llevar una «y». En el tercero, la palabra «culpable» se escribe detrás de la palabra «mala». En el último, «miserable» se escribe detrás de «triste» ... Y falta un «el»

delante de morir consiste.

—Por tanto. Las palabras son: *para*, *es*, *y*, *irremisible*, *culpable*, *el* y *miserable*. —Laia las había anotado en una servilleta de papel.

—Exacto —dijo Raúl—. Os veo muy interesados, ¿se trata de algún juego? —De pronto, una oportuna llamada les evitó el deber de mentir en la respuesta— ¿Sí? — contestó—. Lo siento, chicos —se disculpó a la vez que tapaba el micrófono del móvil—, me temo que se me ha hecho tarde. Seguiremos con la lección de literatura otro día.

Abandonó el local a la vez que hablaba y gesticulaba por partes iguales.

—Leí varias veces el soneto original y no fui capaz de fijarme en esto. —Señaló las palabras sueltas que acababa de escribir—. Será porque la literatura no es mi fuerte.

—Si dejamos de lado la conjunción y la preposición y lo leemos por orden, queda algo así: es irremisible culpable el miserable.

—Y si las incluimos y ordenamos, para que tenga sentido: es irremisible para el culpable y miserable. —Laia le pidió otro par de cervezas al camarero. A René se le había echado encima el tiempo sin darse cuenta, pero no se quejó—. ¿Qué es irremisible para un culpable y miserable?

—Te leo los primeros versos —se apresuró a buscarlo en el móvil—: «La muerte para aquel será terrible con cuya vida acaba su memoria». —Reflexionó unos segundos sobre lo que acababa de leer—. No hay muchas palabras con las que pueda tener sentido la frase. Si tuviera que escoger una de entre todas, diría que lo único que es irremediable para el culpable y miserable es la muerte.

Capítulo 11

—Debemos encontrar el comienzo de ese soneto. —Frunció el ceño y cerró los ojos con fuerza en el momento en que una breve e intensa punzada le atravesó la cabeza sin piedad.

—¿Estás bien?

René le cogió la mano y ella abrió los ojos al sentir la calidez y firmeza de su piel. No debía mostrar debilidad ni permitir gestos de confianza. Interrumpió la agradable sensación de calma y seguridad que le transmitía al soltarse de forma brusca.

—No te das cuenta, ¿verdad? —Encontró en el enojo y la indignación el refugio perfecto para sus verdaderos sentimientos—. Le encargué al subinspector Garrido que investigara las estadísticas que me pasaste. No hay suicidios ningún veintidós de noviembre anterior a 2016, pero si faltan los primeros versos es porque quizá haya una víctima más. Sería la primera y está fuera del patrón que encontraste.

—Después se tomó un descanso de varios años, ¿eso es lo que quieres decir? — Echó un vistazo al móvil, que no dejaba de vibrar, a la vez que continuaba la conversación. Era un mensaje de Ramón. Lo invitaba a comer ese mismo lunes. Le contestó de inmediato, sugiriéndole encontrarse en Los Arcos. Seguro que le daba igual y él necesitaba tiempo para digerir toda la información.

—No solo eso. Si estamos en lo cierto, el asesino considera a sus víctimas como culpables y miserables, por eso la muerte es irremisible para ellos. Hace justicia y eso nos lleva a pensar que todos tienen un denominador común que los relaciona con él. —Se levantó con prisa —. Necesito que no hables con nadie de esto y que cualquier cosa que averigües me la comuniques a mí, solo a mí.

Ramón llegó un rato después de que ella se hubiera marchado.

—¿Molesto?

La pregunta le apartó de los pensamientos que le habían mantenido absorto durante los últimos diez minutos.

—No, no. —Reaccionó lo más rápido que supo—. ¿Cómo estás?

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no crees? —Se quitó la chaqueta y avisó al camarero con un gesto—. Pensé venir antes a San Bartolomé, pero se me complicó la semana.

—Yo estoy bien. Tal vez un poco cansado.

—Ya sabes que el cansancio se arregla durmiendo. —Echó un vistazo a la carta de hamburguesas—. No me digas que el artículo te quita el sueño.

Apenas tenía hambre. Prefirió que Ramón eligiese por los dos.

—Al contrario. Creo que va a ser un gran artículo. —Debía buscar la

forma de hablar del tema sin decir nada relevante. —¿Qué te trae por aquí esta semana?

—No mucho. En realidad, estoy de paso. Tengo un negocio que cerrar en Coruña para un transporte de piezas de automóvil que seguro me dejará un buen dinero.

Le oía hablar sin apenas escuchar lo que decía. El movimiento hipnótico de los labios dejaba entrever unos dientes deslumbrantes, dignos del más caro de los blanqueamientos. De punta en blanco, perfumado y con una particular forma de expresarse que embaucaría a cualquier ingenuo que quisiera escucharlo, incluida su querida Natalia. Ella le apreciaba mucho, demasiado para lo que creía conocerlo. O quizá el que no lo conocía era él. Todavía seguía intrigado con la fotografía y los papeles que encontró en el cajón de la cocina.

De pronto, un abominable sentimiento de culpa le invadió al desconfiar de alguien que se molestó en ayudarlo en sus peores momentos, aun cuando su amiga del alma, Nata, había abandonado este mundo, pero era una realidad a la que no daría la espalda. Lo cierto es que parecía una persona con más sombras que luces.

—René, ¿te encuentras bien? Pareces ausente desde hace un rato.

—Sí, perfectamente. —Desvió de forma drástica el hilo de la conversación—. Esto tiene una pinta estupenda —dijo al señalar las hamburguesas que acababan de servir en la mesa.

—Son las mejores de la ciudad. —Ramón escogió primero. Utilizó una servilleta de papel para envolverla y no mancharse de grasa—. ¿Qué tal la gente que has conocido? A mí siempre se me dio mal lo de hacer nuevas amistades.

—Es un grupo muy variado. —Sonrió—. Desde una joven de lo más alocada hasta un erudito en Historia, entre otras materias. Por cierto, quizá conozcas a este último. Se llama Raúl y ha vivido en San Bartolomé desde que era un niño. Puede que fuera compañero de clase. —Por la edad estaba seguro de que no, pero debía sonsacar alguna información sin levantar sospechas.

—Si es de aquí coincidiríamos en el colegio. —Permanecía más entretenido con el sobre de kétchup que pensando las respuestas.

—¿A qué colegio te refieres? —Entonces, rememoró la imagen de la fotografía que encontró en el cajón. El tipo de construcción más parecía un antiguo palacete del siglo pasado que una construcción moderna.

—Al único que hay en San Bartolomé. Está a menos de un kilómetro de aquí. Cerca de la estación de tren.

Lo había visto. Además, Alejandro le explicó el motivo por el que Los Arcos se llena de gente a primera hora de la mañana y es que la estación de tren, el colegio y las zonas de oficinas se encuentran a

escasos metros.

—He pasado por delante de ese edificio y no creo que tenga más de cuarenta años, ¿no hay algún otro colegio más antiguo en la ciudad?

—No. —Se encogió de hombros—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Serán imaginaciones mías. No me hagas mucho caso, últimamente la memoria no me funciona muy bien. —Dejó la hamburguesa en el plato cuando observó que el hilo de grasa que le recorría la mano había viajado hasta la manga del jersey sin avisar—. A quien sí conoces es a Alejandro, ¿verdad?

—Sí. Marisa es otra persona desde que trabaja con él. Apareció poco después de la muerte de Francisco.

—He oído que estuvo rodeada de cierta polémica.

—Toda su vida estuvo rodeada de polémica. ¿Por qué no iba a estarlo su muerte? Siempre se le relacionó con negocios ilegales, pese a que nunca demostraron nada.

—¿Droga?

—Quizá.

Laia se dirigió a comisaría sin pasar por casa. Sacó un tentempié de la máquina expendedora en la segunda planta y subió las escaleras con cierta agilidad, en parte proporcionada por la incipiente práctica de deporte.

Colgó el bolso y el abrigo en el perchero y realizó una llamada a Ferrer antes de sentarse delante del ordenador.

—Buenas tardes, inspectora.

—Ferrer, necesito que investigues a María Luisa Gómez, la directora de Apovi. Denuncias, multas... Cualquier dato relevante que encuentres en los últimos diez años.

—De acuerdo, jefa.

—Ah, por cierto. Comentaste sobre un profesor obsesionado con Lope de Vega que te dio clases de niño.

—Sí, sí. Emilio Conde Aparicio. Debe ser muy mayor. Ya lo era cuando lo conocí. Quizá haya fallecido. Ya sabe, la típica persona a quien atropella la edad incluso de joven.

Laia camufló la risa en un sonoro carraspeo ante el original comentario del agente.

—Localízalo. Me gustaría hablar con él, si aún vive. Es urgente, de manera que ponte a trabajar con Velasco y Uribe si lo necesitas.

Esperaba una tarde de lunes calmada y sin sobresaltos que le permitiera averiguar algo más sobre el motivo por el que José Antonio se puso en contacto con Octavio días antes del suicidio. Algunas noticias locales fechadas semanas atrás informaban sobre un proyecto de reactivación de la economía en la zona, gracias a la cesión del edificio junto a los terrenos circundantes por parte del Ayuntamiento y a la aportación de capital privado que permitiría su reconversión en

un hotel balneario.

Cayó en la cuenta de que el edificio debía encontrarse fuera de la ciudad. Un río atravesaba algunas poblaciones del municipio, pero no San Bartolomé, y el balneario utilizaba aguas de manantial propio, por lo tanto, debía estar cerca de ese río o del propio nacimiento. Recordó la frase de José Antonio cuando habló de su excelente ubicación.

Navegó en la red hasta encontrar una fotografía que amplió al instante para ver los detalles. La fachada rememoraba los típicos palacetes de indianos, hogar de los nuevos ricos que regresaron de hacer las Américas a finales del siglo XIX y que, después, pasaron a servir de improvisados hospitales durante la guerra civil. La imagen en blanco y negro de un edificio tan lúgubre y semirruinoso en mitad de un paraje solitario era sobrecogedora.

—Disculpe, jefa.

Era Ferrer. Lo invitó a entrar con un gesto mientras leía el pie de foto. «Imagen del antiguo orfanato cerrado en 1987». Estiró los brazos y se masajeó el cuello con ambas manos. Sentía molestias después de un rato inclinada sobre la pantalla del ordenador.

—¿Sabes dónde está este edificio?

El agente, que entró con varias carpetas bajo el brazo, se aproximó y lo observó de cerca.

—Es el orfanato. Está a cinco kilómetros de San Bartolomé.

—He leído que es propiedad del Ayuntamiento.

—Sí. Lo recibió por donación de los últimos propietarios, que murieron sin descendencia. Ya sabe, hay gente que no sabe qué hacer con lo suyo. —Dejó los archivadores sobre la mesa de Garrido—. Solo venía a decirle que he localizado a mi antiguo profesor. No ha sido complicado. Hace años que vive en una residencia.

Apuntó la dirección en un trozo de papel antes de marchar. Laia siguió los pasos del agente. El día había sido demasiado largo como para continuar en el despacho y su cabeza no daba más de sí.

Al día siguiente, el despertador volvió a sobresaltarla. Como cada mañana, el sonido penetrante de la alarma retumbaba por toda la habitación. Sacó un brazo de entre las sábanas y comenzó a dar golpes con la mano abierta sobre la mesita de noche con la esperanza de destrozarlo antes de apagarlo. Seguro que encontraría un hueco en la mañana para comprar uno nuevo.

Se asomó a la ventana. El frío era una constante diaria y esa mañana no parecía una excepción. Se abrigó cuanto pudo y salió a correr con los primeros rayos de sol. Antes de abandonar el portal revisó los bolsillos en busca de unos cascos, pero se dio cuenta de que los había olvidado sobre la mesita de noche en la habitación. Justo al lado del despertador, que ya era historia.

Pensó en volver a por ellos, aunque no quiso perder más tiempo.

Sabía que, sin la música, no evitaría centrar los pensamientos en el caso y aprovechó la circunstancia para cambiar de ruta. Después de media hora de ejercicio entró en una zona que no era de las recomendadas para ello. Piedras, tierra mojada, arbustos... Los suficientes impedimentos naturales como para hacer un alto en el camino y recobrar el aliento.

Permaneció inclinada unos segundos, con las manos apoyadas en las rodillas. La postura la ayudó a recuperar una respiración más calmada. Levantó la vista y observó a lo lejos las vías del tren. Se oía el murmullo de la gente en la estación, que esperaba la salida o llegada del siguiente. Ella solamente se disponía a revisar el lugar donde ocurrió el accidente. Caminó varias veces desde las vías hasta la zona de matorrales donde apareció el cuerpo y tomó conciencia de que apenas había avanzado en la investigación. El comisario permaneció fuera de la ciudad unos días. Ese era el margen de tiempo concedido para preparar un informe del caso. Sin embargo, no disponía de datos nuevos respecto a los comunicados con anterioridad.

Mientras pensaba en ello, se percató de que los jóvenes habían vuelto a rondar por la zona después del accidente. Colillas, vasos de plástico y alguna botella conformaban las pruebas de uno o varios botellones. De entre toda la basura, un objeto brillante llamó su atención. Se agachó para observarlo con mayor detenimiento y pensó que quizá alguno de ellos lo estuviera buscando en ese momento. Era una fina cadena con un colgante de plata. Su instinto le hizo dudar sobre la propiedad del hallazgo, así que sacó un pañuelo de papel y lo recogió.

Después de una ducha con prisas y poco relajante, le tocó correr a comisaría. Se le había hecho tarde y seguro que el subinspector la esperaba con cara de pocos amigos, aunque esa expresión no difería demasiado de la habitual en él.

—Buenos días. —Llegó sofocada y se dirigió a su mesa sin quitarse el abrigo. Saldría de inmediato hacia la residencia del profesor.

—Buenos días —saludaron los demás al unísono.

Velasco y Uribe revisaban algunos documentos mientras Ferrer, como cada mañana, masticaba a dos carrillos, aunque debía de haber terminado todos los dulces grasientos y pringosos que tocase desayunar esa mañana, porque no quedaban restos por encima de ninguna mesa, lo que la agradó infinito.

—Tenemos algún dato más. —El subinspector se levantó y la siguió —. Ya sabe que los permisos judiciales son necesarios en algunos casos y siempre nos retrasan la investigación.

—Al grano, Garrido.

—Hemos revisado el pasaje del vuelo con destino a París de mañana, cuatro de diciembre. Era la fecha y vuelo del billete que

encontramos en casa de Ana.

—¿Y? —Ese hombre acabaría con su paciencia como no terminase pronto de hablar.

—Que tenía usted razón. En el mismo vuelo viaja José Antonio. Pero eso no es todo. Hemos examinado también las cuentas de la víctima y hace unos días que ha recibido un ingreso en concepto de rescate de un plan de pensiones.

—No lo entiendo. Llevaba años jubilado.

—No es obligatorio rescatarlo de forma inmediata a la jubilación. Octavio solicitó el rescate poco antes del accidente. Ahora lo cobrará su viuda, que es la beneficiaria legal.

—Pero según me indicas, la solicitud la realizó él. Ella no reclamó el rescate como beneficiaria del fallecido. —Lo corrigió. Laia se llevó la mano a la barbilla mientras sacaba su propia conclusión—. Quizá era el único dinero con el que contaba en este momento… Creo que lo quiso recuperar al verse amenazado. Tal vez para escapar. Aun así, durante el tiempo que el banco tardó en abonarlo en cuenta, Octavio fue asesinado. ¿De qué importe estamos hablando?

—Treinta mil.

—Envía a Velasco y Uribe a por ellos. Vamos a interrogar a los tortolitos antes de que suban a ese avión. —Se dirigió a la puerta—. Te espero abajo. Tú y yo nos vamos a visitar al profesor.

Una mujer les recibió en la recepción de la residencia. No le puso ningún impedimento al motivo de la visita. Quizá el miedo o la cautela le impidieron pedir explicaciones más allá de las que dieron los agentes. Se dirigió al puesto de la entrada donde verificó el número de habitación.

El edificio era una construcción antigua, de espacios amplios y enormes cristaleras que agrandaban visualmente las estancias más pequeñas, pero Laia solo tenía ojos para aquel esperpento de mujer. Era mofletuda, de voz aflautada y cabello gris, recogido en un retorcido moño que dejaba a la vista su cuello grueso y sin gracia, a juego con el resto del cuerpo.

—Los acompaño hasta la habitación. No es el mejor momento del día. Acaba de comer y quizá lo encuentren echando la siesta. —La inspectora sacó el móvil. La mujer supuso que miraba la hora al observarla por el rabillo del ojo—. Pensará que es temprano para comer, pero en esta residencia hay tres turnos de comidas y el primero es a las doce.

La siguieron a través de un pasillo interminable. El azul eléctrico de la moqueta contrastaba con el blanco roto de unas paredes decoradas con óleos abstractos, más propios de un hotel de lujo que de una residencia de la tercera edad. Se detuvieron delante de la puerta número cuarenta y seis. Todas tan iguales y diferentes a la vez. Laia

sabía que cada una escondía el final de una vida y eso la sobrecogió.

Una voz amable y quebrada por la edad los invitó a entrar después de que la mujer llamase a la puerta.

—Buenas tardes, Emilio. —Subió el tono de voz al dirigirse a él—. Estos señores son de la policía. Quieren hablar con usted.

El hombre los recibió con una sonrisa amplia y serena, propia de quien ha alcanzado la paz consigo mismo en ese momento de la vida.

—Siéntense, por favor. —Les señaló un par de sillas recogidas en la esquina de la habitación.

—Soy la inspectora Balaguer y mi compañero es el subinspector Garrido. Disculpe que le molestemos a estas horas. Necesitamos hablar con usted.

—¿No habré hecho nada malo? Últimamente se me olvida lo que hago, lo que como, las veces que voy al baño... Y es un problema. Quizá me he metido en un lío sin darme cuenta. —Continuaba con el mismo gesto amable con el que los recibió—. Es broma, aunque la verdad es que mi memoria no es lo que era.

La inspectora reaccionó con la misma gentileza al comentario. Era un hombre muy mayor, tal y como dijo Ferrer. Tendrían suerte si era capaz de rememorar algo de los años de enseñanza.

—No se preocupe, solo venimos a charlar un rato con usted. Necesitamos que nos hable de su etapa como profesor.

—¡Uy, hace tanto tiempo! Mis niños... —habló con nostalgia—. Espero que guarden buen recuerdo de mí. Quise inculcarles el amor por la literatura, el interés por los libros. Al menos lo intenté.

—Tenemos entendido que tiene predilección por un autor: Lope de Vega.

—Y le han informado bien. Gran poeta y dramaturgo. Apodado el Fénix de los ingenios por Miguel de Cervantes. Creo que llegué a ser pesado en alguna ocasión.

—¿Recuerda este soneto? —Laia le acercó el móvil.

El hombre tardó en sacar las gafas del bolsillo de la camisa y más aún en ponérselas. Los terribles efectos del párkinson eran evidentes en sus manos.

—La muerte para aquel será terrible. Claro que sí. La muerte para aquel será terrible con cuya vida acaba su memoria...

Comenzó a recitarlo con tanta ilusión que fueron incapaces de interrumpirle y esperaron a que terminase.

—Es un poema triste, pero lo recita muy bien —dijo Laia con una sonrisa.

—Para esto aún me queda retentiva. —Soltó una carcajada.

—Don Emilio, necesitaríamos saber en qué colegios enseñó y si le viene a la memoria algo en particular de aquellos años.

—Bueno... —Permaneció unos segundos en silencio—. No siempre

di clase en esta ciudad. Después de acabar los estudios enseñé en un colegio de Burgos. Tan solo fueron tres o cuatro años. A continuación, llegué a San Bartolomé y me jubilé aquí.

—¿Destacaría algún alumno especial en sus clases? —Sabía que la repuesta era imposible. No concretó la pregunta porque ni siquiera ella conocía lo que buscaba y Emilio no parecía gozar de tan buena memoria, tal y como manifestó al comienzo de la visita—. Alguien muy interesado en este autor, quizá.

—¿Más que yo? —El hombre soltó otra sonora y contagiosa carcajada—. Déjeme que piense… Demasiados años y demasiados alumnos —se quejó.

—No se preocupe. Le dejo unos días para que reflexione y regresaré la semana que viene, si le parece bien.

—Sí, sí. Me parece bien. Aquí no hay muchas visitas y siempre se agradece ver gente más joven. Vengan otra vez y les recitaré más poemas.

Ambos se despidieron del anciano y salieron de la habitación. Apenas lo había conocido y estaba decidida a visitarlo de nuevo. Era de esas pocas personas especiales que aportan desde el primer minuto que se las conoce.

—¡Un momento, jóvenes! —Los dos agentes se giraron a la vez y vieron al hombre asomado a la puerta de la habitación, gesticulando para que regresaran—. Esta memoria… Se me olvidaba. No sé si cuenta como respuesta a su pregunta, pero también di cursos de literatura durante varios veranos en el antiguo orfanato.

—Sí cuenta, don Emilio. Claro que cuenta —respondió Laia, satisfecha de la visita.

Capítulo 12

—¿Y recuerda las fechas? —Garrido se adelantó a la inspectora. Lo que dijo el anciano le interesó lo suficiente como para abrir la boca por primera vez justo antes de marchar.

—Déjeme que piense… —El hombre enarcó las cejas en un esfuerzo por recordar—. El director del orfanato me propuso impartir unos cursos de verano. Los chicos lo necesitaban. —Abandonó la idea de echar la siesta. Cerró la puerta de la habitación y los acompañó a la salida—. Fue una época en la que pasaban demasiado tiempo ociosos y a mí me hicieron un gran favor. Mi mujer había fallecido tan solo unos meses antes. Sin hijos y sin familia, la soledad fue mi única compañera de viaje desde aquel momento. En respuesta a su pregunta, calculo que sería entre los años 1985 y 1986.

—Don Emilio, le agradezco su ayuda. Volveré a visitarle, sin falta, la semana que viene. —Ella le estrechó la mano y se despidió.

—La espero. —Un atisbo de alegría asomaba en su rostro—. Aún guardo algunos informes de mis alumnos. Entre todos esos papeles seguro que encontraré algo interesante para usted.

«¿Droga? ¿Francisco traficaba con droga?». Le resultaba difícil asimilar el comentario de Ramón, aunque de ser verdad tampoco le extrañaría. No dejaba de pensar en la conversación que mantuvo con él mientras preparaba un suculento guiso de garbanzos con carne. Aprovechó la mañana libre del martes para cocinar. Apagó el fuego, sacó una botella de vino de la nevera y, tras servirse una copa, se dirigió al salón. Pensamientos recurrentes le rondaban la cabeza mientras observaba la calle a través del ventanal. Después de varios sorbos ya no le parecía tan descabellada la idea. La droga explicaría el nivel de vida de Francisco o que Marisa no quisiera inmiscuirse en los negocios de su marido. Quizá fuera el motivo de su reticencia a hablar de él. Se preguntaba si guardaría algún tipo de relación con los suicidios o con el poeta que envió tarjetas a las víctimas o incluso con el estramonio.

Sin encontrar una respuesta lógica, regresó a la cocina y fijó la mirada en el cajón de doble fondo. Lo observó con recelo, como si una imagen sobrenatural acaparase su atención. Por un instante dudó en abrirlo de nuevo, pero la necesidad de averiguar el significado de lo que contenían esas cuatro maderas se impuso sobre el resto de las emociones.

Se aproximó con calma y tiró del cajón con tanta fuerza que a punto estuvo de sacarlo del carril. Le inquietaba que funcionase

correctamente. Parecía que alguien se hubiera molestado en arreglarlo.

—¿Qué demonios...? —Los ojos le mostraron una imagen tan sorprendente como espantosa—. ¡No es posible! No puedo haberlo imaginado. —El contenido había cambiado. Trapos de distintos colores, tamaños y formas ocupaban el espacio que unos días atrás llenaban extrañas fotografías y antiguos documentos. Comenzó a sacarlos uno por uno. Primero con calma y después se apresuró. Los dejó caer al suelo y formó una montaña de tela a sus pies en apenas segundos. Observó con angustia y perplejidad el interior. Todo había desaparecido: las fotografías, los papeles, el colgante... Incluso el doble fondo.

La tensión del momento le provocó un ligero mareo. Necesitó apoyarse en el respaldo de la silla hasta recuperar el equilibrio, después se sentó. Debía calmarse, respirar hondo y contar hasta diez, o hasta cien, no tenía claro el número que le permitiera alcanzar el estado de calma en ese momento. Inclinado sobre la mesa, reposó la cabeza entre los brazos. La postura le ayudó a relajarse y, de pronto, recordó las fotos que tomó con el móvil el día que lo descubrió. Levantó la vista en busca del teléfono y fue por él. Desplazó las imágenes de la galería de forma precipitada. Necesitaba encontrar alguna prueba que justificase su cordura.

—¡Aquí está! —gritó aliviado al encontrarlas unos segundos después —. ¿Entonces...? —No terminó la frase. Crecían las sospechas de que algo oscuro se cernía sobre Ramón. Seguro que el día anterior pasó por casa antes de quedar en Los Arcos. Quizá se percató de que el cajón estaba roto y desconfió de él.

Le asaltaban demasiadas dudas, pero no toleró que la angustia y el miedo le hiciesen perder más tiempo del necesario. Imprimió las imágenes del móvil y el poema que previamente había buscado en internet y organizó las hojas sobre la mesa. Después repasó las anotaciones de la investigación en su agenda. Tomó cierta distancia para observar la documentación cuando el timbre de la puerta lo interrumpió.

A menudo pensaba en la soledad no elegida como un sentimiento dañino, pero tanta visita inoportuna comenzaba a incomodarle.

—¡Ya voy! —Corrió por el pasillo a abrir. No podía creerlo. De nuevo, ante él, tenía a Lucía.

—No molesto, ¿verdad? —Como era habitual en ella, entró sin pedir permiso—. He venido a devolverte el libro.

—¿Qué libro? —Permaneció con la puerta abierta mientras la observaba dirigirse al salón como si estuviera en su propia casa.

—El que me llevé prestado de tu amigo. Me gustó mucho, por cierto.

Quiso colocarlo en el estante con tal remango que acabó provocando un estropicio. René se llevó una mano a la cabeza al ver la estantería en el suelo y varios cientos de libros sobre ella. Soltó el picaporte, olvidando la puerta abierta, y acudió en su ayuda.

—¿Estás bien?

—Sí. —La voz denotaba cierto enfado, aunque parecía pura estrategia infantil con el fin de no recibir una reprimenda a cambio—. Podrías decirle a tu amigo que los muebles deben anclarse a la pared para evitar situaciones como esta.

El comentario le suscitó la necesidad de volver a contar. Esta vez solo hasta diez con el fin de reprimir las ganas de tirarla por la ventana. Había conocido a mucha gente en su vida, pero nadie que le hiciera perder la paciencia tan rápido.

—¿Se puede? —Al escuchar la voz, ambos se giraron a la vez—. He visto la puerta abierta y... —Laia no terminó la frase. Era comprensible, puesto que la escena que se mostraba ante sus ojos rozaba lo surrealista.

Él se levantó de inmediato al ver a la inspectora de pie en el pasillo.

—¡Laia! —exclamó sorprendido—. Cómo no, pasa por favor y cierra la puerta, no vaya a entrar más gente. Esto comienza a parecer el metro en hora punta —dijo mientras levantaba con esfuerzo la estantería. Por suerte, permaneció intacta después del golpe.

Lucía se puso en pie y comenzó a recolocar los libros sin quitar la vista de encima a la inspectora.

—¿Estuviste ayer con René en Los Arcos? —preguntó con su singular descaro antes de que él las presentase—. Os vi.

—Laia, esta es Lucía. Es como mi sombra, me sigue allá donde voy. —Soltó una carcajada. Presentía una situación incómoda, difícil de resolver—. Es una compañera en la asociación.

—Eso, compañera —enfatizó—. ¿Y, tú, quién eres?

—Su vecina.

Captó en ella una mirada de complicidad que lo tranquilizó.

—Supongo que no habrás entrado solo para ayudarme con este estropicio —dijo él.

—Me gustaría hablar contigo, aunque supongo que no es el momento.

—Podéis hablar de lo que queráis. Haced como si no estuviera aquí.

René encontró en la respuesta de Lucía una disculpa perfecta para charlar con la inspectora mientras ella terminaba de organizar el desorden que había provocado minutos antes. Dirigió a Laia a la cocina a pesar de que había dejado los documentos a la vista.

—¿Te apetece tomar algo? —Se sirvió otra copa de vino.

—No, gracias. Como en casa y vuelvo al trabajo dentro de una hora. —Observó las hojas sobre la mesa—. Veo que continúas la

investigación por tu cuenta. —Una le llamó la atención.

—No pienso renunciar ahora. Esto es demasiado interesante como para abandonar. Voy a llegar al final, aunque solo sea para demostrar que no tengo nada que ver.

—¿De dónde has sacado esta fotografía?

Le incomodó el tono de voz inquisitivo que utilizó. Temía que se avecinase un nuevo interrogatorio.

—La encontré en esta casa.

—Es el antiguo orfanato. De pronto, esta imagen se muestra allá donde busco. —Pareció pensar en voz alta—. Fue el motivo de la llamada del exsocio de Octavio días antes del suicidio y es el lugar donde un profesor de Ferrer impartió cursos de verano hace más de treinta años. —Hizo una pausa antes de continuar—. Aparece este lugar en la investigación y de nuevo tú estás por medio.

—No sé cómo explicarlo. Encontré varias fotografías en uno de los cajones y me llamaron la atención por el secretismo con el que Ramón las guardaba. —Señaló hacia la puerta del salón—. Precisamente fue Lucía quien lo abrió sin querer. Pero ahora no están.

—¿Qué quieres decir?

Se dirigió al cajón y lo abrió.

—Ahora solo hay trapos —dijo él—. Mira.

—¿Quién es Ramón? —preguntó mientras echaba un vistazo.

—Ramón Barroso. Un amigo de la familia. Gracias a él conocí la asociación y a Marisa, con quien mantiene gran amistad. —Era consciente de que siempre fue más amigo de Nata que de él—. Es el propietario de esta vivienda.

—Entonces quizá puedas preguntarle. Necesito que averigües algo más sobre ese lugar mientras yo continuo con la investigación. En realidad, era esto lo que quería comentarte. He conocido a un profesor que impartió cursos de verano allí entre los años 1985 y 1986. Un gran seguidor de Lope de Vega, llamado Emilio Conde Aparicio. Ahora vive en una residencia aquí, en San Bartolomé. —Le quitó la copa de vino de la mano y tomó un sorbo. Después, sacó un bolígrafo del bolso y escribió un número de móvil en su agenda—. Debo irme. Llámame aquí en cuanto tengas algo —dijo antes de marchar.

René sonrió. Le costaba reconocer la atracción que sentía hacia Laia, pero no pudo evitar que una sensación placentera le recorriese el cuerpo al verla beber de su copa.

—¿Y esa cara de lelo? ¿Es por la estirada de tu vecina? —Lucía aprovechó que ya se encontraba solo para entrar en la cocina con varios libros en la mano—. La he reconocido. Es la policía que acudió al lugar del accidente el día que encontramos el cadáver.

—Sí, es inspectora. —No tuvo más opción que decir la verdad. Sacó un par de platos. Suponía que aceptaría gustosa quedarse a comer—.

¿Te apetecen unos garbanzos?

—Por supuesto. Llamaré a mi tía. —La invitación hizo que se olvidase de la visita por un momento—. Voy a recolocar estos últimos libros. Por cierto, tu amigo tiene unos gustos de lectura muy raros: *Poetas del siglo de oro español, Historia de la vida del Buscón* de Francisco Quevedo, *Fuenteovejuna, El perro del Hortelano, Poesía selecta de…*

Se estremeció al escuchar los tres últimos títulos de boca de Lucía. Sabía cómo terminaba la frase.

—Lope de Vega.

—Ya les dije lo que sabía. No entiendo por qué estoy aquí. —Ana miraba desconfiada a su alrededor, en la sala de interrogatorios. El subinspector paseaba detrás de ella con las manos en los bolsillos, al más puro estilo detectivesco.

—Necesitamos saber dónde estuvo la noche del veintidós de noviembre.

Ella se giró de forma repentina. Su mirada exhibía un gran estupor.

—¿Ahora soy sospechosa? —La situación pareció resultarle graciosa. Le obsequió a Garrido una sonrisa forzada e irónica—. Estuve con unas amigas. Salí a cenar, como cada viernes.

—De modo que tiene coartada.

—Sí, por supuesto. Puede hablar con ellas… No, mejor. —La arrogante confianza en ella misma molestó al subinspector—. Puede preguntar en el restaurante donde cenamos.

Él dejó de pasear y se detuvo justo detrás de Ana. Apoyó las manos sobre el respaldo de la silla y se le acercó muy calmado y en silencio. Lo suficiente como para que el único sonido que escuchase fuera el de su respiración.

—¿Conoce el significado de la palabra instigar? —Ella permaneció inmóvil y la creciente ansiedad se manifestó en el disimulado temblor de su mano. La arrogancia se esfumó como por arte de magia, dando paso a un terrible desconcierto—. Influir en una persona para que realice una acción perjudicial o negativa.

—No le entiendo.

—Yo se lo explico. —Agarró una silla y se sentó a horcajadas—. José Antonio está siendo interrogado en este mismo instante. Quizá quiera hablarme acerca de la relación que mantienen.

Ana negó con la cabeza, aunque titubeó al hablar.

—No sé de lo que habla.

—Me temo que van a tener que suspender el viaje a París, ¿ahora sabe de lo que le hablo?

Laia observaba desde la sala contigua. Ferrer acababa de entrar después de haber terminado el interrogatorio al exsocio de la víctima.

—¿Cómo ha ido? —preguntó sin quitar ojo a la sospechosa.

—No tiene coartada. —La respuesta provocó un cambio de actitud en la inspectora, que centró toda su atención en el agente, a la espera de una explicación—. Ha reconocido su relación con Ana desde hace varios años. Jefa, a los dos les interesaba quitarlo de en medio. Ella gana su libertad y él cobrar las deudas, o parte de ellas, con el dinero del plan de pensiones. Por algún motivo escondían su relación y tenían billetes para escapar.

—No es tan sencillo. No hay pruebas concluyentes. Es cierto que Ana me genera cierta desconfianza. Nos ha ocultado su relación con José Antonio y es posible que conozca las propiedades del estramonio gracias a su profesión. —Paseaba por la sala mientras pensaba en voz alta—. Por otro lado, José Antonio no tiene coartada y sí un móvil muy claro, pero ¿qué relación guarda con los otros asesinatos?

—Quizá no tenga que ver.

—Estamos buscando un asesino en serie, Ferrer. La víctima solicitó al banco el reembolso de un plan de pensiones porque necesitaba dinero para escapar de algo o de alguien y no creo que fuera de estos dos. —Se apoyó en la mesa y volvió a centrar su atención en el interrogatorio de Ana—. No obstante, prepara el informe. Hablaré con el comisario a su vuelta.

Laia observó que Garrido se había ausentado de la sala, dejando sola a la sospechosa. Al cabo de unos minutos regresó con un papel y un bolígrafo. Echó un vistazo al reloj. La jornada se le antojaba demasiado larga y se encontraba cansada, pero la escena que se mostró ante sus ojos le devolvió la energía perdida. Ana cogió el bolígrafo con la mano izquierda y comenzó a escribir.

—Has llegado pronto —dijo Marisa, que regaba con mimo las plantas del despacho cuando René llamó a su puerta—. Acabo de abrir. Tu sesión comienza dentro de un par de horas.

—Sí. Esperaba encontrarte aquí y necesito hablar contigo.

—Tú dirás. —Dejó la regadera bajo un armario y se atusó el pantalón antes de sentarse—. ¿En qué puedo ayudarte?

Alejandro entró en ese mismo instante con algunos papeles, que dejó sobre la mesa.

—Qué pronto has llegado, ¿te encuentras bien? —se preocupó.

—Sí, solamente necesitaba charlar un rato. Si quieres quedarte, quizá también me puedas ayudar.

—Me temo que no. Lo siento. Voy con el tiempo justo y tengo cosas que hacer antes de comenzar las terapias.

Le guiñó un ojo y se marchó. Después, Marisa y él retomaron la conversación.

—Estoy investigando un antiguo orfanato a pocos kilómetros de San Bartolomé. —Le mostró la fotografía de una publicación local que

había obtenido a través de internet—. Naciste aquí, tus padres eran originarios de esta ciudad. Pensé que quizá tendrías alguna información sobre este lugar.

Ella observó la imagen y después fijó la vista en él.

—¿Tu trabajo de investigación te ha llevado hasta este lugar? —Aparentaba sorpresa—. Lleva cerrado más de treinta años. Muchos niños y jóvenes pasaron por allí durante el tiempo que permaneció abierto. Algunos de ellos sin padres o, aún peor, con unos padres que los abandonaron como si fueran despojos humanos.

René tomaba nota en su agenda.

—¿Sabes por qué se cerró?

—Ocurrió de la noche a la mañana. Sin explicaciones.

—¿Y los chicos?

—En ese momento no eran muchos. Algunos fueron adoptados, otros habían cumplido la mayoría de edad. Fue realmente duro para todos. —René la miró extrañado y ella se dio cuenta. Sabía de lo que hablaba y parecía afectada—. Era lo que se comentaba por la ciudad. —Se apresuró a aclarar el último comentario, aunque era demasiado tarde. El dejó de escribir.

—Hablas del orfanato como si lo conocieras.

Un breve silencio interrumpió la conversación.

—Trabajé allí. —Dos palabras que parecían suponerle una gran carga emocional, escondida tras una actitud de apariencia impasible y contenida. René se percató al observar la dilatación de sus pupilas y un creciente rubor en el rostro, imposible de ocultar—. Por aquel entonces era una treintañera sin oficio ni beneficio. Pasaba el tiempo de fiesta en fiesta hasta que mis padres se encargaron de buscarme un trabajo en el servicio de limpieza del orfanato. Yo acepté a regañadientes, no era uno de mis objetivos ganarme la vida limpiando, pero después lo medité. Ellos me dejarían tranquila una temporada y, a cambio, entablaría amistad con gente nueva. Siempre me gustó socializar y me atraía conocer a los jóvenes que pasaban largas temporadas en aquel lugar.

Ahora el sorprendido fue él. Echó un vistazo a la agenda. La siguiente pregunta era sobre Ramón y la fotografía que encontró por casualidad en su casa, pero otras comenzaron a cobrar protagonismo en su mente ante la confesión que acababa de escuchar.

—¿Durante cuánto tiempo trabajaste allí?

—Apenas dos años... Recuerdo el día en que me comunicaron que no debía volver como si fuera ayer.

—Así, ¿sin más?

—Sin más —repitió Marisa.

—¿No hubo quejas, ni protestas por el cierre?

—Ni siquiera se hablaba del tema en la calle. La verdad es que ese

lugar nunca le importó a nadie. Lo cerraron y punto. —Esbozó una sonrisa—. Quizá tuvo que ver algún tema burocrático. Éramos pocos empleados. Jardinería, limpieza, comedor y asistentes sociales. Entre todos no sumábamos más de una veintena de personas. Debo confesar que me llevaba mejor con los chicos que con los adultos.

René no daba crédito a lo que escuchaba.

—Supongo que a alguien le importarían esos chicos.

—A mí —dijo con determinación—. Mientras desempeñaba mis labores conseguí hacer amistad con algunos. A veces me contaban sus problemas, sus miedos, sus esperanzas... Yo solo podía ayudarles con mis palabras. Era una cría sin medios ni posibilidades.

—¿Conociste a un profesor que impartió cursos de verano? —Revisó de nuevo la agenda en busca del nombre—. Emilio Conde. Parece que acudió durante los años 1985 o 1986. Ahora reside en una residencia en San Bartolomé.

—Lo recuerdo vagamente. Sus charlas debían ser muy amenas, porque no solo asistían los chicos. También algunos empleados acudían si disponían de tiempo libre durante la jornada. A mí no me gustaba la literatura, prefería un rato de charla con alguno de los residentes. Ahora el edificio está en ruinas, aunque es posible que aún guarde algún recuerdo de ellos.

—¿Quieres decir que podría averiguar algo más si acudo allí?

—Estoy segura —dijo mientras echaba un vistazo a su reloj de pulsera—. Pero debes tener cuidado.

René se levantó y le agradeció que lo atendiese con la gentileza de siempre. Al despedirse advirtió que la puerta permanecía entreabierta y oyó unos pasos alejarse con premura. Incluso se oía con claridad el barullo de la gente a la espera de entrar en sus respectivas salas de terapia.

—¿Esperas a alguien? —preguntó mientras salía del despacho—. Me ha parecido que había alguien fuera.

—No. —Salió tras él con la cajetilla de tabaco en la mano—... O quizá sí. Se me olvidaba. He quedado con Ramón. Puede que fuera él. Le daré recuerdos de tu parte.

Capítulo 13

Aceleró el paso hacia la salida aprovechando que ella entraba en la sala de descanso. Pasó de largo a pesar de que la sesión acababa de comenzar. Sabía que acudir sería una pérdida de tiempo y prefirió ir directo a casa. El desconcierto y un creciente recelo comenzaban a hacer mella en su estado de ánimo tras la conversación, que le planteó más dudas de las que tuvo oportunidad de aclarar.

Durante el trayecto no dejaba de darle vueltas al mismo tema: el orfanato. Le resultaba inverosímil que en una ciudad tan pequeña como San Bartolomé no se hablase sobre los motivos que lo llevaron al cierre. Ni siquiera que no hubiera alguna intriga o chismorreo entre los vecinos sobre lo que ocurrió. La gente murmura... A no ser que todo el mundo acordase callarlo por algún motivo. «Demasiado complicado», pensó un segundo después y desechó la idea de forma instantánea.

Sumido en una maraña de pensamientos, introdujo la llave en la cerradura cuando, de pronto, le asaltó una terrible sospecha al rememorar el comentario de Marisa: se había citado con Ramón esa misma mañana. Le inquietaban esas frecuentes e inesperadas visitas. Tan solo transcurrieron dos días desde que se reunió con él en Los Arcos. Siempre lo consideró una persona misteriosa, de manera que prefirió abrir con cautela ante la posibilidad de encontrarlo en casa por sorpresa una vez más. Asomó la cabeza antes de entrar, como si se tratase de una persona ajena.

—¿Hay alguien? —preguntó en voz alta.

La irracionalidad del momento le provocó una sonrisa nerviosa y pensó en su querida Nata y en lo que opinaría al verlo en semejante situación. La echaba de menos, cada día más.

Después de varios segundos sin obtener respuesta, se relajó y entró. Acudió al ordenador en busca de algún dato sobre aquel misterioso lugar. Revisó varias páginas en las que aparecían fotografías del edificio y alguna información poco relevante sobre la familia propietaria antes de que pasara a engrosar el patrimonio del Ayuntamiento. Tal y como ella le insinuó, no encontró comentario ni noticia alguna sobre el cierre. Sin embargo, volvió a aflorar ese espíritu inconformista que el día veintidós de noviembre le llevó a cometer la locura de acudir a la estación para evitar lo inevitable.

Buscó el móvil y escribió un par de mensajes a Laia. Uno de ellos informaba sobre lo que había averiguado acerca de la directora de Apovi. Sabía que escribir el otro le ocasionaría problemas, pero ya lo había decidido.

La mañana del miércoles se presentó más ajetreada de lo habitual. El comisario había regresado y la inspectora debía revisar los informes antes de reunirse con él.

—Un momento de atención, por favor. —Garrido permanecía apoyado sobre su mesa. Uribe, Velasco y Ferrer escuchaban de pie—. Voy a pediros un esfuerzo. Necesito listados de todos los alumnos del profesor Conde Aparicio.

—Pero eso es imposible, ¿durante cuántos años impartió clase ese hombre? —se quejó Velasco.

—Pues calcula. Es como Matusalén... —respondió Ferrer mientras buscaba con ímpetu algo entre el caos de papeles que reinaba sobre una de las mesas.

—Bien, si ya habéis terminado con las bromas del día, continúo. Nos vamos a limitar a un periodo de años entre 1984 y 1989. Necesito datos de los alumnos del colegio de San Bartolomé y de aquellos a los que dio clases en el orfanato. —Interrumpió la reunión al oír el sonido del móvil y rebuscó en el bolso hasta encontrarlo.

—¿Y por qué esas fechas? —preguntó Uribe.

—Bueno... —Se tomó unos segundos y leyó el mensaje que acababa de recibir. Era de René. «Marisa trabajó en el orfanato poco antes de que cerrara sus puertas». Pensó que algunas de las piezas comenzaban a encajar, aunque de momento no conformaban una imagen clara—. Porque el papel que se utilizó para escribir las notas de despedida de las víctimas contaba con algo más de treinta años y coincide con las fechas en las que Don Emilio, el profesor, dio clase en el orfanato, y, como todos sabéis, el agresor también parece disfrutar con un poema del autor favorito de nuestro profesor. —Dejó el móvil desbloqueado sobre la mesa sin darse cuenta de que acababa de entrar un nuevo mensaje del mismo remitente—. Necesito algo más.

—Buffff —resopló Uribe.

—¿Algún problema?

—No, jefa. Es que va a resultar complicado.

—No he dicho que no lo fuera. Quiero que investiguéis la vida de todas las víctimas para encontrar el punto de partida. Tú, Garrido, conmigo. Vamos a visitar a la directora de la asociación antes de reunirme con el comisario. —Observó que el subinspector no quitaba ojo a su móvil— ¿Estás bien? Si te gusta, te regalo uno. — Bromeó.

—Lo siento, ¿dónde dice que vamos?

—¡Aquí está! —gritó Ferrer al encontrar lo que había estado buscando durante la reunión—. Antes de que se vaya me gustaría comentarle que, respecto a las autopsias del resto de víctimas, no hay indicios de que hubieran ingerido drogas. Salvo en el caso de Luis Gómez, de quien no tenemos datos aún. Los otros dos cuerpos se encontraron después de las primeras setenta y dos horas.

—Ya. Es posible que después de ese tiempo hubiera desaparecido cualquier rastro del estramonio —concluyó ella.

—Y otro dato: Marisa arrastra problemas económicos desde hace tiempo.

—Eso me interesa, continúa.

—La vivienda está gravada con una hipoteca, según muestra la nota simple del Registro de la Propiedad y es posible que la entidad financiera esté a punto de ejecutarla. Ha encadenado casi quince meses de impagos.

No pretendía perder más tiempo del necesario en comisaría. Terminó la conversación, cogió el bolso y, antes de marchar, le pidió al subinspector que acudiera a la asociación con el coche y la esperase allí. Prefería caminar sola un rato.

—Disculpe, inspectora Balaguer —se identificó a la joven administrativa que golpeaba sin cesar las teclas del ordenador. Solo le prestó atención al observar la placa por el rabillo del ojo—. Busco a María Luisa Gómez.

—Lo siento. Acaba de salir.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—Se dirigía a su domicilio con una visita.

Abandonó el local con prisa, apenas sin despedirse. Caminó con paso ligero hasta el coche, que permanecía mal aparcado a un lado de la carretera y se subió.

—Está en su casa —dijo ella a la vez que se abrochaba el cinturón de seguridad— . Démonos prisa.

Él asintió con la cabeza. Mantenía una acalorada conversación telefónica con otro agente que duró todo el trayecto. Ella no prestó atención. Ya tenía demasiados frentes abiertos en los que pensar. Varios sospechosos con móvil y oportunidad para acabar con la vida de Octavio, pero sin posibilidad de relacionarlos con el resto de los asesinatos.

—Hemos llegado —dijo Garrido.

—Bonita y lujosa mansión.

El subinspector tocó el telefonillo, mientras ella echaba un vistazo al exterior de la casa. Buscaba las flores que llamaron la atención de René en su visita y las encontró. En efecto, quedaban pocas, aunque suficientes para darse cuenta de que guardaban gran parecido con la flor del estramonio. Recogió una con sumo cuidado y la envolvió en un pañuelo de papel antes de que su compañero lo advirtiese.

Abrieron la verja desde dentro y ellos continuaron el camino hasta la puerta de entrada. Marisa los recibió vestida con un traje de chaqueta y zapatos de tacón, como si acabase de llegar de la calle.

—Soy la inspectora Balaguer, y mi compañero es el subinspector

Garrido, de la Policía Nacional, ¿es usted María Luisa Gómez?
—Sí, ¿en qué puedo ayudarles?
—Necesitamos hablar con usted.
Ella los invitó a pasar y la siguieron hasta un gran salón con unas magníficas vistas al jardín. Laia observó que había interrumpido otra visita. Un hombre de mediana edad paseaba cerca de lo que parecía ser un invernadero. Pensó que quizá fuera la persona con la que se marchó de la asociación.
—Ustedes dirán.
—Investigamos la muerte de Octavio González —dijo la inspectora. Garrido no solía pronunciarse salvo que fuera estrictamente necesario.
—Tenía entendido que se suicidó.
Laia prefirió no hacer comentarios al respecto.
—¿Lo conocía?
—Yo y casi todo San Bartolomé, aunque me temo que nadie le dará buenas referencias sobre él.
—Me interesan las suyas.
—No era de fiar. Debía a mucha gente en esta ciudad, entre ellos a mi marido. Octavio era constructor y Francisco compraba y vendía viviendas sobre plano. Es así como comenzaron a entablar relación comercial.
—¿Mantenía relación con él en la actualidad?
—No. —Fue rotunda en la respuesta.
—¿Entonces a qué se debe una llamada suya al móvil de la víctima pocos días antes del suicidio? —Laia observó la reacción de la mujer. La expresión del rostro denotaba sorpresa y preocupación.
Pareció decidir en pocos segundos la respuesta.
—No hablé con él durante muchos años, pero es cierto, lo llamé. Después de morir mi marido intenté recuperar el dinero varias veces, sin éxito. Ahora lo necesito de verdad. Apenas vivo con lo que gano de la asociación, así que mantener esto... —señaló la casa— me resulta imposible. —Se sentó al lado del subinspector—. Llegó a mis oídos que saldó algunas deudas los últimos años y quise recuperar lo mío, nada más.
Laia creyó el argumento al no esconder el problema de las deudas, sin embargo, seguía sin inspirarle confianza. Sacó una agenda del bolso y pasó las hojas en busca de un dato.
—¿Le suena alguno de estos nombres? Alonso García, Antonio Ruiz y Luis Gómez Velasco. —René le dijo que Marisa no creía en el patrón que había descubierto, pero los nombres de las anteriores víctimas quizá le resultaran familiares.
—No sé quiénes son. —La rotundidad y firmeza de su voz se tornó balbuceante e insegura—. Si me disculpan un momento.
Abandonó con premura la sala. Laia observó a través de uno de los

ventanales que se dirigía al invernadero.

—¿Qué opinas? —preguntó ella mientras se daba una vuelta por el salón y observaba las distintas fotografías y cuadros que decoraban las paredes.

—Algún nombre de los que ha dado la ha hecho reaccionar.

—A mí también me lo ha parecido. ¿Hoy no necesitas ir al baño? —Sonrió mientras le lanzaba una mirada burlona a su compañero.

Se detuvo delante de un retrato al óleo, llamativo por el tamaño y por la singular belleza de su protagonista.

—No hace falta. Eche un vistazo a su alrededor. En este salón se cuenta toda su vida.

Estaba de acuerdo, cientos de fotografías enmarcadas forraban las paredes y decoraban estanterías por toda la estancia, pero esa pintura mostraba algo especial, que le llamó la atención desde el primer momento.

—Disculpen. He salido a atender a otra visita. —Interrumpió la frase al observar a Laia ensimismada delante del cuadro—. ¿Le gusta?

—El colgante, ¿qué significa?

—¡Ah! Solo es un regalo.

—¿Me lo podría enseñar? Necesitaría verlo.

—La verdad es que no tiene valor económico, aunque sí sentimental. No veo el motivo de enseñárselo. —El cambio de tema la ayudó a recuperar la seguridad que parecía haber perdido minutos antes.

—Es importante que lo encuentre. Apareció uno igual cerca de donde localizamos el cadáver de Octavio.

—¿Están acusándome de algo? —Levantó la voz. El comentario no le agradó en absoluto.

—No, pero si no lo encuentra, quizá tenga un problema. Solo le pido que lo busque. —Comenzaba a perder la paciencia, tal vez la razón se debiera a su visible prepotencia y la desconfianza que le generaba.

Garrido se levantó del sillón y agarró a la inspectora con intención de marchar.

—¿Dónde estuvo la noche del veintidós de noviembre? —preguntó mientras el subinspector trataba de calmar los nervios, cuando una despectiva y forzada carcajada de Marisa mostró su indignación.

—¡Esto es increíble! —se lamentó—. No necesito buscarlo. Si no me van a detener, les ruego que salgan de mi casa ahora mismo. No tengo nada que ver en todo esto. Si tienen algún problema, hablen con el comisario Prieto.

La respuesta desconcertó a la inspectora y pareció no pillar de nuevas a Garrido, que sugirió poner fin a la conversación.

—Tendrá noticias nuestras muy pronto —amenazó ella antes de

marchar.

Laia no pudo evitar mostrar enfado en el coche de vuelta a comisaría.

—¿Qué quiso decir con lo de Prieto?

—Son amigos desde hace muchos años. Es quien se encarga de enviar las flores que decoran las mesas de comisaría, incluida la suya. Por cierto, me he fijado en que siempre las guarda en la papelera.

—Ya, muy gracioso. —Ella giró la cabeza y miró por la ventanilla con una rabia contenida imposible de disimular—. ¿Algo más que deba saber?

—Pues ahora que lo menciona, quizá debería explicarme qué es eso del colgante.

—Tiene razón. —Reconoció que también guardaba algún que otro secreto, como el resto de los mortales en San Bartolomé—. Lo encontré ayer, cerca de donde hallamos el cadáver, y lo dejé en el laboratorio por si podían extraer alguna huella. Estoy segura de que era el mismo con el que la retrataron en ese cuadro.

Prieto esperaba en el despacho con cara de pocos amigos. La puerta permanecía entreabierta y ella lo observaba con recelo mientras recogía los informes de su mesa antes de reunirse con él.

—¿Se puede?

—Pase. —Una voz grave y rasposa la ordenó entrar—. Antes de comenzar, me gustaría una explicación de lo ocurrido con María Luisa Gómez. Acaba de llamar muy enfadada y no es para menos.

Laia no daba crédito a sus palabras, por mucha amistad que les uniera.

—Se lo explico, comisario: es sospechosa de la muerte de Octavio González.

—¿Marisa?

—¡Sí, Marisa! —repitió malhumorada—. Nos mintió cuando dijo que no mantenía relación con él. Lo llamó pocos días antes del supuesto suicidio, después reconoció que se puso en contacto para reclamarle una antigua deuda no saldada. Además —le mostró la flor envuelta en varios pañuelos de papel que guardaba en el bolso—, encontraron restos de estramonio en el cuerpo de la víctima.

—¿De dónde lo ha sacado? —Observó de cerca la flor.

—Había más como esta en la verja de entrada a su casa y sé que ella es entendida en botánica, pero lo que me ha llevado a pensar que realmente tiene algo que ver en este asunto es la cadena y el colgante que recogí a escasos metros de donde se encontró el cadáver. Ella tiene uno igual, o tenía, porque no llegó a mostrárnoslo. —Prieto escuchaba sin pestañear—. Lo dejé en el laboratorio. Si queda alguna huella, a estas horas ya lo sabrán.

—Tiene coartada, Balaguer. —Le faltó añadir la coletilla, «que

pareces tonta»—. Me ha llamado para decir que el día veintidós cenó con Ramón Barroso, un gran amigo suyo, que lo puede corroborar.

El nombre le resultó familiar y, de forma automática, dejó de atender el discurso del comisario. Se limitó a observarle mientras recordaba dónde lo había escuchado antes. Apenas unos segundos después rememoró la imagen del orfanato sobre la mesa de la cocina de su vecino y el momento en el que lo nombró. Era su casero.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta —dijo sin atender una sola palabra de una charla que carecía de interés en ese momento.

Abandonó el despacho a toda prisa mientras marcaba el número de René. Las llamadas se agotaron sin obtener respuesta. Observó extrañada la pantalla del móvil y se percató de que había un mensaje sin leer. René le había escrito de nuevo para decirle que entraría en el orfanato al anochecer.

—¿Cómo? —se preguntó en voz alta. No era buena idea. Era una idea pésima. Un edificio en ruinas, alejado de la ciudad y en plena noche, pero ese hombre era de las pocas personas en las que confiaba y fue ella quien le encargó investigar sobre aquel lugar. Se sentía, en parte, responsable.

Se puso el abrigo, cogió el bolso y bajó las escaleras apresurada, aunque aún le quedaba algo por resolver, motivo por el que decidió cambiar la dirección hacia el laboratorio. No tardó en llegar, puesto que se encontraba ubicado en el edificio anejo. Pensó que a esas horas ya no encontraría a nadie trabajando y se relajó al observar luz al fondo del pasillo.

—Buenas tardes, Diego. —Había coincidido varias veces con él. Era un joven de carácter retraído y parco en palabras, pese a que su aspecto físico expresase lo contrario— . Necesito que averigües si esta flor es la del estramonio. No entiendo mucho de plantas y quiero cerciorarme de ello.

El joven echó un vistazo rápido al contenido del pañuelo sin apartarse de lo que le ocupaba en ese momento.

—En efecto.

—¿La conoces? Pensé que necesitarías comprobarlo.

—Si quiere lo compruebo, pero es muy característica. Crece sin necesidad de cultivarla. La encontrará por los descampados de la ciudad.

—Ya. —Su rotundidad la dejó sin palabras—. Te lo agradezco. Por cierto, ¿habéis analizado las huellas de la cadena y el colgante que os dejé ayer?

El joven miraba a través de un microscopio mientras continuaba la conversación.

—¿Qué colgante?

—Un compañero tuyo me dijo que lo dejase en aquella bandeja.

En ese momento, levantó la mirada y se dirigió a examinarlo.

—Aquí es donde dejamos el trabajo pendiente debidamente etiquetado, pero no veo nada de lo que dices.

Laia, preocupada, se acercó y lo comprobó junto a él.

—¿Es posible que otra persona se haya encargado? —Lo revisó. Había varios sobres pendientes y ninguno era el de ella.

—No. Hoy, imposible. He trabajado solo todo el día.

Capítulo 14

Había anochecido y no quiso esperar más. Escogió ropa de abrigo, pero esta vez no la tomó prestada del armario de Ramón. Camiseta térmica, jersey grueso de invierno y una chaqueta de plumón serían suficientes para aguantar el frío nocturno de diciembre en aquel desamparado edificio.

Una sensación apenas reconocible le recorría el estómago sin cesar. Quizá era la misma que sintió años atrás, cuando el periodismo de investigación colmaba su existencia. Salió de la ciudad en dirección al orfanato. Sabía que el tráfico no le retrasaría en exceso y menos por esa carretera dejada de la mano de Dios. Aun así, condujo despacio, con la mirada fija en el asfalto, por si algún animal decidía lanzarse a su paso, atraído por las luces del vehículo.

La escasa iluminación dificultaba la circulación. A pesar de todo, gracias al navegador del coche llegó al destino en quince minutos. Después de aparcar mantuvo el motor en marcha, con las luces encendidas, mientras limpiaba la ventanilla, enturbiada por el rocío de la noche. Observó el sombrío y ruinoso edificio que se levantaba frente a él. Era vestigio de una época diferente, mas no mejor.

La tenue luz de la luna otorgaba un aspecto todavía más siniestro y frío a esa construcción, digna de la mejor escena de terror, aunque para él el verdadero terror surgía en la vida real, no en caserones abandonados a las afueras de una ciudad. Se topó con él por casualidad, como suceden las cosas, cuando Nata enfermó, y desde entonces permitió que lo llevase de la mano hasta el intento de suicidio. Sacudió la cabeza con el deseo de eliminar los malos pensamientos y salió del coche. Después, rebuscó en el maletero la linterna que siempre llevaba por precaución y se dispuso a entrar.

Un precinto de obra acordonaba la entrada, imponente y desnuda. El lugar transmitía una terrible sensación de amargura y abatimiento, que se hizo presente en el momento de forzar la puerta. El olor rancio a humedad golpeó sus sentidos con fuerza al entrar al vestíbulo, una estancia tan grande como vacía de enseres y sentimientos.

Varias puertas abrían paso a ambos lados y una gran escalinata conducía al piso de arriba. Subió con calma, peldaño a peldaño. Las telarañas y la suciedad llenaban cualquier rincón que iluminase. Algún tramo de escalera parecía a punto de desprenderse a consecuencia de la carcoma y el resto de tarima, que aparentaba estar en buenas condiciones, crujía sin piedad a su paso. Al final, el largo y oscuro pasillo.

Se detuvo antes de continuar. Lo iluminó. El silencio sepulcral

reinaba en todo el edificio, solo interrumpido por el incipiente silbido del viento. Grietas, paredes desconchadas y puertas rotas decoraban un corredor tan tétrico como deprimente. Se detuvo, sobrecogido, al entrar en una de las habitaciones. Era como si el tiempo se hubiera interrumpido en aquel preciso instante de hace treinta años. Gurruños de sábanas sobre las camas, muñecas mutiladas tiradas en el suelo, algunos cuentos en las estanterías, con títulos que evocaban una época casi olvidada: *Caperucita Roja*, *Blancanieves*, *Genoveva de Brabante*... Las primeras habitaciones pertenecían a los más pequeños; esos cuentos y los restos de papel decorativo que cubrían parte de las paredes lo delataban.

Continuó caminando por el lúgubre pasillo hasta el final. Había más habitaciones, todas con el mismo mobiliario: una librería junto a las camas y dos mesas de estudio.

Echó un vistazo a los libros y observó una temática diferente, no tan infantil. Sin embargo, tampoco era lo que René buscaba. Sujetó la linterna bajo el brazo izquierdo y se ayudó de ambas manos para abrirlos uno por uno.

Los minutos pasaron rápido. Solo le quedaban por revisar un par de habitaciones y en la siguiente, como en las otras que había visitado, se dirigió a las baldas con la esperanza de encontrar otro tipo de lecturas que le dieran una pista sobre su joven lector. Le servían títulos como *El Lazarillo de Tormes*, el *Libro de Buen Amor* o *Fuenteovejuna*, sobre todo este último, pero en esa estancia no había libros. Escudriñó cada recoveco a fondo, sin éxito, y entonces se sentó sobre una de las camas, rendido por el frío y el cansancio.

Enfocó el haz de luz a una pared vacía de ornamentos y repleta de dibujos obscenos, pintadas y escritos, algunos ilegibles, típicos de la adolescencia, que mostraban algo más que una simple gamberrada. El conjunto transmitía el desasosiego de unos autores que no debían tener más de dieciséis o diecisiete años. Sacó el móvil, dejó la linterna en el suelo y lo fotografió.

Al recogerla de nuevo, descubrió un polvoriento cuaderno bajo una de las camas. Se agachó, colocó la linterna en su regazo y lo rescató, desempolvándolo, con cuidado de no romper las hojas. La adrenalina comenzó a recorrerle el cuerpo, olvidando el frío a pesar del vaho de su respiración, que decía lo contrario.

Era un diario. Aunque algunos fragmentos estaban incompletos, posiblemente borrados por el transcurso del tiempo, aún se leían otros con claridad. Pasó raudo las hojas mientras miraba de reojo a su alrededor. El entorno no era propicio para una lectura sosegada.

30 de mayo de 1986

«Hay días en los que me acuesto después de comer. La comida está mala. Se lo he dicho a Toni y continúa sin hacerme caso, dice que son imaginaciones mías. No es verdad. Noto la boca seca y mucho calor y, además, están las voces. Marcos, Iván y Mon me han dicho que a veces les pasa lo mismo. Supongo que aquí nadie quiere darle importancia».

30 de junio de 1986

«Me he despertado en otra habitación. Cuando enfermamos nos separan del resto, dice Toni que es por precaución. Yo no lo creo. Me encuentro fatal, como si me hubiera pasado un camión por encima».

2 de agosto de 1986

«Tengo opción de salir de aquí con una familia de acogida. Es un matrimonio que ha venido un par de veces a verme. Hoy me han dicho que ella ha fallecido y él no me cae bien, aunque si viene a por mí me iré. Cualquier opción es mejor que quedarse aquí».

25 de agosto de 1986

«El Yerbas nos ha regalado cigarros a Iván y a mí. Lo ha hecho a escondidas. Será para callarnos la boca. Marcos y Mon aún no lo saben. Siguen pensando que la comida les sienta mal».

30 de agosto de 1986

«A los enfermos se los llevan a las habitaciones del sótano. Yo mismo he despertado allí varias veces».

30 de octubre de 1986

«No aguanto más. Esos hijos de puta creen que no sé lo que están haciendo. Ayer encontré al Yerbas cortando esto en el invernadero. Después vi cómo se lo entregaba a Miki».

15 de noviembre de 1986

«Isa no nos sacará de aquí. Lo sabe y no hace nada, igual que el resto. La odio».

20 de noviembre de 1986

> «El Yerbas no nos pasará más si abrimos la boca. Iván lo ha intentado. Todo es inútil, ¿quién nos va a creer?»

La siguiente hoja mostraba el dibujo de una flor. De nuevo, lo fotografió y después hizo lo mismo con los textos que acababa de leer, pero cuando el *flash* dejó de funcionar, pensó que lo mejor sería llevarse el cuaderno.

De pronto, René levantó la vista del diario. El ruido de un coche interrumpió su embelesamiento en la lectura. Lo guardó en la mochila y corrió hacia una de las habitaciones desde donde era capaz de ver la entrada al edificio. Alguien llegaba.

Apagó la linterna y contuvo la respiración. Le preocupaba lo que veía a través de la ventana, y aún más, lo que no era capaz de ver y que percibía oculto en la oscuridad, a escasos metros de él. El silencio le permitió escuchar la respiración. Una que no era la suya. La sentía cada vez más fuerte y cercana. No se percató hasta ese momento de que alguien más lo había acompañado durante la visita al orfanato y sabía que no era un fantasma, los fantasmas no respiran.

Se armó de valor para salir corriendo, en esas circunstancias era lo único que podía hacer. Ni siquiera alcanzó el pasillo. Un dolor agudo en la cabeza, propiciado por un golpe contundente, lo hizo tambalear hasta perder el equilibrio y caer a plomo. Inmóvil, sintió la presión de unas manos en su cuello con tanta fuerza que le hizo perder el conocimiento.

Laia aparcó junto al coche de René. La noche se hizo presente demasiado pronto. Le resultó imposible llegar antes. Aún no se explicaba la desaparición de la cadena y el colgante de la bandeja de pruebas en el laboratorio y, mientras pensaba en ello, atisbó un reflejo de luz en una de las ventanas del edificio. Se bajó del coche, encendió una linterna y decidió empuñar la pistola antes de entrar. El momento y lugar eran propicios para acoger maleantes y gente de mal vivir.

—¡René! —voceó una vez dentro, sin obtener respuesta.

Unos pasos en el piso de arriba la alertaron. Pegó la espalda a la pared y subió las escaleras con la rapidez que el entorno le permitía. Corrió por cada una de las estancias y lo encontró en la última, al final del pasillo.

—¡Dios mío! —exclamó al verlo postrado en el suelo.

Le tomó el pulso y respiró aliviada cuando descubrió que aún vivía. Pidió ayuda por el móvil antes de continuar con la búsqueda del dueño de las pisadas, que con claridad había escuchado minutos antes. Tras un vistazo rápido no encontró a nadie y regresó con él.

—Aguanta, estoy aquí. —Se sentó a su lado. Lo agarró sin moverlo del sitio, con la misma impotencia que sintió por Jon. A pesar de todo esta vez era diferente, René no debía morir. No permitiría que se repitiera la misma situación con alguien que le importaba, porque en ese preciso instante lo reconoció. Le importaba.

De repente, el silencio se diluyó entre el molesto sonido de las sirenas y el bullicio de los agentes y sanitarios que acudieron a la llamada de la inspectora. Mientras René era atendido, ella bajó las escaleras.

—¿Qué haces aquí? Tenía entendido que esta noche no trabajabas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Garrido—. Me avisaron de comisaría.

—Nada. Eso es lo que vamos a decir. Aquí no ha ocurrido nada. —Aún no sabía cómo salir airosa de aquella situación y no quería dar más información de la necesaria—. Yo me encargo.

—¿Y el herido? —preguntó mientras observaba a los camilleros trasladarlo a la ambulancia.

—El herido es René Vargas.

—Su vecino, ¿qué hacía aquí a estas horas?

—He dicho que yo me encargo. —La única forma era hacer valer su rango, sin dar más explicaciones—. Vamos a registrar este lugar.

—Inspectora, esto no estaba programado. Necesitamos una autorización.

—En efecto. —Se encogió de hombros—. Garrido, ya estamos aquí y, como acabo de decirte, me encargo yo. Voy a averiguar quién lo siguió.

Notaba los ojos hinchados y legañosos. La pesadez de los párpados y su estado somnoliento le impedían moverse a pesar de encontrarse consciente. Lo intentó una vez más y por fin logró abrirlos.

Era una habitación, parecía de hospital. Comenzó a testar todas las partes del cuerpo: las piernas, los brazos, los dedos… Sentía que estaba entero y eso le aportaba una aparente tranquilidad, solo interrumpida por el creciente dolor de cabeza, que le advertía de que algo no iba bien. Se llevó la mano a la frente y comprobó que llevaba un vendaje.

—¿Te duele? —preguntó una voz a su lado.

Se giró con una mueca que no pasó desapercibida para ella.

—No te muevas. —Laia se inclinó hacia él y le acarició la cara.

—¡Inspectora! —dijo con voz entrecortada. A pesar de las molestias, consiguió esbozar una ligera sonrisa—. Desconocía tu faceta cariñosa.

—No bromees. Pensé que estabas muerto cuando te encontré.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro días. —La respuesta provocó un movimiento reflejo en él, sin pensar en el dolor—. ¡Cuatro días has dicho!

—Sí. Temían por las consecuencias del golpe en la cabeza y te

mantuvieron dormido todo este tiempo. Tranquilo, ya estás bien. Mañana regresarás a casa. ¿Viste quién te atacó?

Él se volvió a llevar la mano a la cabeza. Sentía que era capaz de controlar los pinchazos si no se movía demasiado.

—No. Apagué la linterna cuando observé por una de las ventanas que llegaba un coche. Sé que el agresor se escondía en el edificio cuando entré. Me esperaba.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo único que se escuchaba en ese orfanato era el silencio. Créeme, le hubiera oído entrar o el crujir de la madera a su paso. Por cierto —miró de reojo la habitación—, ¿dónde están mis cosas? Encontré un diario.

—Supongo que en ese armario. —Laia se levantó y sacó una bolsa de plástico que contenía varios efectos personales.

—Mi mochila. El cuaderno debe de estar ahí.

Ella vació el contenido sobre una mesa.

—Lo siento, René. No hay nada más que tu ropa y el móvil.

—No puede ser. Esos apuntes nos hubieran ayudado en la investigación.

—Estoy segura, por eso alguien te atacó, pero no creo que el motivo fuese el diario. Sospecho que, sin darte cuenta, diste con la clave de todo este asunto, el orfanato. Intenté localizarte para pedirte la fotografía que encontraste en casa de tu amigo Ramón, necesito ver con detenimiento quiénes fueron retratados. En ese momento fue cuando leí tu mensaje y ya habías decidido entrar en busca de algo más, de manera que te seguí. — Se levantó de la silla y permaneció de pie a su lado para evitar que se moviera—. Garrido y yo echamos un vistazo después de que te trajesen al hospital y lo único que encontramos fue un montón de papeles en una de las estancias. No sé si tendrán algún valor.

Durante unos segundos permaneció pensativo y en silencio.

—Dame el móvil. —Hablaba con normalidad, pese a que el malestar continuaba latente.

La inspectora obedeció sin rechistar.

—Esos chicos sufrían por algo y no daba la impresión de que fuera por su condición de huérfanos. Recuerdo que el tipo de letra cambiaba sutilmente, como si hubiera sido escrito por diferentes personas. En el texto se mencionaban varios nombres. —Mientras se esforzaba por rememorarlos, revisaba las fotografías con intención de enseñárselas —. Un momento. ¡Aquí están! Ahora recuerdo. Fotografié parte de las hojas antes de que dejase de funcionar el *flash*.

Laia le pidió que enviara todas las imágenes a su móvil y se tomó unos minutos para examinarlas.

—Pero… ¿qué ocurrió aquí? —preguntó asombrada tras leer

algunos de los comentarios—. ¿Los drogaban?

—Supongo que sí. El fin lo desconozco, aunque no sería difícil imaginarlo. Echa un vistazo a la flor. El chaval encontró a alguien apodado el Yerbas cortándolas en el invernadero. Me temo que utilizaban estramonio.

—¡Dios mío! —exclamó mientras leía el apunte del veinte de noviembre—. Y puede que algo más. Tengo que averiguar quién es ese tal Yerbas. Tal vez esté muerto a estas alturas.

—Según los escritos confiaban en una mujer llamada Isabel para abandonar aquel lugar. —Le señaló otro de los comentarios.

—Empezaremos por lo único que tenemos, la certeza de que hace treinta años aquí ocurrió algo terrible y resulta ser un gran secreto en esta ciudad. Comprobaré estos nombres —se lamentó de las dificultades que ocasionaría no disponer de datos concretos. Muchos eran apodos—. Encargué un listado de los alumnos del profesor de aquella época, incluidos los del orfanato. Espero disponer de la información esta semana.

Él hizo un gesto de aprobación.

—Todo esto es muy raro.

—Tienes razón. No me extrañaría encontrar en la fotografía que guarda tu amigo a Marisa o a Ana, la viuda de Octavio, incluso al exsocio.

—Lo que viste en casa era una copia de la original. La calidad de imagen no será suficiente como para identificar a las personas por los rostros.

—Veremos de lo que son capaces las nuevas tecnologías. Por cierto, era mi coche el que viste por la ventana cuando te agredieron. Me debes una. —Le guiñó un ojo en señal de complicidad y abandonó la habitación en el momento en que entraron las enfermeras con la bandeja de la comida.

Terminó de comer y, como cada día, regresó a su habitación con intención de echar la siesta. Los domingos eran días de trasiego en la residencia. Muchos familiares, demasiadas visitas para su gusto, quizá porque él carecía de todo eso. A pesar de todo, Emilio se sentía feliz. Esa semana volvía a visitarlo la inspectora Balaguer.

Tal y como le prometió, recopiló algunos datos que guardaba de antiguos alumnos, aun cuando a él lo que en realidad le interesaba era alguien con quien charlar sobre libros y literatura. Solo era viejo, no tonto. Sabía que las cuidadoras le atendían sin ningún interés por escucharle de verdad. No se lo recriminaba, al fin y al cabo, era un trabajo más para ellas, como cualquiera de los residentes de aquel lugar. La inspectora era diferente. Lo supo en cuanto la vio.

Entró en la habitación y guardó el sobre con los informes entre la ropa de uno de sus armarios. Escribió con cuidado el nombre de Laia

Balaguer en el anverso por si la memoria le fallaba llegado el momento y el resto de los papeles que no consideraba importantes los guardó en otro sobre, que dejó sobre la mesita de noche. Se dispuso a dormir un buen rato antes de bajar al salón. Por las tardes le gustaba jugar al ajedrez, si bien los domingos le resultaba difícil elegir entre el jaque mate y una buena película en blanco y negro.

—Disculpe. —Una joven se asomó a la puerta. Luisa trabajaba de apoyo cuando otros empleados libraban, cosa frecuente en la residencia los domingos a la tarde. La pobre se esforzaba, pese a que los despistes solían mermar aún más su bajo desempeño— . Su sobrino ha venido a verle.

Emilio dio un brinco y se sentó en la cama con cierta agilidad, olvidando por un momento el dolor de articulaciones y los mareos de los últimos días.

—Ya sabe que yo no tengo sobrinos. —Utilizó el mismo tono condescendiente de siempre, pero Luisa ya se había ido. En su lugar un hombre, ataviado con una chaqueta negra abrochada hasta arriba y un gorro de lana que casi no permitían adivinar su cara, entró y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 15

Abrió los ojos con los primeros rayos de luz que penetraban por entre las rendijas de la persiana. Como era habitual, alargó el brazo en busca del despertador. Luego recordó que no funcionaba y se lamentó por no haber dedicado un rato esa semana a comprar uno nuevo. Era demasiado tarde para salir a correr, así que preparó una taza de café mientras echaba un vistazo a los mensajes del móvil. La buena noticia era que René regresaría a casa en unas horas y eso la ayudó a digerir el enfado por quedarse dormida. Había otro aviso de comisaría que prefirió no leer. En ese momento se le echaba el tiempo encima y necesitaba apresurarse para salir de casa cuanto antes.

Ferrer la esperaba en el despacho.

—¿Y el subinspector? —preguntó al entrar y no verlo. Mostró un gesto de desaprobación ante la dejada actitud de Garrido.

—Estará a punto de llegar.

—Bueno, tú dirás. —Se sentó frente a él—. He recibido un mensaje esta mañana.

—Tengo una relación de nombres. La verdad es que no ha sido tarea fácil. El colegio guardaba listas de antiguos alumnos desde su apertura y también registraba los cursos que los profesores impartían fuera de él. Sin embargo, respecto a estos últimos no hemos podido recopilar suficientes datos.

Ella recogió las hojas y las examinó. Después contrastó esta información con las fotografías que tomó René del cuaderno.

—Vamos a ocuparnos de los alumnos del orfanato que acudieron a las clases de nuestro profesor. —Utilizaba esa expresión para referirse a Emilio de forma cariñosa. La amabilidad y los conocimientos que mostró en la reunión que mantuvo con ella la cautivaron.

El agente subrayó varios datos en el folio.

—Aquí tiene.

—Esto va a ser como encontrar una aguja en un pajar. —Deslizaba el dedo sobre el papel en busca de un nombre que se asemejase a alguno de los que aparecían en el diario y de pronto se detuvo. Revisó las fotografías en el móvil y la lista de forma alterna un par de veces hasta estar segura—. Iván López Castro.

—¿Iván? —pregunto confuso el agente Ferrer.

Inclinada sobre la mesa, levantó la vista de los informes. Nadie sabía lo que René había descubierto.

—El miércoles pasado visité el orfanato. Encontré algunos nombres entre las pintadas y textos escritos en las paredes. —No mintió. A muchos de ellos los acompañaba una firma, pero prefirió omitir el

resto de la información—. Necesito encontrar a otro joven llamado Marcos. —Después de revisar de nuevo las fotografías pensó que eran los únicos localizables. El resto eran apodos.

—No encuentro a nadie registrado así. —Hizo una pausa—. A no ser…

—¿A no ser, qué? —apremió ella.

—Que este Juan M. sea Juan Marcos y no Juan Manuel, por ejemplo, o Juan Miguel.

—De acuerdo. —Le interrumpió para no perder más tiempo—. Averigua, de momento, la dirección de estas dos personas. Tenemos algo por donde continuar.

El agente cambió la expresión de su rostro. Parecía agobiado.

—No le prometo nada, jefa.

—Lo sé. —Era consciente de que se merecía el puesto de subinspector más que cualquier otro. Garrido, por ejemplo, que aún no había llegado a comisaría.

Acababa de abandonar el despacho cuando lo oyó llamar de nuevo a la puerta.

—Lo siento, jefa. Se me olvidaba. —Laia sonrió ante la curiosa actitud del agente, que se repetía a diario y que por experiencia ya sabía lo que significaba: pasaba por alto siempre algo importante—. Hemos investigado el otro listado que me pasó. —Ella sabía que se refería a los papeles encontrados la noche que registró el orfanato—. Parece un jeroglífico. Junto a cada nombre aparecen unas iniciales y una cantidad. Solo le puedo decir que todos son nombres masculinos. En cualquier caso, tenga en cuenta que el documento tiene más de treinta años y es complicado…

—¿Cómo has dicho?

—Que todos son nombres masculinos.

—No, lo otro.

—¿Que el papel tiene más de treinta años? —preguntó sin estar seguro de que fuera la pregunta correcta.

—¡Eso! —Se esforzó por ordenar las ideas en la cabeza—. El papel en el que escribieron la nota de despedida de Octavio tenía más de treinta años. Necesitamos comprobar si es el mismo y averiguar qué significan esas cantidades.

Ella permaneció a la espera del subinspector para despachar asuntos importantes que aún quedaban pendientes. Se balanceó en la silla mientras reflexionaba sobre la manera de atar los cabos sueltos, que eran muchos. Al menos, tenía un punto de partida: el orfanato. Y algo más que guardaba relación con el profesor: un par de nombres del diario que encontró René. Uno de ellos coincidía con el de un alumno de don Emilio de la época en que impartió los cursos.

Pensó en esperar a que Ferrer hiciera su trabajo y encontrara la

dirección, pero antes prefirió mantener otra conversación con el profesor. Le prometió acudir a la residencia esa semana y quizá le aclarase algo más sobre ese muchacho. Decidió no perder tiempo en llamar a Garrido. Todavía no había llegado y en ese momento le traía sin cuidado donde estuviera.

Al llegar, observó a lo lejos a la mujer mofletuda de cabello gris que la atendió la última vez. La vio enfrascada en su labor y prefirió pasar de largo sin decir nada, al fin y al cabo, ya conocía el recorrido y el número de habitación. Estaba segura de que agradecería la sorpresa. Llamó un par de veces y al no obtener respuesta entró. La habitación estaba vacía.

Salió en dirección a la zona de recepción. Lo más adecuado era preguntar y dejar de dar vueltas por el edificio para encontrarlo.

—Disculpe, busco al residente de la habitación número cuarenta y seis. Don Emilio…

—Conde. Lo siento mucho. Falleció ayer. ¿Quién es usted?

Un calor inusual le recorrió el cuerpo hasta hacerla tambalear. Se agarró a una esquina del mostrador para evitar perder el equilibrio.

—No puede ser. Revíselo de nuevo. —La noticia le cayó como un jarro de agua fría.

—Estoy segura. — La mujer consultó el ordenador mientras respondía.

Echó un vistazo alrededor y localizó un cuarto de baño próximo al mostrador de recepción. La dejó con la palabra en la boca y corrió hacia él antes de que las ganas de vomitar la obligaran a dejar perdido el suelo de la entrada.

Después de varias arcadas se sentó y trató de recuperar el aliento. La tristeza comenzó a inundarle el cuerpo. Emilio era una de las pistas más importantes con las que contaba hasta la fecha. Sentía que todo se desmoronaba en la medida que se adentraba más en esa maldita investigación.

Respiró profundo varias veces antes de levantarse y regresó al mostrador de administración.

—Disculpe. —Se identificó antes de pedir cualquier explicación—. ¿Sabe qué le ocurrió?

—Supongo que le llegó su hora. Emilio era muy mayor. De todas formas, puede preguntar a alguna de las asistentes que trabajaron ayer.

—Me gustaría hablar con ellas, si no le importa.

Sin perder tiempo descolgó el telefonillo y llamó por el altavoz a dos mujeres que se personaron casi al mismo tiempo en la recepción.

Una de ellas debía estar a punto de jubilarse. Con manos agrietadas y aspecto cansado, se mostraba descarada y más enérgica que la otra que, aunque aparentaba ser más joven, parecía más retraída.

—Esta es la inspectora Balaguer —se dirigió a ambas—. Quiere hablar con vosotras sobre Emilio Conde, el residente que falleció ayer por la tarde.

Las dos se mostraron sorprendidas.

—Era un señor muy mayor —justificó la más joven—. No bajó a la partida de ajedrez, como todos los domingos. La verdad es que nos dimos cuenta después, cuando tampoco acudió a la cena.

—El pobre se quedó dormido. No debió despertar de la siesta —añadió la otra—. Cuando acudí a la habitación aún no había perdido el color.

—¿El médico notó algo raro o diferente en su cuerpo? ¿Hizo algún comentario?

—No. Yo lo escuché conversar con la directora. Certificó su muerte sin más — continuó hablando la más mayor—. Después me encargué de vestirlo. Es algo que hacen en el tanatorio. Sin embargo, nos avisaron de que llegarían algo más tarde de lo esperado y decidimos ocuparnos nosotros. En fin —suspiró—. La edad, que no perdona.

—¿Quién lo vio con vida por última vez? —Necesitaba creer eso mismo, que la edad no lo perdonó y que su muerte no guardaba relación alguna con la investigación.

—Nosotras no. Quizá Luisa… —respondió la joven.

—¿Y dónde está Luisa? Me gustaría hablar con ella.

—Hoy no trabaja —contestó la mujer que atendía tras el mostrador —. Colabora cuando falta personal. Si quiere puedo avisarla. Vive a dos manzanas de aquí.

Laia accedió. Debía calmar su conciencia antes de marchar. Esperó en la sala de descanso con los nervios a flor de piel y un café de máquina que aparentaba ser tan malo como el de comisaría. Una hora después entró en la sala una joven pelirroja, con aspecto despistado, acompañada de la administrativa de recepción.

—Disculpe, inspectora. —Laia observaba a través de la ventana con la mirada perdida en el verdor de los arbustos que decoraban la entrada—. Esta es Luisa. Las dejo solas. —La mujer abandonó la sala y cerró la puerta tras de sí.

Ella se presentó y trató de calmar a la joven, que parecía impresionada por las circunstancias.

—No sé en qué puedo ayudarla —dijo con mirada esquiva y una creciente inquietud, que se manifestaba con un molesto movimiento de piernas.

La invitó a sentarse a su lado y le agarró la mano para tranquilizarla.

—Solo quiero hacerte un par de preguntas. Tus compañeras dicen que eres la última persona que vio con vida a don Emilio.

—Sí. Eso creo —hablaba con un hilo de voz—. Ayer me encargué de

las visitas y por eso fui la última en verlo.

—Disculpa, ¿qué quieres decir?

—Que ayer don Emilio tuvo la visita de su sobrino y yo lo acompañé hasta la habitación.

Se asustó cuando Laia soltó su mano y se separó de forma brusca al escuchar la respuesta.

—¿Su sobrino? Creía que don Emilio no tenía familia. ¿Comprobaron la identidad de ese hombre?

—Yo no lo hice. La verdad es que mis compañeras me dijeron que era la primera vez que un familiar se presentaba a visitarlo —se lamentó la joven entre sollozos—. Yo no llevo mucho tiempo aquí y… —Por primera vez desde que entró en la sala, la chica fijó la mirada en los ojos de ella—. ¿Por qué alguien iba a mentir y presentarse como un familiar cuando no lo es? Hubiera entrado igual presentándose como un amigo.

—Eso él no lo sabía —pensó Laia en voz alta—. Bien, necesito que dejes de llorar y que hagas un ejercicio de memoria para describir a esa persona.

—¡Bufff! No me fijé demasiado. Era alto, fuerte e iba muy abrigado, tanto que apenas le vi la cara unos segundos antes de indicarle que me siguiera a la habitación.

La inspectora abandonó la sala en busca de alguna cámara de seguridad. Respiró aliviada al encontrar una a la entrada del edificio.

—Necesito las grabaciones de ayer por la tarde —le dijo a la mujer que atendía detrás del mostrador, después sacó el móvil y dejó un mensaje al subinspector para indicarle que acudiera de forma inmediata a la residencia.

—Debo avisar a mi jefa —dijo la mujer mientras levantaba el teléfono.

—¿Se puede saber dónde te has metido toda la mañana? —No fue capaz de contenerse— . Déjalo, no me interesa. Espero que, al menos, hayas comido ya —respondió antes de que Garrido abriese la boca—. Emilio Conde ha fallecido.

—¿Qué le ha pasado? —No mostró gran sorpresa, como era habitual en él. Si por algo se caracterizaba era por no ser demasiado expresivo.

—Se supone que muerte natural, aunque yo no lo creo. Ayer tuvo una visita muy interesante. Un sobrino. Después falleció.

—¿No dijo que no tenía familia?

—Sí, por eso vamos a revisar las grabaciones de la cámara de seguridad de la entrada.

—¿Sabes que pueden negarse a enseñárnoslo?

—Pero no lo han hecho, de manera que deja de poner trabas a todo y acompáñame. —Cada vez le resultaba más laborioso aguantarlo.

La directora los esperaba junto a Luisa en una sala de seguridad. Al fondo se adivinaba el cuadro de luces de todo el edificio y a la derecha un par de televisiones y varios aparatos de grabación. Les pidió que no tocasen nada y esperaron la llegada del vigilante, que se encargó de mostrar las imágenes.

—Ahora necesito que te fijes bien y nos avises en cuanto lo veas. —Laia escarbó en sus sentimientos para encontrar algo de amabilidad con la que dirigirse a la joven.

—Ahí está —dijo mientras señalaba la pantalla un rato después de comenzar el visionado.

—Tienes razón —dijo ella al ver al hombre tapado hasta el cuello y con gorro—. Va a resultar complicado de identificar. Páselo, por favor. Vamos a ver la salida.

El guarda adelantó la grabación hasta que el subinspector le indicó dónde parar.

—Conocía la existencia de la cámara —dijo Garrido, y señaló la televisión—. Fíjese. Esta mujer le cubre la salida. Sale detrás de ella.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la llegada?

—Apenas quince minutos —dijo el de seguridad.

—¡Dios mío! —exclamó la inspectora al sospechar lo que ocurrió—. ¿Dónde se han llevado el cuerpo?

—Siempre nos ponemos en contacto con la familia directa para que nos lo indiquen. En general se llevan al tanatorio de San Bartolomé. —La directora aparentaba preocupación, como el resto. La muerte del profesor pasó en minutos a convertirse en una incógnita—. Inspectora, le ruego que sea discreta. Es una muerte natural, como todas las que suceden aquí. Esta ciudad es muy pequeña y cualquier escándalo supondría mi ruina.

—Tiene razón —repitió Laia. Se despidió con toda la frialdad que supo.

—Vamos a comisaría —indicó a Garrido mientras sacaba el móvil del bolso—. Voy a hablar con el comisario, necesitamos solicitar una autopsia del cadáver.

—¿Estás loca?

—No, no estoy loca —voceó harta de tantos impedimentos—. Cuanto más me acerco al final, más me alejo de él. Emilio fue asesinado, estoy segura. Yo lo metí en todo esto. —La culpa no le daba tregua.

—El juez no lo permitirá si el médico certificó muerte natural.

Durante el viaje de vuelta le explicó al comisario las circunstancias del fallecimiento del viejo profesor y la relación que lo unía al caso. Tal y como esperaba, los impedimentos surgieron desde un principio. No obstante, consiguió convencerlo de que hablase con el juez, a pesar de que conocía la respuesta y estaba segura de que Emilio sería

incinerado al día siguiente a más tardar, de manera que pensó otra opción menos ortodoxa, aunque seguro que más efectiva para ella.

A punto de acabar la jornada decidió dirigirse al laboratorio en el edificio anejo. Comprobó a través del cristal de la puerta qué compañeros trabajaban en el turno de tarde y entró al ver que Diego era uno de ellos. Se aproximó de forma sigilosa y se sentó a su lado.

—Te he visto —dijo él.

—¿Ahora tienes ojos en el cogote?

—¿Qué quieres, Laia? Estoy ocupado. —Levantó la vista del microscopio y giró el taburete hacia ella.

—Quería saber si has encontrado mi colgante.

—Aún no. Se traspapelaron varias pruebas ese día. Algo pasó con las bandejas. En cuanto se aclare, te llamaré. —Fijó su atención en el contenido de una cápsula Petri a la derecha del microscopio.

—En realidad necesito un favor personal. —Bajó el tono de voz y miró de reojo que nadie la oyese—. Si te traigo una muestra, ¿la analizarías?

Diego se giró de nuevo hacia ella con cara de pocos amigos.

—Último favor. —El tono de voz que utilizó indicaba que iba en serio—. Hoy trabajo hasta las nueve. Procura traérmelo antes de esa hora.

—Gracias. —Ella lo abrazó como muestra de agradecimiento. Definitivamente, lo de los besos no era lo suyo.

El dolor de cabeza cedió a lo largo de la mañana. Desde la noche anterior no necesitó analgésicos y eso era buena señal. Pasó la tarde relajado en el sillón, delante del televisor, con alguna película de sobremesa sin demasiado interés que le favoreciera el sueño.

Traspuesto y adormecido, le pareció oír el timbre de la puerta. Pensó que quizá fuese un sueño, a veces eran más reales que la vida misma, y se dio media vuelta. Un instante después, el letargo se transformó en desvelo al oírlo una segunda vez.

—Siento levantarte de tu siesta. —Laia permanecía de brazos cruzados, apoyada en el marco de la puerta, como si llevase una eternidad esperando a que le abriera.

—¡Qué grata sorpresa! No esperaba que tuvieras el detalle de venir a saludarme tan pronto —bromeó.

—Deja la ironía para otro momento. Necesito un favor. —Lo agarró de la cintura de forma cariñosa y lo apartó de la entrada. Después se dirigió al salón. Ya conocía el camino.

Él la siguió con una sonrisa.

—Tú dirás.

—Me hablaste de un amigo tuyo que trabajaba en el tanatorio. El triste que no articula palabra.

—Curiosa manera de hablar de Abel —pensó en voz alta—. Te

corrijo, no es amigo mío. Acude conmigo a la asociación.

—Necesito que lo llames ahora mismo. Vamos a hacerle una visita.

—No entiendo nada.

Ella se acomodó en el sillón antes de continuar.

—Don Emilio, el profesor, falleció ayer. —De nuevo la culpa comenzó a hacer mella en su rostro—. Gracias al diario que encontraste tenemos algún nombre que investigar y coincide con un joven que vivió en el orfanato en la época que Emilio impartió sus cursos. Estoy segura de que me hubiera ayudado a obtener alguna información más. Por eso creo que su muerte no ha sido fortuita. Supongo que ya no tendremos oportunidad de saberlo. Era una persona muy mayor, sin signos aparentes de violencia. El médico certificó muerte natural.

—Y tú no lo crees.

Ella respondió sin palabras. Su compungida expresión lo decía todo y, entonces, René no dudó. Cogió el móvil y buscó en la agenda el número de Abel.

Capítulo 16

—¿Qué te ha dicho? —conducía ella.

Aprovechó el instante en que René conversaba por teléfono con su amigo Fune para localizar la dirección a través del móvil. El tanatorio se hallaba ubicado a las afueras de la ciudad. Pensó que un poco alejado de todo. Sin embargo, tampoco le extrañó, después de observar que a su lado se encontraba el crematorio. Supuso que construirlo en mitad de un núcleo urbano hubiera sido poco menos que una misión imposible.

—No mucho; es un tipo parco en palabras, a quien debo caerle bien. Ha accedido a verme sin impedimentos.

Laia miró la hora de soslayo y pisó el acelerador.

—No tenemos tiempo. Debo recoger la muestra y llevarla al laboratorio antes de una hora.

—Tranquila. —Agradecía la serenidad que transmitía. René le agarró con delicadeza la mano que reposaba sobre la palanca de cambio y ella permitió que ambas se entrelazasen. Procuró no levantar la vista del asfalto, a pesar de la singular, potente y placentera sensación que recorría todo su cuerpo en ese momento—. Algo inventaré.

Abel los esperaba a la puerta del tanatorio con un cigarro en la boca. René se adelantó y lo saludó mientras ella los observaba en la distancia, apoyada en el coche. Esperó unos minutos, tal y como habían quedado, y después se aproximó.

—Te presento a Laia, mi vecina. Como te he dicho, es quien colabora conmigo en este artículo.

Ella lo fulminó con la mirada mientras estrechaba la mano a Abel. No esperaba que la hubiera presentado como inspectora de policía, no obstante pensó que, tal vez, podía haber inventado algo más original.

—En realidad no tengo mucho que contar. —Apagó el cigarro antes de entrar. Laia prefirió mantenerse en silencio y dejar que René condujese la conversación.

—Siento molestarte aquí, en el trabajo, pero me urge terminarlo cuanto antes y no he encontrado oportunidad de charlar contigo. Si no estás demasiado ocupado, quizá puedas responderme a algunas preguntas.

Abel los dirigió a un despacho y ella lanzó una mirada rápida a su alrededor mientras caminaba detrás. Al pasar por un cruce de pasillos, memorizó las indicaciones que dirigían a la capilla, a las salas de vela y a la de tanatopraxia.

—Habéis tenido suerte. Mis compañeros acaban de marchar y estoy

solo. Hemos estado ociosos casi todo el día. Solo hay una sala ocupada y el pobre anciano no ha tenido visitas. Tampoco hay familiares que lo acompañen.

El lugar permanecía vacío, al igual que el resto del edificio. La única compañía era el silencio y la fría soledad de la muerte.

—¿Te acostumbras a esto? Este ambiente no parece muy recomendable para alguien en tus circunstancias —dijo René.

—¿Y cuáles son las circunstancias adecuadas? El problema es mío. La culpa me atormenta... Al menos, este es un lugar tranquilo —se justificó—. ¿En qué te puedo ayudar? Supe lo del artículo por Raúl.

—Me gustaría saber qué ocurrió antes de que tomaras una decisión tan trágica.

—Perdonad —interrumpió Laia. Sabía que René se las apañaría para entretenerlo y tenía prisa por acabar cuanto antes—. Necesito ir al baño, ¿os importa si os dejo solos un momento?

—A la izquierda —dijo Abel mientras señalaba la puerta—. ¡Un momento! Ahora que recuerdo, están averiados. Me temo que tendrás que cruzar todo el edificio.

—Espero no perderme —contestó con una sonrisa.

Caminó con paso firme hasta las salas de velatorios. De pronto, se detuvo al observar una de las seis puertas abiertas. Un nudo en la garganta le dificultaba la respiración. Continuó andando. Los pasos eran cada vez más cortos y lentos.

Prefirió asomarse antes de entrar, a pesar de que Abel dijo que no había visitas. Después cerró la puerta tras de sí. Allí estaba. Sin vida. Detrás de un cristal y con la misma expresión serena del día que lo conoció. «Por mi culpa», se repetía una y otra vez mientras la rabia y la pena se abrían paso a través de alguna que otra lágrima furtiva.

Se llevó las manos a la cara y se secó los ojos al mismo tiempo que buscaba la puerta de entrada a la sala contigua, en la que se encontraba el cadáver. Descubrió un pasillo de acceso, exclusivo para el personal, justo al lado y se coló de forma sigilosa, sin pensar en la locura que estaba a punto de cometer. Cuando, al fin, lo tuvo delante, sacó el material que le entregó Diego. Dedujo que habían trascurrido algo más de veinticuatro horas desde el fallecimiento, puesto que el *rigor mortis* comenzaba a desaparecer, al menos, en la zona de la mandíbula, lo que le posibilitó tomar la muestra de la boca sin demasiada dificultad.

Después, acarició el frío rostro sin vida del cadáver antes de marchar. Dejó de ser don Emilio hacía horas, a pesar del aspecto dulce y sosegado que mostraba.

Mientras regresaba al despacho, reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrir. Era consciente de todo lo que arriesgaba y dudaba de que la muestra sirviera, pero, aunque el resultado no fuera concluyente

para nadie más que para ella, le permitiría conocer cuán cerca estaba del asesino.

René la vio llegar sofocada.

—Lo siento. No me encuentro bien —se disculpó. Acariciar la fría y blanquecina cara del profesor la ayudó a aparentar un malestar que ya había planeado—. Si no os importa, yo me retiro. Necesito descansar.

—Estás pálida. De acuerdo, me quedo un rato más. No te preocupes por mí. Regresaré en autobús.

Laia accedió y salió a toda prisa hacia el laboratorio. Él la siguió con la mirada hasta perderla de vista. Mientras, un pequeño vaso de cartón repleto de café en una esquina de la mesa captaba la atención de Abel.

—¿Quieres otro? —pregunto René. Pensó que estaría congelado y lo suficientemente insípido como para causar estragos en el estómago.

—Me gusta frío. Siempre espero antes de tomarlo.

—Me hablabas de la culpa. —El periodista retomó una parte importante de la conversación tras charlar de otros temas sin trascendencia.

—Sí. Aún no me deja dormir, pese a que las pastillas ayudan. Como a todos, ¿no te parece? —René asintió con la cabeza—. Nunca llegué a intentarlo. —Bebió el café de un trago—. Lo del suicidio —aclaró—. Lo pensé muchas veces. La vida te cambia en un segundo. Hoy estás bien y al instante siguiente te encuentras solo en una sala de cuidados intensivos.

—¿Qué pasó? —El relato le interesaba de verdad.

—Un accidente. —Se tomó unos segundos. Arrugó el vaso de cartón y lo lanzó a la papelera antes de continuar—. Ocurrió hace ocho años. Perdí a mi mujer y atropellé a un hombre que caminaba dando tumbos por la carretera, o al menos, es lo que me dijeron. Aún no me explico lo que sucedió. Intenté esquivarlo. Fue culpa mía. Sin embargo, estoy seguro de que a aquel hombre le ocurría algo.

—Entonces, ¿cómo encontraste a Marisa?

—Fue ella quien me localizó. —Mostraba una mirada lánguida y cansada—. Quedé malherido. Mientras me recuperaba en el hospital, encontraron un cadáver a escasos metros del lugar en el que ocurrió el accidente. Me comentaron que las circunstancias en las que apareció hicieron suponer que fue atropellado… No lo recuerdo. Creo que lo esquivé y eso provocó el accidente. Supongo que estaba equivocado, o al menos es lo que me dijo Marisa. —Por primera vez en toda la conversación lo miró fijamente—. Ese hombre era Francisco, su marido.

Al día siguiente, Garrido esperaba en el despacho. «Puntual como nunca», pensó Laia al entrar.

—Qué raro verte tan pronto por aquí. —Se percató de que ningún agente estaba en su puesto—. ¿Hoy no hay reunión matutina o es que llego demasiado pronto?

—Las dos cosas, inspectora. Ferrer y los demás trabajan en los listados que encontramos en el orfanato. —Echó un vistazo al reloj—. Estarán a punto de llegar. Respecto a las direcciones, disponemos de una de ellas. La de Iván López.

Por fin un comentario del subinspector le alegraba la mañana.

—Perfecto. Vamos a visitarlo. —No quería perder tiempo—. Conduces tú.

Durante el trayecto, miraba el móvil con la esperanza de recibir algún mensaje del laboratorio. Era consciente de que tan solo hacía doce horas que había dejado la muestra para analizar. «Aunque se hubiera dado toda la prisa del mundo, a Diego le resultaría imposible obtener un resultado tan pronto», pensó. En su lugar, encontró otro de René. Necesitaba reunirse con ella cuanto antes. Lo apagó de forma disimulada al advertir que Garrido miraba de reojo.

—¿Dónde vamos? —Observó que salían de la ciudad.

—Según los datos de que disponemos, ese hombre vive en un pueblo cerca de San Bartolomé. Conozco el lugar. No tardaremos en llegar.

—Bien. Repasemos lo que tenemos hasta ahora. —Cambió de postura para adoptar una más cómoda—. Ana, la viuda. Engañaba a la víctima con el exsocio, José Antonio. Tiene conocimientos sobre plantas y reservó un viaje junto a su amante para salir del país días después de que apareciese el cadáver.

—Tiene coartada.

—En efecto, pero él no. La víctima le debía dinero y se puso en contacto unos días antes de su muerte para reclamar un favor a cambio: entrar en un proyecto de inversión que se llevará a cabo en los terrenos del antiguo orfanato.

—Marisa lo llamó. A ella también le debía dinero —dijo Garrido.

Laia miraba a través de la ventanilla con el pensamiento perdido entre los diferentes hallazgos del caso.

—Además, ella también está relacionada con ese lugar y me temo que conoce el estramonio. Crece en su propia casa. Por no hablar del colgante. Tiene uno exactamente igual al que encontré en la zona donde apareció el cadáver de Octavio —suspiró—. Demasiadas piezas que no encajan entre sí. —Se giró hacia el subinspector—. ¡El poema! El poema nos llevó a las otras víctimas y al profesor.

Pensó en lo que Raúl, el amigo de René, descubrió sin ser consciente de ello el día que, en Los Arcos, gracias a sus correcciones, encontraron una frase oculta entre los versos: «La muerte es irremisible para el culpable y miserable». Le inquietaba saber que el

asesino justificaba los hechos y aún más que faltase el final del soneto.

—Y de nuevo al orfanato —dijo Garrido mientras observaba la ruta que marcaba el navegador del coche.

—Sí, pero ¿qué relación guardan Ana o José Antonio con ese lugar?

Una sugerente voz de mujer los interrumpió para indicar que al cabo de unos minutos llegarían al destino.

—Quizá ninguna. A lo mejor se empeña en relacionar lo que no guarda relación.

El comentario la invitó a reflexionar mientras admiraba a través de la ventanilla el espléndido paisaje que se abría a su paso. A pesar del frío de la mañana, el cielo azul ensalzaba un conjunto arquitectónico digno de la mejor postal. Un histórico puente romano abría el camino hacia la calle principal, engalanada de casonas con sus blasones y algún que otro palacete que haría las delicias de cualquier turista.

Garrido condujo hasta una zona alejada del centro urbano y aparcó delante de un grupo de casas más modestas, que mantenían la misma estructura que el resto de las construcciones.

—Es aquí. —Señaló la vivienda que se levantaba frente a ellos. Dos alturas con un balcón corrido por donde asomaba el verde y rojizo de las enredaderas, que avivaba el impasible gris de la fachada.

Laia bajó del coche y echó un vistazo alrededor. El frío era tan intenso que apenas la dejaba respirar. Necesitó cubrir parte del rostro con el cuello del abrigo antes de que se le congelase por completo.

Aún no habían llamado al timbre cuando un joven de no más de quince años abrió la puerta, dispuesto a salir. Sus extremidades, largas y delgadas, restaban atención al resto del cuerpo desproporcionado, propio de un adolescente en pleno crecimiento. Se detuvo de forma repentina al ver a los agentes y necesitó un gesto de la inspectora para darse cuenta de que los cascos y la música a todo volumen resultaban una combinación imposible en el ámbito de la comunicación humana.

—Buscamos a Iván López Castro, ¿vive aquí? —La pregunta no parecía sencilla, a juzgar por la cara de confusión que mostraba el chico.

—Sí. —El joven los miraba sin pestañear, como si acabasen de bajar del platillo volante. Al igual que en una partida de ajedrez, parecía esperar el siguiente movimiento.

—¿Está en casa?

—Sí.

—Soy la inspectora Balaguer y, mi compañero, el subinspector Garrido. Necesitamos hablar con él, ¿lo puedes avisar? —No recordaba comunicarse con monosílabos en la época adolescente. Comprendía que cada joven es un mundo, pero ese le parecía un universo sin explorar.

—¡Papá! —voceó. El grito retumbó por toda la casa—. Ahora baja.

—Se puso de nuevo los cascos y salió a la calle.
—¡Te he dicho mil veces que no grites así! —contestó otra voz que parecía aproximarse escaleras abajo.
—Disculpen, ¿en qué les puedo ayudar?
El joven se parecía mucho al padre. El mismo tipo desgarbado con unos cuantos años de diferencia. Ella se presentó de nuevo.
—Necesitamos hablar con usted acerca del orfanato de San Bartolomé. —Un incómodo silencio se adueñó del momento.
El hombre se limpió las manos en un trapo que llevaba enganchado al cinturón y se puso las gafas, que llevaba en la cabeza a modo de diadema.
—¿Por qué quieren hablar conmigo?
—Usted lo conoce y, hasta el momento, no hemos localizado a nadie más que nos hable de ese lugar —dijo la inspectora, que observó la escasa disposición por parte de Iván a atenderlos—. Solo será un momento.
—Pasen. —Se apartó de la puerta y les indicó el camino hasta la cocina—. Enseguida llegará mi mujer. Les ruego que sean breves.
Laia respiró aliviada al entrar en aquella casa, tan antigua por fuera como acogedora y cuidada en el interior. Un extraordinario aroma a guiso de carne impregnaba todos los rincones por los que pasaron hasta llegar a la cocina. Cerró los ojos y se detuvo un momento. El olor a tomillo y laurel la devolvieron a su cálida niñez.
—¿Se encuentra bien? —preguntó Garrido.
—Sí, muy bien.
La cocina era amplia. Varias ollas y cacerolas extraordinariamente relucientes colgaban en hileras ordenadas por tamaños. Desde la sartén en la que se podía freír un solo huevo hasta la olla en la que guisar un cabrito. Un par de cajas de verdura de la huerta se apilaban en una esquina y una gran cazuela, de donde provenía el suculento aroma de la cocina tradicional, borboteaba en el fuego.
—Tenemos entendido que usted vivió una temporada en el orfanato y queremos que nos hable del lugar y de la gente que conoció allí —dijo ella.
—Es un capítulo cerrado en mi vida. ¿Qué puede ser tan importante para reclamar mi testimonio después de treinta años?
—Un asesinato —sentenció Garrido—. ¿Qué es lo que ocurrió?
Iván lo miró desafiante.
—Me costó muchos años de terapia. Aquel lugar fue un calvario, sobre todo los últimos años. Las circunstancias por las que acabé allí no son relevantes, aunque si quieren se lo resumo en una frase: mi padre nos abandonó a mi madre y a mí y después ella hizo lo mismo conmigo. Tan sencillo como trágico, ¿no les parece? —Permanecía de pie con el trapo en una mano y una cuchara de madera en la otra, con

la que removía el guiso—. Era nuestro hogar. —Mostró una sonrisa artificial e irónica—. Por llamarlo de alguna forma.

—¿A qué se refiere con nuestro? —preguntó ella.

Dejó varios utensilios perfectamente alineados en la encimera y, después de echar un vistazo al contenido de la cazuela, se sentó junto a los agentes.

—Apenas fueron cuatro años. En cuanto cumplí la mayoría de edad me marché. Hice amistad con algunos de los chicos y esa fue mi familia durante el tiempo que permanecí en aquel lugar. Lo cierto es que no todos nos llevábamos igual de bien, ni mostrábamos la misma confianza.

—Encontramos un viejo diario en el orfanato y pintadas con algunos nombres en las paredes. Ambos nos han traído hasta ti. ¿Qué ocurrió, Iván? —Ella sabía que Garrido se enteraría en ese momento de la existencia del dichoso cuaderno. En ese momento le preocupaba más el relato que estaba a punto de escuchar.

Se le inundaron los ojos de lágrimas al recordar lo que parecía uno de los peores trances de su vida.

—Solo contaba con catorce años cuando entré. Al principio parecía un lugar apacible y tranquilo. Todo cambió con la contratación de nuevo personal, los años previos a su cierre definitivo. Por suerte, yo me marché meses antes. —Incapaz de levantar la vista de la mesa, se entretuvo atusando el mantel mientras hablaba—. Desconozco toda la gente implicada en esto. Supongo que debieron ser unos cuantos. —En un acto involuntario, cerró los puños con tal fuerza que parecía que el gesto le sirviera para descargar la tensión del momento—. Tenían un negocio bien montado y después hubo un pacto de silencio. Supongo que en esos asuntos participaba gente influyente, que no quiso que saliera a la luz.

—No entiendo nada —dijo ella.

—¡Nos drogaban! —gritó enojado mientras descargaba su ira con un fuerte puñetazo sobre la mesa. Laia se asustó y lanzó una mirada a su compañero—. Abusaron de nosotros a su antojo. No de todos. Supieron escoger el momento y la persona. Quizá los más débiles —se lamentó. El odio y rencor comenzaron a brotar en sus palabras—. Después se encargaban de cerrarnos la boca. Me costó darme cuenta hasta que llegó mi turno. Al principio, la vergüenza me impidió hablar con los demás. Utilizaban droga en la comida o en los cigarros que nos pasaban a escondidas. La suficiente como para anular nuestra voluntad durante unos interminables instantes. —Un torbellino de emociones se dibujó en su rostro—. Algunos días amanecíamos en habitaciones que no eran las nuestras. En ese momento éramos conscientes de que lo que conocíamos como una leyenda urbana dentro del orfanato lo habíamos sufrido en nuestras propias carnes.

La inspectora le agarró la mano y él la miró. El sufrimiento que mostraba el hombre sentado frente a ella traspasaba cualquier límite.

—¿Quiénes fueron? —preguntó ella. El tono que utilizó pareció devolverlo a la realidad.

—Yo me atreví a denunciarlo. Hablé con Toni, el asistente social, y como era de esperar hizo caso omiso. Su teoría era que se trababa de imaginaciones nuestras. No se metían con los pequeños. Solo los mayores estábamos en el punto de mira, de manera que fuimos pocos los que sufrimos abusos durante un tiempo. Nadie quiso creernos. Llegaron a tacharnos de locos y estábamos muy cuerdos. Un día, Montes encontró al Yerbas entregándole unas plantas al cocinero.

—¿Era esto? —Laia le enseñó una imagen en el móvil.

—Sí. Poco tiempo después de abandonar aquel lugar supe que se trataba de la Higuera del Infierno, como se conoce por la zona. La utilizaban en su justa medida. Debían de saber que en grandes dosis provocaba la muerte.

Mientras Iván respondía, ella sacó una agenda del bolso donde había tomado nota de algunos apuntes relativos a la investigación.

—¿Quién era el Yerbas? —Revisó la agenda. El apodo le resultaba familiar.

—Así es como llamábamos al jardinero. Toni era uno de los trabajadores sociales.

—¿Recuerda a alguna mujer con el nombre de Isabel? —continuó ella con las preguntas, mientras Garrido contemplaba la escena en silencio.

—No, no me suena, aunque sí recuerdo los de esos dos individuos. El Yerbas se llamaba Alonso, y el cocinero… Le llamábamos Miki, pero su verdadero nombre era Luis Miguel.

Laia miró al subinspector y ambos se entendieron al momento. Cerró la libreta y la abrió de nuevo por la primera hoja.

—Alonso García y Luis Gómez Velasco. Fueron asesinados los años 2016 y 2018 —dijo ella.

—Desconozco los apellidos. —Se levantó y echó un ojo al guiso.

Capítulo 17

—¿Me ha escuchado? —preguntó al no observar una reacción lógica en él ante semejante comentario.

—Perfectamente, inspectora. No lo siento, ni siquiera me extraña —dijo con una frialdad tan escalofriante como comprensible—. Quizá encontraron la horma de su zapato en alguno de nosotros. Si no les importa, mi mujer está al llegar. No me gustaría dar explicaciones del motivo de esta visita.

Al contrario que él, Laia no se mostró impasible a sus palabras. Ahora cobraba sentido la frase oculta en los versos que el asesino repartió entre las víctimas.

—Solo un par de preguntas más, ¿por qué comentó que los implicados eran unos cuantos? ¿Quién más participaba, aparte de los que ha nombrado?

Iván miraba de reojo el reloj de la cocina. Se mostraba intranquilo.

—El sótano. Un día los seguí hasta allí a pesar de que era habitual que utilizasen algunas de sus habitaciones para esos juegos. Una puerta permitía el acceso desde el exterior sin que tuvieran que entrar en el edificio.

—¿Quiénes? —preguntó Garrido—. Los que acaba de nombrar eran empleados, no necesitaban entrar a escondidas.

—Ellos no. Comenzaron a venir hombres ajenos al orfanato. —Parecía que le faltase la respiración. La angustia apenas le dejaba hablar con claridad—. El estramonio rara vez nos permitía distinguir la realidad, aunque todos los que lo sufrimos conocíamos el fin. No solo abusaban de nosotros, sino que nos prostituían. No teníamos dónde ir y, en mi caso, la droga me ayudó a soportarlo. Ellos se encargaron de introducirla en el orfanato. Era su forma de taparnos la boca. —Laia se frotó la cara con ambas manos. No daba crédito a semejante barbaridad—. Después, hicimos un pacto entre todos. No volver a hablar del tema, ni mantener contacto alguno una vez abandonáramos aquel infierno.

—Entonces, no sabrás lo que ha sido de tus compañeros.

El hombre negó con la cabeza.

—Quizá Marcos. Lo encontré hace unos años. Me dijo que vivía en León. El apellido era… —tardó unos segundos en recordar— Ruiz Salgado, eso es. Tal vez les dé alguna información más. Del resto, apenas recuerdo nada.

Laia tomó nota del dato y le agradeció la atención prestada. Los agentes abandonaron la casa de forma apresurada, conscientes de la preocupación de Iván por la llegada de su mujer.

El trayecto de vuelta se le antojaba entretenido después del relato escuchado.

—Ya tenemos el nexo de unión entre las víctimas —dijo Garrido mientras ella marcaba el número de Ferrer en su móvil—. Lo que no entiendo es que los familiares obviaran mencionar el orfanato, ¿es posible que todos estuvieran de acuerdo?

—No lo creo. Quizá los que decidieron ponerse de acuerdo fueron las víctimas. Estoy segura de que todos evitaron comentar ese espeluznante episodio de sus vidas. Me resulta increíble pensar que salieran indemnes de la situación en aquel momento.

Se mantuvo en silencio unos segundos, a la espera de que el agente atendiera su llamada.

—Sí, jefa.

—Necesito que dejes lo que tienes entre manos y que localices a un tal Marcos Ruiz Salgado, con residencia en León. Envíame la información en cuanto la tengas. Puede que se trate del otro joven que te pedí localizar. El nombre coincide.

—De acuerdo. —A punto de colgar lo escuchó hablar de nuevo—. ¡Espere! ¡Se me olvidaba! El papel de la lista que me mandó cotejar con el de la carta de despedida de Octavio es el mismo.

Después de colgar, apoyó la esquina del móvil en la barbilla y reflexionó sobre el comentario.

—¿Algún problema? —preguntó Garrido.

—El tipo de papel utilizado en la carta de despedida era el mismo que encontramos en el orfanato. ¿Qué tarado lo guardaría durante más de treinta años para dejarlo como prueba en una serie de asesinatos? Es como dejar miguitas de pan. Sería más difícil de encontrar si utilizase hojas comunes compradas en cualquier papelería.

—Quizá desea que lo encuentren.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso es. Imparte justicia, algo que nadie hizo en su momento. Sin embargo, no quiere pasar inadvertido. Parece haber quedado anclado en aquella época: la imagen de la flor del estramonio, el papel y los versos. —Pensaba en voz alta—. El problema es que aún no ha terminado su obra. Debemos encontrarlo antes de que acabe ese soneto. —Se volvió hacia el subinspector con un giro brusco y rápido —. Quiero que te entrevistes con las familias y les pidas una fotografía de cada víctima. Procura que sea de hace treinta años. Moviliza al equipo y que cada agente vaya a una casa. Lo necesito para hoy. Averiguaremos si eran conocedores del pasado de sus queridos familiares.

Esperaba a Marisa a la salida de la asociación. La conversación que mantuvo con Abel la noche anterior tuvo la culpa de que ese martes la

invitase a comer. Como siempre, ella accedió con amabilidad.
—¿Qué haces por aquí? Hoy no hay sesión —preguntó Alejandro, que salía en ese preciso momento.
—Voy a comer con tu jefa, aunque creo que he llegado demasiado pronto.
—Me temo que sí. Todavía le quedan algunos asuntos por despachar antes de salir. —Se colgó la bolsa al hombro—. Si te apetece, te invito a un café.
—Acepto —dijo a la vez que miraba la hora en el móvil—. He quedado para comer en Los Arcos. La esperaré allí.
—¿Cómo llevas el artículo?
—La verdad, no lo sé. —Se centró en la búsqueda de información y prefirió aplazar la escritura para el final—. Continúo en la fase de investigación. Parece que me he estancado.
—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?
—Bien. Tranquilo. —Pensó en averiguar algo más a través del terapeuta—. ¿Conociste a Francisco?
—Si te refieres al marido de Marisa, no. Cuando entablé amistad con ella ya había fallecido. Por aquel entonces yo trabajaba en la universidad y ella necesitaba a alguien que le ayudase en la asociación. Ramón se encargó de localizarme.
—Pero, entonces, ¿Ramón y tú os conocíais?
—Nos encontramos por casualidad después de muchos años sin vernos.
—¿Qué le ocurrió?
—No lo sé. La verdad es que nunca pregunté. Todos los rumores indican que perdió la vida en extrañas circunstancias, pero nadie se atreve a asegurar lo que sucedió. No fue un suicidio, si es lo que te interesa saber.
—¿Y de Ramón? ¿Qué sabes de él?
—Es tu amigo también. Quizá sepas tú más que yo. —Sonrió al responder—. A parte de que vive de lujo, es culto y un poco excéntrico, no puedo decirte mucho más. — Apuró el café al ver a Marisa en la puerta.
Ambos se despidieron hasta el día siguiente a la hora de la sesión.

Entró con paso firme y decidido, como era habitual en ella. Pidió un Martini seco en la barra y acompañó a René hasta una mesa.
—Lo siento. Me ha surgido un problema. No puedo quedarme a comer, aunque dispongo de media hora, si quieres que hablemos.
—¿En qué estás metida? —La pregunta fue demasiado directa.
—¿Qué quieres decir?
—Hablé con Abel sobre el accidente. Él no intentó suicidarse, ¿por qué lo trajiste a la asociación?
—Creo que ya conoces la respuesta. La policía localizó a la persona

que atropelló a mi marido y yo me encontré a un hombre destrozado por la pérdida de su mujer. Le ofrecí mi ayuda y él la aceptó.

—Y continúa viniendo desde hace ocho años —dijo él sin estar convencido.

—Yo me preocupo por el bienestar de mi gente y Abel es una gran persona. Como el resto, acuden a mí cuando tienen alguna recaída. Ha venido varias veces a lo largo de estos años, pero no de forma consecutiva. —Parecían empezar a cansarle los interrogatorios improvisados—. René, no sé adónde quieres llegar, pero creo que sería conveniente que olvides el artículo.

El malestar comenzó a hacer mella en la conversación.

—Fuiste tú quien me lo encargó. Quizá como parte de la terapia, ¿no crees?

—Pues ahora soy yo quien te pide que lo abandones. Comienzan a molestarme todas estas preguntas sin sentido —dijo con voz firme—. Céntrate en las sesiones. Te irá mejor.

Ferrer ya había localizado la dirección de Ruiz Salgado cuando llegaron a comisaría. Laia decidió visitarlo cuanto antes y envió un mensaje a René. Esta vez buscaba que la acompañase. Al momento recibió la respuesta. La esperaba en Los Arcos mientras degustaba una de las especialidades del lugar y ella acudió sin perder tiempo.

—No sé por dónde empezar —dijo él nada más verla.

—¿La hamburguesa? —Le acercó una servilleta.

—Muy graciosa. ¿Te apetece? —No le dio tiempo a responder cuando ya había encargado otra al camarero con un gesto.

—Veo que no me queda más remedio.

—Lo que quiera que vayas a hacer puede esperar.

Ella asintió.

—¿Abel sospechó algo?

—No. —Le resultaba imposible soltar la hamburguesa de la mano. Quizá por la dificultad de reconstruirla para llevarla a la boca de nuevo—. Lo mantuve ocupado hurgando en sus miserias para relatar que su mujer murió en un accidente y que ese accidente fue provocado por una persona a la que atropelló.

Ella echó un vistazo al móvil. Esperaba impaciente el mensaje del laboratorio que no terminaba de llegar.

—Todos tenemos problemas.

—Sí, pero los de Abel quizá afecten a la investigación. Esa persona era el marido de Marisa. Al menos es lo que ella le dijo. —Laia levantó la vista y lo miró sin pestañear. El teléfono quedó en un segundo plano, al igual que la comida que el camarero acababa de dejar sobre la mesa—. Lo único que averigüé de Francisco es lo que está en boca de todo el mundo, que murió en extrañas circunstancias, pero Abel dijo que a aquel hombre le ocurría algo. Caminaba dando tumbos.

Además, no lo comentó con nadie salvo con ella.

—¿Y qué hace en la asociación?

—La versión oficial es que ella decidió ofrecerle ayuda después del accidente y él la aceptó. Se encontraba muy afectado por la muerte de su mujer. Ahora acude cada vez que sufre una recaída.

—¿Y cuál es tu versión?

—Creo que ese fatídico día vio algo que no debía y Marisa decidió mantenerlo bajo control hasta hoy. Si no fue consciente en su momento, después de ocho años, mucho menos.

—Deberíamos saber si no habló con la policía por recomendación de esa mujer o por decisión propia. Quizá sea mejor hablar de nuevo con Abel. Prefiero dejarla a ella tranquila, de momento. —Pensó en mantener otra charla con el comisario con el fin de aclarar las circunstancias de ese accidente. Tal vez la amistad que le unía a la directora de Apovi le permitiría obtener información adicional, aunque sabía que debía andar con pies de plomo—. ¿Nos vamos? —preguntó de forma espontánea.

—¿Ya? ¿Sin tomar café? Además, no has probado bocado.

—He perdido el apetito. Te prometo que tomaremos café más tarde. Ahora vamos a hacer una visita —respondió Laia mientras se ponía el abrigo.

Por el camino, le habló de Iván y de su trágica experiencia. Le explicó que a través de él localizaron a otro de los chicos nombrados en el diario, a quien visitarían esa tarde. No pretendía dar demasiados detalles, pero René estaba tan metido como ella en la investigación. Lo consideraba un tipo de confianza, cauto y con una cualidad poco frecuente en la gente, saber escuchar.

Él se atusó el pelo con una mano mientras sujetaba el volante con la otra. Parecía evaluar el monstruoso y deleznable relato antes de hablar.

—No sé si lo he entendido bien, ¿drogaban a los chicos para abusar de ellos?

—Eso es simplificarlo demasiado —protestó ella—. Comenzaron con abusos por parte de varios empleados del orfanato… Después decidieron hacer negocio. Escogían a los chicos, los mayores. A los pequeños no los tocaban. Era un secreto a voces, una leyenda urbana de la que muchos de los que pasaban por allí simplemente oyeron hablar y otros la sufrieron en sus propias carnes. Estos últimos decidieron no contar nada por vergüenza, por miedo o simplemente por la adicción a las drogas propiciada por sus propios verdugos.

—Un trauma demasiado difícil de superar. Cualquiera de ellos puede ser ahora mismo una bomba de relojería.

El móvil de Laia vibró un par de veces. El subinspector le hizo caso. Tal y como ella ordenó, había movilizado a todo el equipo y Velasco

se encargó de enviar la primera fotografía, la de Octavio.

Había anochecido por el camino, pero la ciudad de León brillaba con luz propia. Un magnífico y llamativo alumbrado navideño engalanaba coda rincón al que mirasen. Atravesaron varias calles hasta encontrar el *parking* más próximo a la dirección que Ferrer le había indicado.

Llamaron al timbre un par de veces sin que nadie abriera la puerta.

—Estará a punto de llegar. —Una mujer mayor, de hombros cargados y lengua atrevida se dirigió a ellos. Bajaba por la escalera en bata y zapatillas. Llevaba una bolsa de basura en una mano y un caniche en la otra—. ¿Buscan a Marcos?

—Sí —respondió Laia.

—Pues eso. Estará a punto de llegar. —Posó la bolsa en el suelo y miró el reloj—. Sale a estas horas del trabajo. Es encargado en el súper de aquí al lado y a veces me trae la compra. —Los miró de arriba abajo con aire desconfiado—. ¿No habrá hecho nada ilegal? Oigo ruidos raros en su piso. —Bajó el volumen de voz y se acercó a ellos —. Por las noches mueve los muebles. Creo que lo hace a propósito para molestar a mi Lulú.

—No se preocupe, señora. No es nada de eso. —René decidió interrumpir el monólogo antes de que la vecina entrara en un círculo vicioso imposible de frenar—. Lo esperaremos aquí.

La mujer enmudeció de inmediato. Cogió la bolsa de basura y continuó escaleras abajo con cara de enfado.

—Da mucho miedo. —Laia cabeceó. No soportaba el tipo de personas que disfrutan metiéndose en la vida de los demás.

Quince minutos después, el ruido del ascensor los puso en alerta. Un hombre corpulento, de espaldas anchas y aspecto fatigado salía de él.

La inspectora se levantó de un salto.

—¿Es usted Marcos Ruiz Salgado?

—¿Quién lo pregunta? —El hombre sacó un manojo de llaves del bolsillo y abrió la puerta.

—Soy la inspectora Balaguer. —Se identificó, aunque prefirió no presentar a René—. Necesito hablar con usted.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó mientras permanecía de pie, con las llaves en la mano y preocupación en el rostro.

—No, no se preocupe. Investigamos varios suicidios ocurridos en San Bartolomé y los indicios nos han llevado hasta el antiguo orfanato.

—No tengo nada que decir. —El hombre entró en casa y cerró con un sonoro portazo sin darles tiempo a explicarse.

—Abra, por favor. Es importante. —Miró a René de reojo mientras daba ligeros toques con los nudillos en el marco de madera—. Esta mañana he hablado con Iván. Él me ha dado su nombre.

Abrió de nuevo. Giró el pomo despacio, con miedo, y asomó la

cabeza por la puerta entreabierta. Como si dudase de lo que iba a hacer.

—¿Iván?

—Sí. Su compañero del orfanato.

El comentario surtió el efecto deseado y el hombre los dejó pasar. Un extraordinario desorden en el salón dificultaba encontrar un lugar donde sentarse. Apartó varias prendas de ropa que tapaban el sofá y les ofreció asiento.

—¿Qué quieren saber?

—Iván nos ha contado lo que ocurrió, ¿por qué no lo denunciaron? —preguntó ella.

—Deberían preguntarse quién nos hubiera creído. —Encendió un cigarro y se acercó a una de las ventanas, que permanecía entreabierta—. Unos chavales sin oficio ni beneficio. Sin familia, ni recursos... Pero lo intentamos. Le puedo asegurar que lo intentamos. Toni lo sabía, era el trabajador social. —Dio un par de caladas profundas—. No nos creyó. Ni él, ni el resto de los chavales con los que convivíamos que no pasaron por ello. Éramos los fumados del orfanato.

—¿Lo sabía alguien más? Encontramos un diario en aquel lugar donde se mencionaba a una mujer llamada Isabel —dijo René.

—No conocí a ninguna Isabel.

Él le enseñó la anotación del quince de noviembre:

«Isa no nos sacará de aquí. Lo sabe y no hace nada, igual que el resto. La odio».

—Recuerdo ese día. Lo escribió Montes, la detestaba. Pensaba que no haría nada y así fue. Al menos, lo intentó. El resto, al contrario que él, la estimábamos, nos escuchaba sin juzgarnos, aunque tampoco la creyeron, o al menos es lo que nos daba a entender. Juró que nos ayudaría y que ellos pagarían en algún momento de sus vidas por lo que estaban haciendo. El problema es que nos creó falsas esperanzas, por eso Montes sentía rechazo hacia ella.

—Entonces, la conocía —afirmó René.

Él sonrió.

—Sí, pero su nombre no era Isabel. Fíjese. —Señaló el escrito—. El nombre está borrado, solo se aprecian las últimas tres letras. Se llamaba Marisa.

Capítulo 18

—Creo que guardo alguna fotografía.

El hombre se ausentó y los dejó solos. Cruzaron sus miradas sabiendo que sobraban las palabras y faltaban explicaciones.

Minutos después regresó con un álbum y lo abrió por el final. En la última hoja había un par de imágenes representativas y evocadoras. Aquellas en las que aún no se mostraban indicios del infierno que les tocaría vivir después.

—Aquí estamos todos. —Se trataba de una foto de grupo. Divertida e inocente, como cada uno de los chicos que sonreía a la cámara—. Ella es Marisa. —Señaló a una joven mayor que el resto de adolescentes, aunque no desentonaba entre ellos.

La inspectora la reconoció de inmediato. Recordó ver ese rostro entre el exceso de retratos y fotografías que abarrotaban el salón de su casa el día que la visitó.

—Ahora dirige un centro de atención a víctimas de intentos de suicidio —dijo René. Buscó una postura cómoda. Cruzó las piernas y relajó la espalda en el respaldo del sillón mientras Marcos le pasaba el álbum para revisar las fotos.

—Me alegro. —No había ironía en sus palabras—. No volví a tener noticias de ella ni del resto. Respetamos el pacto y no volvimos a vernos.

—¿Lo conoce? —Laia le mostró la imagen de Octavio y Marcos se sobresaltó al verlo.

—Cómo olvidarlo. Lo apodábamos el Calvo. ¡Menudo hijo de puta!

—Lo asesinaron el mes pasado. Su cuerpo apareció en un descampado en San Bartolomé.

—A veces la justicia llega tarde. —Sacó otro cigarro y se dirigió a la ventana. No manifestó un ápice de asombro ni sorpresa en sus palabras. Tan solo una inmensa indiferencia.

—No es justicia. Es venganza —matizó ella.

—¡Él participó, como el resto! —respondió de forma enérgica y contundente—. Propiciaba los encuentros con hombres desconocidos.

A ella le resultaba nauseabundo que algo tan grave quedase impune ante la ley. Se levantó y le prestó su móvil para que revisara el resto de las imágenes.

—¿Y a los demás? ¿Los conoce?

Marcos dio otra calada antes de comenzar a deslizar el dedo por la pantalla del móvil.

—¿Bromea? Están todos. ¡Ese es Tony! Y esos dos, el jardinero y el cocinero —dijo a la vez que señalaba cada una de las fotografías—.

Todos ellos nos arruinaron la vida.

—Un momento —interrumpió René—. ¿Quién es este? —Señaló a uno de los chicos que posaba al lado de Marcos.

—¡Ah! Ese es Mon.

—Creo recordar que su nombre también aparecía en el diario. —La voz de René sonaba diferente. El tono dejó de ser cálido y sereno, y se transformó en débil y vacilante.

—Lo llamábamos Mon por Moncho. Su verdadero nombre es Ramón. — Permaneció en silencio unos segundos antes de continuar—. Ahora que lo pienso, no recuerdo el apellido.

Laia se dio cuenta de inmediato y acarició el hombro de René. Sus ojos enrojecidos mostraban rabia e impotencia.

—Ramón Barroso —respondió él.

—Eso es, ¿lo conoce?

—Pensaba que lo conocía, pero está claro que no. He tenido la respuesta delante de mí desde el primer momento —se lamentó.

Laia sacó ambas fotografías del álbum y las observó con detenimiento. En una de ellas alguien había escrito la palabra «cumpleaños» en la parte de atrás.

—¿Qué es lo que lleváis en el cuello? —Parecía un cordón, si bien la falta de nitidez no permitía distinguirlo con claridad.

—Un regalo. Todos recibimos uno, residentes y trabajadores.

El hombre volvió a abandonar el salón durante unos minutos.

René se frotaba la cara con ambas manos. Se sentía incapaz de creer que el mejor amigo de Nata mantuviera oculto semejante secreto y que ella no lo hubiera sabido.

Cuando Marcos regresó, Laia continuaba observando de forma minuciosa las imágenes.

—Aquí está. —Se lo entregó a René. Era una cadena con un pequeño colgante de plata.

—¡Laia! —Ella soltó el álbum de inmediato—. Había uno igual en casa de Ramón.

—Es el mismo que encontré cerca del lugar donde apareció el cuerpo de Octavio. —Se lo quitó de las manos para verlo de cerca—. E idéntico al que llevaba Marisa en el retrato. Di por hecho que era de ella y de momento confío en esa teoría hasta que no me demuestre lo contrario y encuentre el suyo. Sin embargo, esto da un giro a la historia... El hallazgo podría pertenecer a cualquiera de los que pasó por ese orfanato.

—Ramón también guardaba alguna fotografía. Las imágenes eran diferentes. Más oscuras y siniestras, casi tanto como los rostros de los chicos que posaban. Parecían mayores, además, junto a ellos se retrataron varios adultos. ¡Dios mío! ¡Qué torpe fui! — se lamentó René—. Debió de darse cuenta de que lo descubrí.

—Es posible que los adultos de los que habla sean los individuos que acabo de identificar. A veces se fotografiaban con nosotros.

—Es cierto —afirmó ella. Se dirigía a René—. Recuerdo el día que las vi. Estabas con tu amiga Lucía, ¿verdad? Tenías varias fotografías impresas en papel ordenadas sobre la mesa de la cocina. Identifiqué el orfanato en una de ellas, por eso te pedí que hablases con tu amigo para obtener más información. —Se levantó bajo la atenta mirada de los dos hombres y decidió hacer una última pregunta antes de marchar—. ¿Conoció usted a Emilio Conde Aparicio?

El hombre enarcó las cejas con desconcierto.

—¿Trabajó allí?

—Fue profesor de literatura. Impartió cursos en verano.

—¡Ah! Creo que sé de quien habla. No disfrutábamos de muchas visitas y aunque yo no fui buen estudiante, lo recuerdo. Sé que hizo amistad con unos cuantos residentes.

—¿Recuerda alguno?

—Ramón, por ejemplo. Le gustaba leer y se le daba bien estudiar. Seguro que tuvo mejores alumnos, pero no le puedo decir con seguridad quiénes eran. Yo solía ausentarme de cualquier reunión que tuviera que ver con los libros.

Ella asintió. Se despidió de Marcos y le agradeció la información facilitada.

René la siguió. No pretendía martirizarse, simplemente lo hizo. El relato le resultaba tan increíble como atroz. Siempre supo que ocultaba algo, desde que su querida Nata se lo presentó, pero nunca imaginó que fuera un episodio tan trágico que prendiera la duda en su corazón, incluso respecto a ella. Intentó desechar ese pensamiento y se convenció de que Nata lo hubiera compartido de haberlo sabido.

Condujo despacio y en silencio. Se encontraba demasiado cansado como para regresar a casa con prisas. Laia parecía inmersa en sus pensamientos y él nadaba en un mar de dudas cada vez más profundo, quizá provocado por la opacidad de la noche y tantas emociones a flor de piel.

—Debo hablar con el comisario —dijo ella—. Tu amigo es la coartada de Marisa la noche que asesinaron a Octavio, o quizá sea al revés. Ya no sé qué pensar. En cualquier caso, ahora sabemos que ocultan un secreto. Se conocían del orfanato y sufrieron los terribles episodios que acontecieron allí. Ella quiso ayudar a esos chicos. Juró que los agresores pagarían algún día por lo que hicieron, según el relato de Marcos. Creo que ese día es ahora. —Revisó las llamadas perdidas. El teléfono había vibrado varias veces durante el trayecto, y se percató de que tenía mensajes sin leer— ¡Dios mío!

—¿Qué ocurre? —La oscuridad no le permitió observar el rostro de ella— ¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo en medio de una creciente

preocupación.

—Aún mantenía la esperanza de que no fuera así. Esto me hace sentir culpable. Yo metí al profesor en el caso. —René permanecía callado. No sabía de lo que hablaba— . Es un mensaje del laboratorio. —Tragó saliva con dificultad—. La muestra que llevé contenía restos de estramonio. Ese cabrón lo sabía... —De pronto guardó silencio de nuevo. Esta vez el motivo era otro. Parecía que sus pensamientos viajaban tan rápido que le era imposible articular palabra—. ¿Hablaste con alguien sobre el profesor?

—No.

—Piénsalo bien.

—Bueno... El día que visité a Marisa en la asociación. Cuando me confesó que trabajó allí un tiempo y que se encontraba dolida por la forma en la que la despidieron a ella y al resto del personal... Pareció invitarme a buscar más información en el orfanato. Me dijo que tuviera cuidado. —Frenó de forma brusca antes de entrar al garaje y rememoró, con pesar, el momento en que mencionó al profesor—. Le pregunté por él. Le di su nombre y apellido y mencioné su lugar de residencia.

Laia lo miró. La luz de una farola dejaba entrever un rostro preocupado.

—Aquella noche alguien te siguió. Tuvo que ser la misma persona que escuchó el comentario sobre Emilio. —Esperó a que René aparcase y, después de que ambos se bajaron del coche, continuó—. Estoy segura de que fue ella.

—Había alguien más. Recuerdo la puerta del despacho entreabierta durante la visita. Tuve la sensación de que alguien escuchaba tras ella, aunque al marchar no encontré a nadie. Sin embargo, Marisa me confirmó que esperaba a Ramón.

—Ese mismo día Garrido y yo fuimos a su casa. Cuando llegamos, él estaba allí. ¡Era Ramón!

Lamentó no haber pasado un rato más con su vecino la noche anterior, pero necesitaba descansar para madrugar al día siguiente.

Se duchó y procuró darse prisa. Necesitaba encontrar al comisario en el despacho y la primera hora era la más adecuada. Llevaba poco tiempo en la comisaría, aunque el suficiente para conocer los hábitos de cada compañero y sabía que Prieto no se levantaría del sillón hasta después de tomar el primer café que su secretaria, muy servicial, le acercaría como cada mañana, a las nueve en punto.

Decidió no salir a correr. No le importaba. Una sensación de euforia pasajera compensaba la escasez de endorfinas generadas en su cuerpo por la falta de ejercicio. Comenzaba a ver algo de luz en el caso y así se lo transmitiría a su superior. Necesitaba una orden para registrar la asociación y la vivienda de Ramón.

Saludó a los agentes al llegar y observó de reojo el despacho de su jefe mientras colgaba el abrigo en el perchero. Antes de entrar le pidió a Garrido que investigase al chico apellidado Montes. Era otro de los que escribió en el diario y quizá aportase algo más de luz al caso. Sin embargo, solo pudo contribuir con los pocos datos que Marcos le había dado de él.

Llamó un par de veces a la puerta.

—¡Pase!

—Buenos días, ¿tiene un momento? Me gustaría hablar con usted sobre el caso. —Ella observó la mesa repleta de carpetas y documentos pendientes de revisar. Esperaba que le dedicase, al menos, unos minutos. Necesitaba esas órdenes de registro.

—Usted dirá. —El hombre cruzó los brazos y se acomodó en el sillón.

—La investigación ha dado un giro. Las víctimas de los supuestos suicidios tienen un nexo común, el orfanato. Todos trabajaron allí durante un tiempo. Algo que desconocían sus propias familias, según un informe que me envió Garrido anoche. Se encargó de averiguar por qué no nos informaron de ello en las primeras visitas. Por lo visto, las víctimas hicieron un pacto de silencio. —Prieto escuchaba sin pestañear—. Quizá el motivo fuera que todos ellos participaron en abusos a menores en aquel lugar.

Aquellas palabras parecieron clavarse en él como dardos envenenados.

—¿Está segura de lo que dice? ¿Qué pruebas tenemos?

—Localizamos a un par de chicos que vivieron aquel infierno. Ambos reconocieron a sus verdugos en las cuatro víctimas de suicidio.

El comisario se levantó, guardó sus artríticas manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a pasear de un extremo a otro del despacho.

—Continúe.

—Hemos encontrado a un tercer joven que sufrió abusos en aquella época. Su nombre es Ramón Barroso.

—¿La coartada de Marisa? —preguntó con aparente incredulidad. Parecía una persona despistada, pero ella advirtió que era capaz de registrar numerosa información de cada caso.

—Exacto. Según el relato de uno de los chicos, Marisa no solo fue empleada en aquel lugar, sino que prometió ayudarlos. Era conocedora de lo que ocurría. Ella y Ramón se conocieron allí.

Prieto paseaba con aire preocupado. Le hizo un gesto brusco con la mano, que ella entendió de inmediato y se calló.

—¿Cómo llegaron hasta esos jóvenes? —Se sentó de nuevo y rebuscó entre el montón de documentos desperdigados sobre la mesa.

Separó el resto de los papeles y los apiló en un lateral mientras dejaba espacio a la carpeta del caso. Comenzó a revisar la información

que contenía. Laia le proporcionó los hallazgos que habían realizado hasta la fecha, al menos los conseguidos de forma oficial. Observó que Garrido se había encargado también de entregarle los no oficiales. Se fijó en una copia de los listados que encontraron en el orfanato entre el barullo de documentación que Prieto revisaba por encima. No era un registro autorizado y eso le traería problemas con el comisario.

—Emilio Conde, el profesor de literatura.

—Recuerdo lo que me habló de él. Me llamó para solicitar la autopsia. Ya le expliqué en aquella conversación que iba a resultar complicado.

—Lo importante es que impartió clases en el orfanato y conocía a la perfección la obra de Lope de Vega. Ferrer consiguió una lista de algunos de sus antiguos alumnos. — Prefirió no mencionar el cotejo con los datos del diario que encontró René.

—Conocí a Marisa en el año 1998. —Ella frunció el ceño ante el cambio brusco de conversación. Parecía avecinarse una charla interesante con la que no contaba—. Por aquel entonces era un simple agente de policía. Llevaba pocos años establecido en esta ciudad. Mi mujer y ella coincidieron a la hora del desayuno durante una temporada en la misma cafetería e hicieron una gran amistad. Quedaban a menudo para salir. No contábamos con grandes amistades. Lo cierto es que Marisa era una de ellas. — Manifestaba cierta nostalgia al recordar el momento—. Todo cambió casi cuatro años después, cuando Francisco entró en su vida. Ella quedó fascinada por el mundo que ese hombre le ofrecía. Demasiados lujos y dinero con los que siempre soñó y que de pronto tenía a su alcance.

—¿Qué le ocurrió?

—Aunque nos distanciamos, aún nos invitaba a las fiestas que organizaba en su casa. Recepciones privadas a las que acudía gente de la ciudad y de fuera. Nosotros fuimos solo en un par de ocasiones. Después, cuando su matrimonio dejó de funcionar, volvió a llamar a mi mujer con regularidad. Él no la trataba bien. Los problemas en el matrimonio parecían ser una constante. Un día nos dijo que su marido había desaparecido. Lo encontraron en un páramo cerca de la carretera, a escasos dos kilómetros de su casa y fuera de nuestro término municipal. Por lo visto, fue atropellado.

—¿Está seguro? ¿Se abrió una investigación?

—El caso pertenecía a otro municipio. Lo que sabemos es por boca de ella. El forense dictaminó muerte por traumatismo provocado por un accidente.

—Abel López. Es el nombre del individuo que se supone que lo atropelló. Marisa se encargó de localizarlo. El hombre no debía encontrarse bien psicológicamente. Su mujer murió en el accidente. Ella le hizo creer que lo atropelló, pero Abel no lo tiene tan claro.

Recuerda a un hombre dando tumbos por la carretera.

—No. Me niego a pensar que tuvo algo que ver en la muerte de su propio marido —afirmó con rotundidad.

Laia se levantó y se dispuso a marchar.

—Quizá fue el primer asesinato de unos cuantos. —Sabía que acababa de sembrar la semilla de la duda en él—. En cualquier caso, necesito que me autorice una orden de registro para la asociación y su domicilio particular y otra para el apartamento de Ramón.

—Las tendrá. Quiero que localice a ese tal Barroso. Vamos a interrogarlo. De Marisa me encargo yo.

Prieto permaneció inmóvil en el sillón, en silencio, con los codos apoyados en los reposabrazos y las manos cruzadas bajo su barbilla. Comprendía que el cariño y la amistad que profesaba a esa mujer vetaba cualquier pensamiento negativo hacia ella. Dejó la mente en blanco, cerró los ojos, respiró profundamente y permitió a su cerebro conjeturar sobre la posibilidad de que Laia estuviera en el camino correcto.

No sabría elegir qué circunstancia le resultaba más inverosímil: que un asesino en serie campara a sus anchas por la ciudad o que Marisa tuviera algo que ver. Necesitaba pruebas y sabía que la inspectora trabajaba sin descanso. Por primera vez, alguien le hizo reflexionar sobre su profesionalidad.

Pidió a su secretaria que anulase todas las visitas de la mañana y que localizase a los agentes que llevaron el caso de Francisco. Conocía lo complicado de la situación. Un municipio diferente, otras competencias y otro cuerpo de seguridad, la Guardia Civil.

Se levantó y comenzó a pasear, a la espera de una llamada que no llegaba. Los segundos se transformaban en minutos y los minutos en horas, pero decidió no abandonar el despacho hasta encontrar respuesta a las preguntas que le impedían pensar en otra cosa. De pronto, el teléfono sonó y él se apresuró a descolgar.

—Le paso con el agente Sánchez, del cuartel de la Guardia Civil de Pomares.

—Gracias, Luisa. —Se sentó y esperó paciente el saludo al otro lado del teléfono antes de comenzar a hablar—. Buenos días, agente. Siento lo precipitado de la situación, pero me urge realizar algunas averiguaciones sobre un caso que llevaron ustedes hace aproximadamente ocho años.

—Ya sabe que este no es el procedimiento. Debe solicitarlo por escrito —dijo una voz al otro lado del teléfono—. No obstante, he revisado los archivos y no hubo investigación alguna más allá de lo rutinario. El cuerpo apareció magullado, con las heridas propias de un atropello. El juez de guardia realizó el levantamiento de cadáver en el lugar de los hechos junto a la policía judicial y el médico forense.

Después fue trasladado para realizar la autopsia.

—Está bien. Solicitaremos formalmente el informe al juzgado de instrucción correspondiente. —Prieto recordó algunas de las amistades de Marisa y Francisco por aquel entonces, mientras el agente se despedía al otro lado del teléfono. Sabía que entre ellos se encontraban personalidades de todo tipo, incluso jueces—. Disculpe —lo interrumpió—, una cosa más. Necesitaría que me anticipase los nombres del forense y del juez que atendieron el caso.

Respiró profundo una vez más y descolgó de nuevo el teléfono de forma automática, con el pensamiento puesto en uno de los comentarios de la inspectora. Ese tal Abel no creía haber atropellado a Francisco. ¿Y si decía la verdad y esquivarlo fue la causa de su accidente? Entonces, ¿cómo se dictaminó que murió como consecuencia de un atropello en esa misma carretera? Y, de pronto, recordó algo que hasta ese momento no había cobrado importancia.

Un pitido discontinuo lo devolvió a la realidad. Se percató de que todavía no había marcado el número. Llamaba a su mujer. Ella tenía muy buena memoria para detalles que él consideraba insignificantes.

—Dime. Estoy a punto de salir con el perro, ¿es urgente?

—Eso creo.

—¿Qué ocurre? —Ella lo conocía a la perfección. Demasiados años juntos como para no saber cuándo algo le preocupaba.

—¿Recuerdas la fecha en que Marisa compró el coche nuevo?

—¿Y eso te preocupa? Cada día estás más raro —refunfuñó—. Será la edad. Déjame pensar… Creo que fue en 2011 porque acababa de fallecer Francisco. —Él enmudeció—. ¿Estás ahí?

—Sí. —Carraspeó y se esforzó por no mostrar emociones, aunque la conocía. Era demasiado lista—. ¿Qué hizo con el otro coche?

—No lo sé. Sabes que cuando nos vemos es para charlar de otros temas. Me preocupas, ¿seguro que estás bien?

—Seguro. —Buscó una justificación rápida para colgar cuanto antes —. Tengo mucho trabajo por aquí. Si no te importa, nos vemos esta tarde.

Colgó y echó un vistazo al papel que su secretaria acababa de dejar sobre la mesa. Luisa escribió en mayúsculas los nombres del juez y del forense.

Avisó a Ferrer después de varias llamadas sin éxito al subinspector. Le pidió que localizase a través de la matrícula el antiguo coche de Marisa y que averiguase dónde lo llevó. Una terrible duda le taladraba el cerebro sin piedad. Después trató de centrarse en el expediente del caso. Volvió a revisar cada hoja, cada informe, pero los ojos se le escapaban, sin querer, a los nombres escritos por Luisa y de nuevo se esforzó por enfocar su atención en el expediente, hasta que dio con una prueba que parecía un registro contable. Por algún motivo, se

escondía la identidad de los clientes, puesto que solo podía leerse el nombre, seguido de una cantidad de dinero en pesetas. Los apellidos parecían identificarse por unas iniciales. Dedujo que solo quien recibía el dinero conocía la verdadera identidad de esas personas. Entonces comenzó a comprobar dato a dato, por si se diera el caso de encontrar alguna coincidencia con los implicados en el caso hasta el momento.

Su sorpresa fue mayúscula al encontrar un nombre que le resultó familiar: Francisco C.C. Puede que se debiera a una gran casualidad, aunque por lo que conocía al marido de Marisa, no lo creía. Francisco Campos Castresana formaba parte de esa lista.

Capítulo 19

Un inoportuno mensaje de Prieto justo en el momento en que entraba en casa le desbarató el plan de salir a correr antes de la comida. La requería en comisaría cuanto antes. Debía buscar otra forma de despejar la mente, así que abandonó la idea de hacer ejercicio, se cambió de ropa y preparó un refrigerio mientras ojeaba el resto de los avisos. Había otro de Diego, del laboratorio. Al fin encontró la prueba del colgante. Leyó por encima las disculpas por haberlo perdido y fue directa al final del texto. La noticia buena era que encontró una huella; la mala, que no pertenecía a nadie fichado y no había con qué cotejarla.

Sin perder tiempo, se puso el abrigo y salió de casa en dirección a la comisaría. Sacó el teléfono del bolso al notar su vibración y se fijó en la pantalla antes de contestar. No tenía por costumbre atender llamadas de desconocidos.

—Buenas tardes, René. —Le había pedido que encontrase a Ramón en cuanto abandonó el despacho de Prieto. Supuso que sería más sencillo localizarlo a través de él.

—Parece que tiene el móvil apagado.

—No se ha podido esfumar así como así. Está bien, yo me ocupo. —A continuación, marcó el número de Garrido.

«¡Maldita sea! Donde se habrá metido este incompetente», pensó. Contactó con Velasco para que acudiera junto a otro agente al domicilio de Ramón Barroso. Era imprescindible localizarlo cuanto antes. Les ordenó que fueran al resto de direcciones de inmuebles que tuviera registrados a su nombre de no encontrarlo en su casa. Sabía que el resultado no sería inmediato, pero no se haría esperar demasiado.

Sumergida en sus pensamientos, aceleró el paso sin ser consciente de que le faltaban escasos metros para llegar al despacho de Prieto.

—¿Se puede? —Llamó, como siempre, antes de entrar.

—Pase. La esperaba. —Esta vez, la mesa estaba despejada de papeles. Tan solo uno permanecía estratégicamente colocado para que Laia lo leyese—. ¿Qué es esto? No he encontrado ningún informe al respecto.

Ella lo observó con detenimiento. Aquello requería una explicación y sabía que precisaba dársela cuanto antes.

—Aún no lo tengo. Ese documento no debería haber llegado a usted antes de redactar el informe pertinente. La verdad, no sé de qué se trata. Lo encontramos Garrido y yo en el orfanato.

—No tenía constancia de que les hubiera autorizado a entrar.

—No lo hizo. —Lo último que necesitaba era una reprimenda del jefe. De cualquier modo, no le quedaba otra opción que aguantar.

—Entonces, ¿por qué acudieron?

—El periodista, René Vargas. —Decidió que lo más sensato era no mentir—. Esa noche entró en el orfanato. Me envió un mensaje. Pensó que encontraría algo que ayudase en la investigación y yo estaba convencida de que era una locura, por eso lo seguí y no me equivoqué. Alguien lo agredió en una de las estancias del edificio.

—¿Lo encontró?

La pregunta la desconcertó. Esperaba cualquier reacción excepto esa.

—¿Perdón?

—Que si encontró lo que buscaba.

—Creo que sí, pero quien fuera que lo atacó aprovechó para llevárselo. Era un diario escrito por algunos de los chicos que pasaron por aquel lugar.

—Ya... Entonces fue ese diario el que la llevó hasta ellos, no el profesor, tal y como me ha comentado esta mañana.

—En realidad fueron ambas cosas. Ferrer obtuvo las listas de sus alumnos en el orfanato. Uno de los nombres coincidía con el de uno de los chicos nombrados en ese cuaderno.

—Muy bien. —Señaló el papel que estaba sobre la mesa—. He encontrado algo más que nos ayudará a descubrir lo que significa esta relación de nombres. Dígame, ¿qué lee usted aquí?

Ella obedeció sin hacer preguntas.

—Francisco C. C.

—Coincide con las iniciales de Francisco Campos Castresana, el marido de Marisa. Estoy seguro de que ella tiene algo que contarnos y quiero que se encargue usted de averiguarlo. La he citado para un interrogatorio mañana por la mañana. —Prieto se levantó y se dirigió a la ventana mientras le puso al tanto de sus sospechas sobre ese cambio repentino de vehículo a los pocos días de enviudar. Parecía resultarle difícil de digerir el desarrollo de los acontecimientos—. Dispone ya de las órdenes de registro. Solo le pido que, cuando acudan a la asociación, lo hagan fuera de horario de asistencia del personal. De momento, solo le he prometido que actuaremos con cautela.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿qué ocurre con Garrido? No he conseguido contactar con él en todo el día.

—Yo tampoco. —Lo que menos la preocupaba en ese momento era el subinspector—. Hablaré con Ferrer.

Esperó un par de horas, tal y como le pidió el comisario, antes de entrar con varios agentes a Apovi con el fin de realizar el registro.

Marisa les abrió la puerta. Su preocupación y su angustia eran evidentes. La mujer de carácter había desaparecido bajo un rostro desencajado y sombrío.

Laia no le quitó ojo de encima durante el tiempo que tardaron en revisar las distintas estancias del local. Permaneció sentada, desanimada y cabizbaja en todo momento, a la espera de que terminasen el trabajo para después repetirlo en el domicilio.

—¡Inspectora! —Uno de los oficiales la requirió. Se encontraba en una sala contigua al despacho.

En la puerta podía leerse el cartel de «no pasar». El cuartucho, de reducidas dimensiones, casi no dejaba espacio para que entraran dos personas. Su compañero manejaba un reproductor desde donde se visualizaban las grabaciones de la cámara de seguridad.

—¿Está recogida la grabación del día veintidós? —preguntó ella a la vez que se apoyaba en una pequeña mesita sobre la que se sujetaba el monitor.

—Eso es lo que quiero que vea. —Pasó la grabación hasta el momento exacto en que la sospechosa abandonaba el local—. Ese día salió acompañada.

Laia se fijó en el acompañante.

—Es el mismo hombre que vi en su casa, Ramón. Esa noche cenó con él. Ella se lo dijo al comisario.

—Fíjese en la hora. —El reloj de la grabación marcaba las diez de la noche en el preciso momento en que salían de la asociación.

—Octavio falleció arrollado por el tren de las diez, de modo que eso los deja fuera de sospecha.

—Quizá no. —El agente conectó la cámara y pidió a la inspectora que revisara de nuevo en el monitor la hora de grabación en tiempo real.

—Las diez y media de la noche —dijo ella intrigada. Él le hizo un gesto para que mirase la hora en su reloj de pulsera—. Son las nueve y media.

—Exacto. Ha sido manipulado para que registre una hora más de la real. En realidad, no salieron a las diez, sino a las nueve.

—Tome las huellas —ordenó de inmediato—. Y envíelas lo antes posible al laboratorio.

Laia se asomó a la puerta. Observó al fondo del pasillo a Ferrer, que acababa de llegar, y eso le permitiría retirarse a descansar. Le encargaría a él el registro del domicilio particular.

Marisa se negó a hablar con ella durante el tiempo que permanecieron en el local. Sabía que había algo más que desesperanza en esa mirada y no supo el qué hasta pasar por su lado antes de marchar. Estaba aterrorizada.

A la mañana siguiente acudió temprano a comisaría. Como de

costumbre, revisó los mensajes de camino al trabajo. Ese día no había ninguno, por lo que dedujo que continuaban sin tener noticias de Ramón. Era de las que opinaban que la gente no desaparece sin dejar rastro, aunque comenzaba a dudar de sus propias creencias.

—¿Cómo está? Anoche decidió no hablar —dijo Laia. Miró a través del cristal de la sala contigua, donde esperaría el comisario durante el interrogatorio. Aprovechó para ponerle al tanto de los hallazgos de la noche anterior, aunque desconocían aún los resultados del registro en la vivienda particular.

—No seas muy dura. —Prieto permanecía de pie. La observaba.

Ella esbozó una sonrisa y se dirigió al lugar donde esperaba la sospechosa. Parecía más tranquila que la última vez, pese a que el miedo continuaba presente en su mirada. Pensó en saludar, pero sabía que el silencio sería más efectivo y menos amable, de modo que entró y con mucha calma cogió una de las sillas para sentarse frente a ella. Dejó la carpeta sobre la mesa y después adoptó una postura cómoda o, al menos, lo intentó. Decidió permanecer unos minutos sin iniciar ninguna conversación. Simplemente contemplaba su reacción.

—¿Dónde está Ramón Barroso? —preguntó cuando consideró que había transcurrido el tiempo suficiente como para que Marisa estuviera al borde de un ataque de nervios.

La sospechosa levantó la mirada. Muy poco a poco. Parecía ejercer un esfuerzo titánico sobre los músculos del cuello para mantener la cabeza erguida.

—No lo sé. —Laia permaneció en silencio a la espera de algún comentario más explícito—. No atiende mis llamadas.

—¿Cuándo lo conoció?

—Durante el breve tiempo que trabajé en el orfanato. —No la miraba a ella. Se fijó en el espejo que tenía enfrente. Le hablaba al comisario con un hilo de voz y los ojos rebosantes de lágrimas—. Mis padres me buscaron el trabajo. Me dedicaba a las tareas de limpieza. Ramón era un chico encantador, como todos los que conocí allí.

—Pero algo les ocurrió, ¿no es así?

—¡Esos cerdos acabaron con ellos! —De pronto, la rabia se apoderó de ella y retomó la autoridad de su voz con un tono más acerado e incisivo.

—¿Quiénes?

—Los chicos cambiaron su actitud de la noche a la mañana. Pasaron a ser desconfiados y miedosos. Dejaron de ser comunicativos. Comenzaron a encerrarse en ellos mismos hasta que uno rompió su silencio. Pero ya era tarde. —Pidió un vaso de agua y continuó—. Los drogaban y abusaban de ellos ¡Eran unos niños! ¿No lo entiendes? —Miró al espejo, de nuevo—. Se había convertido en una práctica habitual y yo lo denuncié. No lo investigaron, ni siquiera me hicieron

caso y fue entonces cuando decidí espiar durante un tiempo. Necesitaba comprobarlo con mis propios ojos... Un día los vi. Tres, quizá cuatro hombres acompañados por algunos de los empleados entraron en el orfanato por la puerta trasera. A pesar de que casi había oscurecido, fui capaz de observar que llevaban la cara tapada. Era imposible reconocerlos. Sin embargo, yo sabía que no eran muertos de hambre.

—¿Por qué?

—Por sus atuendos. —Bebió la botella casi de un trago—. Poco tiempo después, me echaron.

—Entonces, conocía a Octavio por algo más que por los negocios con su marido.

Volvió a agachar la cabeza solo un momento, hasta que la inspectora le mostró cuatro fotografías.

—Trabajó allí. Los muchachos comenzaron a hablarme mal de él y de algún otro más. Ellos afirmaban que fue uno de los que participó en esa barbaridad. —Marisa señaló una de las cuatro—. A este no lo conozco. Mi horario era reducido. No coincidía con todo el personal. No tenía por qué conocer a todos, pero yo no los maté.

—Quizá no, o quizá incitase a Ramón para cometer los crímenes. ¿Qué me dice de la noche del asesinato de Octavio?

Marisa mostró una sonrisa tan forzada como cansada, a la vez que comenzó a mover de forma compulsiva sus piernas bajo la mesa.

—Ya le dije al comisario que salimos a cenar esa noche.

—Ayer revisamos las grabaciones de la cámara de seguridad. Salieron de la asociación a las nueve. Hemos comprobado que al restaurante llegaron poco antes de las once. —Sin querer, levantó la voz un par de veces—. Alguien manipuló el horario de grabación. Sabía que revisaríamos los equipos, pero cometió un fallo. Olvidó volver a ponerlos en la hora correcta.

—No lo sabía. —No aparentaba mentir a juzgar por sus ojos desorbitados—. Ramón también conocía las instalaciones. —Titubeó. Negó con la cabeza varias veces y comenzó a llorar—. Les juro que yo no hice daño a esas personas.

La escena no era agradable, ni siquiera para Laia, que ya había participado en unos cuantos interrogatorios. Continuó antes de que la mujer se viniera abajo por completo y le mostró el listado en el que aparecía el nombre de su marido.

—¿Sabe lo que es? —La sospechosa negó con la cabeza. Laia la obligó a leer hasta llegar al nombre de Francisco. Entonces levantó la vista y la miró—. Sí sabe lo que es, ¿verdad?

Se negó a hablar y en ese momento un ruido interrumpió el interrogatorio. Era Prieto, que decidió intervenir.

—Marisa, es importante. —Le ofreció un pañuelo para secarse las

lágrimas—. La inspectora y yo hemos llegado a una conclusión y, ahora, necesitamos oírtelo decir a ti.

—Después de que cerrase el orfanato, dejé de verlos hasta el día en que Ramón apareció de nuevo en mi vida. Me dijo que había convivido durante un tiempo con unos familiares lejanos sin hijos y que lo trataron como tal. Tanto es así que heredó el negocio familiar; una empresa de transporte. Conoció a Francisco y trabajó con él haciendo algunos portes. —Pidió otra botella de agua. Los nervios le impedían hablar sin carraspear—. Mi marido no sabía quién era, pero yo lo reconocí en el momento en que me lo presentó. Guardaba un papel como este —señaló el de la mesa—. Me dijo que antes de abandonar el orfanato robó información de uno de los despachos. No sé cómo averiguó lo que era. Me explicó que se trataba de una contabilidad donde detallaban las cantidades cobradas a los clientes por los encuentros con los chavales.

—E identificó a uno de los clientes; su marido, ¿no es así? —afirmó Laia.

Ella miró a Prieto. La angustia se repartió a partes iguales entre los tres.

—Sentí repulsión por él a partir de ese momento. Me casé enamorada, sin conocer apenas nada de su pasado. Aunque el matrimonio no fue todo lo bien que esperaba, nunca pude imaginarlo.

—De ahí que usted y Ramón decidieran acabar con él. Tal vez intentó envenenarlo, como al resto de víctimas, y es por eso por lo que Abel lo encontró dando tumbos por la carretera, lo que provocó el accidente, pero no el que acabó con la vida de Francisco. De esto se encargaron ustedes. Quizá por ello llevaron el coche al desguace de inmediato. — Se levantó y se aproximó a Marisa lo más cerca que pudo para susurrarle al oído—: Ustedes lo atropellaron y se deshicieron de la prueba. Abel solamente pasaba por allí y fue testigo de ver a alguien en pésimas condiciones por la noche en mitad de la carretera. No le costó trabajo confundirlo para que no dijera nada. Dígame, ¿Francisco fue la primera víctima?

—¡No he sido yo! —El grito sobresaltó a todos. La mujer parecía estar fuera de sí—. Sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa con sumo cuidado. Como si se tratase de una bomba a punto de explotar.

Laia se llevó las manos a la cabeza y el comisario abandonó la sala de inmediato. El terror de Marisa, la noche anterior, cobró sentido en ese sobrecogedor e interminable momento. No se debía al registro, ni al interrogatorio, sino a ese trozo de papel. Contenía un código QR y unos versos que decían: «y si es vivir, la vida sola es triste».

Capítulo 20

Prieto entró de nuevo en la sala con un par de guantes de látex en la mano.

—Tengo miedo. —Los sollozos interrumpían la angustiada voz con la que hablaba—. Esto es el verdadero motivo de estar hoy aquí. —Señaló la tarjeta y se dirigió al comisario—. Me conoces. Yo no asesiné a Octavio… Ni a los otros. No soy ninguna asesina.

—¿Cuándo lo recibió? —La inspectora cogió la tarjeta después de enfundarse uno de los guantes.

— Ayer me llamaron por teléfono. Una llamada muy extraña. Recuerdo cada una de las palabras. Me dijo que nos veríamos en la estación el día y hora señalados, y que caminase por las vías hasta encontrarlo. De no hacerlo, acabaría conmigo. Al principio no entendí nada y decidí no hacer caso. Pensé que alguien me quería gastar una broma pesada, pero cambié de opinión horas más tarde al recibir un sobre anónimo entre la correspondencia diaria.

—Es posible que tenga razón. Octavio también recibió alguna llamada de apenas segundos los días previos a su muerte. No lo investigamos. —Recordó que se centraron solo en las de Marisa y el exsocio—. Por eso, las víctimas sabían dónde acudir. «Día y hora señalado» —repitió las palabras de la sospechosa, a la vez que ojeaba la pieza de cartulina—. Debe aparecer en algún lugar…

—René, el periodista, me informó sobre los progresos en la investigación para el artículo que prepara acerca de los suicidios y la asociación. También me habló de que las víctimas recibieron una tarjeta días antes de su muerte…

—¡Eso es! Mañana es día trece de diciembre. —La inspectora señaló la esquina inferior izquierda en la que aparecía el siguiente número: «13122130» y de inmediato rebuscó dentro de la carpeta la imagen de la tarjeta que recibió Octavio—. No es un pasaje de la Biblia, ni siquiera son unas coordenadas. Es la fecha y la hora de su muerte. Marisa, usted es el último cabo suelto.

Los dos agentes observaron el sufrimiento en el rostro de aquella mujer, aterrada al escuchar las palabras de la inspectora. El comisario le hizo un gesto y Laia recogió los papeles de la mesa antes de que ambos abandonaran la sala de interrogatorios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Prieto.

—Fíjese en la tarjeta de Octavio. «22112130» Veintidós de noviembre; hora, nueve y media. La hora no varía. Es el tiempo que el asesino necesita para preparar a la víctima antes de que el reloj dé las

diez en punto de la noche y el tren de mercancías pase por la estación de San Bartolomé.

—Debería haber seguido la pauta, ¿por qué cambia la fecha?

—No lo sé. Quizá Marisa no forme parte de ese patrón. Al fin y al cabo, no participó en los abusos. Lo de ella era diferente. Tan solo un testigo silencioso al que el asesino odia. En cualquier caso, el verso que ha recibido es el último del soneto y, por tanto, con ella acaba la función. —Laia se frotó la barbilla. Tenía la cabeza ocupada con cada uno de los datos del caso. Su mente establecía conjeturas sin parar—. El asesino desconoce que la directora de Apovi nos ha contado su secreto. Un secreto por el que el resto de las víctimas acudieron a sus respectivas citas con la muerte antes de que se supiera. Debemos jugar esa baza. Todo debe continuar igual y ella debe acudir a la cita sin que nadie conozca lo que nos ha contado. ¿Sabe alguien que está aquí?

—Solo usted y yo. Ferrer está fuera. Le encargué investigar lo que ocurrió con el coche y Garrido ha llamado a primera hora. Un problema familiar lo mantendrá ausente varios días.

—¿En mitad de la investigación? No he recibido ningún mensaje. —Ese hombre la sacaba de sus casillas. Miró el móvil.

—No se moleste. Me ha avisado solamente a mí. —El comisario entornó la puerta de la sala de interrogatorios lo suficiente para observar a la sospechosa desde fuera. Ella ni siquiera se enteró. Permanecía ausente e inmóvil, en la misma postura que la dejaron minutos antes. Entonces se dirigió a Laia—. Más tarde me ocuparé en persona de lo que sea que le sucedió a Francisco. Ahora solo disponemos de veinticuatro horas para encontrar a ese cabrón. Dese prisa.

Abandonó la comisaría con paso decidido y avisó por teléfono a René. Pasaría a recogerlo al cabo de unos minutos. Él la esperaba puntual en el portal cuando ella llegó.

—Buenos días, inspectora. —Subió al coche y se abrochó el cinturón—. ¿Dónde vamos?

—A visitar a Marcos Ruiz.

—Veo que se nos quedó algo en el tintero. ¿Qué me he perdido?

—Solo es una sospecha. Te lo diré después de hablar con él, aunque ahora tengo otro mal presentimiento, ¿recuerdas que te pregunté si hablaste con alguien del profesor? —Él asintió con la cabeza—. ¿Y si no te escucharon a ti?

—Deberías ser un poco más explícita si quieres que entienda lo que tratas de decirme.

Comprendía la importancia de callarse el comentario que estaba a punto de vomitar por su boca, aun así, necesitaba compartirlo con René. Él era parte esencial para resolver el caso.

—Encontré al subinspector echando un vistazo a mi móvil un par de

veces. Una de ellas bromeé con regalarle uno igual.

—¿Hablas de tu compañero? —No parecía dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Cuántos subinspectores crees que hay? —refunfuñó—. Ha puesto pegas en la investigación desde el primer momento. Me sacó del brazo de la casa de Marisa y me ocultó la relación de ella con Prieto. Además, se encargó de pasar información al comisario sin mi conocimiento antes de elaborar los informes pertinentes. En cuanto al teléfono, recuerdo que ese día lo dejé desbloqueado sobre la mesa y recibí dos avisos tuyos. Garrido se despistó durante la reunión mientras llegaba el segundo mensaje.

—¿Aquel en el que escribí que esa noche entraría en el orfanato?

—¡Exacto! Él no tenía guardia. Sin embargo, acudió el primero. No sé qué pensar, ¿y si hay varias personas implicadas en todo esto?

—Creo que ves fantasmas donde no los hay… Quizá le avisaron los compañeros. —René observó que aparcaba en doble fila en una calle abarrotada de vehículos— ¿Qué hacemos aquí?

—Solo será un momento. —Dejó el motor en marcha antes de bajarse del coche—Es la residencia donde vivió el profesor. Encontraron un sobre a mi nombre en un armario entre su ropa. Se han deshecho de todas sus pertenencias, excepto de esa documentación que esperan que recoja.

Marcos no se encontraba en el domicilio en el momento en que los agentes llegaron. Después recordaron la anterior visita, cuando la vecina les dijo que trabajaba en el supermercado de la esquina. No les costó trabajo localizarlo, puesto que era el único en toda la manzana. Una cajera poco discreta lo llamó por megafonía para que se presentase en la entrada.

El hombre se quedó paralizado al verlos de nuevo.

—Pensé que ya estaba todo hablado.

—Casi todo. —No pretendía comportarse de forma grosera. El problema es que trabajaba contra reloj y el estrés solía desencadenar en ella cualquier tipo de reacción—. Nos habló de que apreciaban a Marisa. Todos, excepto uno de los chicos que escribió en el diario.

—Lo conocíamos por Montes. Era el apellido. Ya le dije que esa mujer nos creó falsas esperanzas a todos y él la odiaba por eso.

—Dijo que se fue a vivir con su padre adoptivo al pueblo de Cabazas. Cerca de aquí.

—Sí. Ese hombre vino acompañado de una mujer en sus primeras visitas al orfanato y se encapricharon de Montes. Después se rumoreó que ella murió antes de adoptarlo, por eso se presentó el hombre solo a recogerlo. El pueblo no es grande. Quizá le puedan informar sobre la familia.

—Una cosa más. Una de las fotografías que nos enseñó tenía escrito

en el reverso la palabra «cumpleaños». Al principio no le di importancia, porque lo que me llamó la atención fueron los colgantes que lucían todos los chicos, pero…

—Era un cumpleaños —la interrumpió—. Nos gustaba hacernos fotos con el protagonista en el centro. Creo recordar que en esa foto el que se encontraba en medio era él. —Parecía tener prisa por finiquitar la conversación. Varios compañeros lo observaban sin reparo desde los puestos de caja—. Recuerdo el día porque coincidía con el de la patrona de los músicos y el orfanato realizaba actividades para nosotros.

—El veintidós de noviembre —dijo René. Laia clavó su mirada en él al escuchar el comentario—. Santa Cecilia es la patrona de los músicos y se celebra el día veintidós de noviembre.

Ella decidió que René se pusiera al volante. Debía hacer varias llamadas por el camino. La primera, a Ferrer. Le pidió que acudiese a Cabazas con refuerzos lo antes posible. La segunda, al comisario, para ponerlo al tanto de los nuevos hallazgos. Tenía una llamada más que pensó devolver más tarde. Era de Diego, del laboratorio.

—No te preocupes. Lo encontraremos —dijo él después de un largo rato de incómodo silencio.

—¡No tenemos tiempo! —se lamentó. Le había encargado a Garrido que lo investigase. Pensó que, si hubiera hecho su trabajo, ahora dispondría de alguna información más sobre ese joven. Advirtió que su vecino la miraba de soslayo y sabía que esa mirada reclamaba a gritos una explicación—. Marisa es la siguiente.

Redujo la velocidad. Se aseguró de que no le seguían coches y marcó el intermitente hacia la derecha en el desvío que señalaba dos kilómetros para Cabazas.

—¿Cómo que es la siguiente?

—Recibió una tarjeta igual a la de las otras víctimas, salvo por el verso. Era el último del soneto.

Se pasó varias veces la mano por el pelo. Esta vez fue él quien decidió retomar el silencio hasta llegar al pueblo.

Era una localidad pequeña. Tan solo la conformaban varias calles, que confluían en una plaza delimitada por algunos árboles y una modesta taberna. El típico establecimiento de carácter popular que permanece invariable a lo largo del tiempo, pero en el que cada momento tiene su gente y cada gente sus conversaciones. Por la mañana, el café rápido de primera hora del que disfrutan el panadero, el cartero o los padres que llevan a sus hijos a la parada del autobús. Por la tarde, la hora de la cerveza para los que llegan de trabajar antes de recogerse en casa.

Ellos llegaron a la mejor hora; la del aperitivo. Aquella en la que los jubilados dejan sus pocos quehaceres para dedicar un rato a charlar

sobre temas banales, como el tiempo o la cantidad de entierros a los que han acudido en la última semana con un vaso de vino en la mano antes de la hora de comer.

—Disculpen. —La inspectora interrumpió el animado debate de unos octogenarios sobre la fecha adecuada para desbrozar los caminos del pueblo—. Me llamo Laia. Soy inspectora de policía. Buscamos a un hombre viudo que vive con su hijo en este pueblo. No dispongo de muchos más datos, salvo que enviudó poco antes de adoptarlo, hace aproximadamente treinta años.

—En Cabazas no hay viudos, pero viudas tiene donde elegir. —La respuesta del hombre provocó la risa contenida del resto.

—Quizá se refiere a Adolfo —dijo uno de los ancianos, que alzó la voz entre los demás—, el marido de Boni. —Todos comenzaron a asentir con la cabeza—. A él no le gustaban los niños. Se rumoreaba que fue deseo de ella. Después de que Boni muriera, ese hombre se echó a perder. Es cierto que trajo un chaval con él. Yo creo que para ayudarle en sus quehaceres.

—Era carpintero —manifestó otro—. Tenía su carpintería en el bajo de la casa. Las puertas y los rodapiés de la mía me las hizo él. Trabajaba bien, a pesar de que era un maula.

—¿Por qué se echó a perder? —preguntó René.

—Se emborrachaba a diario. Si antes era vago, después más. A veces, Basilio —señaló al hombre que atendía detrás de la barra— cerraba solo por no servirle otra copa. No sé qué tipo de enseñanzas aprendería ese zagal.

—¿Dónde está la casa? —Laia se giró hacia atrás al oír el motor de un coche y observó que era Ferrer.

—Camino del cementerio hacia arriba. La última casa del pueblo. Lo sabrán porque no hay vecinos alrededor. Debo decirle que está cerrada. Hace muchos años que no viven aquí, al menos veinticinco. Supongo que se mudarían. Se marcharon de un día para otro.

El grupo de policías no pasaba desapercibido en un pueblo tan pequeño. Era la hora de comer. Muchos vecinos prefirieron levantarse de sus mesas para asomarse entre los visillos de las ventanas y observarlos a su paso. Seguro que sería tema de conversación durante meses.

La construcción de dos plantas ofrecía un aspecto externo sucio, tosco y descuidado, resultado de décadas sin un adecuado mantenimiento. Uno de los oficiales encontró una puerta de acceso a la vivienda por la parte trasera y avisó al resto.

—No disponemos de tiempo suficiente para esperar al permiso de registro. El comisario lo sabe. Él se encargará y, si no, entraremos bajo mi responsabilidad. Tratamos de evitar una agresión inminente. —Pensaba en la cita de Marisa con su destino justo al día siguiente

mientras se dirigía a todo el equipo—. René, tú esperarás fuera hasta que veamos todo despejado.

Los agentes se pusieron en formación, sacaron las armas reglamentarias e irrumpieron en la vivienda. Después de asegurar todo el recinto, ella se asomó por una de las ventanas y le pidió a su vecino que entrase.

—Nos dividiremos en tres grupos. Debemos averiguar quién vivió aquí hace treinta años.

René se quedó con ella. Registraron el piso de arriba. El deterioro externo se extendía también al interior. El polvo y las telarañas eran el denominador común de cada una de las estancias. Los cajones y armarios vacíos y un aparente orden daban la razón a los ancianos del bar. Tenía todo el aspecto de ser una vivienda deshabitada.

—¡Inspectora! —gritó Ferrer.

Ella se asomó a las escaleras. La voz provenía de abajo.

—¿Dónde está?

—En el sótano —gritó de nuevo. En la planta baja encontraron una puerta cerrada con varios candados que conducía a un habitáculo subterráneo de las mismas dimensiones que la planta de la vivienda—. Creo que hemos encontrado algo.

El resto de la casa parecía abandonada, en cambio ese subterráneo decía lo contrario. Se tapó la nariz y la boca con el cuello del jersey. Un olor nauseabundo impregnaba el ambiente y numerosas macetas con plantas ocupaban una buena parte del local.

—¿Qué es ese olor?

—Proviene de aquellas plantas —dijo el agente—. Es el estramonio.

—Pero son tallos. Apenas hay flores.

—En esta época es lo normal. Florecen de mayo hasta bien entrado el otoño. Dicen que todas las partes son tóxicas, aunque lo importante son los frutos. Cuando maduran, la parte superior se llena de unas semillas de color oscuro. —Después de la lección de botánica, señaló varios frascos de cristal sobre una encimera con utensilios de cocina —. Ahí lo tiene.

Laia se aproximó y observó que algunos estaban repletos de un líquido oscuro. Olió el contenido con sumo cuidado.

—¡Huele a vino!

—Es posible. —Su compañero lo olfateó también—. Puede ser una decocción de la planta en vino. Quizá sea la preparación más sencilla. Fíjese, lo importante es que las macetas han estado fuera hasta hace unas horas. —Unas marcas de pisadas en el suelo lo delataban. Ella se quitó el guante y tocó los restos de tierra que habían dejado. Aún estaba húmeda.

—Quizá lo hubiéramos encontrado de haber llegado antes.

Resopló y se levantó para continuar con la inspección del lugar.

Una de las paredes estaba decorada con fotografías actuales de cada una de las víctimas y diversas anotaciones sobre sus circunstancias personales y familiares, si bien lo realmente macabro a la par que poético vino a continuación.

Al girarse, observó en la pared opuesta el soneto escrito en negro sobre blanco. El exceso de pintura provocó, en su momento, que algunas letras se deformasen, dejando escapar delgados hilos de tinta por la pared. En su conjunto parecía una gran obra de arte. Cada verso de cada estrofa lloraba la tragedia de un ser tan atormentado como perturbado.

—Llevó a cabo un verdadero trabajo de investigación durante años —dijo ella ante aquel panorama tan aterrador.

René se centró en un armario con documentación. Se puso los guantes que uno de los agentes le facilitó y comenzó a revisar papeles. Después ella se sentó en el suelo y le ayudó mientras los agentes pululaban por el resto de la casa.

Una vez examinados casi todos los documentos, comenzó a desesperarse.

—¡Quién eres! ¡Maldita sea! Las horas pasan y necesito una respuesta ya.

—Aquí hay algo más —dijo René—. Son facturas de un hospital privado. Cirugía plástica.

—¿Cambió su aspecto?

—Pero no por voluntad propia. —Leyó por encima unos informes médicos que encontró en el fondo de la misma caja—. Ingresó en urgencias varias veces con lesiones en el cuerpo y la cara en el año 1988. Las fechas del hospital privado son posteriores.

—¿Malos tratos?

—Es posible.

—Enséñamelo.

—Me temo que ha tachado sus datos de forma estratégica en todos los informes. Supongo que quiere dejar de ser Montes. Ha borrado cualquier información que mostrase su nombre o edad.

—Estupendo. Cuanto más averiguamos menos sabemos. —Se levantó de un salto y comenzó a andar con los brazos en jarra.

—Inspectora —uno de los policías entró en la casa en su busca—, salga un momento, por favor. —La dirigió al jardín. Había anochecido —. Después de no encontrar nada en la planta baja, hemos registrado el cobertizo. Dentro hay un arcón sellado.

—¿Qué esperan para abrirlo?

—A eso me refiero. Ya lo hemos abierto.

El agente sostuvo una linterna a su lado mientras ella se asomaba a un enorme baúl mugriento y maloliente. Su contenido se reducía a un esqueleto intacto y encogido en exceso debido a las dimensiones del

improvisado ataúd. Los signos de arañazos en los laterales y en la tapa superior eran claros y esas evidencias mostraban que aquella persona fue enterrada en vida.

Ella se agachó. Recogió un trozo de papel apenas visible bajo el cráneo. En él aún podía leerse: «La muerte para aquel será terrible con cuya vida acaba su memoria».

—Avisad a Prieto. Creo que hemos encontrado la primera pieza del puzle.

Capítulo 21

El comisario no se hizo esperar. Llegó acompañado de varios policías especializados que colaboraron con el resto en el minucioso registro de la vivienda. A Laia se le hizo complicado justificar ante él la presencia de René. A pesar de que era un civil ajeno a la investigación, logró convencerlo de lo útil que resultaba en esos momentos. Sin él, no hubieran avanzado al ritmo que lo hicieron.

Observaba desde una esquina el continuo desfile de personas cargadas de cajas repletas de materiales, documentos y pruebas de todo tipo, incluido un ordenador con su impresora. Entonces se dio cuenta de que tardarían días, quizá meses en analizarlo hasta obtener las conclusiones pertinentes. El problema era que las circunstancias y la escasez de tiempo requerían una respuesta casi inmediata. Era posible que el asesino desconociese que su próxima víctima ya había hablado con el comisario y entonces el plan funcionaría. Todo se llevaría a cabo según lo previsto, pero ¿y si lo había averiguado? Le urgía cubrir todos los frentes, sobre todo los más desfavorables, como el hecho de que no estuviera fichado.

El caso se le antojaba paradójico y perturbador. Tenía muy presente que las primeras víctimas fueron Montes y el resto de los chicos. Estaba de acuerdo con la afirmación de René. Todos ellos eran bombas de relojería a punto de explotar en manos de criminales despiadados. Curioso pensar que las víctimas de un asesino en serie fueron sus verdugos en otro tiempo, o que el verdugo que acabaría con sus vidas sería la propia víctima de todos ellos. Un macabro dilema difícil de digerir.

—¿En qué piensas?

—Hemos sido capaces de reconstruir una vida resquebrajada por la soledad, los abusos en un orfanato y los malos tratos propiciados por un padre alcohólico para llegar a él —se giró hacia René. Permanecía a su lado, apoyado en la pared—, pero no hemos avanzado mucho más. Es una persona sin rostro.

—Hay pruebas suficientes para encontrarlo.

—Por supuesto. Tenemos hilos de los que tirar. Tarde o temprano daré con él, pero Marisa no dispone de tiempo y no permitiré que acabe con ella. Montes debe entender que impartir justicia no es ajusticiar. —El cansancio y la atracción que sentía por él le impedían separarse más de unos centímetros—. Ojalá fuese capaz de pensar con claridad en este momento. —Hablaba sin ser consciente de que se lo decía a ella misma— . Sea quien sea la víctima, los versos corroboran que fue el primero.

—Me aventuraría a afirmar que es el padrastro. Debió ocurrir poco tiempo después de abandonar el orfanato. El anciano del bar dijo que desaparecieron de un día para otro hace algo más de veinte años y esos restos contarán, al menos, con el mismo tiempo. —René chasqueó la lengua a la vez que negaba con la cabeza—. El chaval debió perder la cordura al encontrarse un panorama similar al que acababa de dejar atrás.

Ella continuaba con sus hipótesis.

—Estoy segura de que esta muerte no fue planificada como el resto. Pasaron veinticinco años, quizá más, hasta el asesinato de Alonso García. Dispuso de tiempo suficiente para organizarlo sin prisa. —Sintió vibrar el móvil en el bolsillo del pantalón. Era Diego—. ¿Te importa traer el sobre del profesor? Toda ayuda es poca y dicen que cuatro ojos ven más que dos. Quizá encontremos algo. —Le entregó las llaves del coche y después atendió el teléfono.

—Buenas noches, Laia. Veo que no me devuelves las llamadas. —Utilizó un tono jocoso no muy propio en él—. Sé que has estado ocupada.

—No sabes cuánto. —Resopló.

—¿Recuerdas la tarjeta que encontramos en el pantalón de la víctima?

—Cómo olvidarlo. —Todas y cada una de las pruebas permanecían en un rincón de su cabeza. Solo debía recordar en cuál.

—Encontramos dos huellas, aparte de la de Octavio.

—Lo sé. Una correspondía a René Vargas.

—En efecto. Pensé en cotejar la otra con la que encontré en el colgante y resulta que son exactas, pero hay algo más. Coincide con una de las muestras que tu equipo tomó en la sala de seguridad de la asociación Apovi. —Laia se tomó un momento antes de continuar la conversación. Las pruebas marcaban el camino, y el camino que quedaba por andar se acababa de estrechar considerablemente. Debían averiguar qué personas de las que acudían a Apovi guardaban alguna relación con el orfanato—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Gracias, Diego. —Colgó y fue en busca del comisario.

Se asomó a la puerta. Las luces de las farolas le permitieron ver que René se aproximaba con paso ligero. Traía el sobre en una mano y unos papeles en la otra. Se alegró al observar la expresión de alegría en su rostro. Significaba algo bueno entre tanta incertidumbre.

—¿Qué ocurre?

—Creo que el profesor te ha hecho el mejor regalo que cabía esperar.

—¿De qué hablas?

—Siguió en contacto con un par de alumnos después de que el orfanato cerrase. Fíjate en los datos de los chicos —dijo él.

Necesitó forzar la vista. Ni el lugar, ni el momento eran los adecuados para leer.

—Montes era uno de ellos. —Lo miró con decepción. Sabía que era el asesino, pero desconocía la identidad actual.

—Fíjate en el nombre.

—¿Me debe resultar familiar? —dijo con gesto de extrañeza.

—Quizá no. Sin duda, a mí sí.

13 diciembre de 2019. Estación de tren de San Bartolomé.
21:30 de la noche.

Los agentes esperaron al anochecer. Después, se dispusieron de forma estratégica en un tramo de doscientos metros a lo largo de las vías. No eran muchos, aunque conocían la zona a la perfección y mantenían cubiertas todas las alternativas de escapatoria. Convinieron con Marisa, horas antes, el tramo en el que debía permanecer para garantizar su seguridad. Laia y el comisario se mantenían, como el resto, escondidos a la espera de que la víctima apareciese.

Miraba la hora con impaciencia desde el momento en que el reloj dio las nueve y veinte de la noche.

—Tranquila. Aparecerá —dijo Prieto—. ¿Dónde está el periodista?

—Con Ferrer. Prefiero mantenerlo alejado. Son más de las nueve y media. Tengo un mal presentimiento. Quizá se arrepintió en el último momento. Marisa debería estar ya aquí. —Sacó el *walkie.*

—Qué ocurre.

—Pon a René al habla. —Esperó a oír su voz al otro lado antes de comenzar a hablar—. Sabemos que el asesino es metódico y siguió la misma pauta para las víctimas de 2016 a 2019, pero no lo hizo con la primera. Distinta fecha. Diferente lugar. En este caso, la fecha difiere, como ocurrió con la primera víctima, pero ¿por qué citarla en el mismo lugar que al resto?

—Quizá juegue al despiste. Si es una persona metódica, debería terminar de la misma manera que comenzó.

Ella agitaba con nerviosismo la mano que tenía libre.

—Entonces, si no está aquí, ¿dónde está Marisa en este momento? —«Piensa, piensa», se decía mientras esperaba una respuesta al otro lado del *walkie.*

—Si al primero lo asesinó en su propia casa, debe ser un lugar donde se encuentre cómodo y seguro con ella. —René hizo una pausa y continuó—. ¡La asociación!

La puerta del local permanecía cerrada a cal y canto cuando la inspectora llegó. Salió a la carrera y se adelantó al comisario, que decidió permanecer en el lugar junto al resto de agentes hasta que el tren pasase. Hizo un primer reconocimiento desde fuera y observó la luz del despacho encendida. Dudaba de si René habría llegado, pero

no tenía tiempo de comprobarlo. Disparó a la cerradura y dio una patada a la puerta mientras empuñaba la pistola en una mano y la linterna en otra.

—¡Marisa! ¡Marisa! —voceó. Aseguró una por una cada habitación hasta llegar al despacho.

El cuerpo de la mujer yacía en el suelo con un tétrico gesto en su cara. Un líquido oscuro rebosaba de su boca y permanecía con los ojos abiertos, retorciéndose como un animal herido.

—¿Qué te han hecho? —Se agachó a su lado y apenas la rozó cuando alguien estrelló un objeto contundente en su cabeza con tal fuerza que la dejó inconsciente en el momento.

René llegó al local casi sin aliento. La carrera lo dejó exhausto. Se detuvo unos instantes antes de entrar. Miró a su alrededor en busca de algún improvisado objeto que le sirviera para defenderse, pero era de noche y no quería entretenerse demasiado.

Corrió hacia el otro lado de la carretera. Varios contenedores delimitaban la zona y los abrió uno por uno. La escasa luz de las farolas no le permitía distinguir los objetos con claridad. Algo parecido a una barra metálica asomaba por una esquina. Se estiró para cogerla y la empuñó antes de entrar, como si se tratase de un bate de béisbol.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. No reconocía el lugar al que había acudido los últimos meses. Le sobrecogió el silencio y la oscuridad que reinaba esa noche, y tembló. Llegó sigiloso a la única habitación con luz, el despacho. Sus ojos le trasladaron una espeluznante imagen. Marisa se retorcía en el suelo, presa de algún delirio, posiblemente provocado por el mismo mejunje que el agresor intentaba depositar en la boca de la inspectora.

—¡Quieto! —gritó—. Observó la pistola de Laia tirada a escasos centímetros de sus pies. Se agachó muy despacio y la recogió. El agresor no le oyó entrar—. Te equivocaste conmigo. —El hombre permanecía de espaldas con los brazos en alto. Acababa de soltar el frasco. Aún seguía lleno de líquido. Parecía no haber conseguido su objetivo con Laia—. Anoche me di cuenta de mi torpeza. Supongo que no hay mejor escondite que mantenerse a la vista de todo el mundo. —Miró de reojo la habitación, en busca de una cuerda o algo similar. Necesitaba inmovilizarlo hasta que llegase la policía—. Fuiste tú quien escuchó mi conversación con Marisa. Así supiste que acudiría al orfanato y me seguiste. También escuchaste lo que hablé sobre el profesor. El problema es que Emilio, a pesar de su mala memoria, te recordaba a ti también. Claro, antes de hacerte esas operaciones en el rostro. Cuando aún eras Alex Montes.

—¡Yo no soy Alex Montes! —El grito hizo que René se estremeciera. El hombre comenzó a girarse muy despacio. Los ojos inyectados en

sangre indicaban que estaba fuera de sí.

—No. Lo sé. Dejaste de serlo hace tiempo. Ahora eres Linares. Lo único bueno que has sacado de tu padrastro. Una nueva identidad. El único fallo fue haber utilizado un nombre similar, Alejandro. —Le temblaban las piernas. Pensaba que iba a desfallecer de un momento a otro. Sobrecogía mirar la expresión de un rostro desencajado. Era otra persona diferente a la que conocía. El Alejandro terapeuta, el psicólogo, permanecía escondido en lo más profundo de aquel ser perturbado.

De pronto, se abalanzó sobre él. René apenas tuvo capacidad de reacción y le arrebató la pistola con la facilidad con la que un adulto le quita el caramelo a un niño.

—Las cosas cambian, querido René. —Empuñó el arma con la mano izquierda—. He sido víctima toda mi vida, pero ya no. Por fin se ha hecho justicia. El profesor, tú y estas dos —señaló los cuerpos de Marisa y Laia— pasaréis a engrosar la lista de daños colaterales. —Lo apuntó y entonces René encontró las fuerzas necesarias para abandonar la habitación antes de que un disparo le alcanzase.

Corría nervioso y asustado por el pasillo en dirección a alguna de las salas. No contaba con que sus últimos momentos fuera a vivirlos de esa manera. Un terror indescriptible se apoderó de su tembloroso cuerpo mientras permanecía agachado, a oscuras y en silencio, tras una mesa, pero se dio cuenta de que todo estaba perdido cuando sintió el frío metal del cañón en su nuca. Entonces cerró los ojos. Le dolían de apretarlos con tanta fuerza. En ese angustioso instante, entre sollozos, pensó en Nata.

Esperaba lo irremediable, sin embargo, algo imprevisto ocurrió. Oyó un ruido a su espalda y de pronto, se sintió liberado. No era un disparo. Lentamente se arrastró hasta tocar la pared. Después, a tientas, encontró el interruptor. Laia, a duras penas, se mantenía en pie con la barra metálica en las manos. Aún se tambaleaba.

—Me debes dos —dijo antes de desplomarse.

René se acercó a ella y en ese momento atisbó las luces centelleantes de los coches de policía. El comisario acordó levantar el operativo de la estación pasadas las diez de la noche ante la posibilidad de que la inspectora estuviera equivocada y, después, acudió raudo a la asociación. Varias ambulancias y coches patrulla aparcaron próximos a la entrada.

Los sanitarios se llevaron de inmediato a Marisa por orden de los agentes, debido a que era la más grave y su vida corría peligro por una posible intoxicación por ingesta de estramonio.

—¿Se encuentran bien? —Prieto se dirigió a Laia y René. Los atendieron en la otra ambulancia—. Buen trabajo, inspectora. —Ella solo sonrió. No conseguía hablar. Se sentía magullada por todos lados

y le dolían partes de su cuerpo que hasta ese momento no sentía.

El frío la mantenía aterida mientras permanecía sentada en un murete de piedra junto a René. Se giró y lo miró. Él acarició su mejilla con delicadeza y Laia cerró los ojos al mismo tiempo que apoyaba la cabeza en su hombro.

Dos días después.

Madrugó. No era su intención, pero le resultaba inevitable despertar con los primeros rayos de sol. Después de charlar por teléfono con el comisario, bajó a comprar el periódico antes de preparar un suculento desayuno a base de tostadas con mantequilla, fruta y café. San Bartolomé era noticia nacional. El caso del asesino en serie daría que hablar durante tiempo.

Estaba a punto de dar el primer mordisco al pan cuando sonó el timbre de la puerta. Se limpió las manos con un trapo y acudió a abrir.

—¿Se puede? —Era René. Llevaba un ramo de flores. No era grande y eso fue lo que más la agradó.

—Preciosas…

—No te gustan. —El gesto la delató—. La próxima vez será una botella de vino.

—Odio las flores, pero el vino lo aceptaré sin rechistar. —No dejaba de sonreír. La situación quizá fuera embarazosa para él, aunque muy divertida a sus ojos—. Déjalas sobre la mesa.

—Bromas aparte, ¿cómo estás?

—¿Y tú? —Cogió un par de sillas y le hizo un gesto para que se sentara.

—Dejo el piso de Ramón. Quiero distanciarme de todo lo que tenga que ver con ese hombre. Sigue sin atender mis llamadas y mañana me mudo a otro apartamento, de manera que le dejaré las llaves en el buzón. Es más pequeño, con menos lujos, aunque más práctico a la hora de limpiar y recoger. Continuaré con la terapia unos meses más, hasta encontrarme recuperado del todo.

—He hablado con Prieto esta mañana. —Cambió de postura. Aún sentía el cuerpo dolorido—. Me ha puesto al tanto de la investigación. Localizaron a tu amigo en uno de sus viajes de negocios. Se mostraba ajeno a todo. Reconoce ser uno de los niños del orfanato y mantiene que desconocía que Alejandro fuera otro de ellos, no obstante, esto habrá que investigarlo. De todas formas, el comisario no va a mover ficha de momento respecto a él y a Marisa. Encontraron el taller donde llevaron el coche y es chatarra desde hace años, así que no hay pruebas que garanticen las sospechas de que ambos acabaron con la vida de Francisco. —Le ofreció una de las tostadas. Ella mordisqueaba la otra a la vez que hablaba—. También me ha dicho que entre todo lo incautado encontraron papel antiguo como el de las cartas de despedida y las cartulinas utilizadas para la confección de las tarjetas.

Eran de fabricación casera. Montes guardaba en el ordenador el modelo para después imprimirlas.

—Supongo que en algún momento debí tocarlas y dejé la huella sin darme cuenta. —De pronto, rememoró una imagen en su cabeza—. El día que desayuné en Los Arcos. Tuvo que ser ese día. Se presentó de improviso. Sin querer, le tiré la carpeta al suelo y me agaché a recoger los papeles que contenía antes de que él reaccionase.

—Lo importante es que ese hombre pasará mucho tiempo encerrado —dijo ella mientras abría uno de los periódicos con una sonrisa socarrona y mirada provocadora—. No has perdido el tiempo. *La Capital* de esta mañana. Noticia de René Vargas en primera plana. —Leyó—. «Un antiguo orfanato, cerrado hace más de treinta años y escenario de abusos a menores, esconde la tragedia de un asesino en serie, detenido hace dos días en la ciudad de San Bartolomé de la Vega…».

La encontraba más atractiva que nunca. Unos *leggins* y una camiseta holgada eran suficientes para realzar una belleza tan natural como la suya. Dejó de escucharla y recordó el día del interrogatorio cuando, de pie frente a él y con los brazos apoyados en la mesa, no pudo evitar fijarse en ella.

Esa mañana, el reflejo de la luz en sus ojos le otorgaba un atractivo azulado que, en otras ocasiones, le había parecido gris, y el tatuaje del cuello cobraba importancia por momentos ante la necesidad de posar sus labios sobre él. No necesitaba cargar en la mochila más sentimiento de culpa por querer vivir de nuevo. Ese peso le hizo caer hasta el fondo de un precipicio y la vida le dio otra oportunidad.

Laia continuaba con la lectura del artículo hasta que observó cómo la miraba. En ese momento pensó en disculparse, pero no hubo necesidad. Ella dejó a un lado el periódico y se sentó a horcajadas sobre sus piernas. El corazón le latía violentamente cuando lo rodeó con los brazos y sus labios rozaron suavemente los de él. Entonces, retiró el mechón de pelo que cubría sus ojos y la besó con una pasión e intensidad que desconocía. Le excitaba el aroma a vainilla e incienso en su piel casi tanto como el sabor a café de sus labios. Un placentero sentimiento de alegría le recorrió el cuerpo junto a un sinfín de sensaciones, entre las que predominaba un deseo irrefrenable por hacerle el amor.

Entonces, Laia se levantó. Agarró su mano y lo dirigió a la habitación. Él solamente quiso dejarse llevar.

Capítulo 22

22 de noviembre de 2020

La oscuridad dificultaba la conducción, aunque no era impedimento para acelerar cada vez que miraba de reojo el reloj del coche. Sentía miedo y curiosidad. El lugar le fue indicado por teléfono. La llamada procedía de un número desconocido. Sin embargo, eso no era tan crucial como que la tarjeta que recibió en un sobre anónimo horas antes fuera igual que la que encontró Marisa entre su correspondencia once meses atrás. «Y si es vivir, la vida sola es triste». El mismo texto. Solo una pequeña diferencia anotada en la esquina inferior izquierda: 22110100.

René entendía el significado. Debía estar en la dirección indicada el día veintidós de noviembre a la una en punto de la madrugada. Conocía al remitente. Sin duda era la firma de Alejandro, pero le desconcertaba pensar cómo lo hizo. Estaba encerrado.

Quizá decidió acabar también con él y eso le aterrorizaba, aunque temía que, si no acudía, cometiese otra locura contra algún inocente más. Al fin y al cabo, fue quien lo delató. Por su culpa, pasaría el resto de la vida recluido.

El navegador del coche lo llevó a la dirección exacta. Atravesó la ciudad de León y aparcó delante de un edificio rodeado de amplias zonas verdes, con una mínima iluminación de las farolas. Era un sanatorio mental.

La puerta principal permanecía cerrada. El silencio y la tranquilidad que se respiraban contrastaban con el barullo que provenía de la parte de atrás del edificio. Se asomó. Le extrañó que una ambulancia ocupara la entrada y el movimiento inusual de personal a esas horas. Aprovechó la confusión del momento, se subió el cuello del abrigo y entró. Varios celadores corrían por los pasillos. Se coló entre ellos, aunque observó que no pasó desapercibido para uno que permanecía apostado en la puerta de entrada, a la espera de algo o alguien. Desconocía dónde encontrar a Alejandro. Anduvo por los pasillos de la planta baja sin rumbo fijo cuando advirtió que ese hombre lo seguía, así que decidió detenerse y esperar a que lo alcanzase.

—¿Quién es usted? —le preguntó. Se mostraba agitado y nervioso.

—Supongo que vengo a ver a Alejandro Linares. Sé que le va a parecer una locura, pero alguien se ha citado conmigo a esta hora en este lugar.

—Sígame. —Le dirigió hasta una sala apartada—. ¿Es usted René Vargas? —La pregunta lo desconcertó aún más. Afirmó con la cabeza.

El hombre salió y regresó con una caja.

—Esto es para usted. —La posó en el suelo.

—Necesito hablar con él.

—No puede ser. Ahora, si me disculpa, tengo un problema grave que solucionar.

René lo agarró por el brazo y, sin querer que sonase a amenaza, volvió a repetir las mismas palabras.

—Le he dicho que tengo que hablar con él. No he recorrido doscientos kilómetros para nada.

El celador le ordenó con la mirada que lo soltara.

—Y yo le digo que es imposible. Alejandro Linares falleció hace una hora.

—Perdone, ¿cómo dice?

—¡Se ha suicidado! —gritó angustiado y a continuación un trágico silencio medió entre los dos—. Me dijo que vendría una persona a la una en punto de la madrugada, a quien debía entregarle esto y yo he cumplido, de manera que, si no le importa, váyase ya. —Parecía temeroso de algo—. Es mejor que desaparezca antes de que llegue la policía o no podrá llevarse nada.

Obedeció, impactado por la noticia. No sabía lo que había ocurrido, pero estaba seguro de que nada bueno. Ese tipo se encontraba aterrado, de modo que no lo pensó dos veces y salió del edificio tan rápido como pudo. Entró en el coche y condujo hasta una zona lo suficiente apartada como para pasar inadvertido. Observó por el retrovisor los destellos azules que alertaban de la llegada de una patrulla, tal y como anunció. Sin perder más tiempo abrió la caja y encendió una linterna para examinar el contenido. En una de las solapas había pegado un sobre con su nombre escrito en el anverso. Sacó la carta y la leyó.

> Querido René:
>
> Hoy no debes temer por tu vida. Te hubiera matado hace once meses de no ser por tu amiga la inspectora, pero todo este tiempo me ha hecho reflexionar. En este momento, tu vida es valiosa para mí y la necesitas para terminar lo que yo empecé. Las muertes de esos cuatro indeseables solo eran la punta del iceberg. De no ser por ti, los asesinatos se sucederían uno tras otro hasta acabar con todos y cada uno de los que abusaron de nosotros. Dediqué demasiado tiempo a localizarlos y estudiar sus vidas, y te sorprendería saber cuántos de ellos son gente conocida y honorable el día de hoy.
>
> Tu empeño evitó que acabara con ellos. Ahora serás tú quien ocupe mi lugar. Destaparás sus mentiras. Esta caja contiene secretos que, de salir a la luz, arruinarían la vida de cualquiera de ellos. Estoy seguro de que sabrás utilizarlos de forma oportuna. Yo te he dado la posibilidad de retomar tu carrera por todo lo alto y ahora necesito que hundas las de todos los que se dedicaron durante un tiempo a jugar sucio con la vida de unos críos.
>
> Hoy me libero de una trágica vida de sufrimiento. Hoy vuelvo a ser Alex Montes, a pesar de todo.

FIN

Índice